

**David Safier**

La balada de Max  
y Amelie



# ÍNDICE

PORTADA  
SINOPSIS  
PORTADILLA  
CITA  
CAPÍTULO 1  
CAPÍTULO 2  
CAPÍTULO 3  
CAPÍTULO 4  
CAPÍTULO 5  
CAPÍTULO 6  
CAPÍTULO 7  
CAPÍTULO 8  
CAPÍTULO 9  
CAPÍTULO 10  
CAPÍTULO 11  
CAPÍTULO 12  
CAPÍTULO 13  
CAPÍTULO 14  
CAPÍTULO 15  
CAPÍTULO 16  
CAPÍTULO 17  
CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19  
CAPÍTULO 20  
CAPÍTULO 21  
CAPÍTULO 22  
CAPÍTULO 23  
CAPÍTULO 24  
CAPÍTULO 25  
CAPÍTULO 26  
CAPÍTULO 27  
CAPÍTULO 28  
CAPÍTULO 29  
CAPÍTULO 30  
CAPÍTULO 31  
CAPÍTULO 32  
CAPÍTULO 33  
CAPÍTULO 34  
CAPÍTULO 35  
CAPÍTULO 36  
CAPÍTULO 37  
CAPÍTULO 38  
CAPÍTULO 39  
CAPÍTULO 40  
CAPÍTULO 41  
CAPÍTULO 42  
CAPÍTULO 43  
CAPÍTULO 44  
CAPÍTULO 45  
CAPÍTULO 46  
CAPÍTULO 47  
CAPÍTULO 48  
CAPÍTULO 49  
CAPÍTULO 50  
CAPÍTULO 51

CAPÍTULO 52  
CAPÍTULO 53  
CAPÍTULO 54  
CAPÍTULO 55  
CAPÍTULO 56  
CAPÍTULO 57  
CAPÍTULO 58  
CAPÍTULO 59  
CAPÍTULO 60  
CAPÍTULO 61  
CAPÍTULO 62  
CAPÍTULO 63  
CAPÍTULO 64  
CAPÍTULO 65  
CAPÍTULO 66  
CAPÍTULO 67  
CAPÍTULO 68  
CAPÍTULO 69  
CAPÍTULO 70  
CAPÍTULO 71  
CAPÍTULO 72  
CRÉDITOS

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la  
lectura

---

**¡Regístrate y accede a  
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

# SINOPSIS

Cicatriz, una perrita salvaje que perdió un ojo en una pelea y es incapaz de imaginar que alguien la pueda llegar a querer, malvive como puede en un vertedero de Nápoles. Ahí conoce a Max, un perro doméstico que ha tenido una vida feliz al cuidado de buenas personas, que se ha extraviado y parece haber perdido, irremediablemente, ese hogar. Cicatriz, a la que Max no tarda en llamar Amelie, decide acompañar al perro en su vuelta a casa. En el largo camino desde la estival Italia por los nevados Alpes, ambos animales deberán hacer frente a toda clase de peligros. Durante esa aventura, descubren que sus almas han estado conectadas desde el origen de los tiempos en el que los perros y los hombres transitaban por la tierra juntos y en manadas. Y también descubren la existencia de un antagonista eterno que, en todas sus vidas anteriores y antes de que puedan tener descendencia, les ha dado caza y muerte. En esta vida presente deberán, de nuevo, intentar sobrevivir a su destino.



Seix Barral Biblioteca Formentor

---

**David Safier**

La balada de Max y Amelie

Traducción del alemán por  
María José Díez

En la noche de la luz dorada empezó nuestra vida eterna. Nuestra muerte eterna. Nuestro amor eterno.

# 1

La primera vez que vi a Max todavía no me llamaba Amelie. Fue en el vertedero de aquella ciudad del sur. Cuando yo aún no sabía que existían otras ciudades e incluso otros países. Antes de que hubiese olido la sal del mar, visto las hojas doradas de los bosques y probado el sabor de la nieve. O sentido el odio de quien nos perseguía.

Antes de que sospechara que tenía un alma inmortal.

El sol estaba alto en el cielo y caía implacable sobre el sinfín de lomas. Las cornejas descendían en busca de comida, las ratas correteaban por los desechos humanos, en los que las hormigas construían hormiguero tras hormiguero, y yo estaba tumbada en una hondonada a la sombra, rodeada de bolsas, una de las cuales había abierto a mordiscos. Dentro había una lata de pescado que pretendía rebañar a lengüetadas. Lo que quedaba pegado dentro todavía no estaba en tan mal estado como para que me hiciera daño en el estómago. Justo cuando acababa de meter la lengua, con mucho cuidado para no cortarme con el afilado borde, oí que un perro se acercaba a la carrera por el otro lado de la montaña de basura. Las pisadas parecían más pesadas que las de mis hermanos y las mías, de manera que ese perro debía de ser más grande y fuerte. Un extraño.

Miré hacia el montón de basura y vi que el perro llegaba a la cima en medio del calor abrasador. Nunca había visto un perro así: era más grande que cualquiera de los que deambulaban por el vertedero y tenía el pelo negro y largo. En nuestra manada, todos tenían el pelaje corto y del color de la

arena. La única que tenía algunos pelos más oscuros era yo; concretamente, una mancha redonda en el lomo. Por ella mi madre me llamó Mancha al nacer. Y por ella se reían de mí mis hermanos, se portaban mal conmigo e incluso a veces me maltrataban. Sin embargo, también tengo que agradecerle a esa mancha que desde pequeña fuese peleona y no dejara pasar ni una. Hasta el día que nuestra madre se puso tan enferma que Rayo, mi hermano mayor, ocupó su lugar a la cabeza de la manada.

Hice mal en enfrentarme a él.

Yo no quería ser la líder, pero tampoco quería someterme a mi hermano. Obedecer a mi madre siempre me había parecido lo más natural, pero me resistía a aceptar que uno de mis hermanos fuese superior a mí, y para colmo Rayo, que siempre había sido el que más me había maltratado. Así que, el mismo día que se hizo con el poder, lo desafié.

De modo que Rayo y yo nos vimos frente a frente una fría mañana de invierno y empezamos a gruñirnos. La noche anterior había llovido, la arena estaba mojada bajo nuestras patas y el pelo nos brillaba húmedo. Hice un esfuerzo para que no se notase el miedo que anidaba en mi corazón y que poco a poco se me iba extendiendo por el cuerpo, amenazando con paralizarme. Yo gruñía cada vez con más furia, con la absurda esperanza de intimidar a Rayo, aunque él olía mi miedo. Estuvimos así un rato, yo no me atrevía a atacarlo. Pero de pronto se abalanzó hacia mí a toda velocidad, se me echó encima de un salto y me tiró al suelo. Sus dientes estaban sobre mi cara, amenazantes. Y antes de que pudiera ofrecerle el cuello en señal de sumisión, me arrancó el ojo izquierdo y lo escupió al suelo. La pelea terminó antes incluso de empezar.

Mientras yo lloraba y aullaba de dolor, mi hermano se marchó. Me fui corriendo de allí con el rabo entre las patas y me escondí detrás de un montón de tablas rotas. Me temblaba el cuerpo entero por el dolor, pero también de miedo: temía que Rayo me persiguiera para matarme. No lo hizo.

Esa misma noche me entró fiebre. La herida del ojo se había infectado, y el dolor se me extendía por el cuerpo como fuego. Pasé días y días sin poder levantarme, ya que estaba demasiado débil. El único que fue a verme fue Primogénito. Me echaba en la boca el agua que traía en la suya. De ese modo

se oponía a escondidas a Rayo, que había dado orden a mis hermanos y a mi moribunda madre de dejar que la naturaleza siguiese su curso y decidiera si yo vivía o no.

El frío del invierno me afectó mucho, aunque no era ni por asomo tan crudo como el del norte, que conocería durante el viaje que emprendí con Max.

Probablemente fue una suerte que sólo tuviera que soportar el viento glacial y la incesante lluvia. De haber sido verano, sin duda habría sucumbido a la infección. Así, en cambio, al cabo de un tiempo pude procurarme algo de comida y pude beber en charcos. La herida tardó en dejar de supurar, y más aún en cicatrizar del todo. Cuando por fin volví con mi manada, ya nunca me llamaron Mancha, sino Cicatriz.

Jamás se me habría pasado por la cabeza que alguien pudiera llegar a encontrarme guapa.

El perrazo negro que bajaba por el montón de basura parecía angustiado y asustado. Además, yo oía pasos humanos, aunque no tan pesados como los de los hombres que descargaban la basura con sus enormes guaridas rodantes. Más bien eran pasos de pequeños humanos. Siempre andaban rondando por el vertedero en pequeñas manadas para coger objetos de metal. Mi familia y yo éramos incapaces de imaginar qué hacían con ellos, pero era evidente que debían de tener algún valor. No era habitual que los pequeños humanos se adentraran en nuestro territorio. Los humanos, ya fueran grandes o pequeños, siempre se apartaban de nuestro camino. También los otros perros que vagaban por el vertedero nos respetaban. Conocían la historia de Rayo, el perro que le había arrancado un ojo a su propia hermana. Algunas mañanas me consolaba pensando que al menos mi pérdida hacía que la vida de nuestra manada fuese más segura.

Cinco pequeños humanos corrían ahora por el montículo, entre ellos una hembra con una melena negra. También me llamó la atención uno de los machos: a diferencia del resto, no tenía el cuerpo entero recubierto de ese falso pelaje que lucía la mayoría. Él sólo lo llevaba en las piernas; la parte

superior, sin pelo, iba desnuda. De lo flaco que estaba se le notaban todos los huesos.

Al igual que todos los pequeños humanos con los que me había topado hasta entonces, también éstos apestaban a miedo incluso de lejos. En alguna parte debía de estar el líder de su manada —un padre, una madre o un hermano como Rayo—, al que nunca habíamos visto, y que les metía miedo. La hembra del pelo negro desprendía además un leve hedor a carne quemada no hacía mucho. Cuando se acercó más, vi que tenía heriditas en los brazos.

Los pequeños humanos no tardarían en dar alcance al perro extraño. ¿Qué perro era más lento que los bípedos? Sólo uno que de todas formas estaba condenado a morir.

Sin embargo, aunque parecía debilitado —iba con la lengua fuera, como si no hubiese bebido en mucho tiempo—, ese perro tenía más carne en las costillas de la que yo había tenido en mi vida. Así que no estaba débil, al menos no físicamente. Pero también hedía a miedo. A diferencia de los pequeños humanos, no obstante, era evidente que el miedo que sentía el perro negro era reciente. Daba la impresión de que era la primera vez en su vida que estaba atemorizado.

¿Cómo era posible? ¿Quizá porque al ser tan grande nadie lo había atacado hasta entonces? Sin embargo, el extraño no era peleón, el olfato me decía que no tenía ni una sola cicatriz, así que nunca le habían infligido ninguna herida fea. Los pequeños humanos ahora le tiraban todo lo que tenían a mano: latas, bolsas de basura, trozos de madera.

¿Por qué no les gruñía el perro negro? ¿Por qué no le mordía en la pierna a alguno, para que supieran quién mandaba allí? ¿Qué clase de perro se dejaba hacer algo semejante?

De pronto empezó a cojear. Y no porque uno de los pequeños le hubiese dado, sino porque al parecer había pisado con la pata trasera izquierda un objeto de metal puntiagudo. Yo no le veía la herida, pero podía oler la sangre. Y era cada vez más intenso. Con cada paso que daba, lo que fuera que hubiese pisado se le hundía cada vez más en la pata.

Entretanto, los pequeños humanos lo alcanzaron. Lo rodearon, y ahora además le tiraban piedras y parecían divertirse. No se dieron cuenta de que,

no muy lejos, yo me levantaba. El extraño tampoco miró hacia donde yo estaba y tampoco me ladró. Tendría que haberme olido, pero por lo visto estaba demasiado asustado.

Por el amor de su madre perro, ¿por qué no se defendía? Lo desprecié por eso. Y más aún cuando empezó a gemir de una manera lamentable. Un perro no debía quejarse, por grande que fuera el dolor. Venía a ser lo mismo que darse por vencido.

Mi madre sufrió el verano entero, el otoño entero y medio invierno la enfermedad que la estaba consumiendo, pero no se quejó ni una sola vez y siguió siendo nuestra líder. Hasta aquel día lluvioso en que los dolores se volvieron insoportables. ¡El extraño tenía que dejar de hacer ese ruido lastimoso de una puñetera vez!

Cojeaba dentro del círculo que habían formado los pequeños humanos, desvalido, buscando un sitio por el que escapar. Pero, aunque lo consiguiera, con la pata herida no llegaría muy lejos. ¡Debía defenderse de una vez, de una puñetera vez!

La pequeña hembra humana del pelo negro cogió un trozo de madera del suelo y, despacio, disfrutando del momento, fue hacia el perro mientras los otros pequeños observaban. El perro negro parecía no ser consciente de lo que estaba a punto de ocurrir, pero yo sí lo era. Me planté de un salto en el montículo. Los pequeños humanos me habrían visto si hubiesen mirado hacia mí. O podrían haberme olido, pero tienen la nariz muy atrofiada.

Sin embargo, no me puse a ladrar para advertir al extraño, sino que dudé. Ese perro no pertenecía a mi manada, ¿por qué iba a ayudarlo? Me habría peleado por cualquiera de mis hermanos, incluso por Rayo. Pero ¿por un blandengue despreciable?

La hembra le pegó con el trozo de madera.

El perro negro lanzó un aullido y flaqueó, pero se mantuvo en pie. Daba la impresión de que el dolor lo había sorprendido, y ya no hedía únicamente a miedo: también desprendía el olor acre del pánico. La hembra volvió a golpearle. Con más fuerza. Esta vez en la cabeza. Y otra vez. Y otra. Hasta que el extraño se desmoronó.

Los pequeños aullaban de alegría. El perro negro aún estaba consciente,

pero ya no aullaba, tan sólo lanzaba unos leves quejidos. La hembra humana dio una vuelta a su alrededor con aire triunfal, con la madera ensangrentada en las manos.

El extraño tenía una herida en la sien. La hembra se disponía a golpearle de nuevo, ya había levantado la madera. ¿Quería matar al perro a palos porque no podía luchar contra su líder, ese que a todas luces les hacía tanto daño? ¿Se alegraban los demás pequeños humanos de ver sangrar a alguien, verlo incluso morir, por el miedo y el dolor que sentían ellos?

Sí, el perro negro era un blandengue, pero yo no quería presenciar cómo los humanos lo mataban. La pequeña hembra levantó el trozo de madera, jaleada por los ladridos de los otros pequeños. Y yo también ladré. Con más fuerza que ellos. Con el sonido más grave. Sorprendidos, los humanos se volvieron hacia mí y empecé a gruñir, saboreando el miedo que veía en sus caras. Con la cicatriz del ojo y los dientes a la vista debía de infundirles terror. Eché a correr hacia la manada y los pequeños humanos salieron disparados. Pero no quería que se marcharan y listo. No, yo quería que no se atrevieran a pisar nunca más esta parte del vertedero.

Pasé por delante del perro negro, que estaba tendido de lado en el suelo con las patas extendidas. El macho que llevaba la parte superior del cuerpo desnuda tropezó y se cayó. Habría sido una presa fácil, pero a quien yo quería era a la hembra del pelo negro que tenía el trozo de madera, así que seguí corriendo. La hembra humana, que casi había llegado a la cima del montón de basura, volvió la cabeza y vio que iba a darle alcance, de manera que se detuvo de pronto, se volvió hacia mí y empezó a blandir el palo con furia mientras ladraba. Debía tener cuidado de que no me golpease o correría la misma suerte que el perro negro, pero quería darle una lección a la hembra a toda costa. No sólo no quería volver a verla por allí, sino que además no quería que volviera a pegar a ningún perro. Yo era Cicatriz, la peleona. No rehuía el peligro. ¡No tenía miedo a la muerte! Algunas noches sombrías incluso la deseaba. Eché a correr hacia la pequeña y la tiré al suelo. Al caer, soltó la madera. Yo estaba con las cuatro patas sobre ella, y de sus ojos salía un agua que olía a sal. Conque así era como reaccionaban los humanos cuando se hallaban frente a la muerte.

La hembra empezó a gemir, casi como un perro, y me ofreció instintivamente el cuello. Habría sido fácil morderla; Rayo lo habría hecho. Sólo así podría estar segura de que ella y su manada no volverían nunca. En el fondo, morderla era mi obligación. Hasta entonces yo sólo había matado insectos. Ningún otro animal. Ni ratones ni cornejas. Tampoco ningún gato, que de todos los animales eran los que menos respeto nos tenían y a veces se paseaban por nuestro territorio como si fuese el suyo. Y, desde luego, nunca había matado a una persona.

Mi saliva caía sobre la hembra. Gruñía, le enseñaba los dientes, abría la boca, pero no sabía si morderla o no. Yo no era Rayo, no podía ser como él. Ni tampoco quería. De manera que me bajé de la pequeña y me aparté para darle a entender que podía irse. Oí que se ponía de pie a toda prisa detrás de mí y se alejaba corriendo por la montaña de basura. A continuación fui con el perro negro, que estaba casi inconsciente. Le olisqueé la herida de la cabeza: la sangre se estaba secando, así que la herida no era profunda. Le miré bien la pata trasera: se le había clavado una pequeña punta de metal oxidado en la carne. Si no se la sacaba, era posible que el extraño se pusiera muy enfermo. Aunque se había comportado como un tonto con los pequeños humanos, no quería que muriera.

Acerqué el morro a la pata, cogí la punta de metal con sumo cuidado entre los dientes y se la saqué de la herida de un tirón. El perro negro aulló de dolor, y le salió sangre de la pata.

—Tranquilo, estate tranquilo —le dije.

Contra todo pronóstico, mi voz, al parecer, lo calmó. Primero le lamí la sangre de la pata y después le puse saliva en la herida para que no se le infectara. El perro negro se dejó hacer sin decir nada, aunque debía de dolerle.

Cuando terminé, me erguí y lo observé. Él me miró un instante, pero los ojos se le cerraron de nuevo. ¿Farfullaba algo? ¿Me daba las gracias? ¿Quería decirme quién era?

Me tumbé a su lado, mi morro casi rozando el suyo. Nunca había estado tan cerca de un perro que no formara parte de mi manada. Cuando aún me llamaba Mancha, a veces soñaba que mi morro rozaba el de un macho. Desde

que me convertí en Cicatriz supe que los sueños sólo eran eso, sueños.

Poco antes de que el extraño parpadeara por última vez y perdiera por completo el sentido, por fin entendí lo que mascullaba:

—Quiero ir a casa.

## 2

El perro negro movía las patas dormido y gimoteaba. Posiblemente estuviese soñando que lo perseguían los pequeños humanos. Yo estaba a su lado de pie, observándolo, sin saber muy bien qué hacer.

Me sonaban las tripas. ¿Podía dejar allí al perro negro y volver con mi lata de restos de pescado? Dudé, aunque en el fondo sabía que donde estaba corría demasiado peligro. No tanto por los pequeños humanos, aunque cabía la posibilidad de que volvieran con refuerzos. La mayor amenaza era el sol abrasador. Si seguía inconsciente, se pasaría el resto del día expuesto a sus rayos. Nosotros, los perros, no soportamos bien el calor. Se nos acumula bajo el pelo, y al cabo de poco tiempo nos provoca un colapso. Al perro negro le sudaban las patas, con lo que podía refrescarse un tanto, pero, al estar inconsciente, no podía jadear. Incluso en el caso poco probable de que lograra sobrevivir al sol hasta que cayera la tarde, por la noche estaría demasiado débil para ahuyentar a las ratas, que salían entonces de sus agujeros. Sería capaz de darle una patada a la primera rata, quizá incluso a la segunda y a la tercera, pero cuando barruntaban una víctima, esos malos bichos acudían en tropel.

Las tripas me sonaban cada vez más, recordándome que volviera de una vez con la lata de pescado. Pero si dejaba allí al extraño, lo que había hecho por él habría sido en vano. Bien podría haber permitido que la hembra humana siguiera pegándole. De manera que me incliné sobre el perro negro y le advertí:

—Si no te levantas, morirás aquí.

Naturalmente no lo oyó.

Le di un empujoncito en el morro con el mío e insistí:

—Levántate.

No se movió.

Le di de nuevo, con más fuerza:

—¡Levanta!

Siguió sin moverse.

Le pegué un mordisco en la oreja.

Se estremeció un poco.

—Levántate o te morirás —le solté, y acto seguido le di otro mordisco en la oreja, esta vez con tanta fuerza que sangró.

El extraño aulló dormido, abrió ligeramente los ojos un breve instante — yo no sabría decir si en ese momento estaba despierto— y los volvió a cerrar. ¿Qué podía hacer yo? Empujándolo con el morro no lograría apartarlo del sol; al fin y al cabo, no era una bolsa de basura, sino un animal grande y pesado. Me puse a dar vueltas a su alrededor, inquieta. ¿No debía proporcionarle al menos algún consuelo al extraño, ya que no podía ayudarlo? ¿Aunque quizá ni siquiera se enterase? Lo mío no eran las palabras. Ese don le había sido concedido a mi hermana, que se llamaba Canción, por las bonitas historias que cantaba.

Debía de haber algo que pudiera decirle al perro extraño para consolarlo. O, mejor aún, algo que le diese fuerzas para levantarse. No quería tirar la toalla con él.

Cuando en su día estaba postrada, delirando por la fiebre y con la herida supurante, me mantuvo con vida un pensamiento. No fue la idea de vengarme de Rayo, ni tampoco el recuerdo del amor de mi madre, que no fue a verme ni una sola vez en mi escondrijo. Fue la esperanza de poder contemplar el cielo por la noche una vez más sin estar febril mientras me imaginaba cómo las estrellas —como solía cantarnos Canción en sus historias— hablaban entre ellas.

Esperanza. Eso era. Debía lograr que el extraño concibiera esperanza. Pero ¿cómo? A fin de cuentas, no sabía nada de él, aparte de que quería

volver a casa. ¿Dónde estaba su hogar? El perro negro estaba bien alimentado, no tan delgado y nervudo como nosotros, que nos veíamos obligados a procurarnos la comida. Viniera de donde viniese, en ese sitio debía de haber comida en abundancia, pero también algo espantoso que lo había obligado a escapar. De lo contrario se habría quedado allí en lugar de acudir al vertedero. Pero si tan mal le iba en su casa, ¿por qué quería volver a ella? Aquello no tenía ningún sentido, como tampoco lo tenía seguir dándole vueltas al asunto. Debía conseguir que el extraño albergara la esperanza de que podía regresar a su casa. Decirle que yo lo llevaría.

O sea, que debía mentirle.

Los perros, al menos los que yo conozco, no dicen mentiras, aunque mentimos constantemente con nuestras acciones. Gruñimos para ocultar el miedo o ladramos para transmitir una fuerza que no tenemos. Y si no sabe gruñir ni ladrar, así y todo un perro tiene otras formas de evitar la verdad: guardando silencio en lugar de contestar. Como hacía mi madre cuando ya estaba muy enferma. Una vez, mi hermana, Canción, le preguntó si de verdad estaba bien, y mi madre, en lugar de responderle, se alejó y se instaló en una hondonada.

Conque decir mentiras no era propio de nosotros. Y, sin embargo, después de pensarlo bien decidí que, dadas las circunstancias, mentir era lo correcto. Así que acerqué el morro a la oreja del extraño y le dije en voz baja:

—Te llevaré a casa.

### 3

El perro parpadeó un instante y abrió los ojos, que parecían piedras negras pulidas por la lluvia. Me miró. Desvalido. Esperanzado.

—Te llevaré a casa —repetí, para que no volviera a cerrar los ojos acto seguido.

—¿De verdad? —preguntó con un hilo de voz.

—De verdad. Pero para ello tendrás que levantarte y venir conmigo.

El extraño, en efecto, se incorporó despacio. Primero se tumbó bocabajo, después apoyó las patas temblorosas. Me di cuenta de que había tenido que emplear todas sus fuerzas, y en un principio le resultó difícil apoyar la pata herida.

—Pero ¿sabes el camino? —inquirió, ahora con mayor claridad. La esperanza, al parecer, lo fortalecía.

—¿Tú no? —pregunté a mi vez, sorprendida.

—No —repuso triste.

Era evidente que el extraño se había perdido. Supe que si no le seguía mintiendo volvería a derrumbarse, desalentado. Así que le dije:

—Lo que sí sé es cómo puedes regresar a casa.

—Qué bien —contestó aliviado, y vi que se sostenía con algo más de firmeza.

Me había creído. A continuación debía conseguir que diera unos cuantos pasos y se pusiera a la sombra, que lo protegería del sol. Allí podría recuperar las fuerzas necesarias para superar la noche. Pero de pronto se me pasó por la

cabeza una idea espeluznante: si Rayo lo descubría en este sitio, querría defender nuestro territorio del intruso con uñas y dientes y el manso extraño no tendría nada que hacer contra él. Rayo no se limitaría a arrancarle un ojo, lo mataría. Y yo no podría pedirle que le perdonara la vida al perro negro, porque Rayo no me escucharía. Nunca me escuchaba, y desde que no le hice el favor de morirme, ya ni siquiera me hablaba. Mi hermano estaba esperando, o al menos ésa era mi sensación, a que se presentara la ocasión adecuada para expulsarme; a mí, a la única que se había atrevido a cuestionar su liderazgo. Si intercedía por el extraño, Rayo me echaría de la manada. Y entonces ¿adónde iría yo?

—De momento, lo que tenemos que hacer es buscar un lugar seguro para que pases la noche —le dije al perro negro.

—Pero yo quiero ir a casa —objetó.

Su voz era sorprendentemente grave, más incluso que la de Primogénito. Sus ladridos debían de ser impresionantes.

—Estás demasiado débil para emprender una marcha larga.

El perro negro iba a decir que no, pero al parecer se dio cuenta de que yo tenía razón. Me paré a pensar febrilmente dónde podía pasar la noche a salvo. En el vertedero no había ningún sitio, así que tenía que llevarlo al río. Nuestra madre nos había prohibido meternos en el agua. Decía que si lo hacíamos nos hundiríamos y nos quedaríamos sin aire. Y para demostrarnos que el agua nos privaría del aire que necesitábamos para respirar, el siguiente día que hubo tormenta nos instó a que abriésemos la boca y mirásemos hacia el cielo. No podíamos escupir el agua de lluvia hasta que ella nos diera permiso. La boca se nos llenó, y vi que a mis hermanos se les salían los ojos de las órbitas del miedo. Fue la primera vez que intuí que quizá yo fuera el perro más valiente de todos. Sólo cuando nuestra madre nos dio permiso para escupir el agua nos sentimos un poco mejor. Desde ese día le teníamos más que respeto al río. Le teníamos pánico.

Yo creía que lo único que pretendía nuestra madre con esa prueba era que no nos ahogáramos, pero mi esmirriado hermano Pensador, que sin duda era el más listo de nosotros, opinaba otra cosa. Pensador sospechaba que nuestra madre quería impedir que alguno de sus hijos fuese a esa ciudad donde

probablemente había vivido cosas espantosas con los humanos, cosas que no quería contarnos. Pensador incluso creía que nuestra madre nos ocultaba algo. A él lo llamaba una y otra vez Pequeño, aunque no se llamaba así. Y a Rayo a veces lo llamaba Lobo. Pero no es que les hubiera puesto otro nombre, sino que simplemente se equivocaba. Cuando lo hacía, nuestra madre siempre parecía algo confusa, y después profundamente triste, como si tuviese el cuerpo entero envuelto en sombra.

Un día que llamó incluso dos veces Pequeño a Pensador, éste me dijo después, antes de dormirse: «Creo que antes de que llegáramos nosotros tuvo otra camada de cachorros. Al otro lado del río. En la ciudad. Y que murieron todos». A partir de ese momento no pude evitar pensar eso cuando por la noche nuestra madre contemplaba las luces de la ciudad desde un montículo del vertedero.

—Ven conmigo —le dije al extraño, y eché a andar.

Al cabo de unos pocos pasos me di cuenta de que con la pata herida sólo podía cojear. Me amoldé a su ritmo, y siempre iba dos perros por delante. Me paré a pensar qué sería mejor para él: ir recto por las lomas o bordearlas por abajo, aun cuando el camino fuese más largo así. Nada más pensarlo, me sorprendí a mí misma: ¿por qué me calentaba la cabeza? Yo era quien lo guiaba, él tenía que seguirme. De manera que escogí el camino recto y él vino detrás sin quejarse, aunque, con la pata mala y el calor, seguro que le costaba lo suyo. También yo empecé a jadear en cuanto salimos de la sombra e iniciamos la subida por las lomas, en las que el sol caía a plomo. El extraño no dijo nada en todo el rato y yo también iba en silencio. De ese modo no tenía que seguir mintiéndole.

Tras salvar tres montañas de basura, el perro negro se detuvo en la sombra. Yo tendría que haberlo espoleado, a fin de cuentas era la líder, pero también me alegré de poder hacer una pausa para tomar aliento.

—Me llamo Max —anunció cuando menos me lo esperaba y con la contundencia de un perro que únicamente había tenido un nombre en la vida.

—¿Qué significa Max? —quise saber, pues nunca había oído esa palabra.

—Sólo es mi nombre.

—Pero algo significará.

—Es sólo el nombre que me dio mi ama.

—¿Tu ama? ¿Te refieres a tu madre? —pregunté mientras me ponía en movimiento de nuevo, si bien ahora íbamos a la par.

—Mi madre no me dio ningún nombre —repuso.

—¿Es que murió al nacer tú?

Nuestra madre nos había dicho a Canción y a mí que eso pasaba a veces. A diferencia de Canción, a mí su advertencia no me inspiró ningún miedo. Estando mutilada como estaba, no habría ningún perro que quisiera tener descendencia conmigo.

—No, mi madre estaba sana como una manzana —contestó el extraño de nombre raro—. Nos dijo: «Tengo muchos hijos, y me veo obligada a separarme de todos. Por eso no os quiero poner nombre».

Sonaba terrible, y no tenía ningún sentido, lo que hacía que fuese más espantoso aún.

—¿Qué pasó con los cachorros de tu madre? —quise saber.

—A mí me dio a mi ama.

—Todavía no me has dicho qué es un ama.

—¿No sabes lo que es un ama?

—No, ¡caramba!

—La persona que se ocupa de mí —replicó el extraño, como si fuese lo más natural del mundo.

¿De qué rayos hablaba? ¿Una madre que daba a sus hijos? ¿Una persona que se ocupaba de él? Todo era una locura. El sol debía de haberle afectado más de lo que yo pensaba. Lo miré a los ojos, pero su mirada no era la de un loco, sino clara. Por lo menos más clara que la de mi madre cuando llamaba a mis hermanos por el nombre que no era o, en sus últimas noches, cuando aullaba esos nombres al cielo nocturno: Pequeño, Lobo, Bailarina, Cristal.

Nuestra madre le había dado un nombre a su primera camada. Y a nosotros también. Mi madre me quería. Por lo menos la mayor parte del tiempo. Quizá incluso hasta el final. Eso si los dolores que la consumían no habían matado todo el amor que había en ella, algo que ni en mis peores

momentos quise creer.

—¿Qué te pasó en el ojo? —preguntó el extraño.

—Eso no es asunto tuyo —le espeté.

—Debió de dolerte mucho —observó compasivo.

Compasivo. Lo que no había sido ninguno de mis hermanos. Ni siquiera Primogénito cuando me llevaba el agua. Lo único que no quería era que yo muriese antes que nuestra madre, me hablaba del orden natural de la muerte, que había que mantener. Tampoco habría querido yo esa compasión, y la del extraño me cabreó, porque me hacía sentir débil, ¡y yo no era débil!

Volví a adelantarme, en silencio, confiando en que el perro negro siguiese mi ejemplo y no hablara más. Cuando volvió a hacerlo, casi fue como si con su compasión hubiese cobrado fuerzas.

—¿Qué te pasó en el ojo?

—Ya te he dicho que no es asunto tuyo —le ladré.

—No quería que te enfadaras. Perdona.

¿Perdona? Cuando uno mete la pata, se calla como un perro. Pedir perdón era una muestra de debilidad, como gemir cuando se sentía dolor. Me entraron ganas de dejar allí mismo a ese blandengue, y a ver cómo se las apañaba con las ratas. O con Rayo.

—¿Y tú cómo te llamas? —se interesó.

Resoplé con desdén.

—¿Es que no quieres decírmelo?

—¿No eres capaz de adivinarlo?

—No —repuso sorprendido.

—Cicatriz —resoplé, con mayor desdén aún.

Ahora en sus ojos había más compasión incluso. Para que no dijese nada, gruñí, y subimos la última montaña de basura en silencio. Cuando ya se podía oler el agua, el extraño musitó de pronto:

—Gracias.

—¿Gracias?

Pensador había sido el último que se había mostrado agradecido conmigo. Fue la noche en que descubrió que nuestra madre había tenido otros cachorros antes que nosotros y los había perdido. Aunque era una noche de

verano cálida, Pensador me preguntó si podía acurrucarse conmigo, y yo le dejé. Lo que no le dije es que esa noche yo también necesitaba su cercanía.

—Me has salvado la vida —continuó el perro negro, y su voz grave se volvió tierna, lo cual me gustó, aunque en realidad tendría que haberlo considerado una muestra más de debilidad. Y después añadió entristecido—: Nunca había visto a unos pequeños humanos así.

—Pues son los únicos que yo conozco —repliqué.

—Lilly es muy distinta.

—¿Lilly? —Otro nombre curioso; como Max, del que seguía sin saber qué significaba y además no sabía pronunciarlo bien.

—La niña que vive en nuestra casa.

Casi no me lo podía creer. ¿El perro negro vivía en una de las casas de los humanos? ¿Esas cajas grandes que veíamos desde los montones de basura más altos y que por la noche daban luz hasta que en algún momento se apagaban?

—Lilly es buena y siempre me deja dormir en su cama, aunque mi ama no quiere que lo haga. —Su voz sonó más tierna aún—. Pero en realidad sí que quiere, porque por la noche Lilly tiene pesadillas, y cuando duermo con ella no las tiene. Cuando mi ama me echa de la cama de Lilly, me tumbo delante. Y cuando mi ama se va de la habitación vuelvo a subir. Creo que lo sabe y me deja, porque no quiere que Lilly tenga miedo cuando duerme.

Yo casi no entendía nada. *Cama* probablemente fuera una especie de sitio donde dormían los pequeños humanos. Y al perro negro le caía muy bien Lilly. Hasta ahí la cosa estaba clara. Pero ¿por qué no dormía el perro con otros perros, sino con humanos? ¿Por eso tenía ese olor tan dulzón? Ahora que ya no le sangraba la pata y poco a poco empezaba a desprenderse de ese sudor frío que le provocaba el miedo, yo percibía restos de un olor muy dulce que sólo conocía de esos botecitos de plástico que los humanos tiraban a la basura y en los que había restos de un líquido denso, que unas veces era azul cielo y otras rosa. ¿Había desgarrado el extraño un botecito de éstos con los dientes y se había revolcado en él? ¿O quizá los humanos le habían frotado con su contenido? Y lo que era mucho más raro aún: ¿cómo podía vivir un perro con humanos y que además le gustara?

Llegamos a la cima del montón de basura y vimos el río, que se extendía más abajo. En otoño e invierno el agua corría veloz, pero ahora estaba tranquila. Nosotros, los hermanos, no solíamos beber en él. Entre las montañas de basura había bastantes charquitas creadas por la lluvia, e incluso en verano, cuando el calor las reducía, el agua que quedaba bastaba para todos. A veces también bebíamos a lengüetadas zumos dulces y pegajosos de botellas que no estaban vacías del todo. Algunos de esos zumos eran un placer, pero otros nos daban dolor de barriga. Ya de pequeños aprendimos a distinguir cuáles eran los buenos.

Hacía no muchos veranos, la loma por la que bajaba yo ahora con el extraño ni siquiera existía. El vertedero se había acercado mucho al río. ¿Acabaría enterrándolo algún día?

—Tenemos que ir ahí abajo —informé al perro negro.

Eché a correr para no tener que seguir escuchando su confusa cháchara sobre Lilly y la cama y el ama. Ya no era preciso que tomase en consideración su cojera, pues a fin de cuentas veía adónde tenía que ir.

Al llegar al río, lo primero que hice fue saciar mi sed. El agua era más clara que la de los charcos, aunque arrastraba basura y por encima revoloteaban pequeñas moscas. En otoño e invierno eran vasos de plástico y latas, y ahora, en verano, eran bolitas de plástico que parecían no hundirse nunca, a diferencia del papel blanco y los cartones de colores, que se empapaban y se iban al fondo. Como nos pasaría a nosotros, los perros, si éramos lo bastante insensatos para meternos en el río.

El extraño vino donde estaba yo y se puso a beber deprisa, hasta saciar también la sed. Después, con los negrísimos ojos brillantes, me preguntó:

—¿Por qué no te metes?

—¿Que me meta en el agua?

—Claro. Yo daría lo que fuera por poder nadar. Si no me escociera tanto la pata, ya estaría dentro —contestó, y por primera vez pareció un poco alegre.

¿Nadar? ¡El perro negro debía de estar loco!

—Túmbate ahí.

Le señalé una mata no muy lejos de la orilla. En nuestro lado del río era

lo único verde que crecía en el polvoriento suelo. En el otro lado había un matorral.

El extraño me hizo caso y se tumbó bajo el arbusto, con las patas un tanto recogidas, como si fuera a salir corriendo de un momento a otro. Acto seguido preguntó:

—Y mañana me llevas con Lilly, ¿vale?

—Claro —volví a mentir antes de que cerrara los ojos.

Todavía no quería confesarle la verdad. Lo haría al día siguiente.

## 4

El sol se estaba poniendo sobre el vertedero cuando volví con nuestra manada, con el hambre y la sed saciadas. Ninguno de mis hermanos me hizo el menor caso, a excepción de Rayo, que resopló decepcionado. Posiblemente le hubiese gustado que me hubiera comido algo venenoso sin querer. Como le pasó a nuestro segundo hermano, Rasca, al que nuestra madre llamó así porque de cachorro siempre le clavaba con especial fuerza las uñas en la barriga al beber leche. Un día nos encontramos a Rasca muerto y con espumarajos sanguinolentos en la boca junto a lo que quedaba de un trozo de carne que olía amarga. Por el basurero siempre había trozos de carne como ésa. A veces veíamos cómo los humanos que descargaban la basura tiraban esos amargos manjares venenosos por ahí. Ojalá el extraño no fuera tan tonto como para comerse uno cuando se despertara.

Mis hermanos —Rayo, Pensador, Primogénito y Canción— disfrutaban de los últimos rayos de sol sobre un montón de bolsas de basura llenas hasta reventar. Me detuve a cierta distancia. Sólo me tumbaba con ellos cuando hacía mucho frío y necesitaba su calor a toda costa. Ese día me echó para atrás, como tantas otras veces, el acre olor de su desprecio. En el caso de Rayo, siempre había sido fuerte; en el de los otros, se volvía más intenso con cada día que pasaba. Mi cicatriz les recordaba que su propia carne era vulnerable, que la vida no era eterna, y eso era algo que no podían soportar.

Pensador ya me había preguntado en primavera por qué no me iba con otra manada. No lo dijo con mala intención, sencillamente le parecía lógico.

Aunque Pensador era el más listo de nosotros, al plantearme esa pregunta pasó por alto una cosa: ninguna otra manada habría aceptado a una lisiada como yo.

Como todas las tardes, Canción se puso a entonar una historia. Con frecuencia cantaba sobre aquellos días lejanos en que los primeros perros luchaban contra los primeros lobos. En una batalla que parecía no tener fin, ambas manadas sufrieron numerosas bajas, y posiblemente ninguno de ellos hubiese sobrevivido de no haber hecho un pacto el padre lobo con la madre perro durante una reunión secreta. A la luz de la luna, acompañados únicamente por sus más íntimos colaboradores, intercambiaron a sus primogénitos. La madre perro acogió en su familia al hijo lobo, y el padre lobo, a la hija perro en la suya. De ese modo se aseguró la paz, ya que si una manada hubiese atacado a la otra, los primogénitos habrían muerto. Así, la hija perro y el hijo lobo crecieron en una familia que no era la suya y aprendieron a quererla. Cuando fueron lo bastante mayores se convirtieron en los líderes de sus nuevos compañeros y forjaron una paz eterna engendrando cachorros juntos. Canción entonaba las antiguas historias con pasión. A veces también relataba cómo fueron los comienzos de nuestra madre en el vertedero; cómo se negó a unirse a otras manadas y resistió a los reclamos de los machos.

A Rayo no le gustaban las historias que hablaban de nuestra madre. Habría preferido que Canción le regalara poemas épicos que cantaran sus alabanzas, pero por el momento su vida no estaba tan llena de acciones valerosas como la de nuestra madre. Él no había encontrado un nuevo hogar para nosotros, como había hecho ella, ni tampoco había tenido que defender nuestro territorio de otros líderes. La mayor de sus peleas la había librado contra su propia hermana. Por las noches, cuando yo estaba tumbada apartada del resto, a veces oía que Canción, para complacerlo, le cantaba esto último. En cuanto empezaba, me iba aún más lejos, a otra montaña de basura, donde el viento no me llevara sus melodías.

—¿Qué queréis que os cante hoy? —preguntó Canción.

El primero en responder fue Primogénito:

—Canta algo sobre las estrellas.

Las estrellas. Me encantaba que Canción se centrara en ellas. Cuando un perro moría, su corazón subía al cielo y se convertía en una estrella. Con el triste lamento en *staccato* propio de los perros, Canción entonó la historia de la estrella que buscaba a su amor:

*Pata amaba a Oreja Negra,  
Oreja Negra amaba a Pata.  
Pata murió,  
Oreja Negra aulló.  
Cada noche, ésta contemplaba las estrellas,  
quería reunirse con su amor.  
Pero Oreja Negra envejeció  
sin Pata.  
Cuando finalmente Oreja Negra murió,  
en el cielo resplandecía una estrella nueva.  
Pero ninguna de las estrellas que había a su lado  
era Pata.  
Preguntó a la estrella vecina:  
¿Conoces a Pata?  
La estrella respondió:  
Busca a la estrella que más brille para ti.  
Oreja Negra miró a su alrededor,  
escudriñó el cielo entero.  
Entre todas las estrellas había una que  
resplandecía más.  
Era Pata.  
Y ahora era ella la que más brillaba.  
Quería ir con él,*

*pero Oreja Negra era una estrella  
y no se podía mover.  
Sólo podía brillar para su amor.*

Los aullidos de Canción resonaron en el crepúsculo. Sin despedirme de mis hermanos, me fui de allí. Tampoco ellos me dieron las buenas noches. Nunca lo hacían.

Me tumbé en el otro lado de la loma entre dos bolsas de basura y me puse a contemplar la estrella que más brillaba. La que brillaba para la otra estrella, a la que tanto quería. Estaba sola, sí, y sin embargo yo la envidiaba, pues nunca conocería un amor así. Ni siendo perro ni siendo estrella.

Miré la ciudad. Las luces de las casas no brillaban tanto como las estrellas, pero en cambio tenían una gran variedad de colores. Puede que el extraño viniera de allí, de alguna parte. Allí debía de vivir con la tal Lilly, la pequeña humana que era tan importante para él. Me pregunté detrás de qué luz se escondería su casa. Y eso que por lo general lo único que me preguntaba era qué estrella sería nuestra madre.

## 5

Aunque el sol no llevaba mucho tiempo en el cielo, ya hacía calor. Mientras yo salvaba la última montaña de basura camino del río, no corría ni una gota de aire. No notaba olores del extraño. Preocupada —mucho más de lo que debería haber estado—, me pregunté cómo habría pasado la noche. ¿Habría tenido que defenderse de las ratas? ¿O quizá habría sucumbido a la infección?

Al llegar a la cima de la loma por fin olí al perro negro. Ya noapestaba a miedo, ni tampoco a sangre fresca; sus heridas se estaban curando bien. Después también lo oí: estaba bebiendo agua del río. Por último, cuando ya casi había llegado abajo, se activó mi sentido menos desarrollado y vi que el extraño se volvía hacia mí. Al parecer también se había percatado de mi presencia. Dio unos pasos hacia donde yo estaba; ya no cojeaba. Nada más alcanzarme me olfateó. El día anterior no lo había hecho porque estaba demasiado débil, pero ahora parecía despierto y fuerte y quería saber con quién tenía que vérselas. Cuando se separó de mí, ladeó ligeramente la cabeza, como si no supiera muy bien qué pensar. Esperé a que dijera algo, pero guardaba silencio.

—¿Cómo has pasado la noche? —le pregunté.

Contaba con que quizá me mencionara a las ratas o me hablase de los dolores que había tenido, pero lo que dijo fue:

—He soñado contigo.

—¿Conmigo?

—En nosotros.

El perro negro parecía igual de sorprendido que yo. Más aún, parecía confundido. Directamente turbado.

—¿En cómo te salvé de los pequeños humanos? —quise saber—. ¿O en cómo te traje hasta aquí?

Cuando yo soñaba solía hacerlo con cosas que habían sucedido ese día, muy pocas veces con algo ocurrido tiempo atrás. Como cuando aún era un cachorro y una corneja gris quiso quitarme un trozo de pan mohoso. Le di tal patada en un ala que ya no pudo volar más. Sus chillidos todavía me perseguían alguna noche.

—He soñado con otra cosa.

¿Qué otra cosa? Pero si no habíamos vivido nada más juntos.

—A nuestro alrededor había nieve por todas partes, mucha nieve.

—¿Mucha nieve? ¿Cómo es posible? —exclamé extrañada.

Los copos que caían en invierno en el vertedero, si es que caían, se convertían en agua en el acto.

—En mi sueño nevaba desde hacía días. Teníamos el pelo completamente blanco. La nieve me llegaba por las rodillas, y a ti casi hasta la barriga. Las ramas de los árboles se doblaban bajo su peso. Y esos árboles eran los más grandes que he visto en mi vida. Medían cien perros de alto.

Yo sólo había visto árboles de lejos. Los distinguía vagamente desde los montones de basura más altos, pero ninguno daba la impresión de medir, ni con mucho, cien perros de alto.

—Corríamos por la nieve.

—¿Perseguíamos algo?

—Nos perseguían a nosotros.

—¿Quién? —quise saber.

—Un humano.

De repente el perro negro volvió a oler a miedo.

—¿Qué humano?

—Tenía una cabeza de cuervo.

—¿Era un cuervo?

—Tenía una cabeza de cuervo. No era una cabeza de verdad. El humano

llevaba una máscara de metal, y en el largo pico escondía pétalos perfumados: rosa, fresa, lila.

Unos olores que yo no conocía.

—Los aspiraba para no tener que soportar el hedor de los muertos. Y olía a odio.

—Yo nunca he olido nada en un sueño.

—Ni yo —repuso en voz baja el perro negro—. Y tú..., tú llevabas...

—Yo llevaba ¿qué?

—Tú llevabas a nuestros cachorros en el vientre.

Fue como si me asestaran un golpe. Cachorros. Nunca me había planteado tenerlos. Era Cicatriz. Y ahora este perro soñaba que yo tenía cachorros. Con él.

—La primera vez que oímos al humano de la máscara de cuervo fue en una callejuela de la ciudad en la que vivíamos. Era la única persona que parecía no tener miedo, aunque la peste hacía estragos. Como si a él no pudiera hacerle nada.

Deduje que la peste era una enfermedad similar a la que le había segado la vida a nuestra madre.

—Se detenía ante nosotros, iba a caballo. Tenía la voz metálica, por la máscara.

—¿Qué dijo?

—«Primero os quitaré a vuestros hijos y después os quitaré la vida.»

Por un momento tuve la sensación de que algo me daba patadas dentro del vientre.

—Luego sacó un cuchillo largo y afilado. Yo me puse delante de ti: quería protegerte y proteger a nuestros futuros cachorros. El humano profirió una risotada metálica y dijo: «¡Corred!». Y echamos a correr. Para salvar la vida. Para salvar la de nuestros futuros hijos. Enfilamos a la carrera las callejuelas de la ciudad, dejando atrás cadáveres llenos de bubones negros de los que salía pus, y llegamos a la muralla de la ciudad. La puerta estaba abierta de par en par, los centinelas habían abandonado el lugar hacía tiempo. A diferencia de nosotros, ellos no sospechaban que las portadoras de la enfermedad eran las ratas. Al poco de salir de la ciudad nos adentramos en el

bosque. Allí la nieve era especialmente abundante. Los copos que caían eran cada vez más densos, a lo lejos oímos el sonido de los cascos del caballo. Te dije: «No tengas miedo, Freya».

—¿Freya? —pregunté.

—Nos llamábamos de otra manera. Yo me llamaba Balder. El alfarero con el que vivíamos hasta que la peste lo mató nos había puesto nombres de dioses. De dioses antiguos.

Yo no sabía qué eran los dioses, y a diferencia de todas las demás palabras que utilizaba el perro negro, no fui capaz de intuir su significado.

—También éramos distintos —prosiguió—. Tú tenías el pelo largo y marrón oscuro, y los dos ojos.

Sentí el vacío del ojo como hacía mucho.

—Y yo era un ovejero.

El perro negro pronunció la palabra de tal forma que casi fui capaz de imaginar cómo era un perro ovejero.

—No éramos nosotros... y sí lo éramos.

—No entiendo nada.

—¿Y crees que yo sí? —ladró—. ¡No ha sido un sueño normal! ¡Yo nunca he soñado esas cosas!

Se apartó un poco de mí y se sacudió, como si quisiera librarse del recuerdo del sueño.

—Tenías mucho miedo, Freya...

Me llamaba por el nombre que yo tenía en su sueño.

—... y yo tenía un miedo enorme, mucho más que ayer con los pequeños humanos. Nunca había sentido tanto miedo.

El perro negro ahora desprendía el olor de su sueño por cada uno de sus poros. Olía a un miedo que hedía a madera carbonizada.

—Nos abrimos paso a duras penas por la tormenta de nieve, adentrándonos cada vez más en el bosque. Y detrás de nosotros oíamos los cascos del caballo, que hollaban la nieve con suavidad. De manera regular. Sin prisa. Como si el humano cuervo tuviese todo el tiempo del mundo. El cielo pasó del gris oscuro al negro, y tú te hundías cada vez más a menudo en la nieve. Y yo te daba empujoncitos para que continuases. «Freya —te decía

—, Freya, no puedes rendirte.» Pero estabas tan débil que te tumbaste en la nieve y murmuraste: «No puedo». Y yo ladré: «¡Tienes que seguir! Por nuestros cachorros». Y al final te levantaste con la fuerza que sólo puede tener una madre. Seguimos corriendo más y más, más y más, y de pronto nos dimos cuenta de que no oíamos... nada. Ni los cascos del caballo ni al humano con la máscara de cuervo. Tampoco lo oíamos. Agotados, nos tumbamos debajo de un árbol, en la nieve. Tenías el vientre contra el mío, y yo notaba cómo latía el corazón de nuestros cachorros.

Volví a sentir las patadas en el vientre, esta vez con más fuerza.

—Aunque estábamos a punto de morir, me sentía más dichoso que nunca por haberte encontrado.

Me dirigió una mirada radiante. Nunca un perro me había mirado así, aunque en realidad no me miraba a mí, sino a la Freya de su sueño.

—Pero nada más cerrar los ojos, volvimos a escuchar los cascos del caballo. Al de la máscara de cuervo no le hacía falta una nariz de perro para olfatearnos: le bastaba con seguir nuestras huellas en la nieve. E iba sin ninguna prisa, porque sabía que las fuerzas nos acabarían abandonando. Así era como jugaba con nuestras esperanzas. Tú, en lugar de desesperarte, infundías valor a los cachorros en tu vientre: «Todo irá bien. Mamá está con vosotros, y papá también». Quería ser tan fuerte como tú, así que me levanté de un salto, dispuesto a defender a mi familia. Pese a que el viento me daba en la cara y la nieve me azotaba el morro, me llegó el olor del humano. El cuero de su falso pelaje. Los agradables aromas de su falso pico. Rosa, fresa, lila. El odio que nos tenía, que yo no entendía a qué se debía. Era como si el odio nos quemara a pesar del frío... ¡Era un odio abrasador! ¿Entiendes?

Quizá debería haberle dicho al perro negro que sólo era un sueño, pero él no tenía esa sensación, y yo tampoco.

—Ahora también veía a nuestro perseguidor, que avanzaba hacia nosotros despacio, entre los árboles, a lomos de su montura. Su máscara de cuervo, su cuerpo robusto, su pelo largo, todo cubierto de nieve. Me levanté de un salto y ladré con todas mis fuerzas. El caballo se encabritó asustado y quiso salir corriendo, pero el humano cuervo lo obligó a apoyar las patas en el suelo. Ahora tu respiración era más tranquila, parecías aletargada. Por lo menos

morirías durmiendo. Pero aún no era demasiado tarde. Aún estábamos vivos. El humano cuervo se bajó del caballo y se sacó un cuchillo del cinto. Sus ojos brillaban tras las aberturas de la máscara. Yo clavé la vista en su cuello, que quedaba al descubierto. Con cada paso que él daba, yo iba tensando las patas, preparándome para saltar. A mi pesar, el humano no olía a miedo. Tan sólo a la mezcla de odio y aromas que salían de su máscara. Rosa, fresa, lila. Empecé a correr tan deprisa como pude y di un salto. Grande. Como no había saltado nunca. El humano cuervo se quedó completamente quieto cuando yo me abalancé sobre él con la boca abierta. Efectuó un movimiento rápido con el brazo y me abrió el vientre con el cuchillo en pleno salto. Caí al suelo, y las tripas se me salieron del cuerpo, la sangre se mezclaba con la nieve.

»Después el humano cuervo se acercó a ti, se inclinó y te dijo: “Despierta, pequeña”. Aunque metálica, su voz sonaba cariñosa, casi como si fueses una vieja amiga suya. No le contestaste. Te zarandéo, pero en lugar de alzar la voz, te dijo muy bajito: “Tu amor se está desangrando”. La preocupación que sentías por mí hizo que abrieras los ojos. “Balder”, susurraste. Yo quería responder, pero no pude, respiraba con dificultad. Insististe, alzando un poco la voz: “Balder”. El humano cuervo te clavó el cuchillo en el vientre. El sonido fue horrible. Tú no gritaste, tan sólo gemiste, pero no de dolor. Era por tus cachorros, por nuestros cachorros. Olí su sangre, y la tuya. Y me olió a fresa, a rosa, a lila. El humano se irguió. No terminó lo que había empezado, quería que los dos nos desangráramos en la nieve, a escasos perros de distancia el uno del otro pero sin que pudiéramos estar juntos.

«Como las estrellas —pensé yo—. Como las estrellas.»

—Después el humano cuervo fue hacia su caballo, montó y se despidió de nosotros diciendo: «Volveremos a vernos».

—¿Volveremos a vernos?

—Eso tampoco lo entiendo. ¿Cómo íbamos a volver a vernos? ¡Era imposible! Morimos miserablemente en la nieve. Después desperté. Aquí, en la mata. Y me temblaba el cuerpo entero. Casi tanto como ahora.

En efecto, el perro negro temblaba, y yo también. Eran muchas las cosas que no había entendido del sueño: qué era un cuchillo, o fresa, rosa, lila; o por qué el perro negro era capaz de percibir olores en un sueño; por qué creía

que Freya era yo, pero, sobre todo, no entendía cómo es que en el sueño nos queríamos. Si yo hubiese querido o podido querer a alguien sin duda no habría sido a un perro tan blandengue. Y, sin embargo, su sueño parecía más real que cualquiera de las historias que cantaba Canción, más incluso que las que hablaban de nuestra madre y que sabíamos que eran verdaderas porque algunas las habíamos vivido nosotros.

—«Volveremos a vernos.»

El perro negro repitió en voz alta las últimas palabras del humano, como si quisiera seguirles el rastro, desentrañar la amarga promesa que encerraban.

—Sólo ha sido un sueño —traté de calmarlo, y de calmarme yo.

—Sólo un sueño —repitió él con voz queda, casi suplicante.

—No hay ningún humano con una máscara de cuervo.

A eso no me respondió.

—Tú no eres Balder, yo no soy Freya. Somos Max y Cicatriz.

Después de lo que habíamos vivido, aunque en realidad no lo habíamos vivido, él ya no era para mí «el extraño» o «el perro negro», sino Max.

Y Max repitió mis palabras:

—Max y Cicatriz.

## 6

Nos quedamos escuchando el eco de nuestros nombres. Hasta que lo único que se oía era nuestra respiración y una brisa incapaz de mitigar un calor que ya era insoportable incluso por la mañana. De repente olí que mi hermano Rayo se acercaba por el otro lado de la loma.

—¡Corre! —ordené a Max.

—¿Por qué?

—Es mi hermano —repuse—. Si te ve, te hará daño.

—¿Daño?

—Mi ojo.

Max entendió lo que quería decirle.

—¿Y tú qué piensas hacer?

—Yo..., yo me apaño —respondí, aunque no acababa de creérmelo.

—¿Quién es ese extraño? —gruñó Rayo cuando llegó a lo alto de la loma.

—¡Que corras, te digo! —volví a ladrar a Max.

Pero él se quedó donde estaba, como si quisiera protegerme, como Balder a su Freya en el sueño.

—Nos has traicionado, hermana —gruñó Rayo, y bajó la loma a la carrera.

Llevaba mucho tiempo buscando un motivo para matarme y ahora por fin lo había encontrado. Me destrozaría el cuello y después les diría a nuestros hermanos que me había pasado a una manada que quería hacerse con nuestro territorio.

—Déjala en paz —le soltó Max.

Mi hermano avanzaba hacia nosotros con ganas.

—¿Quieres pelea? —ladró.

En lugar de contestar, Max retrocedió hacia el río. En su sueño había peleado. En vano, pero lo había hecho. Pero ni él era Balder ni yo Freya. Éramos Max y Cicatriz. Cada uno, a su manera, mucho más débil que Rayo.

—¡Déjalo! —ladré a Rayo en el tono más amenazador que pude.

—¿O qué? —gruñó él. Su fuerte aliento me daba en la cara.

—No le hagas daño —pidió Max en voz baja desde el río; suplicaba por mí, no por él.

Rayo se volvió hacia Max.

—¿Tú quién eres? ¿Está tu manada cerca? —quiso saber.

Max retrocedió un poco más, ahora tenía las cuatro patas metidas en el agua.

—No —se burló Rayo—. Si tu manada estuviera aquí, no te estarías meando de miedo.

Mataría a Max y después me sacaría el ojo que me quedaba. De puro miedo lo cerré y me entraron ganas de aullar. Podría aguantar cualquier cosa, lo que fuera, pero volver a sentir ese dolor, eso no.

Oí que Rayo se acercaba al río. Despacio. Sin correr. Max siguió reculando, el agua ya le llegaba por las rodillas. Mi hermano se detuvo en la orilla; a fin de cuentas, nuestra madre nos había enseñado que el agua era la muerte.

—Hermana —pronunció la palabra con desdén, casi como si la hubiera escupido—, eres una traidora.

El ojo me temblaba tras el párpado cerrado.

—Tu ojo bueno... —gruñó Rayo.

No hizo falta que dijera más para darme a entender lo que pretendía hacerme. Estábamos en verano, yo no sobreviviría a una herida. Rayo escarbó en la arena con las patas delanteras, listo para atacar. Max jadeó, y las patas delanteras se movieron en el agua.

¡El agua!

Se me pasó por la cabeza algo que me había dicho mi hermano Pensador:

quizá nuestra madre nos advirtiera del peligro que entrañaba el río porque no quería que lo cruzáramos y fuésemos a esa ciudad en la que a ella le habían pasado tantas cosas terribles. Así que quizá nuestra madre nos había mentido. Quizá los perros podían sobrevivir en el agua. Max, desde luego, no le tenía ningún miedo. Y yo no tenía nada que perder.

Di unos pasos atrás y me metí en el río. El agua me bañó las patas, refrescándolas.

—Agua —se burló Rayo—. ¿Es que quieres morir ahogada?

Aunque aún no olía a miedo, la voz le temblaba un poco. Quien no lo conociese desde que era un cachorro no se habría percatado.

Oí que de repente Max venía por el agua hacia nosotros. ¿Acaso quería luchar por mí? Rayo, que así lo interpretó, se burló:

—Si eres listo, tú también preferirás morir ahogado.

Max siguió avanzando hacia nosotros.

¡El muy loco! Si peleaba, no tendría ninguna oportunidad.

Le advertí gritando:

—¡Vuelve al agua!

No lo esperé, abrí el ojo, di media vuelta y corrí al río. Max titubeó un segundo, pero después vino detrás de mí.

—Ahogaos en el agua, cobardes —gruñó Rayo desde la orilla, pero no nos siguió.

¿Acaso fue consciente de lo que yo comprendí por primera vez en ese preciso instante? ¿Que era mucho más cobarde que yo, puesto que no se atrevía a meterse en el agua?

Max me adelantó y se metió tan adentro que el agua le llegaba al morro. Pensé que se ahogaría de un momento a otro, pero se estiró, se puso a mover las cuatro patas y... ¿no se hundía?

Me quedé en el sitio, pasmada. De pronto pensé que, en efecto, era posible no ahogarse en el agua. Nuestra madre nos había mentido.

—Vuelve —ladró mi hermano—. Deja que el extraño se ahogue y todo quedará olvidado.

—Cicatriz, ¡nada! —me instó Max.

Y pronunciado por él, mi nombre no parecía una herida, una mutilación o

algo por lo que no mereciera vivir, sino tan sólo un nombre como cualquier otro. Como Rasca, Pequeño, Lobo.

Quería nadar, pero ¿cómo? No podía imitar los movimientos de Max, puesto que no le veía las patas, tan sólo la cabeza, que mantenía fuera del agua. Avancé paso a paso, y de pronto mis patas delanteras perdieron el punto de apoyo y el morro se me hundió bajo el agua, que empezó a entrarme por la nariz. Para coger aire, abrí la boca: un error. El agua se me metió dentro. La vez que nuestra madre nos ordenó mantener el agua de lluvia en la boca, la pude escupir. Intenté hacer eso mismo ahora, pero con ello me entró más aún. En la barriga. En los pulmones. Fui de cabeza al fondo, que estaría a unos tres perros de la superficie. Era arenoso y en él crecían plantas verdes. Por encima de mí vi burbujas que iban hacia arriba. ¿Salían de mi cuerpo?

Traté de atraparlas con el morro mientras me hundía, pero sólo conseguí tragar más agua. Arriba vi la barriga de Max, y sus patas, que hacían movimientos pequeños y rápidos. ¿Podría hacer yo eso mismo?

Claro que primero tenía que subir. De alguna manera. Saqué las patas delanteras del fondo y acto seguido me di con el morro contra la arena. Justo delante de mí se balanceaba una planta. Otras plantas me rozaban las patas, como si quisieran acariciármelas, abrazarlas, atraerme hacia ellas para siempre.

Sobre mi cabeza, las patas de Max describían círculos: me estaba esperando. Y me llamaba, yo lo oía, de un modo extrañamente apagado. De Rayo no oía nada.

Confié en que Max acudiera en mi ayuda, aunque no sabía cómo podía hacerlo. Él se movía en círculos. No me quedaba más aire. El cuerpo entero me ardía como si fuese a explotar. Notaba que me iba quedando sin fuerzas. No quería morir. Quería ver el mundo del que venía Max.

## 7

Me puse de pie como pude en el arenoso suelo. Las plantas me envolvían las patas. Alcé la vista, me separé del suelo a la desesperada y me impulsé hacia arriba por el agua con el morro por delante. Más deprisa de lo que habría creído posible. ¿Sería eso lo que sentían los pájaros cuando volaban?

El sol relumbraba, el agua convertía su luz en estrellas danzarinas. ¿O acaso eran estrellas de verdad, sólo que distintas de las que había en el cielo? ¿Estrellas de animales que habían muerto en el agua? Si no lograba alcanzar la superficie, ¿también yo bailarían eternamente en el agua transformada en una estrella?

El resplandor me cegaba, así que cerré el ojo, convencida de que no tendría fuerzas para llegar a la superficie. De un momento a otro volvería a irme al fondo. Me ahogaría. Me convertiría en una estrella.

Entonces mi morro atravesó la superficie. Abrí el ojo y cogí aire.

—¡Mueve las patas! —me animó Max, que ya no sonaba apagado, aunque yo aún notaba el murmullo del agua en los oídos.

Empecé a mover las patas. Primero torpemente, después cada vez mejor.

—Muy bien —alabó Max, que podría haber nadado más deprisa pero se adaptó a mi ritmo.

Poco a poco recuperé el sentido del olfato. De la orilla me llegó un olor que me decía que la ira ciega de Rayo se había desvanecido. ¿Acaso sentía alivio de que no hubiese muerto?

Me daba lo mismo. Me concentré en los olores que tenía a mi alrededor:

el agua, el pelo mojado de Max, y también había otro, agradable, que no conocía y que me llegaba sutilmente desde la otra orilla. Un aroma que hizo que mi deseo de conocer un mundo nuevo fuese mayor aún.

En el otro lado del río, Max fue el primero en volver a notar el fondo bajo las patas, y poco después también las mías tocaron el suelo. Mientras Max y yo íbamos juntos hacia la orilla y nos sacudíamos la humedad del pelo, tuve claro que nunca regresaría con mi manada. No volvería a ver a Rayo, no volvería a tenerle miedo.

## 8

Rayo ladraba, pedía que regresara con él. En el acto. Que sin la manada yo no sería nada. Sin él no sería nada. Si no regresaba, me mataría. Y daría conmigo. En cualquier parte. Fuera a donde fuese.

Alarmados por los ladridos de Rayo, mis hermanos acudían desde todos los rincones de nuestro territorio; no, ahora sólo era su territorio, no el mío. Cuanto más cerca estaban, más fuerte y rabioso ladraba Rayo. Soltaba gallos, su voz era cada vez más aguda, y sus palabras apenas tenían sentido. El hecho de que yo no lo obedeciera lo estaba volviendo medio loco. El instinto le decía que no iba a ser un líder tan fuerte como antes ahora que su hermana no sólo se había atrevido a desobedecer sus órdenes, sino que además abandonaba la manada porque creía que ahí fuera le esperaba una vida mejor sin él. ¿Cuánto tardaría alguno de sus otros hermanos en acariciar ideas parecidas?

Seguro que sería Pensador el que ocuparía mi sitio en el orden jerárquico. Primogénito era demasiado fuerte; Canción, demasiado encantadora; pero mi hermano Pensador, inteligente aunque por desgracia no muy fuerte, siempre le daba a Rayo la sensación de que era superior a él intelectualmente.

Cansados de tanto nadar —Max no tanto, pero yo mucho— nos dirigimos hacia un grupo de arbustos. Tenía las patas mojadas y rebozadas en arena, pero el sol ya empezaba a secarme el pelo. Max se sacudía más a menudo que yo, su largo pelaje negro aún tardaría un buen rato en secarse. El agradable olor que había percibido antes se volvió más intenso, pero yo seguía sin saber

de dónde venía.

Al otro lado del río, Primogénito y Canción llegaron a la última elevación que se alzaba junto al agua. De un momento a otro verían al perro negro extraño y se quedarían más pasmados aún cuando se dieran cuenta de que su hermana, la supuestamente débil Cicatriz, había logrado hacer algo que ellos jamás osarían: cruzar el río.

¡Era la más valiente de todos!

O sólo la más desesperada.

Quizá el valor y la desesperación fuesen dos caras de la misma moneda. Sin embargo, en las historias de Canción los héroes nunca parecían desesperados. ¿Y si Canción no entendía realmente las historias que cantaba y retrataba mal a los héroes? La madre perro dio a su hija y el padre lobo a su hijo para que se instalara la paz entre las manadas. ¿Cuál sería su grado de desesperación para llegar a sacrificar a sus hijos por la paz?

Para entonces, los ladridos de Rayo empezaban a ser roncos. ¿Debía despedirme de mis hermanos? Pero ¿qué podía decirles? ¿Que os vaya bien?

Con ello quizá incitara a Pensador a venir conmigo, lo cual sin duda sería mejor para él que ocupar mi lugar en la manada. Y ciertamente un perro astuto como él podía sernos muy útil a Max y a mí en nuestro viaje. Tal vez Pensador incluso pudiera ayudarme a cumplir la promesa que yo le había hecho a Max de llevarlo a casa. ¿Cómo iba a lograrlo yo sola?

Pero, por una parte, Pensador nunca había hecho nada para ayudarme. Y, por otra, pondría en peligro su vida, pues Rayo no permitiría que se marchase otro miembro de la manada, ya que ello la destruiría y, de paso, también su imagen de líder.

Pensador se detuvo en la cima del montón de basura mientras Primogénito y Canción se unían a Rayo en la orilla y me pedían, junto con él, que no dejase la manada, que a nuestra madre no le habría gustado que lo hiciera.

Su desesperación acallaba los ladridos, para entonces broncos, de Rayo. El único que no aullaba era Pensador. Había comprendido la situación de inmediato. Entendía que yo nunca iba a regresar. Por eso, con una amabilidad en la voz que hacía mucho que no oía a ninguno de mis hermanos, ladró:

—Que tengas suerte, pequeña Cicatriz.

Pequeña Cicatriz. Por lo general me habría puesto hecha una furia, pues no quería que me consideraran pequeña, nunca, pero esta vez me llegó al alma. Sentí amor por parte de uno de mis hermanos. En el instante de la despedida.

Rayo gruñía. No a mí, sino a Pensador. Se sentía traicionado. Pensador debería haberme pedido que me quedara. O incluso haberme amenazado con matarme, como el propio Rayo. Pero en lugar de hacer eso me mostraba un amor que nunca le había expresado a él. Al fin y al cabo, ninguno de nosotros lo quería. Admirado por su velocidad, sí. Temido, desde luego. Obedecido, por supuesto, cualquier otra cosa habría sido demencial. Pero ¿querido? Ni siquiera un poco.

Y Rayo se vengaría de Pensador por esa insubordinación. No inmediatamente, pero sí en algún momento. Ya que no tenía el amor de sus hermanos, siempre podía seguir intimidándolos. Eso no lo haría feliz, pero sí le proporcionaría sensación de poder. Peor que el amor, mejor que la debilidad.

No podía contestar a Pensador, por mucho que lo deseara. Así que no dije nada y seguí a Max hacia los matorrales. Mis hermanos dejaron de vernos, y poco después, de oírnos, y cuando finalmente también dejaron de oírnos, dije en voz baja:

—Que tengas suerte, pequeño Pensador.

## 9

Posiblemente, Max no entendía lo que pasaba con mis hermanos. A fin de cuentas, él sólo había tenido hermanos cuando era un cachorro, y lo más probable era que no se acordase. Hacía escasos momentos yo lo había envidiado por no tener que sufrir el vacío, el odio o incluso la mutilación por parte de los propios hermanos, pero el saludo de despedida de Pensador había cambiado las cosas. «Que tengas suerte, pequeña Cicatriz.» Atesoraría en mi corazón estas palabras hasta el día de mi muerte.

Ahora Max me daba pena, ya que él nunca viviría lo que me acababa de pasar a mí: sentirme querida por un hermano. Y quererlo yo a él.

Recorrimos muchos perros de distancia por la maleza y el olor dulzón era cada vez más intenso, hasta que nos vimos delante de una planta con flores rojas, cada una de las cuales tenía cinco pétalos. Comestibles no eran, eso me lo dijo el olfato enseguida, puesto que bajo el maravilloso aroma se percibía un leve amargor dulce.

Me concentré en el olor de las flores rojas, que aspiré con ganas. Varias veces. Era uno de los perfumes más maravillosos que había olido en mi vida. En el vertedero no crecían esas plantas. Sólo malas hierbas: ortigas, cardos, algún que otro diente de león. Cada vez que cogía aire, sentía que en mi nariz despertaba a la vida algo que hasta ese momento había estado en barbecho. Ya sólo por esta experiencia valía la pena haber abandonado el vertedero. ¿Qué otras cosas fantásticas descubriría?

Max olisqueó un instante una de las flores. A él no parecían impresionarle

tanto como a mí.

Cuando llegamos a las últimas matas, yo ya tenía el pelo prácticamente seco, mientras que el de Max, largo, todavía brillaba por la humedad, y la herida que tenía en la cabeza relucía con el sol.

—¿Hacia dónde tenemos que ir? —preguntó.

Me molestó que lo único que le interesara fuese llegar a su casa; ni yo ni lo que había dejado atrás: a mis hermanos, mi manada y mi hogar. Y al mismo tiempo me sorprendió mi enfado. ¿Por qué iban a interesarle a un extraño mis sentimientos? ¿Sólo porque tenía unos sueños raros en los que él y yo estábamos juntos? ¿Por qué me importaba que hiciese causa común conmigo? ¿Porque ahora él era mi manada? ¿O el único perro de mi vida?

Salimos de la espesura y me vi delante de... No tenía ni idea de lo que tenía delante, así que me detuve.

—¿Qué pasa? —me preguntó Max.

¿Y si admitía que no sabía dónde estaba? Entonces él comprendería que no sabía cómo llegar a su casa. Que le había mentido. Y me abandonaría.

No podía quedarme sola. No después de lo que me acababa de ocurrir. Quizá al día siguiente tuviera la fuerza necesaria para afrontarlo. O dentro de dos días. Eso esperaba. Pero en ese momento no, desde luego.

De manera que traté de entender qué tenía delante: era una piedra plana. Que se extendía hasta el horizonte. A derecha e izquierda de ella crecía algún que otro arbusto, desde los cuales me llegaba un canto de insectos.

—¿Es ésta la carretera que me llevará a casa? —insistió Max.

Una carretera debía de ser algo así como un camino. Hecho por los humanos. Toqué la piedra con una de las patas delanteras: el sol le había dado y estaba calentita, era agradable. Me situé encima con las cuatro patas, y Max me imitó y me miró esperanzado:

—¿Hacia dónde vamos?

Me daba la impresión de que, por la derecha, el camino llevaba al vertedero, o al menos de esa dirección, aunque no muy fuerte, me llegaba su olor. De manera que señalé con el morro hacia la izquierda y dije:

—Por aquí.

Y me puse en camino junto con Max. Creía firmemente que nos

conduciría hasta la ciudad de la que había huido mi madre.

# 10

Los perros se habían encontrado. Lo presentía. Gracias al vínculo que unía nuestra alma. Estaba tumbada en un banco en la calle comercial de un encapotado Hamburgo. No hacía tanto calor como en aquel sitio por el que deambulé cuando inicié mi andadura por el mundo, aunque tampoco hacía tanto frío como en Irlanda, donde el último hijo que tuve murió de frío en el invierno de la gran hambruna, mientras su cuerpo ardía de fiebre. Sean. Así se llamaba, si mal no recuerdo. Tenía cinco años. Cuando lo enterré en el suelo congelado, que hube de romper con una azada, me juré que no tendría más hijos.

Los transeúntes no se dignaban mirarme; rodeaban el banco en el que estaba tumbada. Probablemente les diese asco mi hedor, quizá temiesen que fuera a pedirles limosna. A mí el dinero me daba lo mismo, no podía aliviar el dolor que sentía. Lo único que podía aliviarlo, aunque no durante mucho tiempo, era la música clásica. Cuando la escuchaba, me sentía en armonía con mi inmortalidad. Ésa era la razón de que hubiese aprendido a tocar el violín a lo largo de mis tres vidas anteriores, hasta llegar a dominarlo a la perfección en el más absurdo de todos los siglos. En mi mejor época fui primer violín en la Orquesta Sinfónica de la Radio Polaca; durante la Segunda Guerra Mundial, en los cafés del gueto de Łódź; y por último en el campo de concentración, donde cada día maldecía haber tenido una abuela judía en esa vida. Muerta de hambre y con los dedos agarrotados del frío, ponía mi arte al servicio de los oficiales del campo, hasta que un día de noviembre un oficial de las SS me destrozó la mano con un martillo porque en su opinión no se había ejecutado bien el concierto para violín en re mayor, opus 61, de Beethoven, que había interpretado la orquesta del campo. Ni que decir tiene que la crítica no hacía honor a la verdad. Lo que sucedió fue que el de las SS había vuelto a beber demasiado alcohol para hacerse mínimamente cargo de sus actos.

Mientras recordaba el martillazo, la mano me dolía. De vez en cuando sufría dolores fantasmas de mis cuerpos anteriores. La mano de mi actual cuerpo era pequeña y estaba muy sucia, puesto que vivía en el bosque, en la montaña. Había llegado el momento de lavarme, de cortarme el largo cabello, procurarme ropa, un carro y cuchillos, y emprender la

persecución. Dar caza a los perros.

# 11

El sol cada vez estaba más alto, y a Max se le secó del todo el pelo. De vez en cuando venía en dirección contraria una de las guaridas humanas rodantes que llevaban la basura. O nos adelantaba por detrás una, sin basura. Al principio me asustaba cuando se acercaban, pues eran muy rápidas. Eran más veloces incluso que Rayo. Pero no tardé en darme cuenta de que a esos monstruos no les interesábamos. Cuanto más avanzábamos, tanto más a menudo veíamos otras guaridas rodantes, que Max llamó *coches* y en las que también iban humanos. Esas guaridas eran más pequeñas, pero expulsaban el mismo espantoso olor por detrás que las grandes, aunque no con tanta fuerza. Las personas que iban dentro tampoco se fijaban en nosotros. Sólo una pequeña humana nos sonrió y se puso a mover los brazos. Parecía amistosa.

—¿Cómo se vive con humanos?

—Bien.

—¿Bien? —pregunté sorprendida.

—Son todos muy buenos conmigo. Mi ama. Lilly. Incluso el amo. Siempre me saca a pasear por la tarde.

—¿A pasear?

—A hacer pipí.

—¿Haces pipí con un humano? —La idea me parecía completamente absurda.

—No, él me saca para que yo haga pipí.

—¿Te saca? ¿Es que no puedes ir tú solo?

No pude evitar echarme a reír. Los perros no se ríen igual que las personas. Cuando algo nos parece gracioso, jadeamos y movemos el rabo a la vez.

—En casa no puedo hacer pis ni caca, así que me tengo que aguantar hasta que alguien me saca. Por la tarde me saca mi amo.

—¿Y te tienes que aguantar todo el tiempo?

—Si no, mi ama tiene que limpiar la alfombra, como antes, cuando era pequeño.

En el vertedero hacíamos pis cuando queríamos. Aguantarse tenía que costar mucho.

—El amo siempre me da primero una golosina, que me como mientras me pone el collar...

—¿El collar?

—Al que va unida la correa.

—¿La correa?

No dejaba de hacer preguntas, todo aquello me parecía demencial.

—Cuando voy por donde no le gusta, tira de ella y el collar me aprieta el cuello...

—¿Te ahoga? —lo interrumpí horrorizada.

—A veces, cuando el amo tira mucho. Pero así voy por donde él quiere.

Sonaba espantoso. Sentí una opresión en la garganta aunque no llevaba un collar de esos.

—No pasa nada —aseguró Max, pero daba la impresión de que a él tampoco le gustaba.

—¿No preferirías ir suelto? ¿Decidir por ti mismo cuándo hacer pis o dónde?

—Para mí, ir de la correa es algo de lo más normal.

—No te he preguntado eso.

—Creo que el amo tiene miedo de que salga corriendo y me estrelle contra un coche, y por eso me lleva de la correa. Mi ama me deja ir suelto muchas veces.

—Todavía no has contestado mi pregunta.

—Gustarme, no me gusta. Y una vez incluso me dieron arcadas cuando

mi amo pegó un tirón. Pero, por lo demás, las personas siempre se portan bien conmigo. Incluso cuando discuten entre ellas, siempre se toman un momento para acariciarme o hacerme mimos.

—¿Qué son los mimos?

—Me abrazan con mucha fuerza, con mucho cariño.

Yo no sabía qué decir a eso. No me imaginaba haciendo esas cosas con humanos. De no ser tan cándido, tomaría a Max por un traidor a los suyos.

—Y me dan comida.

—¿Ah, sí? —dije pasmada.

—Dos veces al día.

—¿Con eso basta?

—Sí.

Max estaba bien alimentado. Lo que fuera que le diesen de comer los humanos debía de ser abundante y nutritivo. En el vertedero teníamos que pasarnos casi todo el día buscando comida que supiera bien.

—¿Y no la tienes que buscar tú?

—No, ¿por qué iban a escondérmela?

Le sorprendía mi pregunta casi tanto como a mí el hecho de que él no tuviera que esforzarse para conseguir comida. No tenía que andar por ahí todos los días hambriento y revolviendo entre la basura. Porque le regalaban la comida. A cambio de eso, también yo renunciaría a la libertad de poder evacuar cuando me diera la gana. Y posiblemente incluso pudiera soportar llevar esas cosas llamadas *correa* y *collar*.

## 12

En el vertedero nunca había tenido que caminar tanto. Allí daba vueltas sin rumbo y me tumbaba cuando, como y donde quería. Jamás me habría imaginado que un buen día tendría que andar tanto. Mi instinto me decía que parara un rato y me tumbara al sol en la piedra plana para descansar. Pero no cedí a ese deseo. No quería mostrar debilidad frente a Max. Al fin y al cabo, yo era la más fuerte; y él, el perro consentido que dormía con humanos y se dejaba alimentar por ellos.

El sol del final del verano era abrasador. Yo tenía muchísima sed, y Max posiblemente también, pues cada vez lo veía jadear más a menudo. Sin embargo, no había agua a la vista. Para no pensar en la sed que tenía y en lo cansada que estaba me concentré en los olores que me rodeaban. La piedra interminable olía a quemado bajo el sol; y los arbustos secos que crecían al borde del camino, a más sed aún, pero de pronto a mi nariz llegó un aroma dulzón. Un olor afrutado que no conocía. No sabía de dónde procedía. Miré a mi alrededor y sólo vi la gran montaña que había cerca de la ciudad. Nuestra madre nos había contado que era un volcán. Como cachorrita que acababa de dejar de ver el mundo borroso, pensé que la montaña sería de basura, como las lomas de nuestra casa. ¿De qué otra cosa podía ser una montaña? Pero nuestra madre nos explicó que esa montaña era de piedra quemada y que en ella crecían árboles. O eso le habían dicho los perros viejos. Yo no era capaz de imaginar qué era tan poderoso como para quemar piedras, pero nuestra madre nos aclaró que el fuego procedía del interior de la montaña.

La idea me resultó inquietante. Eso no era una montaña, sino una criatura que se odiaba. Más incluso que yo a mí misma después de convertirme en Cicatriz. Yo nunca me habría quemado voluntariamente. Ningún perro haría eso. Ni ningún otro animal. ¿Harían algo así los humanos?

El odio que sentía la montaña por sí misma me dio tanto miedo que, desde que tenía uso de razón, evitaba mirarla. Y ahora tampoco lo hice. No quería que se me apareciera en sueños, como me había pasado cuando la había mirado antes de irme a dormir. Cada una de esas veces había soñado que se ponía en movimiento, avanzaba hacia el vertedero, escupía fuego y nos enterraba a todos debajo.

En ese momento ya tenía bastantes miedos: no encontrar nada para beber ni comer; decepcionar a Max por no conocer el camino; que, debido a ello, él me dejara sola, y sentirme tan mal después, tan asustada a la sombra de la montaña que se odiaba, que me diera la vuelta y regresara por la piedra plana. Que recorriera todo el camino, entre las matas, dejando atrás las preciosas flores rojas, hasta el río. Lo cruzaría a nado y saldría por la orilla del vertedero, subiría los montones de basura y los bajaría hasta dar con Rayo. Y entonces me tiraría al suelo delante de él y le ofrecería el cuello con la esperanza de que me escuchase cuando le pidiera perdón.

Así que en lugar de mirar hacia la montaña dirigí mi atención de nuevo al aroma de la fruta desconocida. Con cada paso que dábamos era más intenso. Hambrienta y sedienta como estaba, me parecía una promesa. La promesa de llenarme la barriga, pero, sobre todo, de que el mundo que había más allá del vertedero era un mundo bueno. Acababa de descubrir otro nuevo olor fantástico. ¿Cuántos más conocería aún?

Max, claro está, también percibió el dulce aroma.

—Creo que sé qué fruta es —dijo de buen humor.

Empezó a caminar deprisa, y como yo tenía las patas más cortas que él, tuve que correr para seguirle el ritmo.

—¡Ahí!

Señaló con el morro un camino de arena que salía de la piedra y llevaba hasta un montón de matas muy distintas de las que había visto hasta ahora. Éstas se hallaban dispuestas en largas filas y cubrían toda una colina.

—¡Uvas! —exclamó Max, y salió corriendo hacia ellas, el pelo negro ondeando un poco al viento.

Intenté seguirle el ritmo, pero, ¡jolin!, era muy veloz. ¡Así que el blandengue era más rápido que yo! Y también había aguantado más caminando por la piedra plana. Yo había pensado todo el tiempo que era la más fuerte de los dos, pero de pronto no estaba tan segura.

Max se detuvo de repente.

—¿Qué pasa?

—Huele, anda —pidió, meneando el rabo—. Huele.

Así lo hice.

—¡Agua!

Ahora fui yo la que salió corriendo. Hacia la ladera y adentrándome en las hileras de matas, en dirección al frescor del agua que nos llegaba. Aunque lo tapaba el olor de las frutas que Max había llamado *uvas*, se percibía con claridad. Yo tenía más sed que hambre. Primero el agua y luego las frutas rojas esas.

Max me siguió, pero el camino entre las matas era demasiado estrecho para adelantarme. Si le molestaba que fuese yo delante, no dejó que se notara. De pura rabia, Rayo me habría dado un mordisco en la pata trasera.

Al cabo de unos veinte perros descubrí una sucia bañera de plástico rojo en la que se había acumulado agua de lluvia. Era tan grande que me habría podido meter en ella. Había agua suficiente para los dos, y olía a uvas.

—Al parecer, las personas cosechan con ella las uvas —afirmó Max mientras olisqueaba la bañera.

—¿Cosechan?

—Mira —dijo al tiempo que señalaba con el morro a la izquierda.

A través de las hileras vi que, a cierta distancia, las matas ya casi no tenían uvas. Sólo de las ramas más altas colgaban aún algunas frutas muy pequeñas. Posiblemente a los humanos les resultasen demasiado raquílicas.

—¿Los humanos vienen aquí a comer? —pregunté.

—No, probablemente se lleven las uvas en estos recipientes a casa. O al supermercado.

Yo tenía demasiada sed como para que me interesara saber qué era ese

supermercado que acababa de mencionar Max. Ya había perdido bastante tiempo haciendo preguntas. Incliné la cabeza sobre la bañera y bebí con ganas.

Aunque el agua no era fresca, sabía mejor que toda la que yo había probado en mi antiguo hogar. Ello se debía a las uvas. No era de extrañar que los humanos se llevaran el agua que tenía ese sabor. Tontos no eran. Malos y desconsiderados, sí. Pero tontos, no.

Max estaba a mi lado. Primero bebió él, y luego comimos. Cada cual escogió un par de matas, había más que suficientes para los dos. Para diez manadas. ¿Sería así el paraíso en el que la madre perro y el padre lobo vivieron juntos después de forjar la paz? ¿Por qué no nos había tenido nuestra madre en ese mundo maravilloso? Aquí la fruta era más jugosa, el agua estaba más rica. Hasta los pájaros que revoloteaban sobre nosotros eran más bonitos. Tenían el plumaje amarillo, y en lugar de lanzarse sobre nuestra comida como hacían las cornejas en el vertedero, trinaban alegres canciones.

Un pájaro se posó en una mata no muy lejos de nosotros. En el vientre y la cabeza, el plumaje tenía los tonos rojos del sol poniente; el resto del cuerpo era gris. Olía a aire fresco y no parecía formar parte de la bandada que había dado varias vueltas en el cielo y ahora seguía su camino.

El pájaro nos miraba mientras comíamos. No se veía a otros pájaros como él. Quizá fuese el explorador de una bandada y lo hubieran enviado por delante para reconocer el terreno.

Mordisqueé tres matas, no por completo. Con el morro no llegaba a las ramas más tiernas de arriba del todo, las de las uvas más pequeñas. Max sí era capaz, si se estiraba. Pero sólo lo hizo dos veces, ya que se dio cuenta de que era más fácil ir de mata en mata y comer las frutas que quedaban a la altura de la cabeza.

Cuando estuvimos saciados, el pájaro seguía mirándonos. Me planteé espantarlo: si ladraba, levantaría el vuelo. Pero primero me limité a preguntar:

—¿Se puede saber por qué no paras de mirarnos?

—Estoy esperando —replicó con un bello gorgorito.

Me pregunté sin querer cómo sería si mi hermana pequeña, Canción,

supiera hacer gorgoritos como un pájaro en lugar de aullar: sus historias serían más conmovedoras aún.

Canción. No volvería a verla. No volvería a escuchar sus historias. ¿Quién me cantaría ahora?

—Y ¿a qué estás esperando exactamente? —quiso saber Max mientras mordía unas cuantas uvas más, el jugo haciéndole brillar la rojiza barba.

—A ver la diarrea que vais a tener —contestó alegremente el pájaro.

## 13

Observé las uvas: ¿de verdad me provocarían diarrea? Pero si eran frescas y estaban buenísimas. Había comido muchas, y Max todavía más. A fin de cuentas, era más grande. Al parecer, al pájaro del vientre rojo mi inseguridad le hizo mucha gracia.

—Largo de aquí —le ladré.

—¿O qué? —preguntó.

—O te muerdo.

—¿Ah, sí? —trinó burlón, y alzó un poco el vuelo, lo justo para que ni siquiera pegando un salto pudiera cogerlo con el morro.

Ladré, pero el pájaro daba vueltas sobre mí, al parecer sin pizca de miedo. Era distinto de las cornejas. Más pequeño, más bonito y, sobre todo, menos temeroso. Las cornejas salían volando y se alejaban con tan sólo escuchar unos ladridos de nada, pero ese pájaro se limitó a posarse a un par de perros de nosotros en una de las matas. De no estar tan nerviosa, me habría impresionado.

—Vámonos —le dije a Max.

No creía que el pájaro nos siguiera sólo para ver si teníamos diarrea. Es más, ¿cómo sabía eso el ave? ¿Habría comido uvas alguna vez y le habría entrado diarrea? Aunque así fuera, no podía deducir que también nos la provocaría a los perros, puesto que los perros no éramos como los pájaros. Ningún perro había tenido alas nunca. Ninguno salvo Pluma, el hermano de la madre perro.

—Pero pronto anochecerá —contestó Max, y señaló con el morro el sol, que se hundía despacio en la tierra en un lugar lejano—. ¿O es que mi casa no está lejos? Si conseguimos llegar antes de que caiga la noche, podríamos dormir con Lilly.

La verdad sea dicha, no creía que los humanos fueran a aceptarme: Max era un lindo perro negro; yo, en cambio, una lisiada. Olía que apestaba a vertedero, y quizá ese olor nunca desapareciera. Me había pasado toda la vida allí, y probablemente no pudiera librarme de un olor tan característico aunque me pasara una estación entera revolcándome en uvas. Aparte de eso, no tenía ni la más remota idea de si estábamos cerca o lejos de su familia. Con o sin pájaro burlón, sin duda sería más agradable dormir en ese sitio que en la interminable piedra plana, allí estábamos expuestos a los apestosos coches de los humanos, que sin embargo no llegaban a esa loma. Otro argumento a favor era que con las matas no veía la montaña que se odiaba a sí misma.

—Nos quedamos —decidí.

—Y ¿dónde está vuestra casa? —preguntó el pájaro.

—Eso a ti no te importa —ladré con aspereza. No quería que se enterase de que yo no sabía cómo llevar a Max a su casa, y tampoco quería que me recordaran que yo ya no tenía hogar.

—La mía donde Lilly —repuso Max al pájaro, y se tumbó entre dos matas cuyas uvas había comido.

—¿Eso es aquí o en Francia? —quiso saber el pájaro, mientras el sol poco a poco iba adquiriendo los colores de su vientre y su cabeza.

—¿Qué es Francia? —quiso saber Max.

—Por lo visto en Francia no es —constató el pájaro.

Yo también quería buscarme un sitio para dormir. La cuestión era dónde. El hecho de que fuese la primera vez que no dormiría en el vertedero, cerca de mi manada, me daba más miedo del que estaba dispuesta a admitir. Sentía el deseo de tener cerca a alguien, pero no podía ni quería arrimarme a Max para que me diese calor. A pesar de todo, era un perro negro extraño. No tenía miedo de que Max quisiera importunarme como hacían los perros de otras manadas a los que había conocido cuando acudían a nuestro territorio en busca de hembra. A algunos había sido capaz de rechazarlos yo misma; a

otros, con la ayuda de mis hermanos, que siempre oían mis ladridos a tiempo y se peleaban por su hermana. Al menos cuando aún me llamaba Mancha. Después de que me convirtiera en Cicatriz, mis hermanos ya no tuvieron necesidad de defenderme.

Max era distinto, aunque no sabía decir por qué. Quizá sólo fuese que había vivido demasiado tiempo con los humanos para interesarse por una hembra.

Me tumbé cerca de él, pero un tanto más arriba en la ladera. El pájaro se quedó en la rama en la que estaba. El sol casi había desaparecido por completo, frente a él ya se veía la luna, mordisqueada en gran parte. De pronto Max me dijo:

—Me duele la barriga.

A continuación llegó la diarrea. Primero le entró a él y poco después a mí. Pero a Max le dio más fuerte. Probablemente su estómago no fuese tan resistente como el mío.

Cada cual fue en busca de un lugar tranquilo. En estos casos, un perro quiere estar solo. Pero, por desgracia, no era posible, puesto que el pájaro volaba del uno al otro para reírse de nosotros mientras trinaba: «En el sur hay unos pájaros cuyo nombre os iría al pelo: se llaman *cacatúas*», o «¿Es que queréis abonar la ladera entera?». O simplemente: «¿Unas uvitas más?». Al final sólo se dirigía a mí, ya que parecía que Max lo estaba pasando mucho peor, y al pájaro, aunque era malo y socarrón, a todas luces le daba pena. Me desentendí de su cháchara en la medida de lo posible. Era más pesado que un montón de moscardas, pues éstas se podían coger con el morro, pero a ese pájaro no había perro que lo hiciera callar.

Sólo cuando el sol ya hacía rato que se había puesto mi estómago se tranquilizó, y me pareció que Max recuperaba también las fuerzas. Nos buscamos otro sitio para dormir, más arriba, en la ladera, en una hilera donde los humanos ya habían cogido las uvas. Aunque allí el olor seguía siendo dulce, no era tan intenso. Si antes de comer las uvas su olor nos parecía delicioso, ahora nos repugnaba.

Max gimoteaba un poco. Estaba claro que el estómago todavía no se le había asentado. Yo no sabía cómo reaccionar. Max era un extraño, y sin

embargo era el único perro al que yo tenía en la vida.

—¿Puedo hacer algo por ti? —le pregunté, y se me ocurrió que podía darle calor tumbándome a su lado.

—Sí.

¿De verdad quería que me tumbara a su lado?

—Cuéntame una historia.

—¿Una historia? —repetí sorprendida.

Nunca le había contado una historia a nadie. Ése siempre era el cometido de Canción.

—Sí, eso, cuenta una historia —terció el pájaro, que nuevamente se había buscado una mata cerca de nosotros; me habría gustado darle una patada.

—Mi ama siempre le cuenta a Lilly antes de dormirse historias de la pequeña reina Amelie, que es la soberana del país Amatista y lucha contra la vieja bruja mala que convierte a sus enemigos en pequeñas pizzas —dijo Max.

—Nunca he oído hablar de la tal Amelie —comentó el pájaro.

—En realidad, Lilly quería escuchar la historia de una princesa bella, pero mi ama le dijo: «Prefiero contarte una de una reina fuerte. Son mejores que las princesas bellas».

El pájaro ladeó la cabeza y me preguntó:

—¿Te sabes esa historia?

Mientras sufría la diarrea, me propuse firmemente no volver a hablar con el pájaro, de manera que no le respondí. Las únicas reinas que conocía gobernaban pueblos de hormigas y termitas y no tenían nombre. Aunque ¿cómo íbamos a saber eso los perros? Que no les hubiésemos puesto nombres no significaba que hormigas y termitas no los tuvieran. A fin de cuentas, tampoco sabíamos un montón de cosas de la vida de los humanos, al igual que éstos no tenían ni la menor idea de lo que pensábamos o sentíamos los perros o de cómo veíamos el mundo.

—Sí, ¿te la sabes? —preguntó esperanzado Max, que al parecer tenía muchas ganas de oírla quizá porque la protagonista era una criatura fuerte y en ese momento él se sentía débil.

—No, no me la sé.

—Entonces cuéntame otra —pidió.

Me dio la impresión de que estaba un poco decepcionado. ¿De verdad quería que cantara? ¿Con mi voz, que era mucho más áspera que la de Canción? ¿Qué pensaría Max de mí? ¿Se llevaría un chasco?

La idea de exponerme así me resultaba tan desagradable que incluso rompí el silencio con el pájaro:

—¿No podrías tú trinar algo? —inquirí.

—Es que preferiría escucharte a ti —replicó risueño.

El puñetero pájaro se había dado cuenta perfectamente de lo embarazoso que me resultaba aquello.

Me maldije por haberle preguntado. ¿Por qué no estaba este bichejo con su bandada de cuellirrojos? Posiblemente los otros pájaros estaban tan hartos de sus burlas que lo habían echado.

Max volvía a oler un poco a miedo. No era de extrañar, no estaba acostumbrado a dormir al raso. Además, era evidente que todavía tenía retortijones. Yo quería que se le pasara el miedo, animarlo un poco.

Busqué una historia que fuese adecuada para nosotros. En realidad, sólo me acordaba bien de una, la de Pluma, el hermano de la madre perro. Siempre me la cantaba a mí misma en el vertedero cuando estaba especialmente triste. No en voz alta, claro, sino muy bajito, para que no me oyera ninguno de mis hermanos. Así que ésa sería la primera vez que alguien me oía cantar.

Estaba nerviosa. Muy nerviosa. Temía hacer el ridículo. Mis primeras notas...

*La madre perro tenía un hermano pequeño,*

... no salieron bien. Y las siguientes tampoco.

*muy distinto de los demás lobos.*

El pájaro se rio:

—¿Quién te enseñó a cantar? ¿Un gato que tenía la cola metida en el fuego?

—Cierra la boca —ladré.

—No tengo boca.

—Pues muérdete la lengua.

—Tampoco tengo.

—Pues cierra lo que te dé la gana, pero ¡cállate!

—Tú a mí no me das órdenes.

Ahora también el pájaro estaba un poco enfadado. Eso me gustaba más que sus alegres burlas.

—Por favor, pájaro, cállate —pidió Max—. Quiero oír la canción.

Increíble: alguien quería oírme cantar. No a mi hermana Canción, sino ¡a mí!

Probablemente el pájaro intuyese lo necesitado de consuelo que estaba Max, ya que, en efecto, se calló.

Max me dirigió una mirada de ánimo. El hecho de que quisiera escuchar mi canción, de que pareciese incluso necesitarlo, confirió fuerza a mi voz.

*La madre perro tenía un hermano pequeño  
que lucía plumas.*

*Todos los perros se reían,  
y lo llamaban Pluma.*

*Pluma estaba triste,*

*Pluma estaba enfadado,*

*Pluma no quería seguir viviendo.*

*Aulló a la luna:*

*¿Por qué tengo plumas?*

*Ven conmigo, contestó la luna, y te lo diré.*

*¿Ir contigo? Pero ¿cómo? ¿Cómo?*

*¡Extiende las plumas!*

*Pluma levantó las alas,  
y el viento se metió debajo.  
La madre perro exclamó:  
¡Vuela, hermanito, vuela!  
Pluma despegó y voló,  
dejó atrás las nubes  
y llegó a la luna.  
Y la luna dijo:  
Tienes plumas para salvar a tu manada.  
De pronto Pluma vio que llegaban las cornejas.  
Lanzaban piedras a la manada.  
Los perros aullaban de dolor,  
los perros gritaban,  
los perros morían.  
Pluma voló hacia las cornejas,  
mordió en el cuello al padre corneja  
y el padre corneja cayó al suelo.  
Las cornejas se fueron.  
Nadie volvió a reírse de Pluma.  
Y la madre perro dijo:  
Ya no eres mi hermano pequeño.  
¿Ah, no?  
No, ahora eres mi hermano.*

Siempre había confiado en que mi mancha marrón, que me diferenciaba de mis hermanos, pudiera ser algo así como el traje de plumas. Que la luna me dijera que salvaría a mi manada porque era especial. Pero la luna nunca me decía nada. Sin embargo, yo nunca había perdido la esperanza. Y ahora,

desde luego, menos.

Miré a Max. Se había quedado dormido y ya no olía a miedo. Había conseguido distraerlo. Me sentía orgullosa de mí misma. Aunque no cantara tan bien como Canción, quizá pudiera aprender con el tiempo. Y si podía aprender a cantar, ¿acaso no sería posible hacer muchas otras cosas? Tal vez pudiera ser tan lista como Pensador, tan rápida como Rayo, tan fuerte como Primogénito. Ahora que ya no estaban conmigo para demostrarme hasta qué punto eran mejores, todo me parecía posible. ¡Todo!

Hasta que el pájaro rompió el silencio:

—Vaya, con tanto aullido me va a entrar diarrea a mí también.

Lo miré, posado en su rama a la luz de las estrellas. Estaba demasiado cansada para replicar. Había sido un día agotador, un día como no había vivido nunca. Max respiraba con suavidad. Regularmente. Oírlo me hacía bien. Y confié en que también pudiera oírlo las noches siguientes.

# 14

Por la mañana Max me dio un empujoncito con el morro.

—Despierta.

Asustada, agucé el oído y me puse a olisquear, pero Max no olía a miedo. No se veía al pájaro. Intenté ventearlo: nada. Así que se había ido. Mejor.

Max me dio otra vez.

—He tenido otro sueño.

Me puse en pie y me aparté un poco de él, bajando por la hilera de matas. No quería escuchar un sueño espantoso como el del humano cuervo. No quería volver a imaginarme cómo les rajaban el vientre a unos perros.

—Deja que te lo cuente, anda.

Max me miró con ojos suplicantes que volvieron a brillar como dos piedras negras pulidas. ¿Cómo habría podido resistirme a esa mirada?

—Pero sólo la parte buena, por favor.

—Entendido, sólo lo bueno —contestó—. Yo iba en un barco.

—¿Qué es un barco? —quise saber.

—Por el mar —continuó él, sin contestar a mi pregunta—. Por el ancho, vasto mar. A mi alrededor sólo se veía agua. Hasta el horizonte.

Intenté imaginar que todo a mi alrededor era agua y la idea hizo que la cabeza me diera vueltas.

—El barco era enorme. De madera. En él vivían cien personas. Cien personas y un perro: yo. Mi amo me había llevado con él...

—¿El que te aprieta el cuello con la correa?

—Era otra persona. En otra época y...

—¿En otra época? ¿Qué significa eso?

—Por favor, no me interrumpas todo el rato, ya es bastante difícil contarlo. Por fin he entendido lo que significan los sueños.

Max esperó un momento para ver si yo decía algo, pero me quedé en silencio. De manera que continuó.

—En este sueño, yo era un terrier con el pelo rizado marrón y el lomo negro. Me llamaba Rover. Y mi amo era un capitán de la marina mercante inglesa.

Me habría gustado preguntar qué era un terrier, y a qué se refería Max con las palabras *Rover*, *capitán*, *inglesa* y *marina mercante*, pero lo dejé pasar.

—Me había llevado con él en su largo viaje hasta una isla del mar del Sur. Cuando llegamos allí, acompañé a tierra a mi amo. En el puerto pasamos por delante de sacos de los que salían los olores más maravillosos: café, cacao y plátanos. También conocimos a mujeres de piel oscura que querían atraer a mi amo. Pero él era fiel a su difunto amor. Y yo quería serle fiel a él. Toda la vida. No sospechaba que pocos minutos después pensaría y sentiría de otro modo.

—¿Le fuiste infiel?

—Y fiel a ti.

—¿A mí?

—Mi amo y yo deambulamos por las callejuelas de la ciudad, pasando por delante de casitas de colores, la mayoría rojas o amarillas, una azul, hasta que mi amo se sentó a una mesa y un hombre le trajo una carne que compartió conmigo. Estaba deliciosa. Nada más comérmela, me tumbé debajo de la mesa, e iba a cerrar los ojos al sol cuando me llegó un olor dulce muy suave, apenas perceptible. El tuyo.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Olías como la vez que salimos huyendo del humano cuervo.

—¿A miedo?

—No. En ese momento no tenías miedo. Era tu propio olor. Dulce, como te decía.

Dulce. Me pregunté sin querer si ahora también le olería así, pero no me atreví a preguntárselo. Habría sido ridículo. Yo no le olía dulce a nadie.

—No me contaste que en el otro sueño olía dulce —comenté en cambio.

—El miedo al humano cuervo, el miedo por ti, el miedo por nuestros futuros hijos...

—No hay futuros hijos —objeté.

—Pero en el sueño sí. El miedo lo tapaba todo, por eso no te lo conté.

—Pero este sueño nuevo no era espantoso, ¿no? —pregunté esperanzada.

—No todo el tiempo —repuso Max.

—No olvides que sólo me contarás la parte buena.

—Primero ésa y luego la otra.

—No, sólo la buena.

—Está bien. Te olí, me levanté de un salto y salí corriendo. Mi amo me llamó, me dijo que volviera. Y aunque se suponía que debía obedecerlo...

—¿Obedeces a los humanos? —lo corté de nuevo.

—Sí, claro.

Tanto en el sueño como en la vida, Max se sometía a los humanos. No pude evitar considerarlo débil por ello.

—Yo nunca obedeceré a los humanos —afirmé. Y añadí—: No volveré a obedecer a nadie nunca más.

El día que había pasado sola, acompañada únicamente por Max y el enervante pájaro, fue el primer día de mi vida en que no me sometí a nadie: ni a mi madre ni a Rayo. Me di cuenta de que respiraba mejor. Ya no sentía esa opresión en el pecho que hacía que me faltara el aire. Sólo entonces fui consciente de que esa opresión había estado ahí siempre, de que siempre había vivido con ella.

Max me miró, al parecer sopesando qué pensar de mi arrebató, y contestó como si nada:

—Cuando vuelva a casa, obedeceré encantado al ama, al amo y a Lilly.

Ahora sí que era definitivo: si algún día encontrábamos su casa, desde luego no sería la mía. No sólo porque esos humanos no querrían tener a un perro lisiado y apestoso como yo, sino porque además yo nunca estaría dispuesta a obedecerlos, por muy rica que fuera la comida que me diesen.

—Eché a correr por las estrechas calles, que el calor distorsionaba. Dejé atrás casas más pequeñas aún, más coloridas. En las puertas, había personas sentadas a la sombra. Unas comían. Otras bebían. La mayoría dormía. Mi amo salió corriendo detrás de mí. Era rápido para ser un humano, pero no tanto como un perro que olía algo tan dulce como tú.

Dulce. Resoplé.

Enfilé una callejuela que terminaba en palmeras y arena. Una playa tan bonita como el cielo. No, más bonita aún, porque allí, junto al agua, estabas tú.

—Ja —me burlé.

Porque la palabra *bonita* asociada a mí sonaba ridícula.

—Estabas muy delgada, tu cuerpo era más pequeño que ahora. Y tu pelo, más claro, más que la arena, casi blanco, y el morro largo —contó Max, que parecía como hechizado.

Aunque me habría gustado que también me pareciese ridícula la expresión que veía en sus ojos en ese momento, resultaba desconcertante que alguien me viera así.

Desconcertante, pero también bonito. Tanto que no lo pude soportar y miré hacia otro lado.

—¿Y yo tenía...? —empecé, pero no dije más.

—¿Los dos ojos?

—Sí...

—Sí, tenías dos ojos, que resplandecían alegremente, como el rocío con el sol.

Eso bastó para que me abismara de manera definitiva en el relato del sueño.

—Dormitabas, pero, cuando ladré, despertaste de golpe. Y ladraste también. Fue como si me reconocieras en el acto. Y yo a ti. No nos habíamos visto antes, pero ¡nos conocíamos! Y echamos a correr el uno hacia el otro. Pero, antes de que pudiésemos saludarnos, mi amo me llamó: «¡Ven aquí! ¡Ven aquí ahora mismo!». Pero no le hice caso. Nos saludamos, éramos incapaces de separarnos. Mi amo podría haber intervenido, podría haberme pegado. Eso era lo que hacían otros amos cuando sus perros no los obedecían.

Con un palo, con el cinto. Lo había visto con mis propios ojos. Pero mi amo no me había pegado nunca y tampoco lo hizo entonces, a pesar de haber sido yo tan desobediente. Cuando terminamos de saludarnos, lo miré, y supo que quería quedarme contigo para siempre. Que no quería seguir con él. Y eso que no hacía nada estaba convencido de que permanecería a su lado hasta que muriera yo o hasta que muriese él. Me remordía la conciencia: había perdido a su mujer, no tenía hijos, y la única criatura en su vida a la que quería y que lo quería prefería quedarse con una perrita desconocida. En una isla que no era Inglaterra. Mi amo me acarició el lomo y dijo: «Al menos uno de los dos tiene suerte en la vida».

—Y ¿qué pasó después? —pregunté.

Seguro que justo entonces no pasaría nada malo, porque a Max le brillaban demasiado los ojos. Y yo estaba tan absorta en su sueño y tan contagiada de la felicidad que irradiaba Max que quería escuchar más cosas. ¡Muchas más!

—Me dijiste cómo te llamabas: Aymee. Y a partir de ese instante vivimos juntos.

—¿En la arena?

—Y junto a las palmeras.

—¿Y de qué nos alimentábamos?

—De frutas que caían de los árboles y no nos daban dolor de barriga. Y de lo que encontrábamos comestible en las calles de la ciudad.

—¿Los humanos nos daban cosas?

—Un cocinero nos daba huesos con algo de carne cada pocos días.

—¿Un humano bueno?

—Un humano bueno.

Me costaba imaginar algo así.

—Siempre hacía calor. No era como en Inglaterra, donde siempre estaba lloviendo. Tú ni siquiera sabías lo que era la nieve, porque siempre habías vivido en esa isla.

—¿Y mis hermanos?

—Vivían en la otra punta de la isla. Habías dejado a tu manada porque presentiste que llegaba yo. Aunque no sabías exactamente que era yo el que

venía, presentías que tu vida cambiaría. Estuviste caminando dos días a través de matorrales, maleza y bosque. En una ocasión casi te muerde una serpiente. Llegaste a la playa y te tumbaste en la arena, contemplando el mar, esperándome. Casi una estación entera.

—¿Tuvimos...? —Casi no me atrevía a preguntar.

—¿Hijos?

—Sí. ¿Tuvimos?

—Tuvimos unos días preciosos —repuso Max, evitando la pregunta—. Tres estaciones, que en esa isla sólo se diferenciaban por unas pocas horas de lluvia al día. Y un día que llovía a cántaros me dijiste que ibas a tener cachorros. Y yo fui más feliz incluso que antes.

Sin embargo, Max no parecía más feliz que antes.

—¿Nuestros hijos...?

Yo tenía mucho miedo por ellos, aunque en realidad no eran míos, sino de una perrita llamada Aymee que formaba parte de un sueño.

—Sólo quieres que te cuente la parte buena.

Una vez más, Max evitó dar una respuesta clara a la pregunta, aunque en el fondo estaba contestando.

Me dolió. Como si me rajaran el vientre.

—¿El humano cuervo? —quise saber.

—Sólo lo bueno, como hemos acordado.

—Ya has contado demasiado, ahora tienes que llegar hasta el final.

—Era el humano cuervo. Era, pero no era.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Era la misma persona, sólo que no un humano cuervo. Esta vez no llevaba máscara. Y tampoco hacía estragos la peste. Tenía el pelo rojo. Recogido en una trenza. Y llevaba una barba larga. Era como si ardiese por dentro. Y como si pudiera escupir fuego.

Como la montaña que se odiaba a sí misma.

—Hablaba como los irlandeses que iban a bordo del barco de mi amo. Tenía algunos dientes podridos, pero era evidente que no le dolían.

—¿Llevaba un cuchillo?

—Algo peor.

—¿Qué?

—Un látigo.

Daba la impresión de que Max estaba a punto de aullar de dolor. Y si él lo hubiese hecho, yo habría ido detrás. Pero no quería aullar. De ninguna manera. No quería aullar por unos futuros cachorros salidos del sueño de un perro chiflado; porque Max debía de estar chiflado, ¿qué otro perro soñaría con esas cosas y, para colmo, las contaría con tanta viveza que incluso uno casi se creía semejante locura y la veía con sus propios ojos, la olía con su nariz y la oía con sus oídos?

—¿Qué es un látigo? —pregunté—. Y ¿qué hacía el humano con él?

—Hemos quedado en que sólo la parte buena —repuso.

Quería ahorrarme el dolor que le causaba el recuerdo, protegerme, como trataban de proteger los perros de sus sueños a las hembras.

—¿Por qué nos hacía eso el humano?

—Dijo que para vengarse.

—¿Para vengarse? —repetí sorprendida—. ¿Por qué?

—Por haberle arrebatado a su amor.

# 15

—¿A... su amor...?

—Yo tampoco lo entiendo.

—¿Qué significa eso? —inquirí.

—Es... —empezó Max, pero se calló.

Al parecer seguía intentando entender su propio sueño.

—¿Sí?

—Como si no fueran sueños.

—Entonces ¿qué se supone que son?

—Recuerdos.

—¿Recuerdos?

—De otra vida.

—¿Cómo que... de otra vida...?

—En la playa. En la nieve. Éramos nosotros. Nosotros vivimos eso. ¡Lo vivimos!

—Es una locura.

—Que no, que te digo que éramos nosotros.

—¿Es que no me has oído? He dicho que es una locura.

—Pero ¿y si no...?

—Sólo hay una vida: ¡ésta!

Señalé con el morro a mi alrededor, a las uvas y después arriba, al cielo.

—Y la que uno tiene cuando muere, de estrella —añadí.

—¿De estrella?

—Cuando un perro muere, se convierte en una estrella. Eso lo tienes que saber.

—No lo había oído nunca.

—No sabes nada de la vida porque tu madre te dio a los humanos.

Dolido, Max miró hacia un lado. Le había hecho daño. Y lo sentí. Pero estaba demasiado acalorada para pedirle perdón. Guardamos silencio, nos alejamos dos, tres pasos y nos quedamos en dos hileras distintas. Al cabo de un rato me miró y me dijo, sin alterarse lo más mínimo:

—Creo firmemente que mis sueños son recuerdos.

Al decirlo con tanta seguridad, me empezaron a temblar las patas.

—Y si de verdad es así —prosiguió Max con ternura—, eso sólo puede significar una cosa.

Las patas me temblaban más aún.

—Tú y yo...

Vino hacia mí.

—¿Nosotros? —dije.

Me iban a ceder las patas.

—Estamos juntos —concluyó.

## 16

Juntos.

¿Por qué decía eso Max? Yo nunca había estado con nadie. Y nadie estaría nunca conmigo. Y Max, menos. Yo era Cicatriz, del vertedero; y él, un perro que quería volver con sus humanos. Así que le dije:

—Sólo son sueños, nada más.

—Cuando sueño es otra cosa. Sueño que mi ama me tira pelotas y yo voy por ellas. O que el cartero me da golosinas que mi ama no me compraría nunca. Pero cuando me despierto siempre sé que ha sido un sueño. Igual que ahora sé que cuando soñé que estábamos los dos en la nieve y en la playa en realidad no eran sueños.

—No sé qué te has creído —espeté enfadada—, pero ¡no pienso tener hijos contigo!

No sabía si Max quería tenerlos de verdad, y tampoco era capaz de hacerme del todo a la idea. Más bien se apoderó de mí la sensación de que pretendía jugar a un juego cruel con una perrita marcada. Quizá Max fuese más mentiroso que yo. Ni siquiera me había contado por qué se había ido de casa. Tal vez no existiera una pequeña humana llamada Lilly, ni un ama, ni un amo que tuviera una correa, y él sólo fuese un perro loco que iba por ahí y disfrutaba atormentando a otros con sus mentiras.

—No estaba pensando en tener hijos... —dijo Max.

En su voz había una tristeza que, sin embargo, no logró que se me pasara el cabreo. Incluso fue a más, porque ni siquiera un perro loco como él se

imaginaba que yo pudiera ser la madre de sus cachorros.

—¿Por qué no estás en casa con tus humanos? —le pregunté.

Quería desenmascararlo, dejar patente que era un mentiroso.

—Dime, ¿cómo llegaste hasta nosotros, al vertedero?

Max no decía nada.

—¿Qué ocultas?

—No tendrás hijos conmigo —se limitó a contestar él, profundamente triste.

—¡Yo tampoco quiero tenerlos contigo! —le solté—. ¡Con nadie!

Bajó la vista al suelo, avergonzado.

—¿Qué pasa?

No decía nada.

—Di. ¡Di!

—No..., no puedo tener hijos.

—¿Cómo?

—Cuando llevaba unas tres estaciones con mi familia, mi ama me llevó a ver a una mujer, que me clavó una aguja. Y me quedé dormido sin estar dormido.

—¿Sin estar dormido?

—Tenía los ojos abiertos, pero el cuerpo demasiado cansado para moverme.

—¿Tenías fiebre?

—No. Estaba como en medio de una niebla. Como justo antes de quedarse uno dormido. Y cuando desperté de la niebla, las perritas no volvieron a olerme nunca más como antes.

Max miró hacia otro lado. Estaba claro que se avergonzaba, igual que me avergonzaba yo de mi cicatriz. Y me dio pena. Mucha pena. Se me pasó el enfado del todo.

—¿Estás seguro...? —pregunté con tiento.

—Si sabré yo cómo me huelen las cosas —espetó, y empezó a subir por la ladera, alejándose de mí.

No, probablemente Max no estuviera loco. Ni siquiera un loco podría inventarse algo así.

Fui detrás de él, pero al cabo de unos pasos, Max dijo:

—No.

Me detuve.

—No creo que quieras venir conmigo.

—¿Por qué no iba a querer ir contigo?

—Soy un lisiado.

—No lo eres —negué, aunque era precisamente lo que pensaba: volvía a mentir.

—Para las personas no lo soy, pero a los ojos de las perritas, sí.

—Yo soy una perrita y para mí no eres un lisiado —mentí nuevamente.

—¿De veras? —me preguntó.

Y se volvió hacia mí, la mirada esperanzada. Porque una perrita lo miraba de manera distinta. Probablemente también porque yo creía lo que me decía, que habíamos vivido otras vidas y, en efecto, estábamos juntos. Pero por ahí no podía pasar.

—No, te he mentido —admití.

Max no dijo nada, pero olí que en sus ojos se formaba agua salada.

—No estamos juntos como en tu sueño.

En sus ojos se iba acumulando cada vez más agua.

—Pero estamos juntos de otra manera —continué.

—¿De qué manera?

—Los dos somos unos lisiados.

—Eso también es verdad.

—Y si no nos cuidamos el uno al otro, nadie lo hará.

Al oír eso, Max no pudo contener más el agua salada en los ojos.

## 17

A mediodía llegamos a la periferia de la ciudad, hacía calor. Dejamos atrás formaciones de piedra gigantescas, antinaturales, la mayoría grises y sucias. Esas formaciones debían de ser oscuras como la noche. Supuse que los humanos vivirían en ellas como ratas en cuevas bajo tierra. Pero Max me contó una cosa todavía mejor:

—Las personas construyen en esas fábricas cosas que necesitan.

Las hormigas construyen, las termitas construyen, pero que las personas también construían era algo nuevo para mí. Tenían más cosas en común con los insectos que con los perros. Nosotros éramos criaturas solitarias que vivían en manadas, pero los humanos vivían juntos a cientos, a miles incluso, de lo contrario no conseguirían hacer tantas cosas. En su caso, el individuo no podía ser importante como en una manada. No podía ser tan importante para los de su misma especie. Cuando un perro moría, la estructura de la manada cambiaba para siempre. Cuando una hormiga moría, el hormiguero seguía viviendo igual que antes. Y cuando un humano moría, probablemente a los demás humanos les importara poco.

—¿Vamos bien por aquí? —preguntaba Max continuamente mientras enfilábamos piedras planas siempre distintas, que cada vez apestaban más a lo que expulsaban los coches.

—Sí —le contestaba yo, porque ¿qué otra cosa habría podido decirle?—. ¿Te suena algo de este sitio? —le preguntaba de cuando en cuando, como al pasar por delante de una construcción inmensa con dos hocicos que escupían

humo al cielo. Si los hocicos hubiesen sido de carne en lugar de estar hechos de piedra, habría pensado que eran las protuberancias de un monstruo antiguo. El humo hacía que nos costara respirar. ¿Cómo podían soportar los humanos ese hedor? Debían de ser más duros que los perros, las hormigas y las termitas juntos.

—No, no me suena nada —replicaba Max en cada ocasión, y acto seguido quería saber si a mí sí, y yo en un principio le seguí mintiendo, le decía que íbamos bien, pero después decidí no preguntar más.

Ahora nos manteníamos apartados de las piedras planas, íbamos por caminitos de arena y barro. En muchos sitios crecía una hierba que el sol había amarilleado. Vimos también algunas construcciones humanas más pequeñas, hechas en parte de cristal. Sin embargo, la mayoría estaban destrozadas. Metí el morro por la puerta de una de ellas y vi que dentro había restos de metal, papel y basura. No olía a humano. Debían de haber abandonado ese territorio hacía tiempo.

Nuestro camino nos llevó hasta un riachuelo que estaba mucho más limpio que el río que discurría por nuestro vertedero. Max paró a beber, y yo también. Por un instante, la fresca agua me hizo olvidar mi mezquindad, el hecho de que estuviese mintiendo una y otra vez al único perro que tenía en el mundo. Después de beber, Max propuso:

—Venga, vamos al agua.

—¿Cómo?

—Vamos a nadar.

En el río que pasaba junto al vertedero nos habíamos metido para salvarnos. Lo de meterme así porque sí en un agua tan profunda me parecía —como tantas otras cosas de Max— una locura.

—¡Vamos! —exclamó, y salió corriendo sin esperarme.

Se puso a mover las patas, primero en línea recta y después, cuando llegó al centro del río, en círculo.

—¡Ven, Cicatriz! ¡Métete!

El calor del sol se me había acumulado en el pelo. Refrescarse en el agua sería un alivio, pero le seguía teniendo miedo. Aunque ahora sabía que podía nadar perfectamente, el miedo me echaba para atrás.

—¿A qué estás esperando? —preguntó Max, como si fuese la cosa más normal del mundo—. No tengas miedo —añadió risueño para darme ánimo; no se reía de mí como mis hermanos—. De verdad que no debes tener miedo —insistió.

Me atreví a entrar, despacio. Me sentía bien, mejor con cada paso que daba. Me metí hasta que tocaba el fondo a duras penas. El agua me cubrió el lomo, y me entró pánico. ¿Y si esta vez no conseguía mover las patas, si me hundía y luego no podía subir? El miedo me hizo jadear, y me entró agua en la boca. Pero entonces Max dijo unas palabras que nadie me había dicho nunca:

—Yo estoy contigo.

Dejé de jadear.

Max estaba conmigo.

Escupí el agua, llené de aire los pulmones, lo solté, di un paso más y mis patas delanteras perdieron el punto de apoyo.

Max estaba conmigo.

Levanté las patas traseras del suelo.

Max estaba conmigo.

Y empecé a moverlas. Y a alegrarme, porque el agua era estupenda. Me refrescaba. Max y yo nadamos en círculo. Primero despacio, luego cada vez más alocada y desenfrenadamente. Yo ladraba de alegría. Hasta que se me volvió a meter agua en la boca. Una cantidad mucho mayor que en el río del vertedero. Pero esta vez no me dio miedo. Escupí el agua sin más y ladré muy contenta, con más fuerza aún. Y Max ladró conmigo. Que el mundo entero supiese lo contentos que estábamos. Max me había hecho el mayor regalo de mi vida: me había quitado el miedo y lo había convertido en alegría.

## 18

Poco después —un perro no podía estar mucho tiempo moviendo las patas de esa forma—, cuando nos sacudíamos el pelo en la orilla y bromeábamos echándonos agua a la cara a propósito, Max me miró. Esta vez los ojos no le brillaban por culpa del agua salada, sino que tenían una luz que venía de dentro. Así debían de mirar a sus hembras los perros con los que soñaba: Balder a la perrita Freya antes de que el humano cuervo pusiera fin a su vida. O Rover a su Aymee. ¿Esperaba Max que yo también lo mirase así a él? ¿Con esa luz en los ojos? ¿Y si lo hacía? ¿Para estar igual de loca que él? ¿Crear en otras vidas? ¿Crear en que estábamos juntos, no como lisiado y lisiada, sino como macho y hembra?

No.

No estábamos predestinados de un modo mágico que ninguno de los dos entendía y que se manifestaba en los sueños. Para perros como nosotros, el destino no existía. Sólo existía para los antepasados de las canciones. Los líderes. Los héroes. Y Max y yo no éramos héroes. Para nosotros sólo existía la vida y la muerte. De perros como nosotros nadie cantaba canciones.

Gruñí, y Max se apartó. Al final seguimos andando, junto al río. Y Max no volvió a mirarme en ningún momento. Bien. A partir de ahora le gruñiría cada vez que volviera a mirarme así.

A lo lejos aparecieron construcciones de piedra y cristal que parecían llegar hasta el cielo. En esas construcciones celestiales, me contó Max cuando se giró hacia mí por primera vez después de que yo le hubiera

gruñido, vivían personas. De manera que había muchos más bípedos en la Tierra de los que jamás habría podido imaginar. Quizá incluso hubiese más bípedos que termitas y hormigas. Por lo visto, el mundo de la madre perro y el padre lobo había desaparecido. Los perros vivíamos en el reino de los humanos.

Cuanto más nos acercábamos a las gigantescas edificaciones, tanta más basura había al borde del camino. Entre los desperdicios también encontramos cosas de comer. No uvas, ni ninguna otra fruta, pero sí carne mordida entre panecillos mordidos. Max olisqueó aquello y comentó:

—Lilly siempre me daba un poco de estas cosas.

Me abalancé hacia la comida, pero Max fue más rápido, lo cual me sorprendió y me cabreó. Más conmigo misma que con él. Ese perro que obedecía a los humanos había resultado ser más veloz que yo. Sin embargo, y para gran sorpresa mía, sólo se comió la mitad de la deliciosa comida, y me dejó el resto.

—Lilly siempre lo comparte todo conmigo.

¿La pequeña humana compartía con él su comida? Me dejó pasmada que un humano fuera capaz de hacer eso. O un perro. Max era el primero que compartía su botín conmigo, incluso teniendo hambre también. En mi manada uno sólo le dejaba comida a otro cuando estaba saciado. Y a veces ni siquiera así.

Me zampé mi parte y descubrimos más cosas comestibles que Max conocía: patatas fritas, *nuggets*, algo asqueroso llamado *hamburguesa de pescado* y un pan riquísimo llamado *pizza*.

De pronto el olfato me dijo que allí había otro perro. Max tardó un poco en olerlo. Para él no parecía ser nada especial; yo, en cambio, barrunté peligro:

—Otra manada.

—Los perros que viven con las personas viven solos. No hay manadas.

—¿No hay manadas? —pregunté asombrada.

—La tuya es la única con la que me he topado en la vida.

¿Cuál era el orden natural de este nuevo mundo? ¿Perros que vivían solos con los humanos? Casi no me lo podía creer, pero cuando seguimos adelante

vimos a un perro grande y viejo tumbado junto al camino. Su pelo era del color de la arena, como el mío. Primogénito podría parecerse a él cuando fuese tan mayor.

¿Sería ese perro... nuestro padre?

Yo no había conocido a mi padre, y siempre había confiado en que algún día fuese al vertedero. Nuestra madre no nos había hablado nunca de él. Ni una sola vez. Y cuando le preguntábamos, se quedaba callada. Con obstinación. Hasta que dejábamos de preguntar. Cuando yo todavía me llamaba Mancha imaginaba que mi padre era como el padre lobo: honorable, regio y siempre dispuesto a proteger a la manada. A protegerme a mí.

Pero ese perro —tuve que admitir— no podía ser mi padre. No olía en modo alguno como nosotros. Todos nosotros olíamos un poco como nuestra madre, así que también debíamos de oler un poco como nuestro padre.

El perro viejo descansaba en la piedra caliente, en la que daba el sol de la tarde. Delante de él, en una tabla de madera apoyada en dos piedras, había un humano muy mayor sentado. En la mano sostenía una cosita luminosa en la que tenía clavada la vista y de la boca le salía un tubito que echaba humo. No olía tan mal como la humareda que salía de los coches, pero así y todo me produjo una desagradable sensación de cosquilleo en la nariz.

El perro viejo nos gruñó, y yo iba a ponerme a ladrar en el acto. Que se atreviera a atacarnos, ya vería lo que era bueno. Pero Max me tranquilizó:

—No pasa nada. Muchos perros gruñen, algunos ladran. Pero ninguno muerde.

—¿Ninguno muerde?

—Hay algunos que quieren morder, pero llevan una cosa en el morro para impedirlo. Las personas tienen mucho cuidado con eso.

Era increíble: estaba claro que los humanos ejercían un poder absoluto sobre los perros: decidían cuándo mordían, comían, bebían o hacían sus necesidades. Debíamos darnos con un canto en los dientes simplemente por poder vivir en el mundo de los humanos. El humano anciano levantó la vista de la cosa luminosa un instante y le dijo algo de malas maneras al perro, que dejó de gruñir de inmediato. La carne le olía un poco a descomposición, como si fuese a morir pronto. Ese perro había vivido una vida larga. ¿Era ése

el motivo por el que los perros se sometían a los humanos? ¿Para llegar a viejos? ¿Quizá incluso para vivir eternamente? ¿Quién decía que, si vivían con los humanos, los perros morían?

—Bobadas —dije en voz alta, apenas se me ocurrieron esas ideas tan tontas, y pasé a bastante distancia por delante del perro y del hombre mayor, que volvía a mirar su cajita.

—¿Qué son bobadas? —quiso saber Max mientras se unía a mí.

—Me..., bah, olvídalo.

—¿Qué? —insistió con amabilidad, no impaciente.

—¿Cuántos años pueden llegar a tener los perros que viven como vosotros?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Nunca he visto morir a ninguno.

—¿Es posible —casi ni me atrevía a preguntar— que seamos inmortales si vivimos con los humanos?

Max se paró a pensar, daba la impresión de que no se lo había planteado nunca.

—La verdad, no tengo ni idea. Lo que sí sé es que las personas sí se mueren. El abuelo de Lilly murió. Ella estuvo días llorando todas las noches, antes de quedarse dormida. Y yo lloraba con ella. No porque echara de menos al abuelo de Lilly, que no me caía bien; no, lloraba porque Lilly estaba muy disgustada.

—Los humanos no me interesan. ¿Qué hay de los perros?

—Se pueden poner enfermos.

—¿Enfermos cómo?

—Otto, que vive en mi calle, tiene el lomo hecho polvo, y sólo puede andar muy despacio. Y Fiona... —Max dejó la frase en puntos suspensivos.

—¿Quién es Fiona?

—Una caniche pequeña.

No era capaz de imaginar muy bien cómo sería un caniche. Lo que sí estaba claro era que a Max le caía muy bien esa perrita. Y, para mi sorpresa, no me gustó que le cayera bien.

—Fiona nunca estuvo enferma.

—¿Pero?

—Nuestras amas siempre nos sacaban a pasear juntos. E íbamos tras la pelota. Mi ama la tiraba y nosotros salíamos corriendo. Yo siempre era más rápido, pero de vez en cuando dejaba que se me cayera la pelota para que Fiona también se divirtiera. Y para que no pensase que se la daba sin más, yo siempre hacía como si tuviese que parar a respirar porque la persecución me dejaba agotado y como si ésa fuera la razón de que se me cayese la pelotita de la boca.

Le caía muy bien, la tal Fiona.

—Un buen día dejamos de salir a pasear juntos, y cuando pasaba con mi ama por delante de la casa en la que vivía Fiona, aunque yo percibía su olor en el jardín delantero, éste cada día era más débil. Su ama, su amo, todos seguían viviendo en la casa e iban dejando olores nuevos. Todos salvo Fiona. Cuanto más cortos eran los días, cuanto más lluvia traía el otoño, tanto más debía esforzarme para olerla. Y después de que cayera la nieve en invierno, desapareció cualquier rastro de ella.

—¿No crees que siga viva?

Max tardó en contestar. Al final repuso:

—No.

—Pero no estaba enferma.

—No, no lo estaba.

—Así que podría seguir viva —afirmé, tratando de animarlo.

—Sí, puede que siga viva —repuso, aunque no sonaba convencido—.

Pero... —No dijo más.

—¿Sí?

—Si Fiona sigue viva, ¿por qué tengo un agujero negro en el pecho que no se hace más pequeño?

Porque ella ya no estaba.

No me lo podía explicar de otro modo. Así que los perros también morían en el mundo de los humanos. Solos. Sin que se enteraran los otros perros y pudieran despedirse. Ni siquiera los que eran muy amigos del moribundo o incluso lo querían. El precio que pagaban por tener una vida larga con los

humanos era estar aislados de los otros perros.

—Ahora eres tú la que parece triste —observó Max; yo no contesté—. Seguro que tienes razón y Fiona sigue viva —añadió, más para animarme a mí que a sí mismo.

Pues sí, este perro estaba chiflado. Pero de una forma muy distinta de la que yo había pensado. ¿A quién le importaba más consolar a alguien cuando él mismo estaba mucho más triste?

A Max, que compartía su comida conmigo.

# 19

El hombre es el único ser vivo que puede enloquecer. A mí me pasó tres veces. Puede que todavía siga estando loca. Quizá lo haya estado siempre. Me miraba la cara en el espejo de los aseos de la estación de trenes de Zúrich. Duchada y con el pelo corto, parecía medianamente civilizada. Me toqué el largo cuello y me pregunté por qué no me clavaba en él las tijeras que sostenía en la mano cuando me hubiese cargado a los perros. Eso no lo había hecho nunca. Me había tirado de tejados, ahogado en agua, envenenado con brebajes; todo para no envejecer. Después de hacer el trabajo, prefería volver al mundo intermedio, en el que las almas, cada una por su cuenta, esperaban hasta la siguiente vida. Era tan apacible deslizarse sobre la cresta de las olas del mar, descansar en la roca de una montaña o dejarse llevar en una hoja por el viento.

Lo que más me gustaba era volar con mi alma sobre las nubes.

Allí estaba cerca de las estrellas, y los recuerdos no eran tan dolorosos. Justo después de nacer incluso se habían borrado, hasta que regresaban, con la madurez sexual. En mi vida actual, he podido vivir en una casita adosada en la isla durante doce años sin que me abrume la carga del pasado.

Soñé por primera vez con los perros en la noche más corta del año. Cuando los sueños empezaron a presentar variantes siempre nuevas —unas veces era un ladrón en el periodo Kofun que dormía bajo las tumbas en el bosque de Aokigahara; otras, un ilota al que apaleaban en Esparta; otras, un obispo en Chartres que no creía en Dios—, mis padres comenzaron a preocuparse. ¿Una niña que soñaba con la muerte cada vez más brutal de dos perros? Mis padres, a los que había dejado de considerar así hacía mucho tiempo y que en realidad eran niños en comparación conmigo, me llevaron a ver a un psicólogo tan indiferente como sobrepasado. La indiferencia se le podía echar en cara; el hecho de que aquello lo sobrepasara, en cambio, no. ¿Cómo iba a poder intuir ese hombre, aunque fuera mínimamente, lo que escondían mis sueños?

Con anterioridad a Sigmund Freud, a los niños que soñaban con cosas tan espantosas se

los tomaba por locos y se los encerraba, pegaba o incluso quemaba. Todas estas cosas me han sucedido en anteriores vidas.

Ser quemada.

Viva.

El olor de la propia carne y de los propios excrementos se me metía en la nariz y mis gritos me resonaban en los oídos. Ése fue el momento en que enloquecí por segunda vez.

Sucedió alrededor del año 275 antes de Cristo, en una hoguera celta en el sur de Inglaterra. Por orden del druida, me ataron a una estaca. El anciano sacerdote me susurró al oído la suerte que tenía mi madre, pues dentro de un instante podría ver arder al demonio de su hija. Acto seguido prendió fuego a la madera con una tea. Las llamas se alzaron y yo grité. Grité hasta que ya no pude más.

Durante mucho tiempo pensé que, después de la muerte de mi gran amor, eso era lo más espantoso que podía pasarme en la Tierra. Hasta que conocí el campo de concentración. Allí pasé dos años, y odié a los perros más que nunca. Por su culpa me veía obligada a sufrir así.

Intenté intuir adónde me llevaría esta vez el vínculo que nos unía, pero mi intuición únicamente me indicó una dirección vaga. Tardaría algún tiempo en poder ubicar de manera más precisa a esos animales. Qué extraño. En vidas anteriores siempre había podido localizarlos deprisa. Incluso cuando estaban en la otra punta del mundo, en una isla del Caribe, y yo, tras la muerte de mi hijo en el invierno de la gran hambruna en Irlanda, tuve que subirme a un barco para llegar hasta ellos. Ese momento me resultó tan extraño que comprendí una cosa: en esta vida había algo que la diferenciaba de todas las anteriores.

## 20

Las calles eran cada vez más estrechas; las estructuras de los humanos, más pequeñas. Entre algunas de ellas había tendidas cuerdas, de las que colgaban los falsos pelajes de los humanos. Ya no íbamos por una única piedra plana, sino por muchas pequeñas, por las que avanzaban dando sacudidas los innumerables coches. La mayoría de los humanos con los que nos topamos nos esquivaban. Un pequeño humano quiso acariciarnos, pero su madre tiró de él para apartarlo de nosotros cuando le gruñí. Después vimos que de frente venía una hembra humana que tenía la cara llena de colores chillones, sobre todo en la boca y alrededor de los ojos. Olía a flores que yo no conocía: me habría gustado olisquearla de cerca. En la mano llevaba una correa unida a algo de cuero que rodeaba el cuello de una delicada perrita, que apenas abultaba más que una rata gorda. A ese animalito minúsculo — me costaba ver en ella a un perro— no parecía importarle lo más mínimo que la mujer la dominase.

—Parece peor de lo que es —afirmó Max, cuyo olfato a todas luces le reveló mi malestar—. Te acabas acostumbrando.

Era incapaz de imaginar que pudiese llegar a acostumbrarme a una cosa así, y seguí adelante sintiendo un malestar mayor aún. Max olisqueaba por todas partes, miraba aquí y allá. Por lo visto, también él empezaba a sentirse a disgusto, pero por un motivo completamente distinto.

—Aquí todo es muy diferente a donde vivo. Las casas son de color más claro, las personas hablan de otra manera. Y casi todas tienen el pelo oscuro.

Donde yo vivo lo tienen más claro, y además llevan ropa más gruesa. Nunca he estado en este sitio.

Llevábamos ya mucho tiempo en camino y Max no tenía la sensación de estar más cerca de su casa. Para distraerlo, le pedí que me explicara qué eran las construcciones humanas por las que pasábamos, y él accedió:

—Eso de ahí son balcones...

De muchas de esas cajas de piedra colgaban plantas. Al parecer, los humanos sometían a todos los seres vivos.

—Eso de ahí es un supermercado. Y eso, una pizzería. Ahí es donde las personas compran helado...

—¿Agua helada? —quise saber.

Yo sólo había visto el agua helada una vez en los tres inviernos que llevaba en el mundo, una capa muy fina, en la superficie de un charco.

—No, creo que es leche helada. Eso le dijo el ama una vez a Lilly.

—¿Por qué iban a congelar la leche? Si sabe bien caliente, directa de la teta.

—Sólo sé que a Lilly le gusta mucho el helado.

—¿Más que tú? —lo pinché un poco, ya que no me hacía gracia que se le pusiera la voz tierna cuando hablaba de la pequeña; quería demostrarle que ningún humano merecía que un perro lo quisiera así, y que no debía ser tan servil como las patéticas criaturas con las que nos cruzábamos.

—Lilly me quiere más que a nada en el mundo. Salvo al ama. A ella la quiere más todavía.

—Eres su criado —espeté con desdén.

—No lo soy.

—Sí que lo eres.

—Soy su amigo.

—¡Debes obedecer las órdenes que te dan!

Max me cabreó de verdad. ¿Cuándo se daría cuenta de que Lilly no le convenía y de que tenía que rebelarse contra los humanos? ¡Que no volviera a dejarse poner una correa jamás!

—¡Y eres un perro débil!

—No lo soy.

—Quieres a una pequeña humana.

—Eso sí es verdad.

—Entonces eres débil.

—El amor no hace que uno sea débil.

Por primera vez, Max me miró enfadado. Y eso me gustó. Quizá en ese perrazo negro hubiese un luchador, uno que mordería por alguien que le importara. Por Lilly. Por Fiona, si es que seguía viva; y tal vez también... por mí.

—Dime de una vez cuánto falta para que estemos con Lilly —ladró—. Esto no se parece a mi casa. Yo nunca he estado aquí.

—Ten paciencia.

—Se me ha agotado.

—Pues debes tenerla —ladré también yo, con tanta fuerza que los humanos nos evitaron.

Yo quería seguir adelante, pero Max se plantó delante de mí.

—Dime ahora mismo cómo se va exactamente a mi casa. Paso a paso.

Si no lo hubiese hecho enfadar, podríamos haber continuado cruzando la ciudad hasta que cayera la noche, con la esperanza de que se obrara un milagro y encontrásemos su casa. Y en caso de que no fuera así, por lo menos un lugar seguro donde dormir.

—¿Cómo se llega a casa de Lilly?

Ahora Max arañaba el suelo con una pata delantera. Las uñas raspaban la piedra y producían un ruido desagradable, que me daba dentera.

—Todavía nos quedan muchos perros de distancia, por ahí. —Señalé con el morro hacia donde estábamos yendo de todas formas.

—Te tiembla la voz.

Me temblaba, efectivamente. Sólo un poco, pero lo suficiente para que un perro que estuviera a mi lado lo percibiese.

—Y hueles distinto —añadió Max.

También era cierto. No olía a rabia, ira o miedo. Mi pelo desprendía un olor asqueroso, como si me hubiera revolcado en pis. Era el hedor de la vergüenza, por haber estado mintiéndole a Max todo el tiempo. Por miedo de quedarme sola en ese mundo desconocido. ¿Debía seguir mintiéndole?

¿Hasta cuándo podría seguir haciéndolo? ¿Hasta la tarde? ¿La noche? ¿El día siguiente? Seguro que más no. Debía confesárselo. Pero ¿qué pasaría después? ¿Lo perdería? Tal vez no. A fin de cuentas, Max pensaba que estábamos predestinados, así que no me abandonaría cuando se enterase de que le había mentido. ¿O acaso sí?

—Hueles a... a... vergüenza —constató.

Esperaba con toda mi alma que no me dejara sola en el mundo de los humanos. Seguro que no lo haría, procuré convencerme, teniendo en cuenta cómo me miró después de tener el segundo sueño. Finalmente hallé el valor necesario para admitirlo:

—No sé cómo se va a tu casa.

—¿Te has perdido?

—No.

—No entiendo...

Max se alejó unos pasos de mí.

—No lo he sabido nunca.

—Pero dijiste...

—Mentí.

De pronto se quedó muy callado. Atónito.

—Te he estado mintiendo todo este tiempo —proseguí apocada—.

Perdóname, por favor.

—Pero ¿por qué lo has hecho? —quiso saber Max, impresionado.

—Porque de lo contrario habrías muerto.

Me miró sin entender lo que le decía.

—Te habrías quedado tirado al sol en el vertedero y, con el calor que hacía, habrías muerto. O mi hermano habría dado contigo y te habría matado.

Seguía mirándome sin más.

—¿Es que no lo entiendes? —pregunté desesperada—. ¡Te salvé la vida!

—Pero después no tenías por qué mentirme más, ¿no?

—Después —dije en voz baja— me entró miedo.

—¿De qué?

—De que me dejaras sola.

—Yo nunca te habría dejado sola.

Me sentí aliviada. Durante un breve instante, porque después añadió:

—Claro que ahora...

—¿Ahora qué? —musité, mi voz apenas audible.

—Que ahora que sé que me has estado mintiendo tanto tiempo...

—¡No puedes dejarme sola! —exclamé.

—Ya no puedo confiar en ti.

Max dio media vuelta, dispuesto a marcharse.

—Pero ¡si estamos juntos! —objeté.

Se volvió.

—¿Como dos lisiados?

—Sí...

—¿Uno de los cuales no puede creerse nada de lo que le dice el otro?

—¡Puedes confiar en mí! A partir de ahora no volveré a engañarte. Te lo prometo.

No fue preciso que dijera nada más. El olfato me dijo que me despreciaba. Me entraron ganas de tumbarme en la piedra, encogerme, someterme a él. Mis patas cedieron un tanto, pero luego noté que me enfadaba. Me enfadaba conmigo misma. Porque no quería volver a someterme a nadie. Ni a Rayo ni a ningún humano. Y desde luego no a un blandengue como Max. Estiré bien las patas, levanté el morro y ladré:

—Tú también me has contado trolas.

—¿Yo...? ¿A ti...? —Max parecía sorprendido.

—No sé cómo leches llegaste a nuestro vertedero.

—No te he contado ninguna trola, lo que pasa es que no te lo he contado —puntualizó, y su voz me sonó como la de un perro que se encuentra en un aprieto.

—Y ¿por qué no?

—Porque...

—¿Porque...? —insistí.

Me sentía mejor así que arrastrándome servil por culpa de la vergüenza. Mucho mejor. Aunque tampoco bien.

—Porque mi amo me abandonó.

—¿Te abandonó?

Yo no entendía nada. ¿Qué quería decir eso?

—Íbamos en el coche y paró. Después de que gritara a mi ama. Y mi ama llorase... y Lilly llorase... y yo ladrara mucho para que él dejara de gritar de una vez y Lilly y mi ama dejaran de llorar de una vez...Y entonces el amo me cogió, abrió la puerta y me echó. Luego cerró la puerta y se fue. Yo me quedé mirando cómo se alejaban y esperando y esperando..., esperando todo el tiempo..., y ladré pidiendo que volvieran, y ladré y ladré...

Max no continuó hablando. Tampoco era preciso. No sólo ladró, también aulló de dolor, al cielo.

—Lo siento —le dije.

Quise frotar el morro contra el suyo para consolarlo, pero él se apartó.

—¿Qué es lo que sientes? ¿Haberme mentido?

—Eso también... Y que los humanos te trataran así...

—Los humanos no. Sólo uno. Lilly y mi ama me quieren.

—No impidieron que tu amo te abandonara.

—Estaban tristes.

—Eran débiles.

—El amo era demasiado fuerte.

—Si de verdad te hubiesen querido, lo habrían impedido.

Max torció el gesto, afectado.

—Los humanos no quieren a los perros —aseguré, echando más leña al fuego.

—Tú no sabes nada de ellos —adujo Max.

—Pero veo cómo nos tratan. Cómo te trató a ti ese macho humano. ¿Por qué siempre los defiendes? ¿Sólo porque una pequeña humana comparte la comida contigo? Con eso no basta.

A esto Max no podía alegar nada. Así que yo había ganado la discusión. Y tuve que reconocer en el acto que, aunque se gane, una discusión sólo deja tras de sí perdedores, ya que Max dio media vuelta y echó a andar con la cabeza gacha.

—No te vayas —le pedí.

En lugar de contestar, siguió caminando.

—Por favor.

Max no se detuvo. Y de pronto me sentí abandonada. Así debió de sentirse él cuando los humanos lo echaron del coche.

—Estamos juntos —supliqué—, como en tus sueños.

Ahora sí se volvió, sorprendido.

—¿De verdad lo crees?

No sabía qué decir. En ese momento deseaba creerlo, para que se quedara conmigo. Pero desearlo no significaba, ni con mucho, creerlo de verdad. Y no quería volver a mentir a Max, a fin de cuentas, acababa de prometérselo.

—Lo que pensaba —sentenció.

Max hizo ademán de darse la vuelta de nuevo.

—¡Lo creo! —me apresuré a decir.

Mentira.

Él me miró. Me olisqueó. Escuchó mi respiración. Y dijo:

—Has vuelto a mentirme, ¿verdad?

Tuve que admitirlo.

—Disculpa.

Quizá me perdonara.

—Me equivoqué. No estamos juntos —soltó.

Y se marchó. No tenía sentido ir tras él. Le había mentido, había prometido no volver a mentirle y, sin embargo, había vuelto a hacerlo. Ahora olía más a vergüenza.

# 21

Aullé.

La primera vez desde hacía mucho tiempo.

Jamás me habría imaginado que podría ser más infeliz que en el vertedero. Pero la vez que Rayo me atacó, por lo menos tenía un hogar. Ahora estaba sola, sin el perro que, contra toda lógica, había esperado que me acompañase en el nuevo mundo. ¿Cuánto tiempo sobreviviría en ese lugar extraño? ¿Un día? ¿Dos?

Aún aullando, me tumbé en la entrada cubierta de un supermercado. Nada más hacerlo, salió un humano gordo que me gritó que me largara y me dio una patada. ¡Una patada! No me tenía ningún miedo.

Estaba demasiado cansada y acobardada para defenderme. Me fui de allí y vagué por las calles con la cabeza gacha. Evitaba a los humanos tanto como podía: a saber cuál sería el siguiente que me golpearía.

Sólo en una ocasión alcé la mirada y vi la montaña que se odiaba a sí misma. ¿Alguna vez se sentiría tan avergonzada y débil como me sentía yo en ese momento? ¿Acabaría teniendo tal rabia contra mí misma que querría hacerme daño?

En una ocasión, en el vertedero, estuve observando a una pequeña humana que se rajaba los brazos con el afilado borde de una lata, como si quisiera sentir algo que no fuera su propio desamparo. En ese momento a mí también me habría gustado usar el dolor para no pensar en la situación en la que me encontraba.

Oscureció, pero el ambiente no se refrescó. Esa noche de finales del verano era más calurosa que la mayoría de los días del año. Al cabo de un rato me quedé sin fuerzas y me tumbé a la entrada de una de las construcciones, demasiado cansada para preocuparme de que un humano me diera una patada o me quemase. O incluso me abriera el vientre con un cuchillo.

Se me cerró el ojo. Dormiría, mucho, hasta que el hambre y la sed pudieran más que el cansancio y me obligaran a despertar. Claro que, quizá, y eso fue lo último que pensé, no volviera a despertarme. Agotada como estaba, dicha idea ni me asustó. Después empecé a soñar.

*Nunca había visto un sol tan fuerte y vivo, más vivo que cuando caía sobre el vertedero. Y más intenso. Mucho más intenso. Y hay arena, hasta donde alcanza el ojo. Hasta donde alcanzan los ojos. ¡Veo con los dos ojos! Donde antes la cuenca estaba vacía tras la cicatriz ahora vuelve a haber un ojo.*

*Son mis ojos. Y a la vez no lo son.*

*Veo que la arena se amontona a lo lejos formando lomas que el sol distorsiona. Camino sobre un sinfín de granos calientes. Al mirarme, veo que tengo las patas de un color más claro del que recordaba. Casi blancas. Y también más grandes.*

*Son mis patas, y a la vez no lo son.*

*Mi manada está buscando agua. Todos tenemos sed. Nos rodea el olor de la muerte, que nos acecha.*

*La manada está formada por unos veinte perros. Somos más grandes que Max, tenemos el pelo corto, más claro que la arena, y el morro marrón oscuro. Estamos flacos. Nervudos. En nuestra manada también hay humanos.*

*¿Humanos? ¿Cómo es posible? Son distintos de todos los que he conocido hasta la fecha. Tienen la piel oscura y se han echado ceniza en el rostro para protegerse del sol. Los machos van delante; las hembras, algunas de las cuales llevan cachorros humanos colgados del pecho, detrás. Nosotros, los perros, vamos delante de ellos, entre ellos y tras ellos.*

*Humanos y perros son mi manada, y a la vez no lo son.*

*Huelo las últimas gotas de dulce leche que uno de los cachorros humanos extrae del pecho de su madre, las alas transparentes de un escarabajo acorazado que se deshacen al sol y el miedo a la muerte. Y percibo un olor a sangre. Me duele la pata trasera izquierda. Me la miro: supura.*

*—¿Te has sacado el veneno de la herida? —me pregunta una voz grave.*

*Miro a un lado. Uno de los perros de pelo claro y hocico marrón se ha rezagado y va junto a mí.*

*Es Max, y a la vez no lo es.*

*Sé que se llama Djalú; y yo, Inala. Los nombres significan viento que corre y valiente.*

*Valiente, un nombre mucho más bonito que Cicatriz.*

*—Sí —contesto, y noto de nuevo el sabor a sangre emponzoñada en la lengua.*

*Durante un instante tengo la impresión de que Djalú va a ofrecerse a extraerme el veneno que me queda en la pata, pero no lo hace. Estamos juntos. Lo oigo en su corazón, que martillea a una velocidad vertiginosa, aunque no estamos corriendo. Y mi corazón late con más fuerza cada vez que Djalú está a mi lado. Lo huelo, porque, cuando me ve, la lengua no le huele a sequedad, sino a vida. A una vida intensa. ¿Así es como huele... el amor?*

*No sé cómo huele el amor, pero si tiene un olor, es éste.*

*Durante varios perros de distancia sigo adelante con brío, pero al cabo de un rato empiezo a cojear. Y al hacerlo oigo el arrastrar del escorpión que me picó, aunque es imposible, pues lo dejamos atrás hace tiempo. Me quedo rezagada. Muy pronto no podré seguir a los demás.*

*—No te abandonaré —afirma Djalú.*

*—Cuando no pueda seguir andando, te irás con la manada —objeto—. Encontraréis agua, y cerca del agua habrá animales que podréis cazar. Sobreviviréis.*

*Djalú sonrío.*

*—¿Por qué sonrías?*

*—Eres especial, Inala.*

*—Soy como los demás.*

*—No. Estás asustada, y sin embargo quieres quitarme el miedo a mí.*

—Quiero que vivas.

—Y yo no dejaré que mueras.

*Por amor a él, apoyo la pata con firmeza para continuar, pero no aúllo de dolor.*

—¿Qué pasa? —pregunta preocupado.

*No quiero decirle que no puedo caminar sólo con tres patas. No quiero admitirlo. Haciendo un esfuerzo, cojeo unos pasos más, pero al final tengo que sentarme. Y entonces vuelvo a oír el avance del escorpión por la arena.*

*Djalu también se detiene. Las últimas hembras humanas suben una loma de arena arrastrando los pies, con sus hijos cogidos de la mano y los bebés al pecho, una loma que a mí me parece inalcanzable.*

—Vete —le pido a Djalu.

*No se mueve.*

—Quiero que vivas.

*No dice nada. Se queda en el sitio. Conmigo.*

—¿Por qué no desapareces? —le ladro, y él contesta, sin alterarse lo más mínimo:

—Porque no quiero vivir sin ti.

—¡Largo! —ladro, la voz más ronca.

*De los ojos me sale agua salada. De dicha, porque Djalu me quiere tanto que se queda conmigo, y de tristeza, porque seré la culpable de su muerte.*

*Djalu se acerca a mí.*

—¿Qué haces?

*En lugar de contestar, me pasa la punta del morro con delicadeza bajo los ojos para secármelos. Su caricia hace que el cuerpo me tiemble.*

—Venid de una vez —oigo decir a uno de los humanos de piel oscura.

*Su voz nos llega desde la loma. Habla una lengua que suena como a clics.*

*En lugar de hacer caso al humano, cierro los ojos para aspirar con más fuerza el olor de Djalu. La muerte no es tan mala cuando uno se sabe querido. Escucho los pasos del humano, que viene hacia nosotros desde la loma de arena.*

—Anatjari nos ayudará —afirma Djalu.

*Abro los ojos. Todavía no acabo de creerme que vuelva a tener los dos. El humano no sólo lleva ceniza en el rostro, sino también dos anchas rayas amarillas en cada mejilla. Al igual que Djalú, ese humano tampoco huele a miedo. Los dos parecen esperanzados.*

*—Anatjari te salvará —asegura Djalú, y el cuerpo le tiembla de alegría.*

*No entiendo qué quiere decirme con eso. Si ya no puedo caminar, ¿cómo va a poder ayudarme un humano? El hombre llamado Anatjari se acerca a mí, se agacha, mete las manos y los brazos bajo mi vientre y me levanta. Yo me dejo hacer. ¡Me dejo tocar por un humano!*

*Djalú da saltos a nuestro alrededor, nervioso, mientras el humano me lleva en brazos. Y de los dos ojos me vuelve a salir el agua salada. Esta vez de gratitud.*

## 22

Nunca me había despertado así de un sueño. Normalmente mi despertar era lento, y cuando abría el ojo ya se me había olvidado por completo lo que había soñado. Y si había tenido una pesadilla, aunque el corazón me latía como un loco, el instinto siempre me decía que sólo había sido un sueño y que no me amenazaba ningún peligro. Esta vez el corazón también me latía desbocado, pero el instinto no me decía nada. ¿De verdad había soñado aquello? Todo —el desierto, la manada, Djalú, el humano llamado Anatjari que me llevaba en brazos— me parecía tan real como la piedra fría del portal en el que estaba tumbada. Así de confundido debió de sentirse Max al despertar de los sueños que había tenido. Para él eran recuerdos. De otros sitios, de otras épocas, de otros cuerpos, de otras vidas. Y, en cada uno de esos recuerdos, él y yo nos habíamos conocido y estábamos juntos. En sus sueños nos queríamos. Y en el mío..., en el mío yo quería a Djalú. Y Djalú quería a Inala.

No quería a Max.

¿Podría aprender a quererlo?

¿Se puede aprender a querer?

No sabía cuál era la respuesta, pero de una cosa sí estaba segura: éramos dos perros que estaban juntos. Quizá no como amantes, pero sí como algo más que únicamente dos lisiados que no tenían a nadie. ¡Como dos perros que soñaban!

Debía encontrarlo. Debía hablarle a toda costa del desierto, de Djalú,

Inala y Anatjari. Me levanté de un salto y me puse en marcha, dirigiéndome hacia donde me había dejado. Sí, ya no me quería a su lado, pero ahora que yo también había tenido un sueño, todo podía ser distinto.

Fue fácil seguir su olor por las calles, aunque al suyo se superponían los olores más recientes de otros perros. Con cada esquina que volvía, con cada callejuela que bajaba a la carrera, el olor de Max era más intenso. Iba más deprisa. Cada vez más deprisa. Hasta que en una callejuela en la que había cubos llenos de basura y en cuyo extremo distinguí una valla alta, el olor flotaba únicamente en el aire. Ya no iba en ninguna dirección, ni hacia delante ni hacia atrás. Era como si Max se hubiese volatilizado. Y en el olor también percibía miedo.

## 23

¡Gatos!

De pronto también apestaba a gatos. Un olor penetrante. Asqueroso. Daba ganas de vomitar. Empezó a hervirme la sangre. Me volví: arriba, en uno de los balcones, había un gato blanco y gordo que me miraba entre los barrotes.

—¡Largo de aquí! —le ladré—. ¡Fuera!

El gato se limitó a mirarme con sus ojos verdes y eso todavía me cabreó más. Tenía miedo por Max, y ese gato se comportaba como si el mundo fuese suyo y yo no fuera digna de vivir en él. En los ojos de ese animal gordo ardía un fuego verde que podía caer sobre mí de un momento a otro.

—¡Que te largues! —ladré con todas mis fuerzas.

Él no dijo nada, ni siquiera bufó. Me entraron ganas de morderle el cuello y pegué un salto lo más alto que pude, pero, naturalmente, no llegué hasta donde él estaba.

—¡Baja de ahí!

Estaba a punto de perder los nervios.

—¡Baja ahora mismo para que te pueda morder!

—Si lo haces, te saco el ojo que te queda con mis uñas —bufó el gato, y me enseñó sus garras afiladas.

Sabía perfectamente cómo meterme miedo. Ahora ya no quería pelearme con él, pero tampoco quería marcharme, no podía darle esa satisfacción. Así que seguí ladrando, pero ni se inmutó. Ya ni siquiera era digna de que volviera a bufarme. Aburrido, el gato cerró los ojos y dijo:

—Eres más ridícula incluso que el otro perro.

¡El gato había visto a Max!

—¿Adónde ha ido? —quise saber.

No me contestó.

—¿Adónde ha ido? —ladré.

Abrió sus verdes ojos. Disfrutaba viendo mi desesperación, desprendía un olor repugnante como el de quien se alegra del mal ajeno.

—¡Contesta!

El gato torció el gesto. Burlón. Cínico. Desagradable.

—¡Te he dicho que contestes! —insistí, soltando un gallo.

—Lo han cogido los perreros.

—¿Los perreros...? ¿Qué son los perreros?

¿Habría dado con él el humano de la máscara de cuervo? No, no podía ser, en los sueños sólo era un humano, no varios. Fueran quienes fuesen esos perreros, sin duda debían de ser otros monstruos.

—A los gatos domésticos no nos tocan —replicó el rollizo animal sonriendo más, como si ésa fuera la respuesta a mi pregunta.

—¿Qué le harán?

Estaba muy preocupada.

—No tengo ni idea —dijo, haciéndose de rogar.

—Lo sabes, claro que lo sabes.

—Es posible. —Y volvió a sonreír.

Descubrí una escalerita que conducía a la casa. Si subía por ella podría saltar al balcón desde uno de los peldaños. El gato vio lo que yo estaba mirando y se mofó:

—Hazlo, anda. Antes de que llegues aquí, yo saltaré al piso de abajo y tú te partirás las patas.

—¿Qué les hacen a los perros? —ladré con todas mis fuerzas.

El gato se inclinó hacia mí y me miró con condescendencia, altivo.

—La verdad es que sólo tengo una ligera idea.

Me hizo esperar un poco más, yo temblaba por la tensión, y luego continuó hablando:

—Sea como sea, nunca he vuelto a ver a ningún perro de los que cogen.

El alma se me cayó a los pies, y al mismo tiempo empecé a cogerle tal manía al gato que le habría arrancado el cuello. No porque me estuviese dando la mala noticia, sino porque no sentía ninguna pena de que esos perros —¡Max!— nunca regresaran del lugar al que los llevaban los humanos.

Los perreros matarían a Max, si no lo habían hecho ya. Había sido ridículo pensar que estaríamos juntos. ¿Cómo podían estar predestinados a estar juntos dos perros en este mundo tan cruel? Es más, ¿cómo podía estar una criatura predestinada a estar con otra? La casualidad nos había unido a Max y a mí y el asqueroso mundo nos había separado. Los sueños no eran más que sueños. Y, sin embargo, si no quería morir sola en este mundo, tal vez siendo el blanco de las burlas de ese gato cuando exhalara el último suspiro, debía soñar de otra manera: despierta. Debía dar rienda suelta a mi fantasía y pensar en cómo salvar a Max. Para que pudiésemos soñar juntos con una vida mejor.

Me puse a olfatear. El olor de Max cada vez se percibía con menos intensidad en el aire. Además olía a gato, a basura, a excrementos de pájaro, a metal oxidado y a polvo. Y al sudor de dos humanos, que se mezclaba con el de Max. Debía de ser de los perreros esos. El gato seguía mirándome fijamente, pero lo ignoré. Por muy asqueroso que fuera ese bicho no quería perder ni tiempo ni energía odiándolo. Al parecer, el gato no pudo soportar que no le prestara atención, y se puso a arañar las barras metálicas del balcón para que lo mirase. Aunque el ruido me daba dentera, estaba demasiado preocupada por Max. Tenía que seguir olfateando. Por lo visto, los humanos habían salido de la callejuela con él. ¿Se habría defendido? Ni siquiera él se dejaría coger sin más. ¿O acaso los humanos se sirvieron de un reclamo para atraerlo? Sea como fuere, no percibía olor a sangre. Seguí olfateando, aunque ahora el gato arañaba el metal con tanta fuerza que no pude evitar estremecerme. Continué a lo mío, siguiendo el olor de los humanos, cuando el animalejo dijo:

—Estás perdiendo el tiempo.

A pesar de que no quería hacerle caso, me volví hacia él. Quizá quisiera contarme qué había sido de Max. No por amabilidad, claro que no, sino porque sabía algo que me haría daño: que le habían dado una paliza, que

había muerto en la callejuela... No, eso no me lo creería; habría olido su muerte. Pero los gatos eran distintos de los perros. Seguro que también contaban mentiras. Y aunque estaba convencida de que no iba a decirme la verdad, me volví hacia él. Porque era posible, tal vez fuese posible, que me dijera algo que me ayudara a dar con Max. En aquel momento habría hecho cualquier cosa por eso.

—¿Por qué estoy perdiendo el tiempo? —pregunté.

—Te lo diré si me lo pides por favor.

Me tragué el orgullo por Max.

—Dímelo, por favor.

—Con un poco más de amabilidad.

Al gato le brillaban los ojos con una alegría maliciosa.

—Por favor, por favor... —pedí amablemente; como lo hacía por Max y no por mí, incluso me resultó fácil.

El gato me dio a entender con la mirada que me quería todavía más sumisa, así que me tumbé en el suelo con las patas delanteras extendidas. El animalucho podría haberme saltado encima desde el balcón, arañarme el lomo y largarse antes de que hubiese podido defenderme. Pero el riesgo de que me hiciese daño me daba igual, y mi dignidad también. Lo único importante era lo que tenía que decirme.

—Por favor —pedí, sin asomo de ira en la voz; el gato ya no hacía que me hirviera la sangre.

—Estás perdiendo el tiempo porque dentro de nada morirán todos los perros.

—¿Todos?

No entendía. Max corría peligro, desde luego. Y también los demás perros que esos perreros tenían en su poder. Y seguro que yo también, si los seguía. Pero ¿todos los perros? ¿Del mundo entero?

—Los gatos nos haremos con el poder —aseguró el gordo.

No parecía agitado, sino que lo decía como si nada. Como si fuese un hecho. Igual que era un hecho que el cielo estaba arriba y la lluvia nos mojaba el pelo.

—¿El poder?

—Los gatos del mundo entero se están preparando para ello. Como nos ha ordenado Casiopea.

—¿Casiopea? ¿Quién es Casiopea?

—Nuestra líder. Nuestra heroína. Acatamos sus palabras. Va por todo el mundo para prepararnos para la llegada de nuestro reino.

Todo el mundo. Siempre había pensado que el mundo iba desde la montaña que se odiaba a sí misma hasta la ciudad y hasta nuestro vertedero. Desde el día anterior sabía que el mundo era más grande. Porque había visto muchas cosas. Porque el enervante pájaro había preguntado por un sitio llamado Francia, que ni siquiera Max conocía. Pero, sobre todo, porque había soñado con el desierto. Y Max me había hablado del bosque cubierto de nieve y de unas aguas interminables que se llamaban *mar*. Así que el mundo era enorme, aunque probablemente nunca llegase a saber hasta qué punto.

—Y ¿cómo pensáis hacerlo? Nosotros, los perros, somos más grandes que vosotros. Y los humanos mucho más.

—Casiopea dice que cada gato será más fuerte cuando se le aparezca la luz dorada.

—¿Qué luz dorada?

—La luz resplandecerá —siguió diciendo el gordo animalejo, sin responder a mi pregunta—, y después nuestra vida será un paraíso.

Ahora los ojos le brillaban de alegría. Y aunque yo nunca había visto un gato feliz, supe que en sus ojos no había la felicidad que se siente cuando se encuentra algo de comer o se disfruta de la cercanía de un miembro de la manada por la noche. Era la felicidad radiante y febril del odio.

—¿Dónde está esa Casiopea? —quise saber.

—En el mundo, dando a conocer la palabra.

—¿Cuándo te la dio a conocer a ti?

—¿A mí? Nunca.

—¿Es que nunca la has visto? Entonces ¿cómo sabes todo eso?

—Lo sé desde que nací. Me lo contó mi madre. Y a ella se lo contó su madre; y a ésta, la suya.

—Pero eso significa...

—¡Exactamente! ¡Casiopea es inmortal!

Me levanté. No tenía por qué seguir escuchando a ese gato.

—¿Adónde vas? —preguntó—. ¿No quieres oír la profecía entera?

Deseaba borrarle esa alegría febril de los ojos y demostrarle que era una estupidez creer en Casiopea, aun cuando ello me hiciera perder valiosos instantes en mi búsqueda de Max. Unos instantes que quizá me hicieran llegar demasiado tarde.

—Si de verdad existe Casiopea, si es inmortal, ¿cómo es que los gatos no se han rebelado hace tiempo?

—Pronto llegará la hora.

—Y dices que eso lo sabes desde que naciste.

—Sí.

—Y tu madre lo sabía desde que nació.

—Sí.

—Y la madre de tu madre también.

—Y la madre de la madre de mi madre y la madre de aquélla.

—Y todas han muerto sin haber llegado a ver el reino de Casiopea.

El gato guardó silencio.

—En ese caso, tú también morirás sin verlo.

La luz desapareció de sus ojos. Ni siquiera tuve que decirle que le habían contado una mentira.

Volví a percibir el olor de los perreros y seguí mi camino. El gato me gritó:

—¡Todos veremos la luz dorada!

En el otro extremo de la callejuela, el débil olor de Max y los humanos había desaparecido por completo. Ahora percibía el hedor rancio de un coche. Ahí debían de haber metido a Max, y después se habían marchado con él.

Cada coche tenía un olor característico. Como cada perro, cada gato o cada humano. Enfilé la calle y después recorrí otra más ancha y algunas más estrechas, y acabé en una gigantesca en la que había mucho tráfico. La ciudad era más grande de lo que yo pensaba. Me dolían las patas, pero no me paré a descansar, ni a beber. Ya había perdido un tiempo valioso con el gato, a ver si al final esos instantes eran los decisivos y yo llegaba demasiado tarde.

Cuando la calle gigantesca se cruzó con otra igual de grande, el olor de los perreros se volvió especialmente intenso. Su rastro me llevó hasta un muro gris y un portón negro cerrado. En el aire flotaba el olor a miedo de Max. Se entremezclaba con el de otros perros, que me llegaba del otro lado del muro. Me mareé al percibir esa nube de temor.

Recorrí el muro con patas temblorosas, en busca de otra entrada. Descubrí algún agujerillo entre las piedras por el que quizá hubiese podido pasar un pájaro. Pero no vi ninguno por el que cupiera yo. Llegué de nuevo a la puerta negra y me tumbé a unos perros de distancia, al acecho. Apenas mi vientre hubo tocado la piedra caliente, me llegó otra cosa del otro lado del muro: ceniza. Una ceniza gris, fina. No mucha, sólo un polvillo. Se me metió en la nariz y me hizo cosquillas. Tuve que estornudar. Una y otra vez. Como si mi instinto tratara de impedir con todas sus fuerzas que respirara la ceniza. No

sabía por qué, pero eso me dio más miedo que todas las demás cosas que había vivido hasta el momento en el nuevo mundo.

El polvillo cayó en la calle y en mi pelo. Me levanté y me sacudí, pero me di cuenta de que no me libraba de la ceniza. Y el instinto me gritó: «¡Corre, Cicatriz! ¡Sal corriendo de este sitio!».

No salí corriendo.

Las patas me temblaban, pero no salí corriendo. Dejar solo a Max allí habría sido traicionarlo. El portón negro se abrió y desapareció en un lateral del muro. Por él salió un coche con las ventanas enrejadas. Dentro había un hombre, seguro que era uno de los perreros. Llevaba un falso pelaje azul e iba comiendo un bocadillo. Si hubiese mirado a un lado, me habría descubierto, pero sólo prestaba atención a la calle.

La puerta se cerró despacio. Tenía que tomar una decisión, y deprisa.

«Estamos juntos», me dije.

Me levanté de un salto y salí corriendo para cruzar la puerta, que se cerró tras de mí. Una vez al otro lado del muro, vi dos construcciones. De una salía el hedor a miedo perruno, incluido el de Max. En la otra vi un hocico de piedra que escupía humo y ceniza.

Me dirigí con cautela hacia la construcción en la que debía de estar Max. Con cada paso que daba el hedor a miedo se volvía más insoportable. Mi estómago quería vaciarse y mis patas querían salir corriendo.

Cuando estaba a escasos perros de distancia de la construcción, la puerta se abrió despacio. Si me descubrían ahora, me cogerían a mí también. Sin embargo, seguí avanzando con la esperanza de que me diera tiempo a volver la esquina del muro, donde un humano no podría verme. Corrí todo lo que pude, pero era demasiado lenta. Por la puerta salió un humano, vestido como los otros perreros. Tenía el rostro perlado de sudor y llevaba un perro en brazos. Un perrillo de patas cortas y morro chato. Las patas colgaban sin fuerzas, bamboleándose. El perro no respiraba.

Me detuve horrorizada.

«¡Corre, Cicatriz, sal corriendo!»

No fui capaz.

—¿Cómo demonios te has escapado de la jaula? Ya te cogeré cuando

haya terminado con éste.

El humano fue con el cadáver a la construcción cuyo morro de piedra escupía al cielo la ceniza. Empezaron a temblarme las patas, porque entonces entendí de quiénes eran las cenizas que arrojaba al aire.

«Corre...»

La puerta de la construcción en la que se encontraba Max seguía abierta.

«... pequeña Cicatriz...»

Fui hacia ella...

«¡Sal corriendo de aquí!»

... y miré dentro. Había perros por todas partes. Siempre de dos en dos en cajas con barrotes. No ladraban, estaban tendidos allí sin más, en el hedor de su propio miedo. Al fondo de la habitación había dos humanos, uno con un falso pelaje azul y el otro con uno blanco. Observaban a Max.

—Éste acaba de llegar —dijo el de azul—. Podemos dormirlo ahora mismo.

El perro al que acababa de sacar el humano ya no dormiría más.

—Va contra las normas —repuso el de blanco—. Lo haremos dentro de tres meses, si no lo quiere nadie.

—Esto está lleno, y jamás he visto a nadie llevarse a un chucho tan grande como éste. Lo único que haremos será desperdiciar un sitio y comida durante tres meses. Y si seguimos alimentando a animales que de todas formas van a morir, cada vez tendremos más pérdidas, y me despedirán. Y entonces tú te quedarás sin este trabajo que tanto te gusta y vendrá otro veterinario. Si yo caigo, tú caes conmigo, tenlo claro.

—Vale, vale, no te sulfures —dijo el del falso pelaje blanco—. Pero yo decido a qué perro dormir. ¿Qué hay de ese de ahí? No creo que vaya a durar mucho.

Señaló al perro que compartía con Max la caja con barrotes. Tenía el pelo corto, marrón oscuro, era viejo y estaba asustado.

—Pues duerme a ése, me da lo mismo. Lo importante es que hagamos sitio —contestó el otro humano.

Acto seguido cogió un pequeño objeto de metal, lo introdujo en uno de los barrotes y abrió la caja. Max se retiró al rincón del fondo, pero el perro

viejo ni se movió. El humano de azul lo cogió por el cuello y las patas traseras y lo pegó contra el suelo; el otro se sacó una cosita alargada del falso pelaje blanco. Dentro del tubito transparente había un líquido verde.

«Sal corriendo de una vez...»

El humano del pelo blanco metió la mano en la caja con barrotes y clavó la punta metálica en el cuello del perro viejo. El líquido desapareció del recipiente de cristal. El perro se sacudió, quería soltarse, pero el humano lo sujetaba con fuerza. Max no acudió en ayuda del perro. Ni yo tampoco.

«... pequeña, pequeña Cicatriz...»

Tan sólo me quedé mirando, sin moverme del sitio, y vi que el perro que sujetaba el humano perdía el conocimiento. Y, poco a poco, también la vida.

Los humanos decidían quién vivía y quién moría. Y muy pronto decidirían que Max debía morir.

«¡Corre!»

Y salí corriendo.

¡Hacia los humanos, ladrando!

—Pero ¿qué narices...? —dijo sorprendido el asesino que sujetaba al perro dormido, prácticamente muerto ya.

El asesino de la aguja, en cambio, me miraba asustado. Me planteé si podría derribarlo, como había hecho con la pequeña humana en el vertedero. Era más alto, pero estaba en una mala posición, puesto que se había vuelto hacia mí. Cobré velocidad, tiré al humano al frío suelo de piedra, le salté al pecho y me incliné sobre él, con el morro sobre su cuello. Quería hacerlo pedazos.

—¡Bicho asqueroso! —exclamó el de azul, soltando al perro viejo.

Max seguía en el rincón, sin moverse. Sólo me miraba, igual que los demás perros de las cajas con barrotes. Yo, en cambio, estaba fuera de mí, quería morder, matar al humano, que no lloraba, sino que intentaba mantener la calma y me ofrecía un poco más el cuello, como la pequeña humana en el vertedero. ¿Confianza en que así lo perdonaría? Cuando tenían miedo a morir, los poderosos humanos, al igual que nosotros, se dejaban llevar por el instinto.

Mi saliva le caía en el cuello. Abrí la boca con idea de matarlo. Cuando

mis dientes estaban justo en su cuello...

... el otro humano me dio una patada en el estómago, con tal fuerza que salí despedida del cuerpo de mi víctima. Aun así logré hacerle una herida en el cuello.

—¡Ay! —gritó el humano de blanco.

Y el otro me dio otras tres patadas en el vientre.

—¡Bicho asqueroso! ¡Maldito bicho asqueroso! ¡Serás el primero que vaya al horno!

Las patadas tendrían que haberme dolido, pero en mi ofuscación apenas las noté. Me volví a levantar de un salto y le mordí la pierna. El humano de azul también gritó de dolor.

Con el rabillo del ojo vi que el otro asesino se llevaba al cuello un pañuelo, que se llenaba de sangre. Mientras, con la otra mano sacó otro tubito que contenía el mismo líquido letal. Me lo clavaría en el cuello en un abrir y cerrar de ojos.

Le solté la pierna al del pelo blanco, que se puso a dar saltitos y proferir imprecaciones. Yo los observaba. No podría vencer a los dos. Miré a Max, que seguía en el rincón de la caja con barrotes, no muy lejos del perro que ya no respiraba. El del falso pelaje blanco avanzó hacia mí con el tubito en la mano, y el otro le dijo:

—¡Clávale eso en el cuello al puñetero chucho!

—¡Max! —ladré desesperada.

—Cicatriz —repuso débilmente.

Era lo primero que decía desde que yo había entrado en la construcción.

—Max, ayúdame. ¡Por favor!

Max no se movió. El asesino del tubito se acercaba por un lado y el otro intentaba cogerme. La sangre que le salía de la pierna iba a parar al suelo, pero al parecer la ira que sentía era mayor que el dolor. Max continuaba sin moverse. Mi amigo no me ayudaba. Ni tan siquiera me apoyaba cuando lo necesitaba. No era como el Djalú de mi sueño. Cómo me habría gustado tener a mi lado a Djalú en ese momento. Cómo me habría gustado no ser Cicatriz, sino Inala. De manera que, cuando los dos humanos estaban ya muy cerca, con los brazos abiertos para matarme, dije en voz baja:

—Djalu.

Y Max se levantó. Como si se diera por aludido. ¡Como si fuese Djalu!

Salió de la guarida con barrotes y gruñó a los humanos mientras les enseñaba los dientes con aire amenazador. Jamás lo habría creído capaz de hacer eso. Cuando los humanos se dieron la vuelta asustados, Max ladró con tanta fuerza que los barrotes empezaron a vibrar. Toda la fuerza que tenía en su cuerpo robusto y que hasta el momento yo no conocía —y posiblemente él tampoco— llenó el espacio. Y los perros encerrados, que hasta entonces permanecían atemorizados en silencio, comenzaron a ladrar también. Como si Max fuera su líder. Como en su día hizo el padre lobo.

—¡Corre! —advertí a Max.

Pero no se movió. Pasé corriendo por delante de él, hacia la salida, y ladré:

—¡Corre si quieres seguir con vida!

Pero no se movió lo más mínimo, sino que siguió ladrando y ladrando, fuera de sí.

—¡Si quieres vivir conmigo!

Max dejó de ladrar y se quedó callado, rumiando mis palabras entre los ladridos de los perros. Como yo. A decir verdad, me sorprendían igual que a él. Acto seguido salió corriendo y se unió a mí.

—¿Y los demás? —me preguntó mientras ellos ladraban desesperados:

—¡Llebadme con vosotros!

—¡No me dejéis solo!

—¡Si nos dejáis aquí no sois mejores que los humanos!

¿Cómo íbamos a salvarlos? A fin de cuentas, no podíamos abrir los barrotes a mordiscos.

—Tenemos que dejarlos aquí.

—Eso será su muerte.

—Y si intentamos ayudarlos también nosotros moriremos.

Max miró a los perros y dijo, profundamente entristecido:

—Tienes razón.

Seguimos corriendo hacia la puerta, y los perros ladraban cada vez con más fuerza, porque pensaban que no queríamos ayudarlos. No entendían que

no podíamos. En mis oídos resonaban sus palabras:

—Traidores.

—Os merecéis morir.

—Mi madre. Por favor, por favor, decidle a mi madre dónde he muerto.

—Llevo cachorros en el vientre. Cachorros, ¿entendéis?

—Cachorros... —repitió Max con voz queda, apenas audible, como si hubiese vuelto a soñar otra vez con ellos.

Se me encogió el estómago. Miré sin querer a la perrita que había dicho eso. Tenía el pelo negro rizado y era más pequeña que yo, ni siquiera me llegaba al cuello. Vi que los cachorros le daban patadas en el vientre. Su madre me dirigió una mirada suplicante. Me detuve ante ella y le dije en voz baja:

—Perdóname.

—¡Cicatriz! —Ahora era Max el que me instaba a seguir corriendo.

Aparté la vista de esa madre que no vería nunca a sus hijos y eché a correr con Max hacia la puerta abierta. Pero allí había un tercer humano. Estaba tan pasmado que ni siquiera reaccionó cuando salimos a toda velocidad y enfilamos la piedra, que el sol de la tarde había calentado, hacia el portón. Detrás de nosotros, los ladridos dieron paso a aullidos y gruñidos. Allí donde antes sólo olía a miedo, ahora olía a profunda desesperación. Con las orejas al rojo oí que los tres asesinos salían tras nosotros. A través del agua salada que tenía en el ojo vi, aunque borroso, que otros dos humanos salían corriendo de la construcción en la que los perros se convertían en ceniza. Seguro que los habían asustado los ladridos y acudían a ayudar a sus hermanos asesinos. Todos nos perseguían a Max y a mí, que nos precipitábamos hacia el portón, que seguía cerrado. Si no se abría, estaríamos perdidos. Sin dejar de correr, me miré las patas y me propuse aguantar con dignidad todo lo que pudiera venir. No aullaría. No les daría esa satisfacción a los humanos.

—¡Mira! —exclamó Max.

Yo seguía observándome las patas, no quería ver cómo nuestros perseguidores ganaban terreno.

—¡Mira, mira! —insistió Max—. La puerta...

El portón se abría. ¡Se abría! Por él entraba un coche. Seguro que dentro había más perros, que ocuparían el sitio de los que habían muerto.

—¡Corre! —dije mientras salía disparada.

Pero Max, que era más rápido que yo, permaneció a mi lado. ¿Por qué hacía eso?

El portón empezaba a cerrarse de nuevo. Íbamos muy justos de tiempo.

—¿Por qué no vas más deprisa? —ladré.

Si Max corría, seguro que conseguiría salir, pero si seguía a mi lado, quizá no lo lograra.

—Por lo menos te salvarás tú —añadí.

—No me has abandonado, Cicatriz, así que yo no te abandonaré a ti.

Estábamos juntos.

Tener a mi lado a Max me dio renovadas fuerzas. Dejamos atrás el coche y seguimos hacia el portón, que casi se había cerrado del todo. No pasaríamos a la vez por el escaso espacio que quedaba.

—¡Tú primero! —exclamé.

—¡No, tú! —repuso Max, reduciendo la velocidad.

—Sal primero tú, que eres más ancho. Yo pasaré cuando tú ya no quepas.

También yo reduje la velocidad e iba más despacio que él. De ese modo sólo le dejaba una alternativa a Max: puesto que quería salvarme la vida, y yo me sacrificaría si él no me adelantaba, debía ser el primero en cruzar la puerta. Me miró un instante y salió al otro lado del muro por la pequeña abertura. Una vez allí se detuvo, se volvió hacia mí y ladró:

—¡Vamos! ¡Vamos!

El portón prácticamente se había cerrado cuando llegué a él. Tuve que frenar un poco para no darme contra el borde de la puerta móvil. Un instante después me escurrí por la rendija que quedaba. Cuando casi estaba al otro lado, el metal me atrapó la pata trasera izquierda. Presa del pánico, me arañé con el metal, pero al final logré salir antes de que el portón se cerrara ruidosamente. Lo habíamos logrado, estábamos a salvo, lejos de los asesinos.

Sin embargo, todavía notaba la culpa de haber abandonado a los demás perros a su suerte.

## 25

Estaba en el vertedero. El mal olor me daba lo mismo, había soportado cosas mucho peores. Ninguno podía ser más acre que el que salía de los hornos del campo de concentración, que me vi obligada a limpiar cuando no pude seguir tocando en la orquesta. Ni siquiera el hedor de mi propia carne en la hoguera había sido tan atroz.

A lo lejos había algunos perros vagando por el lugar, me miraban. Eran lo bastante listos para no acercarse a mí.

El vínculo que unía nuestras almas me había llevado hasta ese sitio. Estaba segura de que los dos perros se habían conocido ahí. Atravesé el vertedero y llegué hasta un río. Eché un vistazo desde la orilla y en una mata vi señales de que alguien había dormido allí. Pero sólo el macho. La hembra había dormido en otra parte. Debía de ser eso lo que era distinto en esta vida: la hembra no sentía nada por el macho. O al menos no sentía tanto como en otras épocas, cuando dormía con él todas las noches.

¿Cómo era posible? ¿No estaban predestinados a quererse, a fin de cuentas? Igual que mi destino era impedir que vivieran su amor. ¿Qué pasaría si los mataba antes de que floreciera el amor? ¿Rompería el vínculo que existía entre sus almas? Y entonces ¿dejaría yo de estar condenada a perseguirlos? En ese caso, dejaría de ser un espíritu obligado a vagar por el mundo para terminar su trabajo. Habría cumplido mi cometido: les habría arrebatado el amor para siempre.

Y si mi alma volvía al mundo... Apenas me atrevía a terminar el pensamiento, pues no quería abrigar esperanzas, y sin embargo lo terminé, ya que esperar era algo instintivo contra lo que nada podía hacer la razón, ni siquiera la mía, que conocía la desesperanza del mundo. De manera que, si mi alma volvía al mundo, por fin olvidaría.

Olvidaría a los perros. El lastre con el que había cargado miles de años. Las heridas que había sufrido. Las enfermedades. Arder en la hoguera. Ya no tendría que pensar en las esposas a las que quizá no había querido pero que sí me gustaban y con las que nunca había podido vivir una vida feliz. Porque el odio que les tenía a los perros me apartaba de

ellas. Porque después de hacer mi trabajo, prefería acabar con mi vida para vivir en el mundo intermedio a pasarla sin sentir un amor verdadero. Ya no tendría que ver a mis vástagos, de los cuales tantos se habían quedado dormidos para siempre en mis brazos. Podría olvidar a los niños que había visto morir en el campo, una vivencia que me hizo enloquecer por tercera vez. No eran hijos míos, pero eso no importaba. Cuando se dirigía a la cámara de gas, uno apretaba contra el pecho a un pequeño arrebujado en una tela.

Olvidar.

Cuánto me gustaría. Aunque ello significara dejar de recordar a mi primer y único amor verdadero.

No tener que odiar más.

Y en cambio amar.

Tener hijos.

Sacar provecho de la vida.

*Carpe diem.*

*Carpe vitam!*

Quería olvidar.

A toda costa.

Y para lograrlo debía dar con los perros antes de que la hembra se enamorara.

## 26

No paramos para buscar algo de comer. Tampoco bebimos el agua con la que un hombre regaba una de las calles más pequeñas con una manguera. Ni siquiera nos detuvimos para coger aire, aunque llevábamos la lengua fuera. Y eso que, a todas luces, los humanos no nos perseguían.

Sólo nos detuvimos cuando llegamos a una zona que Max llamó *parque*. A mi alrededor veía no sólo una hierba que era sorprendentemente verde, sino también árboles. Pero casi no me fijé en nada. Como tampoco reparé en el pequeño desgarró que tenía en la pata. Lo que hice fue sacudirme. Una y otra vez: quería deshacerme de la ceniza de los perros muertos. Y me entraron arcadas.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Max, preocupado.

Las arcadas cada vez eran más fuertes y atroces. No pude contestarle, empecé a tener espasmos.

—Cicatriz, ¡para ya!

Max daba vueltas a mi alrededor por la hierba mientras mi cuerpo entero se estremecía y yo estaba a punto de vomitar.

—Para, o te ahogarás.

Yo apenas oía sus ladridos, era como si volviese a estar bajo el agua. Tampoco fui muy consciente de que de pronto Max se paraba. En cambio, sí vi con el rabillo del ojo, entre las hojas de los árboles, a lo lejos, la montaña que se odiaba a sí misma. Se me pasó por la cabeza que quizá la montaña no se odiara, quizá escupiese fuego y se quemara con él porque, al igual que yo,

había vivido algo terrible. Y mientras me preguntaba si cuando expulsara los jugos de mi estómago podrían quemarme el pelo igual que el fuego de la montaña quemaba sus piedras, Max se había quedado muy quieto. Estaba allí plantado, sin más. Y como el hedor de mi propio pánico se imponía a su olor, nada me advirtió de lo que pasó acto seguido: vino corriendo hacia mí y me dio con el morro en el vientre con todas sus fuerzas.

Caí al suelo. Cuando me recuperé de la sorpresa, pegué un ladrido enfadada y me levanté:

—¿Quieres pelea? —espeté—. ¿Quieres pelea? ¡Vamos! ¡Ven!

—No quiero pelea —repuso él completamente tranquilo—. Contigo no. Nunca.

—Entonces ¿por qué me has tirado al suelo?

—No quiero que te ahogues.

Ya no tenía arcadas. Cuando fui consciente de ello, mi estómago quiso empezar de nuevo. Pero Max me ordenó:

—No.

Su voz era más grave incluso, y su fuerza hizo que mi estómago se calmara de inmediato. Su tono y su actitud irradiaban tanta seguridad y tanta fuerza que supe que Max me protegería de cualquier peligro. Aunque volvía a respirar sosegadamente, seguía deseando restregarme el pelo contra el tronco del árbol más cercano para librarme de la ceniza que me quedara. ¿Llevaba aún polvillo en el pelo? ¿Tendría siempre esa sensación? Era una idea espeluznante.

En lugar de restregarme contra el árbol, le dije a Max:

—Gracias.

—¿Has comido algo peor que las uvas?

Max no sospechaba nada. Naturalmente, había visto lo que le había pasado al perro que compartía con él la caja con barrotes, pero no sabía lo que hacían con el cadáver. Era evidente que no había llegado a la conclusión de que la ceniza que salía del morro de piedra era de los perros. ¿Porque todo había sucedido tan deprisa o porque, sencillamente, Max era incapaz de imaginar semejante horror? ¿Debía contárselo? ¿Endosarle esa carga? No, era mejor no decírselo. No quería que soñara con cosas aún peores que las que ya

soñaba.

Max me olisqueó brevemente, no con recelo, sino con preocupación, porque por lo visto le parecía que yo no estaba bien. Y es que no lo estaba. ¿Cómo se podía, después de haber vivido algo tan terrible?

—Deberíamos descansar aquí —propuso Max.

Miré a mi alrededor con nerviosismo. No se veía a ningún humano, quizá porque el sol se estaba poniendo. Sin embargo, tenía miedo de que los perreros nos encontraran.

—Debemos continuar —objeté.

—Pero si casi no tienes fuerzas.

—Pero los humanos...

—Nos encontrarán igualmente aunque sigamos, ya casi es de noche.

Quería seguir huyendo, pero Max tenía razón. Estaba agotada, y posiblemente también intuiese que en ese momento no había ningún lugar en el mundo en el que pudiera sentirme segura. De manera que fui hasta un árbol y me tumbé a su sombra.

—Tienes que beber algo —aconsejó Max, preocupado.

—Sólo quiero cerrar el ojo.

—Te traeré agua —se ofreció.

Señaló con el morro un sitio donde había una balsa de agua; más grande que un charco, más pequeña que un arroyo. Con una forma redonda antinatural.

—Iré ahí, al estanque, y te traeré un poco.

Como no quería dar impresión de debilidad, reuní todas las fuerzas que me quedaban, me levanté y fui como pude hasta la balsa que Max había llamado *estanque*. Bebimos, saciamos nuestra sed y nos quitamos el polvo de la lengua. Sin embargo, el agua no logró quitarme la ceniza que tenía en los pulmones.

De pronto Max vio un cubo de basura a cierta distancia. El cubo, pequeño, estaba a rebosar, y tirados a su alrededor había pan y fruta. Max se comió un trozo de pan y me dijo:

—También tienes que comer algo. Mira, esto es queso. Me encanta el queso. No hay nada mejor. Mi ama siempre me da un poco por la noche, en la

cena. En cambio, a Lilly no le hace gracia el queso. Siempre se tapa la nariz y dice: «Puaj», y se estremece cuando me lo como yo. Después se ríe, y mi ama me da un poco más, porque le gusta mucho oír reír a Lilly.

—Mañana —le contesté sin mirar ni siquiera el queso.

Mordisqueé un poco de hierba para calmar el estómago y a continuación me fui hasta un árbol, me tumbé debajo y miré hacia arriba. Era la primera vez que observaba atentamente un árbol. Su fuerte tronco, que ningún viento ni ninguna tormenta podrían derribar. Por las ramas se colaba la luz anaranjada del sol poniente. Las hojas resplandecían. El árbol parecía en paz, como si quisiera decirme: «Debajo de mí estás a salvo de todo mal, y a través de mis hojas puedes contemplar el cielo».

Nunca habría visto algo tan bonito si no me hubiese marchado del vertedero.

Max se tumbó a mi lado, algo separado. Entonces levantó la cabeza. Y aunque no dijo nada noté que las hojas le parecían tan bonitas como a mí.

—Cicatriz —dijo al cabo de un rato.

—¿Sí?

—Eres el perro más valiente del mundo.

—¿Cómo dices?

—Te atreviste a ir a las jaulas para salvarme.

—Tú... —Me puse a buscar las palabras adecuadas—. Habrías hecho lo mismo.

—No creo que tuviera valor para hacer algo así —repuso él—. Tú eres especial.

Especial. Lo había sido cuando era Mancha. Y también siendo Cicatriz. Pero nunca en el buen sentido. Era bonito que Max me considerara especial, aunque yo misma no lo viera así. Y era bonito percibir su olor, que me parecía mucho más agradable que el día anterior o esa misma mañana. Ahora que estaba tumbado a mi lado, Max olía a..., sí, olía a vida. Casi como Djalú en el desierto.

Aspiré con fuerza su olor y, claro, Max se dio cuenta. Y en lugar de decir algo, él aspiró el mío, como si también oliera a vida. Y eso que sólo debía de oler que apestaba a jugos gástricos.

Sentí que me había pillado por haber andado olisqueando yo antes, y me dio vergüenza, pues yo olía fatal. Aparté el morro de Max y volví a contemplar de nuevo la copa del árbol.

—Antes... —empezó Max poco después, pero no continuó.

—¿Antes...? —inquirí, sin dejar de mirar las hojas: ¿cómo sería estar tan cerca del cielo?

—Antes me has llamado por otro nombre.

Aparté la vista de las hojas y la dirigí hacia el estanque.

—Djalu —siguió Max—. Cuando has pronunciado ese nombre algo ha despertado en mí. No era un recuerdo, más bien como si en mi interior hubiese algo que desconozco.

No dije nada, porque yo tampoco me lo podía explicar. Mi sueño tenía que ser más que un sueño, y Max pensaba lo mismo de los suyos. Sólo podía ser eso.

—¿Tú también has soñado? —quiso saber.

Probablemente confiase en que me pasaran las mismas cosas extrañas que a él, así no estaría solo. No estaría loco. O por lo menos no estaría loco solo.

—Dime, Cicatriz, ¿has soñado?

—Sí, pero no lo mismo que tú.

—¿Cómo?

—En mi sueño no había un humano malo.

—Eso... —Max se paró a pensar un instante—. Eso está... bien.

—Sí.

—¿Y también estábamos juntos en tu sueño?

—Sí —contesté—. Te llamabas Djalu y yo Inala.

—Inala es un nombre bonito.

—Más que Cicatriz, seguro.

—¿Quieres que te llame así a partir de ahora?

Por un momento me quedé sorprendida. ¿Adoptar otro nombre en lugar del que me había dado mi madre? ¿Podía hacer eso? Pero, a fin de cuentas, me lo había dado después de perder el ojo, y la primera vez lo dijo con tanto desprecio que a partir de ese instante mis hermanos la imitaron. Cómo odié a mi madre en ese momento, por primera vez en mi vida. Y ahora podía

cambiármelo.

—¿Quieres? —insistió Max.

Escoger uno mismo su nombre: ¡era una idea inaudita! Lo cierto es que sería estupendo dejar de llamarme Cicatriz.

Inala...

Era ridículo pensar eso. Mientras tuviera una cicatriz y detrás no hubiera un ojo, es decir, durante el resto de mi vida, sería Cicatriz. Y nunca sería alguien distinto. Max me metía en la cabeza ideas demenciales. Y cuanto más caso le hacía yo, tanto más chiflada parecía. Resoplé, me hice un ovillo y, mirando hacia otro lado, repuse:

—Me llamo Cicatriz.

—Eres especial —dijo Max con dulzura—. Y algún día tendrás un nombre que sea como tú.

Max se tumbó tan cerca de mí que nuestro pelo no se tocaba por muy poco. Después de un rato comenté:

—¿Tú crees que alguno de los perreros...?

—¿... era el humano cuervo, el hombre del látigo?

—Sí.

—Ninguno de ellos era el hombre con el que he soñado. Su odio era mucho mayor.

—Entonces quizá no existe —dije esperanzada.

—Yo creo que sí —repuso Max—. Si nosotros somos los dos perros de los sueños, el humano cuervo también vivirá en alguna parte.

—Si...

Traté de ahuyentar ese pensamiento y no dije más. Max se aovilló todo lo que pudo, como si quisiera protegerse de los sueños mientras dormía. Yo cerré el ojo, aspiré su olor y, cuando estaba a punto de quedarme dormida, él me dijo en tono quejumbroso:

—Lilly... ¿Cómo podré encontrarla?

El día anterior le habría ladrado a la cara que no valía la pena que un perro sufriese por una pequeña humana, pero Max me había enseñado una cosa: a veces podía ser más importante mitigar la tristeza de otro perro que decir lo que uno sentía. Busqué algo que pudiera consolar a mi compañero, pero no se me ocurrió nada salvo:

—No lo sé...

Max enrolló todavía más su corpachón, como si quisiera protegerse y hallar consuelo en sí mismo. Al cabo de un rato volvió a gemir, más fuerte. No tardaría en empezar a aullar. Y yo temía que eso pudiera atraer a los perreros. Sin embargo, no llegó a hacerlo, pues justo entonces oímos una voz que dijo:

—Quizá yo pueda ayudaros.

La voz llegaba de arriba, justo encima, y ambos miramos de inmediato hacia la copa del árbol. La mitad de las hojas irradiaba una luz naranja oscura con los últimos rayos de sol, la otra mitad estaba sumida en la oscuridad. Posado en una rama, desdibujado, estaba el pájaro gris con las plumas rojas en el vientre y la cabeza.

—¿Tú? —preguntó Max.

Y yo lo maldije por dentro en el acto. No debíamos prestar atención al pájaro: hablar con él significaba volver a exponernos a sus burlas.

—Veo que volvéis a tener problemas digestivos —observó el cargante animalejo mientras señalaba con el pico, satisfecho, el sitio donde yo había vomitado.

—Si has venido para reírte de nosotros... —dije, y me levanté de un salto.

Pero el pájaro alzó el vuelo y bajó un par de ramas, como si quisiera demostrarme que no tenía sentido tratar de intimidarlo.

—No he venido a eso.

—Ya.

—Pero que me ría de vosotros es una idea condenadamente buena.

Gruñí.

—Eres de lo más convincente —opinó el pájaro.

Gruñí con más fuerza aún.

—Probablemente no seas capaz de decir eso mismo con palabras —se mofó.

—Baja y verás lo que es bueno: te voy a arrancar las plumas a mordiscos.

—No está bien hablarle así a alguien que puede ayudaros.

—¿Es que puedes llevarnos con Lilly?

Max también se levantó, y movía el rabo nervioso.

—Bueno, si tu amiga sigue gruñéndome...

El pájaro continuó bajando hasta posarse en la rama más baja del árbol. Justo donde no podía atraparlo.

—¿Si te sigo gruñendo, qué? —quise saber.

—Me cagaré en tu cabeza.

—¡No te atreverás!

—¿Quieres verlo?

El pájaro levantó el vuelo y se situó justo encima de mí.

—Yo no lo haría —afirmó Max.

Dejé de gruñir.

—¿Puedes llevarnos con mi Lilly o no? —preguntó Max, impaciente.

—Los pájaros tenemos un extraordinario sentido de la orientación. Si sabes dónde vive y yo he estado alguna vez en ese sitio, os podré enseñar el camino.

De pronto Max olía a la brisa primaveral que acaricia las lomas: el olor de la esperanza. Yo, en cambio, no creía ni palabra de lo que decía el pájaro. Pero si me ponía a ladrar con todas mis fuerzas y lo echaba de allí truncaría las esperanzas de Max. Probablemente fuese mejor que mantuviera la boca cerrada y dejara que creyese que el pájaro podía ayudarlo. Si el bichejo exageraba, le arrancaría las plumas.

—Soy de una ciudad en la que las personas son distintas y hablan de manera distinta —informó Max.

—¿En ese sitio hay un bosque? —preguntó nuestro plumado visitante al tiempo que se ponía cómodo nuevamente en la rama que pendía sobre mi cabeza.

—Sí. Y rodea toda la ciudad.

—¿Y qué más?

—También hay montañas.

—¿En ese sitio los humanos hacen cosas tan descabelladas como deslizarse sobre la nieve por una pendiente?

—Sí, en invierno.

El pájaro guardó silencio un rato, como si buscara más preguntas que formular, pero al parecer no se le ocurrió ninguna. En un momento dado, comentó:

—Iremos al norte.

—¿Y allí encontraremos a Lilly?

—Hay muchos lugares como el que describes. Sólo cabe esperar que durante el viaje reconozcas algo que te lleve a casa.

El pájaro no fingía conocer el camino, como había hecho yo. Era más honesto, y por lo visto a Max le bastó, pues volvía a oler a la brisa primaveral cuando contestó:

—En ese caso, por favor, llévanos al norte.

Aunque no me cabía en la cabeza que el pájaro pudiera llevar de verdad a Max a su casa, no puse objeciones. Quizá con él llegásemos a algún sitio donde los perreros no pudieran cogernos. Quizá incluso a uno en el que también yo pudiera oler a esperanza.

—Qué divertido —trinó el fastidioso plumado cuando todos estuvimos en silencio.

—¿Qué es divertido? —quise saber.

—Es divertido cagarse en una cabeza.

—¡No lo es!

—Y también es divertido que, por vosotros, vaya a volar hacia el lugar del que vienen los otros pájaros.

—¿Los otros? —No entendía.

—Pronto llegarán aquí de los países que hay tras las montañas para escapar al frío del otoño.

—¿Dónde está tu bandada? —quiso saber Max.

—¿Cómo dices?

El animalillo de cabeza roja hizo como si no hubiera entendido la pregunta.

—Todos los demás pájaros van en bandadas, excepto tú.

—Mirad, el sol casi ha desaparecido —gorjeó el pájaro mientras subía más alto y se posaba en otra rama—. Es hora de irse a dormir.

—No me has contestado —constató Max.

—¿Me cuentas una historia bonita, como la última vez? —me pidió el muy pelma.

—Sigues sin contestar —insistió Max.

—Ni creo que vaya a hacerlo —tercié yo, y de repente sentí algo similar a la simpatía por el pajarillo; probablemente fuese un paria como yo.

—¿Qué hay de esa historia? —apremió el pájaro, posiblemente para distraerse y no sentir dolor.

—Te contaré una —repuse, en parte porque era la primera vez que me sentía cerca de él—. Pero antes tienes que decirme algo que quiero saber.

—Es que quiero oír la historia ahora.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Bienbiennomevá.

—Seguro que no te llamas así.

—Me puedo llamar como quiera. Y me llamo Bienbiennomevá.

—Uno no puede elegir un nombre sin más.

—Claro que puede... —afirmó Max.

—Entonces ¿por qué no te llamas tú de otra manera? —lo corté, para impedir que volviera a salirme con que Inala era un nombre bonito para mí.

—El mío me lo puso Lilly.

—Y ¿tú cómo te llamas? —me preguntó el pájaro.

—Cicatriz.

—No es muy bonito, pero te va como pico a la rama. ¿Quién te lo endilgó?

—¿Quieres oír una historia o no? —pregunté irritada.

—Claro.

—Bien.

Me tumbé y Max se acercó a mí. Tanto, que esta vez algunos de sus pelos negros tocaron las puntas del mío. De pronto me cosquilleaba el cuerpo entero. Un cosquilleo que no había sentido nunca, ni siquiera cuando me arribaba a mis hermanos.

Sobre nosotros, el pájaro se acicalaba el plumaje. Me paré a pensar qué canción cantar. Casi todas las que conocía eran tristes, pero no quería cantar algo triste. No ese día. ¿Cuál era la historia más alegre que nos había cantado Canción? La de Cataplum:

*Cataplum tenía el trasero grande,*

—Esto empieza bien —trinó el pájaro.

*más grande que el lomo.  
Los otros perros eran fuertes, rápidos y guapos.  
Cataplum sólo hacía cataplum.  
Entonces llegaron las termitas,  
robaron toda la comida.  
Ser fuerte no sirvió de nada.  
ser rápido no sirvió de nada,  
ser guapo no sirvió de nada.  
El miedo a morir de hambre era grande.  
Cataplum fue al termitero  
y se sentó encima  
con su gran trasero.  
Las termitas mordieron.  
Él siguió sentado.  
Las termitas comieron.  
Él siguió sentado.  
Las termitas murieron.  
Él se levantó.  
Todos los perros admiraron a Cataplum.  
Y cada hembra esperaba que sus cachorros  
tuvieran un trasero como el de Cataplum.*

—Otra vez una historia en la que aquel del que se burlan salva a todos los suyos —constató el pájaro.

Efectivamente, otra vez una historia así. Hasta ese momento no se me había ocurrido. A mis hermanos y a mí siempre nos divertía que las termitas

le mordieran el gordo trasero a Cataplum, pero ahora que lo decía el pájaro me di cuenta de que su historia era parecida a la leyenda de Pluma.

—A mí estas historias me gustan tanto como a ti —afirmó el pájaro, que cerró los ojos y continuó—: Y no me llamo Bienbiennomevá.

—Entonces ¿cómo te llamas? —quiso saber Max.

—Pluma Azul.

Pluma Azul: así que el pájaro era hembra.

—Pero si no tienes ninguna pluma azul —observó asombrado Max, que había cerrado los ojos mientras yo cantaba.

—En el vientre, debajo del todo, escondida entre las rojas, tengo una. Cuando seamos amigos os la enseñaré.

Amigos.

Yo nunca había tenido amigos. Una manada, sí. Pero ¿amigos? ¿Y precisamente un pájaro iba a ser mi amigo? Aquello era de locos. Claro que en los dos últimos días había vivido muchas cosas asombrosas, así que ¿por qué no iba además a encontrar un amigo?

*Nuestra manada monta el campamento a los pies de una duna especialmente alta. Anatjari me deposita en la arena. Yo me tumbo de costado, agotada, y estiro las patas. En el cielo resplandecen las estrellas, que aquí, en el desierto, son mucho más brillantes y más nítidas que las que veía en el vertedero. Debe de haber miles, cada una más fulgurante que la otra. ¿Son todas perros que han muerto? ¿Seré pronto una de ellas?*

*Para entonces, el avanzar del escorpión ha cesado, y la pata ya no me duele tanto. Puede que incluso sobreviva a la noche.*

*En mi vientre oigo un sonido apenas perceptible, latidos. Por el día, con el calor y con el dolor de la herida, no me había dado cuenta. Un latido se entremezcla con otro, y con otro y otro más, en total hay cinco. En mi vientre hay cinco cachorros. Voy a ser madre. Sólo quiero escuchar estos corazones. Imagino cómo serán mis hijos —los machos seguro que como Djalú, y las hembras una mezcla de él y yo—, e imagino cómo se pegarán a mí para tomar el pecho. Cinco vidas chupando de mí. Hasta que sean lo bastante grandes para separarse. Para cazar. Correr. Amar.*

*Tengo que sobrevivir. Por mis cachorros.*

*Anatjari llama a una hembra humana. Es más alta que él, más musculosa, más fuerte. Su piel es más oscura que la de Anatjari, casi tan negra como la noche. Se inclina sobre mí y dice:*

*—Te pondrás bien, hermanita.*

*Y me acaricia el pelo como si lo hiciera a menudo, como..., sí, como si me*

quisiera. Como debería hacer una hermana, no como mis hermanos en el vertedero. Aquí, en la arena del desierto, me siento querida. Por esa hembra humana que me llama «hermana». Y por Djalú, que preferiría morir a apartarse de mi lado. Y yo los quiero a los dos. ¡Sé querer!

Más de lo que quise a Pensador cuando me deseó buena suerte al despedirse de mí. Y también más que a mi madre.

Anatjari se une a nosotros y alisa la arena a su lado para que la mujer, que se llama Jedda, se pueda tumbar con él. Ellos dos están juntos. Por todas partes huele a miedo, a hambre, a terror y a muerte. Sólo esos dos humanos huelen casi como si fuesen una única criatura. Pero sólo casi. Mientras que Jedda no puede apartar la vista de su esposo, Anatjari mira las estrellas, como si las añorase.

Entonces oigo que también en el vientre de la mujer late un corazón. De manera que no sólo somos hermanas, sino que además las dos vamos a ser madres. Si sobrevivimos.

—Anatjari, los perros... —empieza Jedda, pero no dice más.

—¿Qué? —Anatjari deja de mirar las estrellas para centrarse en ella.

—Cuando mueren, ¿su alma también va al mundo intermedio?

«¿Alma?», me pregunto. Y ¿qué es un mundo intermedio?

—El chamán dice que allí sólo van las almas de los seres humanos.

—Ya sé lo que dice el chamán, pero ¿tú qué crees? —quiere saber Jedda

—. Si Inala muere, ¿podrá descansar su alma en una roca? ¿Calentarse con los rayos del sol? ¿Sumergirse en el agua de un arroyo? ¿Dejarse llevar por el viento? ¿Bailar con las nubes? ¿Hasta que renazca en un cachorro?

El alma... ¿Será lo que constituye mi verdadera esencia? ¿No este cuerpo? Antes de que pueda entender del todo esta idea, Anatjari responde:

—El chamán dice que sólo renacerán los descendientes de nuestros antepasados, que en su día dormían en las profundidades de la tierra y al despertar subieron a la superficie. No los perros.

—No creo al chamán. Los perros también tienen alma —asegura Jedda, y me acaricia de nuevo el pelo.

—Quieres más a Inala de lo que una persona debería querer a un perro —constata Anatjari.

*Y vuelve a mirar las estrellas. Rebosante de añoranza. Como si quisiera viajar hasta ellas.*

*—Y si nuestro hijo muere antes de ver la luz del día, ¿podrá ir al mundo intermedio? —pregunta Jedda en voz baja.*

*—No morirá —contesta Anatjari sin vacilar, y sonrío a su esposa; es de los que no pierden la esperanza.*

*Jedda, cuyo cuerpo parece tan fuerte pero su naturaleza es tan frágil como la de cualquier futura madre, intenta devolverle la sonrisa, pero no puede. Quizá tema que Anatjari no haya respondido porque el alma de alguien que todavía no ha nacido no puede ir al mundo intermedio.*

*Me da pena, porque sólo lleva a un hijo en el vientre. Yo llevo en el mío una camada. Podré seguir llamándome madre aunque uno o incluso varios de mis hijos mueran, siempre que el más fuerte sobreviva. Y, sin embargo, también envidio a Jedda: sólo tendría que llorar la pérdida de un alma si su hijo llegara muerto al mundo. En mi caso se perderían para siempre cinco almas.*

*Pero no estamos solas. Las hermanas como Jedda y yo lo pueden superar todo juntas: la muerte de los hijos antes de nacer. La pena. El dolor. Pero también alegrarnos juntas de todo: De la llegada de hijos al mundo. Del amor. De la felicidad. Eso si supero la noche y nuestra manada acaba por fin encontrando agua.*

Abrí el ojo. En el cielo resplandecían las estrellas casi con tanta intensidad como en mi sueño. Ni una sola nube empañaba su brillo. Ahora intuía que no eran perros que habían muerto. Mi sueño no podía significar sino que nuestra alma, al igual que la de los hombres, iba a parar a ese mundo intermedio del que habían hablado Jedda y Anatjari. Si de verdad era así, quizá en ese preciso instante el alma de mi madre —o de Rasca, mi hermano pequeño que había muerto— estuviese en el tibio aire que hacía susurrar las hojas de la copa del árbol.

Pero si no eran perros que habían muerto, ¿qué eran entonces las estrellas? No era capaz de adivinarlo. ¿Quizá las almas de cachorros que no

habían llegado a ver la luz del mundo?

El alma.

La idea de que dentro de mí pudiera haber algo inmortal, que renacía una y otra vez, era increíble. En el sueño sólo había una cosa más grandiosa aún. Me escuché el vientre. Sabía que no llevaba hijos dentro de mí, pero intenté oír ese latido que tanta dicha me había proporcionado en el sueño.

Durante un instante me atreví a imaginarlo: cachorros en mi vientre. Prendidos de mis mamas. En mi vida. Era inquietante y emocionante al mismo tiempo. Casi como si pudiese elevarme del suelo como un pájaro.

En ese momento, Max me dio con la pata en el trasero. Dormía. Estaba soñando. Estaba claro que era una pesadilla. «¡En la jaula no! —gritaba presa del pánico—. ¡En la jaula no!»

Me acerqué a él y pegué mi cuerpo con fuerza a su pelo negro. Max dejó de aullar, movió un tanto las patas nerviosamente y me dio otra patada, esta vez en el lomo. Después su respiración se acompasó a la mía, y estuve escuchando su sonido rítmico hasta que me quedé dormida.

## 29

—Dormilona —me trino al oído Pluma Azul mientras batía las alas a mi lado—. Ya va siendo hora de levantarse. ¡Tenemos que ir al mar!

—¿Al mar? ¡No! ¡A las montañas!

Max se puso en pie de un salto. Ahora tenía el morro casi a la altura del pájaro, a apenas un perro de distancia del plumado. Me pregunté si mi compañero se acordaría de lo que había soñado y si debía hablarle yo de mis fantasías. Decidí no hacerlo. Lo que había aprendido del alma era tan increíble que a la luz del día me parecía completamente imposible.

Pluma Azul subió un poco más para contestar a Max desde arriba; al parecer le gustaba esa perspectiva.

—Tus montañas están muy lejos. Antes de llegar a ellas debemos bordear el mar, atravesar los bosques y después salvar las colinas.

Y antes de que nosotros pudiéramos decir algo, añadió:

—Tonto el último perro que llegue al mar.

En cuanto comprendimos que Pluma Azul no nos esperaba, salimos corriendo tras ella. Cruzamos el parque y salimos de la ciudad por calles que no conocíamos, durante toda la mañana, sin descansar una sola vez. En un momento dado llegamos a un río gigantesco que Pluma Azul llamó *torrente* y cuya magnitud me impresionó. ¿Podría atravesar nadando unas aguas así si era necesario? Lo dudaba.

Fuimos por la orilla hasta que encontramos una piedra plana que, sostenida por un arco metálico, cruzaba el agua. Pluma Azul se posó en el

suelo y gorjeó:

—Debéis cruzar por aquí.

Max se puso en marcha de inmediato, pero a mí aquella cosa me daba tanto miedo que me negué. La piedra no aguantaría mi peso.

—Vamos, Cicatriz —trinó el pájaro, que siguió adelante.

Max, sin embargo, se detuvo y dijo:

—No tengas miedo, el puente no caerá.

—¡No tengo miedo! —exclamé, porque no quería mostrar debilidad.

—Claro que no —repuso Max.

Y aunque seguro que olía mi miedo, no dijo nada más. Se limitó a echar a andar para demostrarme que la piedra aguantaría nuestro peso. Seguí a Max por el puente, poniendo una pata delante de la otra con sumo cuidado, pensando que de un momento a otro cedería y yo acabaría en el agua. Max, que debía de presentir que yo no era capaz de vencer el miedo, dijo:

—Ven conmigo al borde.

—¿Es que te has vuelto loco?

Continuó avanzando y metió la cabeza entre dos barrotes de metal. Yo me detuve a un perro de distancia de él. Los barrotes me recordaban demasiado a aquellas cajas en las que los perreros encerraban a sus víctimas.

—Ven, haz como yo y verás una cosa bonita.

A pesar de que Max había estado encerrado en una de esas cajas con barrotes, daba la impresión de que las barras del puente por las que había metido la cabeza no lo inquietaban lo más mínimo. Me acerqué a él, introduje la cabeza entre otros dos barrotes y contemplé desde arriba cómo se encrespaba el agua en la corriente y cómo nadaban seres vivos a un lado y a otro bajo su superficie. Max llamó a esos animales *peces*, y dijo que los conocía de algo que había en su casa llamado *pecera*. ¿Había alguna criatura a la que los humanos no sometieran?

Vi que en la superficie flotaba madera y me di cuenta de que su olor a mojado subía hasta nosotros, y al hacerlo se mezclaba con el olor a hierba húmeda de la orilla y con el del agua y disipaba mis temores. Max me había vuelto a liberar del miedo.

En ese instante, estando tan arriba en el aire, me hice una idea de lo que

era para Pluma Azul volar. La envidié por poder ver el mundo desde las alturas. Si de verdad existía el mundo intermedio, yo también quería poder desplazarme por él. Llegar más arriba incluso que Pluma Azul. Más arriba que todos los pájaros. Que todas las nubes. Quería estar lejos de cualquier peligro. De cualquier dolor.

Y mientras yo volaba mentalmente por el cielo, Pluma Azul se me cagó en el morro. Sacudí la cabeza, y primero me di contra un barrote y luego contra el otro, saqué el morro y le ladré al pájaro, que volaba por encima de mí:

—¿Se puede saber a qué ha venido eso?

—No podemos perder el tiempo —me contestó, y creo que lo que había hecho no había sido por placer—. Esta noche tenemos que estar en el mar. Sólo si no aflojamos el ritmo día tras día podremos llegar a las colinas que se alzan tras los bosques antes de que empiecen las tormentas otoñales. Y a las montañas antes de que nieve.

—Ojito con volver a cagarte encima de mí —ladré.

Me daba lo mismo lo que dijera Pluma Azul: pegué un salto con la idea de cogerla. Aunque fue en vano, quería demostrarle al pajarillo que podía destrozarlo si quería.

—Estás malgastando fuerzas innecesariamente —observó ella, y siguió volando.

Aún estuve un rato ladrándole, y después corrí por el puente, metí el morro en el agua y acto seguido lo restregué contra la hierba hasta que el hedor a excremento de pájaro fue medianamente soportable. Max se unió a mí y se puso a menear el rabo tan contento.

—No tiene ninguna gracia —le espeté.

Max intentó dejar de mover el rabo, pero no podía.

—No... tiene... ninguna... gracia —repetí.

—Por favor, no vuelvas a decir eso —me pidió.

—¿Por qué no?

—Porque entonces yo tendré que decir: sí que la tiene, y mucha —se rio, y sacudió el rabo más satisfecho incluso.

En cuanto a mí, no pude seguir enfadada. Me gustaba ver así a Max.

Contento. De pronto me alegré de que Pluma Azul se hubiese cagado en mi morro. Por lo que a mí respectaba, podría haber vuelto a hacerlo. Por ese perro, que conseguía espantar mi miedo, estaba dispuesta a aceptar lo que fuera.

En la orilla del río no vivía ningún humano, de manera que no había desperdicios que pudiéramos comer. Por la tarde me disponía ya a comer hierba para saciar el hambre —crecía alta y verde cerca del agua— cuando el olfato me dijo que a lo lejos había animales desconocidos. Su olor despertó en mí un deseo que no había experimentado hasta ese momento: ¡quería hacerlos pedazos! ¡Comérmelos! En el vertedero había intentado matar a las ratas y las cornejas que trataban de quitarme la comida, pero nunca había pillado a ninguna. Los únicos animales a los que había matado eran moscardas, que me daban la lata. Que también se pudiera dar caza a animales para comérselos era algo que sólo conocía por las historias. Cuando determiné de dónde provenía exactamente ese olor embriagador, salí corriendo hacia allí. Poco después también oí el trote de los animales a los que había espantado. Un sorprendido Max me siguió, y Pluma Azul censuró nuestro comportamiento:

—A este paso seguro que hoy no llegamos al mar.

Su parloteo me era indiferente, pues delante de mí, en la hierba, descubrí a tres animalillos de color marrón claro, con unas orejas largas y un rabo corto.

—Liebres —constató Max—. No las cogerás.

Ellas salieron corriendo despavoridas y yo fui detrás de la más gorda. Se movía muy rápido. Una vez tras otra conseguía que me viera persiguiendo la nada. Ladré. Por la sed de sangre que tenía y la rabia que me daba no poder

atraparla. Al cabo de un rato me olvidé de la liebre gorda, ya que olí algo distinto: debilidad. Muerte cercana.

Una de las otras dos liebres estaba enferma. Intentó esconderse entre la hierba alta, como si yo no pudiera seguirle la pista si no la veía. Eché a correr hacia ella. La liebre se asustó y salió disparada de entre la hierba, pero no era tan rápida como la otra. Posiblemente fuese el padre. O la madre. Daba lo mismo, a mí sólo me importaba que no era tan veloz como yo.

La vieja liebre escapó una vez. Y otra. Y otra más. Los miembros de su manada —supuse que eran sus hijos— ya se habían largado. Cobardes, pero también listos. Ella me había atraído hacia sí. Valiente, pero también estúpida.

Llevé al animal hacia el río, y al llegar a la orilla se detuvo. Como si hubiesen inyectado veneno en su carne enferma.

Frené en seco a un perro de distancia de esa liebre que estaba dispuesta a sacrificarse por sus hijos y me puse a ladrar. El animal me miró con ojos suplicantes. Me pedía que le perdonara la vida. Yo nunca había visto tanto miedo. Para esa liebre yo era más temible que el monstruo que habitaba los sueños de Max.

Ladré y ladré.

La liebre me seguía mirando con la misma expresión suplicante. Me pedía que le dejara pasar con sus hijos los pocos días que le quedaban. Ladré con más fuerza...

En sus ojos se apagó todo atisbo de esperanza...

Y le mordí en el cuello.

La liebre no se defendió. No gritó. Tampoco chilló. Ni siquiera cuando la zarandeeé a un lado y a otro. Como si se le hubiese introducido en la sangre algo que la paralizaba y le impedía sentir dolor. Si de verdad era así, yo no lo noté: la sangre tibia y roja me supo a gloria cuando me corrió por la lengua.

Sacudí a la liebre hasta que dejó de respirar. Después la dejé caer en la hierba y empecé a comérmela. Fui devorando mi presa hasta estar saciada. Había matado. Había comido. ¡Era una sensación maravillosa! El resto de la carne se la dejé a Max, que primero la olisqueó un poco y, cuando la dio por buena, se la comió, aunque no con la avidez con que la había engullido yo.

Pluma Azul pasó volando con indolencia junto a mi morro ensangrentado. Era evidente que se sentía a salvo, aunque acababa de ver de lo que yo era capaz. De pronto dijo:

—Tu sitio no está con los humanos, sino en los bosques, con los lobos.

# 31

Por la noche, antes de llegar al mar, tuvimos que subir una colina verde. Aunque estábamos cansados y habríamos preferido tumbarnos, fuimos lo más deprisa posible, ya que el aire que nos llegaba del otro lado olía mejor que cualquier brisa primaveral. Max dijo que ese olor a sal y a frescor le recordaba al sueño en el que había viajado en barco. Para mí, en cambio, el olor era una promesa de libertad. Si respiraba muy hondo, quizá incluso me quitase de los pulmones las cenizas de los muertos.

Mientras Max bajaba corriendo por la otra ladera y Pluma Azul se posaba en una madera que había en la arena, yo me detuve en la cima. Ver el mar me dejó sin aliento. ¡Tan azul! ¡Tan ancho!

En ese instante, bajo ese cielo por el que sólo se deslizaba un puñado de nubes blancas y que parecía fundirse con el agua en un lugar muy lejano, me sentí pequeña y grande a la vez. Pequeña porque el mundo era más maravilloso de lo que jamás habría podido imaginar en el vertedero; y grande porque podía formar parte de esa maravilla.

—¡Ven! —me llamó Max, que ya me estaba esperando en la arena—. ¡Vamos a refrescarnos las patas!

Sólo entonces me di cuenta de que el profundo respeto que me inspiraba lo que tenía ante mis ojos me había hecho contener la respiración todo ese tiempo. Dejé que el aire del mar inundase mis pulmones.

Bajé la colina a la carrera, hasta llegar a la clara arena. Apenas me uní a él, Max salió disparado hacia el agua, se metió en ella de un salto y empezó a

correr a un lado y a otro justo allí donde las olas rompían y oscurecían la arena. Me reuní con él y me asombró ver las profundas huellas que dejaba. ¡Y el agua! Daba la impresión de que estaba viva. Me rodeaba las patas y se retiraba para regresar poco después y acariciarme de nuevo. Era como si quisiese darme la bienvenida y demostrarme que, en efecto, yo formaba parte de esa maravilla.

Era la primera vez que Max y yo retozábamos como dos cachorrillos traviosos.

Cuando fui consciente de lo mucho que me dolían las patas tras la caminata, puesto que no estaba acostumbrada, me detuve y bebí un poco de agua, que escupí acto seguido.

—¡Esto es puro veneno! —me quejé.

Sabía asquerosa, muy distinta del agua de los charcos que dejaba la lluvia, la de los arroyos y la de los ríos. Sabía como el agua que podía salirle a uno de los ojos. ¿Habría nacido el mar del llanto de una criatura infinitamente triste?

—Enséñame un perro listo y te enseñaré un milagro de la naturaleza —trinó Pluma Azul.

En lugar de ladrarle, pasé la lengua por la arena para librarme del espantoso sabor. ¿Cómo podía ser tan repugnante algo que llenaba de tal modo el corazón? Ciertamente, en el mundo no había nada perfecto. Mientras escupía la arena, este pensamiento me pareció un tanto reconfortante. Si ni siquiera lo maravilloso era perfecto, ¿acaso no tenía derecho a vivir en este mundo un perro con una cicatriz en lugar de un ojo? ¿A formar parte de una maravilla que no era perfecta?

—Tumbaos a dormir de una vez —gorjeó Pluma Azul, que seguía posada en su trozo de madera podrida—. Mañana necesitaréis fuerzas.

Y pegó la cabeza al pecho y cerró los ojos sin esperar a que le contestáramos.

—Tiene razón —convino Max, si bien continuó con las patas metidas en el agua.

—Entonces ¿por qué no te tumbas?

No me respondió. Lo cierto es que era una pregunta estúpida: le daba

miedo soñar.

—Puede que esta vez sueñes con algo mejor —opiné.

Max movió el morro un poco a un lado y a otro y replicó:

—Ayer por la noche te arrimaste a mí.

Conque se había dado cuenta.

—Es verdad.

—Y después...

—¿Después?

—Ya no soñé más.

—Eso..., eso está bien.

—Sí.

Max salió del agua y se dirigió hacia un sitio en la arena que estaba completamente seco.

—¿Podrías tumbarte conmigo hoy igual que ayer? —me pidió mientras se tendía en la arena.

Le hice el favor encantada. Nos quedamos mirando los dos el mar, que en el crepúsculo era de un azul profundo. Por el oscuro cielo se deslizaban algunas nubes de color púrpura, y a lo lejos escuchamos graznidos de gaviotas. Max las conocía de cuando había soñado con el barco, según me dijo, y yo del vertedero, que visitaban de vez en cuando en invierno. Sí, aunque ese sitio no era perfecto, era precioso. Porque con Max me olía a vida.

## 32

*Djalu, Jedda y yo nos damos calor por la noche. Aunque mi hermana Jedda —resulta extraño y bonito al mismo tiempo considerarla mi hermana — está al límite de sus fuerzas, la preocupación no la deja dormir. Y como ella no duerme, yo tampoco. El corazón del niño que lleva en el vientre late al ritmo del corazón del más débil de mis cachorros.*

*—Anatjari.*

*Jedda despierta a su esposo.*

*—Sí —contesta él con voz queda, y abre los ojos.*

*—Si morimos de sed en este sitio...*

*Jedda tiembla, más de miedo que de frío.*

*—No moriremos —asegura Anatjari.*

*—Pero, en caso de que ocurra, es posible que en otra vida no nos acordemos del otro y nos perdamos.*

*Nada más pronunciar estas palabras, Jedda da rienda suelta al agua salada, y Anatjari se la quita de las mejillas a besos. Igual que Djalu ha intentado quitarme a mí la pena. El amor que se tienen los dos humanos sería casi tan grande como el nuestro si Anatjari no anhelara tanto las estrellas.*

*—Siempre nos encontraremos —afirma.*

*—¿Cómo puedes estar tan seguro?*

*—Porque nuestro amor es más fuerte que el olvido.*

Cuando me desperté —por un lado iluminada por el sol, y por el otro por la luna, que se estaba poniendo— me estiré. De ese modo también despertó Max, que seguía acurrucado contra mí.

—¿Te encuentras bien? —preguntó mientras abría los ojos.

—Sí —repuse, y me arrimé un poquito más a él—. ¿Y tú?

—Esta noche no he tenido ningún sueño. Porque estábamos tumbados juntos.

—Porque estábamos tumbados juntos —repetí, y me gustó.

—No me has contado con qué sueñas tú, Cicatriz.

—Sueño con nosotros...

—Pero a la vez no somos nosotros...

—Sí, pero con cosas más bonitas que las tuyas.

—¿Nos queremos en tu sueño?

—Sí...

—Y...

Max no se atrevía a decir más.

—Quieres saber si ahora también nos queremos, ¿no? —pregunté en voz baja.

—Sí.

Me miró, y parecía esperanzado y vulnerable al mismo tiempo. Si yo decía las palabras adecuadas, podría hacer que los ojos le brillaran. Si decía las que no eran, su esperanza se desvanecería.

Inala quería a Djalú.

Aymee quería a Rover.

Freya quería a Balder.

Pero ¿quería yo a Max?

¿Soñábamos con vidas anteriores, si es que de verdad eran eso, porque nuestro amor era más fuerte que el olvido?

Nunca había conocido a un perro mejor que Max. Espantaba mi miedo y se preocupaba por mí. A lo largo de todo el camino, desde que salimos de la ciudad y llegamos al mar siguiendo la orilla del río, se había ocupado de que permaneciéramos juntos y de que la distancia entre el pájaro y nosotros no

fuese demasiado grande. Y es que Pluma Azul no tenía en cuenta la velocidad a la que podíamos seguirla. Pero ¿me sentía tan segura con Max como Inala con Djalu?

No.

¿Me olía igual de bien que Djalu a Inala?

No.

Y ahora Max quería saber lo que sentía por él.

Pero yo no sabía lo que era el amor. Sólo lo conocía por los sueños que había tenido del desierto. Y en ellos Djalu y yo olíamos como si fuésemos una sola criatura. En cambio, Max y yo no.

No quería decir la verdad, pero tampoco quería volver a mentir. Por ese motivo, me volví a mirar a Pluma Azul, que también se había despertado y estaba sacando un gusano de la arena mojada con el pico.

—Para ti sólo soy un lisiado —aseveró Max con voz queda.

—Yo también lo soy...

—Pero yo soy un lisiado que no puede tener hijos.

Max fue hacia Pluma Azul, que ahora estaba partiendo en dos el gusano con el pico. Una mitad la engulló y la otra cayó al suelo, donde tendría que esperar a que el pájaro la cogiera. Yo no quería hacerle daño a Max, pero se lo había hecho.

—Eso..., eso no es así... —balbucí, y al oírlo, él se dio media vuelta y ladró:

—Entonces ¿cómo es?

Me afectó que me ladrara, de manera que también yo le ladré:

—¿Acaso me quieres tú a mí? ¿A alguien que tiene un solo ojo?

—Sí —repuso.

¿Me quería?

Por el amor de su madre perro, ¡me quería!

Casi no me lo podía creer. No, no me lo quería creer. Porque me daba miedo. Resoplé, me sacudí un instante y ladré de nuevo:

—¿Porque lo has soñado? ¿Por eso debemos querernos?

—Sí.

Max se mantuvo firme frente a mis ladridos.

—¿Porque es nuestro destino?

—Sí...

—¿Me querrías si no tuvieras esos sueños?

—¿Cómo dices?

—Si no tuvieras esos sueños te parecería fea.

Max no dijo nada.

—¿Acaso te sientes tan seguro a mi lado como en la playa de tu sueño?

Max tampoco dijo nada.

—¿Huelo tan bien como la perrita de tus sueños?

—No —admitió abatido.

Me dolió. Mucho más de lo que tendría que haberme dolido. Me dolió tanto que le quise pagar con la misma moneda:

—¡Tú tampoco me hueles tan bien como en mis sueños!

—Porque no puedo tener hijos. —Los oscuros ojos de Max me miraron con tristeza—. Por eso no huelo igual.

De pronto ya no estaba enfadada, y casi se me había olvidado el dolor que había sentido hacía unos instantes, lo único que quería era que no estuviese tan triste, como fuera, de modo que dije:

—Sin embargo, para mí tu olor es mejor que el de todos los perros que he conocido.

La esperanza volvió a brillar en sus ojos.

—No somos los perros de los sueños que tenemos —continuó—. Si nos quisiéramos, si llegáramos a querernos...

—¿Quieres decir que lo que siento no es amor de verdad?

—Eso no lo sé, sólo tú puedes decir qué es sueño y qué es realidad.

Max guardó silencio.

—Si llegáramos a querernos, no será por un sueño. Ni tampoco porque ése sea nuestro destino. Sino porque el corazón nos lo dirá.

Max movió ligeramente la cabeza y replicó:

—El amor no debería ser de otra manera.

Pluma Azul nos llevó por la playa y después —para evitar a los humanos — por unas colinas cercanas, y en ocasiones también por peñascos altos desde los que el mar aún parecía más grandioso. Incluso cuando íbamos a buen paso, nos incitaba a que caminásemos todavía más deprisa. Y cuando nos relajábamos, hasta amenazaba con dejarnos. Cuanto más enérgica era Pluma Azul, tanto más me preguntaba yo qué la movía a ayudarnos. A fin de cuentas, para ella no éramos más que dos perros bobos. O por lo menos así nos llamaba siempre que olíamos una flor, marcábamos una mata o perseguíamos algo. Cuando en una pradera maté un ratón y lo compartí con Max, Pluma Azul se burló de él:

—Sin tu amiguita te morirías de hambre.

Max engulló su mitad de ratón y repuso:

—Yo una vez cacé una liebre. Cuando iba de paseo con mi ama por el campo.

—Pero ¿la mataste? —Pluma Azul se posó en la hierba, junto a nosotros.

—No —admitió Max, y se tumbó en el suelo para descansar.

—¿De verdad la atrapaste? —dijo el pájaro, y levantó el pico hacia su morro, como si fuera a picoteárselo.

—Claro que la atrapé.

Me sorprendió. Aunque sabía que Max podía ser mucho más rápido que yo, jamás lo habría creído capaz de cazar una liebre. A diferencia de mí, Pluma Azul comprendió en el acto lo que había pasado:

—Eres incapaz de matar a un animal, ¿a que sí?

—Practicaba con los peluches de Lilly. A un oso incluso le saqué toda la lana y la dejé tirada por el salón. Mi ama se enfadó, y Lilly se puso triste...

Me pareció que el hecho de que aquello pusiera triste a la pequeña humana afligía a Max. ¿O acaso miraba hacia otro lado porque se avergonzaba de no poder matar? Quizá fueran ambas cosas.

—No entiendo casi nada de lo que dices —siguió mofándose Pluma Azul—. Lo único que sé es que eres un blandengue.

Max no se defendió. Como sucedió con los pequeños humanos en el vertedero. Y que no se defendiera me cabreó. Me enfadé con él, pero también con Pluma Azul. Pero ¿qué se había creído ese pájaro? ¡Era mucho más difícil matar una liebre que coger un gusano del suelo!

—Tú también lo eres —ladré a la fastidiosa plumada, con tanta furia que mi aliento le agitó las plumas.

—¡Y una porra! —exclamó Pluma Azul.

—Si fueras fuerte no te gustarían las canciones sobre blandengues.

Pluma Azul volvió a alzar el vuelo y trino con frialdad:

—Se acabó la comida.

Max se levantó y fue tras ella, a pesar de que lo había ofendido. No tenía elección, ya que quería volver con su Lilly. Y yo tampoco la tenía: quería seguir a su lado.

—No soy tan fuerte como tú —me dijo Max.

Ahora Pluma Azul volaba tan alto que el sol me cegó cuando intenté ver dónde estaba.

—Sí que lo eres, Max —respondí, aunque hacía un instante me había cabreado que no se defendiese ni siquiera de un pajarillo.

Y, sin embargo, ahora no le había mentado (no volvería a hacerlo, por muy mal que nos fuera). No, creía lo que acababa de decir: sólo un perro fuerte era capaz de quitarle el miedo a otro.

—¿Por qué dices eso? —inquirió.

Mi respuesta me sorprendió hasta a mí. Por un lado, por lo deprisa que me salió, y por otro, por tenerlo tan claro:

—Tu alma es fuerte.

—¿Mi alma?

—Es lo que hace que seas siempre tú. De vida en vida —repuse, pues así lo creía ahora.

Max lo entendió sin que yo tuviera que darle más explicaciones. Vi que intentaba hallar la fuerza que poseía en vidas anteriores. Y, en efecto, tuve la impresión de que encontraba una parte de ella. De pronto salió corriendo a toda velocidad por la pradera, como para demostrarse que podía ser tan decidido como Rover y Balder. Yo fui tras él, pero al cabo de unos perros de distancia no pude seguirle el ritmo: Max era más rápido que Rayo. Vi a un perro que podía rivalizar con cualquier otro si quería. Pluma Azul también miró desde las alturas y vio que Max subía una pequeña elevación y bajaba hacia el mar.

Volvió al cabo de un rato, se unió a mí en la elevación, que yo acababa de salvar, y dijo:

—Si llegara a ser fuerte te lo debería únicamente a ti.

## 34

*El día despunta. Me encuentro mejor. La herida supura menos, ya casi no sangro. He sobrevivido a la picadura del escorpión. Sin embargo, el hambre y la sed acabarán con mis cachorros, con el resto de la manada y conmigo si no hallamos pronto agua.*

*Anatjari está con otros tres humanos, hablando con nerviosismo. Cuando vuelve con nosotros, le dice a Jedda:*

*—Vosotros os quedaréis aquí, y nosotros tres iremos en busca de agua en tres direcciones distintas.*

*—¿Irás solo? —pregunta preocupada Jedda.*

*—Y encontraré agua para todos —afirma Anatjari, radiante: es y siempre será de los que no pierden nunca la esperanza.*

*Jedda no está radiante, huele a temor. Tanto que noto en la lengua un sabor amargo a limón podrido.*

*—Volveré —promete Anatjari, pero no es capaz de ahuyentar el miedo que siente Jedda.*

*—¿Te guardarás de la luz dorada? —le pide ella, y no puedo por menos de pensar en Casiopea, que al parecer vendrá cuando brille esa luz para guiar a los gatos y someter al mundo.*

*—Te lo juro —contesta Anatjari con gravedad—. Me guardaré de la luz dorada.*

Los días siguientes nos alimentamos de gaviotas muertas que había en la playa. Cuando no encontrábamos ninguna, yo mataba ratones. Una vez también cogí otra liebre; y otra, incluso un erizo. Era como si hubiese cazado toda mi vida.

Las primeras veces Max corría a mi lado cuando perseguía a mis presas, hasta que fue consciente de lo patético que resultaba. Lo suyo no era la caza. Tras asumir que no era de ninguna utilidad, siempre se quedaba esperando hasta que yo mataba la presa y la compartía con él. Pluma Azul se burló de manera especialmente cruel cuando Max se zampó el erizo que yo desmembré: «Tú la necesitas a ella, pero ella no te necesita a ti».

Sin embargo, la pequeña fastidiosa se equivocaba: yo también necesitaba a Max. No sólo porque era capaz de quitarme el miedo. Estando cerca de él, además, dormía en paz. La promesa que hizo Anatjari de guardarse de la luz dorada fue lo último con lo que soñé. Max me protegía cuando dormía, igual que yo a él.

Al cabo de unos días vimos desde la playa toda clase de árboles. Ése debía de ser el bosque por el que Pluma Azul quería llevarnos hacia las colinas y montañas lejanas tras las que se encontraba la casa de Max.

—Despedíos del mar —dijo el pájaro aleteando en mi lomo.

Le gustaba detenerse allí. Al principio, yo me sacudía para zafarme de ella, pero al cabo de un tiempo comprendí que no habría forma de que desistiera de su propósito. Tardé dos días más en entender que Pluma Azul no lo hacía para enfadarme, sino porque también ella quería sentir cerca a alguien. Y a esas alturas a mí también me gustaba esa costumbre.

Aspiré una vez más con fuerza el olor del mar y escuché por última vez el suave murmullo de las olas. Para no olvidar nunca los bonitos días y noches que había pasado con Max en la playa, me paré a pensar cómo sería si me pusiera otro nombre. Podía llamarme Mar.

Deseché la idea en el acto. No tanto porque aún creyese que uno mismo no podía ponerse el nombre, ya que desde que había descubierto el mundo mi forma de pensar iba cambiando con cada día que pasaba, sino porque yo no era tan bonita como el mar. Era Cicatriz y siempre lo sería. Sólo que ahora ya no me parecía tan malo.

—¿De verdad está mi casa detrás del bosque y las colinas? —preguntó Max al pájaro.

—Esperemos. Si no, pues... mierda.

—Pues... ¿mierda?

Max entendía tan poco como yo.

—Eso digo. Pero me refiero a otra clase de mierda.

—¿A cuál?

—De pájaros.

Levantamos la vista al cielo: se acercaba una bandada. Diez, no, quince pájaros. Se dirigieron hacia nosotros y se distribuyeron entre las ramas que teníamos a nuestro alrededor. Como si quisieran cortarnos el camino al bosque. Todos los pájaros se parecían mucho a Pluma Azul: grises con plumas rojas en la cabeza y el vientre. ¿También tendrían una pluma azul escondida, como nuestra amiga?

¿Amiga?

Sí, ahora Pluma Azul era nuestra amiga. Quien nos ayudaba sin esperar nada a cambio tenía que ser un amigo.

—Sigues viva —graznó a Pluma Azul el pájaro que estaba más alto.

Al oír esas palabras, Pluma Azul me hundió con más fuerza las uñas en el lomo.

—Pues sí, Pico Puntigudo —respondió ella haciendo un esfuerzo para que la voz le sonara firme, aunque el gorgorito le salió un poco estridente.

—¿Has estado todo el tiempo en el sur? —quiso saber el pájaro, que ahora sonaba como si fuese a picotear el tronco de un árbol de un momento a otro.

—Desde la tormenta —repuso Pluma Azul.

—Desde la tormenta —repitió el otro con desdén.

—¡Tormenta! ¡Tormenta! ¡Tormenta! —trinaron los otros pájaros. Con maldad. Amenazadores.

—¿Has pasado aquí todo el invierno? —insistió Pico Puntigudo—. ¿Toda la primavera y todo el verano, mientras nosotros estábamos de viaje, como debe ser?

—Sí, todo el tiempo.

Pluma Azul parecía cada vez más insegura.

—Y ahora, en otoño, ¿pretendes ir al norte?

—Sí.

—¿Sin tu bandada?

—Sí.

—Después de lo que hiciste, tampoco te habríamos aceptado, Pluma Corta.

—¡Pluma Corta! ¡Pluma Corta! ¡Pluma Corta! —corearon los otros pájaros.

De manera que nuestra amiga no se llamaba Pluma Azul. Había mentido. Porque se avergonzaba. Bajo su plumaje no se escondía ninguna pluma azul, sino una pluma mutilada. Por eso no nos la había enseñado. Era una lisiada, como nosotros.

Pluma Azul —ella misma había elegido el nombre, de manera que seguiría llamándola así por respeto— no dijo nada más. Poco a poco fue soltando las uñas de mi pelo, como si le abandonaran las fuerzas para aferrarse a mí.

—Murieron quince de los nuestros. ¡Quince! —la acusó Pico Puntigudo—. Porque nos llevaste directos a la tormenta.

Pluma Azul casi no se cogía a mí. Si me sacudía, caería al suelo. Le tendí un poco el lomo para que pudiera volver a agarrarse, pero no lo hizo.

—Pienso en ellos todos los días —repuso mi pequeña amiga con un hilo de voz.

—¡Tú los mataste! —exclamó Pico Puntigudo, y el resto repitió:

—¡Tú los mataste! ¡Tú los mataste! ¡Tú los mataste!

Pluma Azul guardó silencio. Y mientras los pájaros la seguían acusando cada vez con más furia —quince muertos, quince muertos, quince muertos—, por fin comprendí por qué nos ayudaba: en su día había sido una líder, quizá sólo durante un pequeño tramo del largo viaje que emprendía la bandada, y había tomado una mala decisión. Había ido directa a una tormenta en lugar de evitarla. Quizá el mal tiempo la sorprendió, o quizá no le dio suficiente importancia. Pluma Azul perdió a muchos hermanos en la tormenta, y posiblemente también parte de una pluma del plumón. ¿O acaso siempre se

había llamado Pluma Corta? No, a un lisiado no lo habrían puesto nunca jamás a la cabeza de una bandada. Después de que sus quince hermanos encontraran la muerte, seguro que se separó de su bandada por pura vergüenza. Y ahora quería ayudarnos para aliviar un poco su sentimiento de culpa. Una líder caída que quería enseñarle el camino a un par de perros.

—¡Quince muertos! ¡Quince muertos! —gritaban los pájaros.

—¡Parad! —ladró Max—. ¡Parad!

—¡Quince muertos! ¡Quince muertos! ¡Quince muertos!

Lo normal habría sido que a los animales les entrase el pánico al oír ladrar a un perro. En el vertedero hasta las cornejas levantaban el vuelo cuando les ladrábamos, pero estos pájaros eran distintos. El dolor que sentían por haber perdido a sus hermanos los volvía tan coléricos que no tenían miedo.

—¡Quince muertos! ¡Quince muertos!

—¡Parad de una vez! —ladró Max con más fuerza.

—Déjalos —pidió Pluma Azul—. No vale la pena que hagas eso por mí, no lo merezco.

Antes de que Max o yo pudiésemos decir algo, nuestra pequeña amiga dejó mi lomo, cruzó la playa hacia el mar y voló alto, como si quisiera llegar hasta el sol para arder en él.

Cuando los pájaros morían, ¿podría descansar su alma en el mundo intermedio? Si así era, ¿podría olvidar allí el sentimiento de culpa con el que había cargado? ¿Podría yo llegar a olvidar completamente que sólo había salvado de la incineración a Max y no a los demás perros?

Sin que nadie se lo ordenara —o al menos yo no oí ninguna orden—, la bandada salió volando tras Pluma Azul. Ésta sobrevolaba el mar cuando los pájaros de plumaje rojo y gris la rodearon.

—¡Pluma Azul!

Max reaccionó antes que yo y salió corriendo hacia el mar. Lo seguí. A unos seis perros de distancia en el agua —a mí ya me cubría el lomo y a Max le mojaba la capa interior del pelo— nos detuvimos. A partir de ese momento sólo pudimos ser testigos de lo que sucedía en las alturas: los pájaros, capitaneados por Pico Puntigudo, atacaron a Pluma Azul y la acribillaron a picotazos. Los chillidos eran insoportables. El único pájaro que no chillaba

era nuestra amiga. Mi amiga: la primera que tenía en mi vida. Pluma Azul permanecía en silencio. Era como si aceptase cada embestida, cada picotazo como un castigo que merecía. Al final los pájaros se retiraron y Pluma Azul cayó en picado al agua. En ese preciso instante me llegó de la playa un olor a flores, pero no lo distinguía bien porque tenía mucho miedo por mi amiga.

—¡Pluma Azul! —ladró Max, con más furia que antes.

Se adentró en el agua y comenzó a mover las patas. Yo lo seguí.

La bandada se dispersó y se fue. Me daba lo mismo adónde se dirigían. Lo más importante era que se fuesen muy lejos. Y que yo no tuviese que volver a oír sus chillidos.

—¡Quince muertos! ¡Quince muertos! ¡Dieciséis muertos! —gritaban.  
¿Dieciséis?

Pluma Azul emergió a la superficie cuando llegamos donde estaba. Se hallaba inconsciente y cubierta de la sangre que le salía de las heridas que tenía en la cabeza y el vientre. Le habían arrancado casi por completo una garra. ¿Cómo íbamos a impedir que se ahogara?

—Intentaré subirla al lomo —dije.

Pero cada vez que nadaba hacia ella, desplazaba el agua y hacía que el pajarillo se alejase de mí.

—Te la subiré al lomo con el morro —propuso Max.

Pero, aunque consiguió empujar a Pluma Azul, con el movimiento el agua la cubría y el plumaje se le empapaba. Se fue hundiendo poco a poco ante nuestros ojos. Y a lo lejos oíamos:

—Dieciséis muertos, dieciséis muertos.

Metí la cabeza en el agua para situarme bajo Pluma Azul y subirla a la superficie, pero apenas lo hube logrado, ella volvió a sumergirse. Me zambullí por segunda vez y volví a empujarla hacia arriba. ¿Cuántas veces podría hacerlo? ¿O podríamos, si Max y yo nos turnábamos? ¿Volvería en sí a tiempo Pluma Azul? Y, de hacerlo, ¿podría volar con las heridas que tenía y el plumaje mojado? Quizá lograra subirse al lomo de uno de nosotros dos, pero incluso así debía tener las fuerzas suficientes para agarrarse bien hasta que llegásemos a tierra.

—Dieciséis muertos, dieciséis muertos.

La bandada se alejó, probablemente sabiendo que Pluma azul moriría.

—¡Despierta! ¡Despierta! —le ladró Max, pero mi amiga siguió con los ojos cerrados mientras se hundía de nuevo.

Ahora la sacaba yo, ahora Max. Una vez tras otra. Al cuarto intento Max dijo en voz baja:

—Si no despierta pronto...

—¡Despertará!

—... tendremos que dejarla.

Max terminó la frase en voz baja.

—De eso nada —le ladré.

Pero yo también me iba quedando sin fuerzas. Me escocía el ojo, y no era sólo por el agua del mar.

—Dieciséis muertos —oímos por última vez, a lo lejos.

Pluma Azul brillaba radiante mientras, iluminada por el sol, seguía hundiéndose. Se la veía tan apacible que durante un instante me limité a contemplarla y admirar su belleza.

Cuando me disponía a sumergirme otra vez, sentí un tirón en la pata izquierda. Me había dado un calambre, casi no podía moverla. Seguí agitando las otras tres patas, procurando pasar por alto el dolor en la medida de lo posible.

Pluma Azul estaba ya en esa zona del agua a la que apenas llegan los rayos del sol. De un momento a otro la envolvería ese azul oscuro y dejaríamos de verla.

Max iba a intentar salvarla, posiblemente por última vez, cuando, de pronto, el agua nos cubrió el lomo por detrás. Volvimos la cabeza y vimos que una hembra humana avanzaba hacia nosotros. Estaba en la edad en la que la mayoría de ellas tenían a sus hijos. Llevaba un falso pelaje verde pequeño, que sólo le tapaba las mamas y las caderas. Tenía la piel clara, casi blanca, y salpicada de puntitos marrón claro. El pelo, largo y rizado, era rojo; los ojos, verdes; y aunque el agua del mar le mojaba la piel, olía a flores, aunque yo no sabía a cuáles. Era su olor el que me había llegado desde la playa. De manera que la hembra humana debía de llevar ya un rato observándonos.

Vino hacia nosotros, metió el brazo en el agua y sacó con la mano a

Pluma Azul. Después miró a mi amiga y comentó:

—Tienes mal aspecto, pajarillo, pero no te perderemos.

Ni Max ni yo sabíamos cómo reaccionar. La hembra humana nos miró y dijo:

—¿Unos perros que se preocupan por un pájaro? Y yo que pensaba que lo había visto todo.

Sonriendo con amabilidad, fue hacia la orilla con Pluma Azul en la mano. Nosotros la seguimos nadando hasta que nuestras patas pudieron volver a tocar el suelo. Examiné a la mujer: era una buena persona... Jamás creí que pudiera existir algo así también en la vida real.

Ya en tierra, la hembra humana del pelo rojo fue de prisa hasta una tela que estaba extendida en la arena, a un par de perros de distancia. Alrededor había más falso pelaje. El olfato me dijo que no había otros humanos. Difícilmente podía haber dos de ellos buenos en este mundo.

La mujer dejó en la tela a Pluma Azul, aún inconsciente. Con el pelaje mojado, vi por primera vez la pluma corta. No estaba ni con mucho tan mal como me esperaba, y sin embargo Pluma Azul sufría por ello, igual que yo por el ojo que había perdido.

La hembra humana le limpió la sangre de las plumas con la tela y puso cuidado en que no le entrara más agua salada en las heridas. Después vio la garra destrozada.

—Esto tiene mala pinta, habría que llevarla al veterinario —comentó, más para sí que a nosotros.

Max y yo estábamos a unos perros de distancia de ella, pendientes de lo que hacía. Ni siquiera nos sacudimos el pelo para secarnos.

—Y vosotros dos... —Ahora la mujer se dirigió a nosotros—. ¿Es que no tenéis amo?

No contestamos.

—¿Queréis venir conmigo?

Confiar en un humano iba en contra de todo lo que había aprendido hasta ese momento de mi vida. Los humanos sólo eran compañeros en mis sueños del desierto. Sin embargo, no quería, no podía, dejar sola a mi amiga, la única que tenía en el mundo. Y si una hembra humana amable estaba dispuesta a

ayudar a Pluma Azul y quizá incluso a acogernos a nosotros dos, ¿por qué seguir emprendiendo el peligroso viaje para ir con Lilly, cuando su padre no había sido en absoluto amable?

—Será mejor que primero me cambie —dijo la mujer sin esperar a que le respondiéramos, y se quitó el falso pelaje verde y se puso otro rojo, más largo.

—Un vestido de verano, como los que tenía mi ama —observó Max, y dio unos pasos hacia ella con confianza, y yo lo seguí.

—Podemos salvar a vuestro pequeño amigo con alas —afirmó la mujer, y cogió de nuevo a Pluma Azul.

Max se puso a mover el rabo de alegría, y yo también. Me habría gustado lamerle la cara a la hembra humana.

—Podríamos salvarla seguro, segurísimo —aseveró la mujer, y se me acercó y me acarició el lomo con la mano que tenía libre.

Yo tensé las patas traseras para abalanzarme sobre ella de la alegría, y entonces añadió:

—Pero no lo haré.

Nada más decir eso, cerró la mano con la que sostenía a Pluma Azul y apretó.

## 35

Los perros clavaron la vista en mi puño y olisquearon para saber si el pájaro, contra todo pronóstico, seguía con vida. Era asombroso. En todas las vidas anteriores, el animalillo plumado les había dado lo mismo. En todas ellas la hembra estaba preñada, y yo había podido arrebatárselos la dicha de ver nacer a sus hijos, como me hicieron ellos a mí en el desierto. Ellos tenían la culpa de que hubiera muerto el único hijo al que había querido con toda mi alma, aunque sólo hubiese podido sentirlo en mi vientre. A lo largo de los miles de años que había vivido, ningún otro hijo de los que tuve siendo mujer o engendré siendo hombre, dependiendo del cuerpo con el que viera la luz en las distintas vidas, fue tan importante para mí como el que no llegó a nacer.

La perra no estaba preñada, a todas luces porque no quería lo bastante al macho. De manera que no me había equivocado en mi juicio. Si los mataba a los dos ahora, pondría fin para siempre al ciclo interminable al que estábamos sometidos y mi alma sería como cualquier otra: olvidaría. El alma no es lo que los budistas creen. Ni los hinduistas, los musulmanes, los cristianos o los judíos. Con el alma sucede como con la naturaleza: cuanto más creen saber los hombres de ella, menos entienden su verdadera esencia.

Yo había llegado a saber la verdad, que hoy en día únicamente está en poder de un puñado de aborígenes, ya en mi primera vida. En el desierto de Tanami, que se encuentra en un país que, desde no hace mucho tiempo para mí, se llama Australia. Ahí fue donde vi por primera vez la luz del mundo, hace unos sesenta mil años. El descubrimiento arqueológico de huesos humanos, algunos de los cuales podrían ser míos, siempre se situaba en una fecha anterior. A partir de esos huesos, algunos estudiosos elaboraron una teoría que yo siempre he considerado acertada: nosotros, los antepasados de los aborígenes, fuimos los primeros humanos que poblaron la Tierra. Nuestras almas fueron las primeras que vagaron por el planeta.

Los más ancianos de mi tribu, cuyo tótem es el perro, me enseñaron en su día lo más importante que había que saber de la vida: que la muerte no existe. El cuerpo perece, pero el

alma no muere nunca. Nace una y otra vez; ya sea en un cuerpo de mujer o de hombre. Hasta el fin de los tiempos. Y da lo mismo que uno sea bueno o malo en su vida. Que ayude a otros, sacrifique su vida por ellos, les infiera daños o incluso los asesine. Da lo mismo que uno cree grandes obras de arte o que eche a perder su existencia cometiendo excesos.

Después de morir, unas veces sólo pasan unos años hasta que el alma encuentra otro cuerpo; otras, décadas. O siglos. Y entre nacimiento y nacimiento, el alma vive en los elementos: fuego, tierra, agua, aire.

Los animales también tienen alma. Esto es algo que yo siempre intuí, aunque el chamán sostenía lo contrario. De modo que el alma de estos dos perros siempre se vuelve a encontrar conmigo en cada una de nuestras vidas, porque el odio que albergó hacia ellos nos une.

Sin embargo, mi amor tendría que haberme unido a Anatjari; pero no pudo ser porque el cariño que me profesaba no era lo bastante grande. En su fantasía, él siempre prefería vivir entre las estrellas, con las que quería volar por el nocturno cielo.

Sólo el alma de quienes se quieren de verdad se encuentra siempre. Ya con los primeros contactos se sabe, aunque la mente no pueda acordarse de que ya conoce al que tiene delante de otra vida.

Son almas gemelas.

Si Anatjari y yo hubiésemos tenido a nuestro hijo, su amor por mí también habría sido tan fuerte que no habría seguido anhelando las estrellas. Y nos habríamos encontrado una y otra vez en cada vida. Pero los perros mataron a Anatjari antes de que pudiéramos convertirnos en una familia.

## 36

La hembra humana abrió la mano y dejó caer en la arena el cuerpo sin vida de Pluma Azul. Nosotros corrimos hacia nuestra amiga. Los delicados huesecillos le asomaban del cuerpo, percibimos el calor de sus entrañas y nos pusimos a aullar al cielo. Hasta que la mujer nos ordenó:

—¡Ya basta!

La dureza de su orden nos hizo callar en el acto. Permanecemos un rato en silencio, y al final Max ladró valientemente:

—Lárgate o te mato.

Casi me hicieron gracia sus palabras. ¿Ese perro que no podía matar ni a un ratón, y que se habría muerto de hambre hacía tiempo de no ser por mí, amenazaba con matar a la hembra humana?

Max empezó a arañar con furia la arena, como si quisiera pedir ayuda a todas las almas que vivieran debajo, en el mundo intermedio. Pero si de verdad allí había almas, está claro que no subieron por la arena y se le metieron a Max en el cuerpo para conferirle fuerza. Cuanto más ladraba, tanto más escarbaba con las patas y tantos más gallos soltaba:

—¡Largo! ¡Largo! ¡Largo!

En lugar de marcharse, la mujer se inclinó hacia su bolsa y sacó de ella un tubito de humo y una cosita con la que hizo aparecer una llama. Era la dueña del fuego. Como los humanos del desierto. Como Anatjari y Jedda.

¡Jedda!

Aunque la mujer que teníamos delante era distinta, con otra piel, otro

pelo, otro cuerpo, era ella, era Jedda. Lo sentía claramente, como si un vínculo invisible nos uniese.

Los aullidos de Max eran cada vez más agudos. Al cabo de un rato, yo ya no entendía lo que decía, únicamente percibía sonidos, que probablemente tuviesen por objeto inspirar miedo pero que sólo conseguían revelar el que él mismo tenía. Me negaba a pensar que la mujer que en mis sueños —o mejor aún, en mi primera vida— había sido tan buena conmigo quisiera hacerme daño. La observé cuando se alejó de nosotros y se puso a contemplar el mar. Al cabo, Max dejó de ladrar.

Comencé a olfatear. Jedda seguía oliendo a flores, agua de mar y arena mojada. Pero éstos no eran los únicos olores que nos llegaban. No, también olía a tristeza.

Me aproximé a ella con cautela. Daba chupadas al tubito. Yo quería consolar a mi hermana, aunque acabase de matar a Pluma Azul. Quizá, intenté convencerme, Jedda sólo había querido poner fin al sufrimiento del pájaro.

Max gimoteaba a mi espalda. Al parecer no quería que me acercase a ella. Era el primer perro en esta vida al que no le daba lo mismo si yo vivía o no. Y, sin embargo, no le hice caso. Ahora me llegaba de él el acre olor de la vergüenza. Probablemente le resultara embarazoso tumbarse en la arena en lugar de salir corriendo para interponerse entre la mujer y yo. No podía sospechar que se trataba de Jedda ni lo que nos unía a ella, puesto que él nunca no había soñado con mi hermana. Jedda seguía mirando al mar, aunque yo me había detenido a tan sólo dos perros de distancia.

¿Qué habría sido de Anatjari?, me pregunté. ¿Por qué no estaba a su lado? Existía una Jedda en esta vida, existíamos Max y yo, así que Anatjari también debía de estar en algún lugar del planeta. ¿O acaso su alma habitaba en el mundo intermedio? ¡Claro, tenía que ser eso! Ninguna otra cosa podía explicar por qué estaban separados. Qué espantoso debía de ser para Jedda no tenerlo con ella.

Se volvió hacia mí despacio, estrujó el tubo de humo en la arena y dijo con una voz que se me antojó sorprendentemente agradable:

—Eres valiente acercándote a mí, perrita.

Señaló a Max, que estaba detrás de mí, tumbado en la arena.

—Más valiente que él —añadió.

Percibí el olor de la vergüenza que sentía Max.

—Las mujeres siempre somos más valientes. Llevamos a los hijos en el vientre. Y el dolor en el corazón cuando los perdemos.

«Y si nuestro hijo muere antes de ver la luz del día, ¿podrá ir al mundo intermedio?», le había preguntado a Anatjari en el desierto, en aquella vida anterior ahora tan lejana. Y él no le contestó. Entonces ¿su hijo murió antes de ver la luz del día? ¿No fue al mundo intermedio y su alma había dejado de existir?

De ser así, ni siquiera podía alcanzar a entender el dolor que sentía Jedda, puesto que yo no era madre.

—En todas las vidas en las que he sido hombre —prosiguió—, mi cuerpo siempre era más fuerte. Sin embargo, en las que he sido mujer, lo era mi voluntad. Es mucho mejor ser mujer, Inala.

Inala. No Cicatriz. Inala.

Se acordaba de mí. De nosotros. ¡De que éramos hermanas!

—Pequeña Inala, tú has sido fuerte en todas las vidas.

¿En todas?

¿Nos habíamos conocido en todas las vidas?

Por el amor de la madre perro, ¡ella era el hombre del cuchillo, el hombre del látigo!

¿Qué dijo cuando era el hombre del látigo en el sueño de Max?

Que quería vengarse porque nosotros le habíamos arrebatado a su amor.

Con eso sólo podía referirse a Anatjari. Pero ¿por qué razón íbamos a matarlo nosotros? Y ¿cómo? Dos perros jamás habrían podido salir victoriosos si se hubieran enfrentado a un hombre tan fuerte. Eso no tenía ningún sentido.

Jedda dio un paso en mi dirección. Yo no podía correr, de lo confundida que estaba. Se inclinó hacia mí y me acarició. Me pasó la mano con delicadeza por el pelo. Era la primera vez que un humano me tocaba, a mí, Cicatriz, no a Inala.

—Casi como antes —observó.

Sí, su forma de pasarme la mano por el pelaje era un gesto familiar. Tranquilizador. Agradable. Un perro no podía transmitir una sensación así con una pata.

—Éramos hermanas —dijo Jedda.

Me acerqué a ella con el morro, y se agachó más, hasta tener la cara casi pegada a la mía.

—Hacía mucho que no estaba tan cerca de ti.

Teníamos la nariz a tan sólo unos tres pelos de distancia, y cuando iba a rozarla con el morro, ella espetó:

—Cuando te acaricié por última vez en el desierto, os maté acto seguido.

La primera vez que enloquecí fue en las calientes arenas. Probablemente estuviese loca desde entonces. Los perros debían pagar por lo que me habían hecho antaño. Una y otra vez. Y ahora, tras pasar por el campo de concentración, debían recibir el castigo que merecían, más que nunca. Me vino a la memoria el fuego de los hornos. Y el druida y la hoguera. Los perros debían morir quemados.

Jedda siguió acariciándome, sólo que ahora con menos delicadeza y a contrapelo. Y empezó a oler a odio.

—Y en esta vida también tendré que mataros —afirmó.

¿Tendré? Pero si lo hacía por propia voluntad. Matar a alguien no puede ser cosa del destino. Ciertamente, era propio de mi naturaleza matar a otros animales para sobrevivir, pero eso era algo muy distinto que matar por venganza. Quería rozarle la nariz para que se diera cuenta de que yo no era ningún ratón, ninguna liebre, ninguna rata.

Jedda se irguió.

—Todavía podemos seguir siendo hermanas —aduje desesperada.

—Debo librarme de vosotros de una vez por todas —respondió ella en voz baja.

—Nos iremos y no volverás a vernos —propuse—. ¡Nunca!

Ella me acercó la cosita de metal plateada, le dio con un dedo y volvió a aparecer una llama. Yo me quedé mirando atontada el pequeño fuego.

—Seguro que al druida le habría encantado tener un encendedor —dijo burlona.

No entendí sus palabras, pero la llama me lo decía todo: Jedda quería prendernos fuego.

Ahora sostenía el fuego en alto, encima de mí, a apenas un morro de distancia. Retrocedí un perro, dos, tres. El calor de la llama seguía dándome en la cara. Debía de estar loca cuando pensé que podía hacer que cambiara de opinión. Me miró de forma rara y dijo:

—¡Corred!

Yo sólo he visto un fuego de verdad una vez en mi vida. Una noche que había una gran tormenta cayó un rayo en el otro lado del vertedero. Las llamas lo engulleron todo: plástico, metal y comida en mal estado. El humo estuvo a punto de asfixiarnos mientras corríamos bajo la torrencial lluvia hacia donde terminaba el vertedero, sin que oyéramos siquiera nuestros propios aullidos. El estruendo nos había dejado sordos. Mis hermanos y yo sólo nos detuvimos al llegar a la orilla del río que delimitaba el vertedero, y desde allí contemplamos las llamas. Duraron la noche entera y el día siguiente, hasta que al final las apagó el agua que le echaron los humanos con unos hocicos inmensos. Tardamos un día más en poder oír, y yo tuve pitidos en la oreja izquierda casi durante media estación. El hedor a basura quemada fue lo peor que había olido en mi vida hasta que conocí el humo que salía de la construcción de los perreros. ¿Acaso quería Jedda quemarnos en una de esas casas?

Me invadió el pánico. Estaba a punto de sufrir un ataque de tos, y si empezaba a toser, ya no pararía y Jedda me atraparía fácilmente. Para impedirlo, traté de pensar en otra cosa. Dejé vagar la vista y ésta se detuvo en Pluma Azul. Me puse furiosa. Jedda había matado al pájaro para hacernos daño a nosotros, no para evitarle el sufrimiento. Me habría gustado atacar a Jedda, pero yo sola no podría con ella. ¿Quizá con ayuda de Max? No, olía demasiado a miedo y vergüenza y miraba fijamente la llama que salía de la cosa plateada de Jedda, que la acercó a otro tubito de humo con toda la

tranquilidad del mundo. Esa hembra humana era la dueña del fuego. Y si era la dueña del fuego, quizá también lo fuese de la lluvia, el mar y la tierra. Max y yo, en cambio, no éramos los dueños de nada. Sólo podíamos hacer lo que nos había ordenado Jedda: correr.

Me alejé de ella a la carrera, y fui donde estaba Max y le dije:

—¡Tenemos que huir!

Me dio la impresión de que no me oía. Seguía mirando a Jedda a la cara. Podría haberle dado un topetazo, como me hizo él a mí en el parque, o podría haberlo llamado Djalú de nuevo, pero lo que hice fue decirle con voz queda:

—Si queremos tener cachorros...

Max me miró sorprendido. Aunque ni la mitad de sorprendido de lo que estaba yo. ¿Cómo podía decir algo así? Hasta entonces jamás me había visto teniendo hijos con él. Además, Max ni siquiera podía tenerlos. Pero si un humano podía ser el dueño del fuego y todos los seres vivos poseían un alma inmortal, ¿acaso no eran posibles otras cosas en el mundo? ¿Incluso las que nos parecían imposibles? ¿Quizá precisamente las que parecían imposibles? Lo posible siempre me había estado vedado: una madre que me quisiera, unos hermanos que fuesen buenos conmigo, una vida con dos ojos. Lo imposible, en cambio, se había hecho realidad: había visto el mar y, gracias a él, auténtica belleza; en Pluma Azul había encontrado a una amiga, aunque hubiese sido por poco tiempo; y en Max, a un compañero. Lo imposible me había dado más cosas de las que me había dado nunca lo posible.

No sabría decir si en ese momento Max creyó que podríamos tener hijos, pero ahora sus ojos, su morro y sus orejas estaban conmigo, y me respondió con firmeza:

—Escaparemos de ella.

Salimos corriendo de la playa al bosque. Allí los árboles eran mucho más altos e impresionantes que los del parque. De no haber estado huyendo, su magnificencia me habría conmovido igual que la belleza del mar. Me habría tumbado debajo de uno de ellos y me habría imaginado a la madre perro y al padre lobo en ese sitio haciendo su antiguo pacto y a sus hijos dando caza juntos más adelante a ese animal maravilloso al que llamaban *corzo*, que tenía cuernos y debía de estar mucho más rico incluso que la más tierna de las liebres.

El suelo por el que corríamos estaba seco como el polvo después del largo verano, el calor apenas había aflojado aunque ya hacía tiempo que había comenzado el otoño. Pisábamos raíces y ramas y hojas caídas. Aplastamos hormigas y escarabajos, y en una ocasión yo incluso me topé con un animal al que Max llamó *caracol*. La dura concha se me quedó clavada en la pata mientras el resto del cuerpo resbalaba bajo mis garras. Al cabo de unos perros de distancia me paré para quitarme con la lengua la molesta concha. Max se detuvo a mi lado. Sí, ese perro tan fuerte y tan débil a la vez no había querido abandonarme tras la puerta de la cárcel de perros y tampoco lo haría ahora. Y esa certeza de pronto me colmó de felicidad. Y el hecho de que pudiera sentir algo así en medio de la terrible situación en la que nos encontrábamos hizo que mi fe en lo increíble fuese mayor aún.

—No nos sigue —dijo Max jadeando, y mordió un poco de musgo que crecía al pie de un árbol especialmente alto.

A fin de cuentas, no habíamos vuelto a beber ni a comer nada desde por la mañana. Sin embargo, el musgo no debía de saber muy bien, ya que Max lo escupió de inmediato.

El bosque, con todos esos olores a árbol, tierra seca, follaje y ramas podridas, me impresionó. Una primera brisa otoñal arrancó un susurro a las copas de los árboles, tan leve que ni siquiera logró mover una hoja que estaba en el suelo. En ese mar de olores, ya no percibía el aroma a flores de Jedda, y no obstante eso tampoco me tranquilizaba.

—Está jugando con nosotros —dije a Max—. Como el humano cuervo de tu sueño con Freya y Balder.

—¿Quieres decir que esa mujer quizá es el hombre con el que soñé yo? —Las palabras de Max parecían más una constatación que una pregunta.

Yo podría haber aprovechado para decirle que estaba firmemente convencida de que esa hembra humana no era sólo el humano cuervo, el hombre del látigo y todos los demás humanos que lo habían atormentado en sus sueños, sino también la Jedda con la que había soñado yo. Pero no podíamos perder tiempo. Lo único que importaba era sobrevivir.

—Debemos librarnos de ella —afirmé, y eché a correr de nuevo antes de que Max pudiera preguntarme cómo demonios íbamos a hacer eso y yo tuviera que confesar que no tenía la respuesta.

—La hembra humana puede hacer fuego —comentó Max mientras continuábamos atravesando el bosque, ahora ligeramente cuesta arriba—. Los humanos con los que yo vivía también pueden hacer fuego, pero esta mujer..., a ella... le gusta el fuego... y no le gusta..., pero le gusta más de lo que no le gusta...

—La llama que sale de esa cosa metálica es demasiado pequeña para quemarnos —repliqué para quitarle el miedo a Max, pero también a mí misma—. Con esa llamita quizá pueda quemarte los pelos de la barba, pero no podría matarnos.

—Pero ¿y si enciende un fuego mayor con esa cosa de metal?

—Con eso sólo ha podido encender un tubito de humo —objeté, no con aspereza, pero sí con firmeza.

En un primer momento, Max no dijo nada, pero al cabo de unos

doscientos perros más de distancia bosque arriba, se detuvo de pronto a olisquear.

—¿Hueles eso? —me preguntó.

—Agua —repuse feliz y contenta, y echamos a correr hacia ella.

Cuanto más cerca estábamos del agua, más fuerte era su murmullo.

Pero cuando por fin llegamos allí me quedé de una pieza. Estábamos ante un arroyo que se precipitaba desde unos peñascos enormes que se hallaban en la pendiente de una colina boscosa. A nuestras patas, el agua formaba un pequeño lago mayor que el del parque.

—Una cascada —constató Max—. En nuestra casa, en la montaña, las hay más grandes incluso.

—¿Es agua salada? —quise saber.

—No —repuso, y meneó satisfecho la cola—, eso se huele.

Antes de que pudiera defenderme diciendo que para mí cada masa de agua nueva, cada paisaje nuevo y cada criatura nueva era una sorpresa, mi compañero se metió hasta las rodillas en el agua y se puso a beber. Yo lo imité, y el agua me revivió de tal modo que se me ocurrió una idea:

—¡Ya sé cómo podemos quitárnosla de encima!

—¿Cómo? —inquirió Max, el agua goteándole de la barba.

—Los humanos no tienen un sentido del olfato tan bueno como el nuestro. De lo contrario, no echarían semejante olor con sus coches.

—Eso probablemente sea verdad.

—Así que la mujer sólo puede seguir las huellas que ve.

—Como el humano cuervo con Freya y Balder.

—Sólo que aquí no hay nieve. Tendrá que mirar las ramas, las hojas o los animales que pisamos.

—Seguro que lo hará.

—Pero si atravesamos nadando este lago, nuestras huellas se perderán y a ella le costará mucho más encontrarlos.

Max permaneció callado tanto tiempo que temí haber pasado algo por alto o que fuera a decirme que los humanos también podían descubrir huellas bajo el agua. Al cabo afirmé, con profundo respeto:

—Eres más lista que yo.

Increíble, ¡un macho me consideraba más lista que él!

En el vertedero no lo habría hecho ninguno. Pensador no, desde luego; claro que, a fin de cuentas, él era más astuto. Pero tampoco Rayo o Primogénito. Jamás se me habría pasado por la cabeza que pudiera hacer algo mejor que mis hermanos. Quizá pudiese hacer muchas más cosas de las que me había atrevido a pensar nunca. Si era tan lista como Pensador, ¿podría ser también tan rápida como Rayo, tan fuerte como Primogénito, tal vez incluso tan encantadora como Canción?

Max se adentró en el lago y yo lo seguí hasta que ambos dejamos de notar el suelo bajo las patas y empezamos a nadar. Allí donde los rayos del sol rozaban el agua, ésta rielaba, y el espectáculo era precioso. El viento me daba con suavidad en el mojado morro y me lo refrescaba. Y los árboles que crecían en el otro lado me parecían más soberbios incluso que los que habíamos dejado atrás. ¿Podría ser ese bosque que se alzaba en la orilla un hogar para nosotros?

Ya en tierra nos sacudimos el agua. Finalmente miré al cielo y comprobé que el sol empezaba a ponerse.

—Si nos quedamos aquí —razoné—, nos verá desde la otra orilla. Sigamos hasta que haya oscurecido.

Continuamos andando hasta que las estrellas y la luna brillaron en el cielo y estuve segura de que Jemma no podría seguirnos. Nos tumbamos muy juntos en el suelo seco, escuchando los ruidos de la noche. El viento acariciaba suavemente las hojas, y de algunos árboles salían sonidos de animales. Debían de ser pájaros —¿qué otra criatura podía subir tan alto?—, pero tenía que tratarse de pájaros grandes, pesados. Uno más pequeño no podría lanzar sonidos tan graves, tan sólo trinar, gorjear o cantar. Como hacía Pluma Azul y no volvería a hacer más. Ahora que por primera vez estábamos tranquilos, me di cuenta de que echaba tanto de menos a mi amiga que casi se me partió el corazón.

—Yo también la echo de menos —musitó Max.

Sin que yo dijese nada, había intuido lo que pensaba. A todas luces el recuerdo de Pluma Azul también le resultaba doloroso. Oía que su corazón latía de manera más irregular y con más fuerza que de costumbre. Durante un

rato estuvimos absortos en nosotros mismos, hasta que Max dijo en voz baja:

—Aquí las estrellas no brillan igual que en la ciudad.

—Ni igual que en el vertedero —añadí.

Allí la luz antinatural que creaban los humanos iluminaba el cielo y volvía invisibles muchos de los astros. Aquí, en cambio, por encima de las copas de los árboles, en el firmamento, se veían miles de estrellas, como si velaran por nosotros.

—¿De verdad crees que cuando los perros morimos nos convertimos en estrellas? —quiso saber Max.

—Lo cierto es que ya no —repliqué, y apoyé la cabeza en su lomo.

El mundo intermedio probablemente no fuesen las estrellas, eso era lo que sospechaba ahora gracias a mis sueños. Pero en ese momento no me apetecía hablar con Max de las almas inmortales, y menos aún de Jedda. Sólo quería sentir su cercanía y que su voz me vibrara en el vientre. Así que pregunté:

—¿Qué crees tú que son las estrellas?

—Lilly me contó que Buzz Lightyear quiere ir hasta ellas en una nave espacial para conocer alienígenas.

—Casi no he entendido una palabra —admití, y me hizo gracia y golpeé el musgo con el rabo.

—Buzz Lightyear cree que es un astronauta —explicó Max, que también meneó dos veces el rabo, encantado—. Pero en realidad es un juguete que habla. Pero sólo cuando no hay ningún humano delante. Por eso Lilly piensa que sus dinosaurios, su muñeca e incluso yo también hablamos cuando ella no está.

—Tú claro que hablas —dije, sin preguntar qué era un astronauta, una muñeca o los dinosaurios.

—Pero ella no entiende lo que digo.

—Porque a los humanos les damos igual.

—¡A Lilly no le doy igual!

Me esforcé para resoplar y darle a entender mi desdén, como hacía siempre que Max defendía a su pequeña humana. Pero esa vez no me salió del corazón, y por eso sólo proferí un sonido extraño. Ya ni siquiera era

capaz de despreciar a Max por querer a un humano. Yo misma lo había hecho cuando era Inala, en el desierto. Peor aún, incluso había creído que la hembra humana era como una hermana para mí. No hacía mucho rato que, aún había confiado en que lo fuese.

—Eso ha sonado como un pedo —apuntó Max, y golpeó el musgo más contento aún, y en lugar de censurarlo, yo le seguí el ritmo—. Lilly se alegrará cuando vuelva —aseguró.

En ese momento volvía a abrigar la esperanza de que regresaría a su casa, aunque Pluma Azul ya no pudiera mostrarnos el camino.

—Y seguro que también se alegrará de verte a ti, Cicatriz —añadió.

¿Un pequeño humano que se alegrara de verme? Me parecía imposible. Pero, por otra parte, lo imposible estaba de mi lado.

—¿De verdad lo crees? —pregunté, también esperanzada.

—No sólo lo creo: lo sé.

Durante un breve instante me planteé si Lilly podría protegernos de Jeda, pero ¿cómo iba a poder hacer algo así una humana pequeña? Quizá Buzz Lightyear fuese más indicado; a fin de cuentas, podía viajar hasta las estrellas.

—Ese Buzz... ¿es amigo de Lilly?

—Puede dormir con ella en la cama. Y cuando lo aprieta, dice: «Hasta el infinito y más allá».

—¿El infinito?

—Se refiere a las estrellas.

Miré al cielo y por primera vez tuve la sensación de que esa inmensa bóveda oscura que se alzaba sobre nosotros podía ser infinita. Posiblemente el mundo entero fuera infinito, como el ciclo de la vida que recorriamos Max y yo.

Aparté el morro del lomo de Max y me arrimé bien a él, que se dejó hacer encantado.

—¿Cachorros? —preguntó cuando llevábamos un rato en silencio.

—¿Cómo dices?

—Antes has dicho: «Si queremos tener cachorros».

—Es verdad.

—Es imposible, yo no puedo tenerlos.

—Lo imposible es nuestro amigo.

Max se puso a olisquear, a todas luces para averiguar si yo bromeaba, y cuando supo que lo decía en serio repitió mi frase como para ver si le gustaba: «Lo imposible es nuestro amigo...».

Después nos pusimos a contemplar los dos el cielo, las estrellas, hasta el infinito y más allá. Y con ese infinito ante nuestros ojos, no nos costó nada creer en lo imposible.

## 39

El sol me despertó antes de que lo hiciesen el hambre y la sed. Aún tumbada, traté de averiguar con todos mis sentidos si Jedda nos seguía. Max parecía hacer lo mismo. Pero a la mujer ni se la veía ni se la oía, y el bosque tampoco nos traía su olor a flores.

—Ciertamente le hemos dado esquinazo —constató Max.

—Desde luego que sí.

Aliviados, nos levantamos, estiramos las patas y bostezamos al unísono, como si fuésemos un cuerpo con dos bocas.

—Eres lista de verdad —alabó Max.

Frotó su morro contra el mío, ni con descaro ni con arrogancia, sino como si fuese lo más natural del mundo. Me recorrió un calor más agradable incluso que el que desprendía Max cuando me arrimaba a él por la noche. Al cabo de un bonito rato, añadió:

—Me suenan las tripas.

—Vamos a buscar algo de comer —propuse, y eso que habría preferido seguir frotándonos el morro.

Deambulamos por el bosque, siempre hacia arriba, en dirección contraria al mar, a Jedda y a Pluma Azul. Al cabo de unos cien perros de distancia, Max me dijo:

—Hoy te ayudaré a cazar.

Me quedé perpleja. La única vez que lo había intentado, mi compañero había fracasado estrepitosamente.

—Tú eres la que consigue comida —afirmó—, pero yo no hago nada. Definitivamente, debo ayudarte para ser digno de ti.

¡Quería ser digno de mí! ¿Cómo iba a decirle que no hacía falta que se molestara, que yo ya sabía que no era capaz de matar a otro animal? Y ¿cómo demonios iba a explicarle que esa incapacidad no me parecía una debilidad, sino algo que hacía que estuviese más cerca aún de mi corazón?

—A ver qué animales encontramos aquí —repuse.

Estaba intentando eludir la cuestión, y pensé que de todas formas sería más rápida que él si se trataba de atrapar un ratón o una liebre. Apenas lo había dicho, Max olió algo.

—Por ahí —aseguró, y echó a andar en cabeza.

Después de unos pasos, yo también percibí el olor. Llegaba de unos excrementos que había junto a un tronco que estaba en el suelo. Eran de dos animales, uno de mayor tamaño y uno más pequeño. Seguimos su exquisito aroma hasta llegar a un lugar en el bosque donde no había árboles y crecía una hierba que el calor de las semanas previas había amarilleado en las puntas. En el claro había dos criaturas de un pardo rojizo más grandes que un perro. Tenían cuernos. Debían..., sí, debían de ser esos legendarios animales salvajes llamados *corzos*.

Los corzos eran elegantes. A diferencia de nosotros, su sitio estaba en ese bosque, con los árboles magníficos y la cascada susurrante. El más grande de los dos, posiblemente el padre, lucía un impresionante ramaje de huesos en la cabeza. El pequeño sólo tenía dos cuernecillos, pero incluso éstos podían abrirle la piel a un perro. O, peor aún, sacarme a mí el otro ojo.

—Corzos —confirmó Max en voz baja para no espantar a los animales.

—¿Lo sabes por las historias de otros tiempos? —musité.

Hasta el momento, Max no había reconocido ninguna de las canciones con las que yo había crecido.

—¿Las historias de otros tiempos? ¿Te refieres a *Bambi*?

—¿*Bambi*?

—No te refieres a *Bambi* —concluyó suspirando.

—Si no conoces a los corzos por las viejas canciones, ¿de qué los conoces entonces?

—También los hay donde vivimos nosotros, en las afueras de la ciudad —contestó Max susurrando.

Ciertamente su casa debía de ser un paraíso como ese bosque, si allí también pastaban esos animales que olían tan bien.

—Mi ama me ponía la correa siempre que nos topábamos con ellos cuando salíamos a dar largos paseos por el campo.

—¿Por qué?

—Tenía miedo de que fuera tras ellos.

—¿Y era eso lo que querías hacer?

—Sí, pero no para matarlos. Pero ahora...

—¿Ahora?

—Ahora me gustaría matarlos. Para nosotros. Para ti.

Miré a los corzos. Todavía no se habían percatado de nuestra presencia, seguían mordisqueando la hierba. Aunque no parecían tan ágiles como las liebres, seguro que con esas patas tan largas eran más rápidos que nosotros. Y en caso de que no lo fuesen, siempre existía el peligro de que nos hirieran de gravedad con sus cuernos. De que hirieran de gravedad a Max. ¡Y yo no podía permitir que eso pasara!

Durante un instante me planteé espantarlos con un ladrido para que salieran corriendo, y así nosotros buscaríamos ratones o liebres. Pero los animales más pequeños no olían tan bien como esos dos gigantes rojizos. Además, con uno de esos corzos tendríamos carne para varios días. Podríamos quedarnos a descansar allí como es debido y coger fuerzas para seguir adelante, en caso de que aún quisiéramos volver con Lilly. Por muy bonito que fuese el lugar en el que vivía, también podíamos disfrutar de una buena vida en ese sitio, en ese bosque donde el agua era clara y los animales, deliciosos.

—El padre —dije con voz queda— defenderá a su hijo.

—Mi padre no lo hizo cuando me dieron a los humanos —musitó Max.

—Y yo no llegué a conocer al mío —repuse.

—¿No? —preguntó Max.

Su voz dejaba traslucir compasión una vez más, y aunque a esas alturas yo ya no lo considerase débil cuando me mostraba sus sentimientos, no era el

momento de ponerme a hablar de la tristeza que me había acompañado toda la vida. Era el momento de cazar.

—Tú ve corriendo y ladrando hacia ellos —musité.

—¿Y tú?

—Yo me acercaré por detrás al más grande y le morderé en una pata. Así no podrá correr.

Lo que no le dije, no obstante, fue que de ese modo él no correría el peligro de que lo cornearan.

—¿Y el hijo? —preguntó Max, la voz rebosante de preocupación.

De pronto le daba pena incluso un animal de otra especie. No me sorprendió. Lo que me extrañó más bien fue que esa compasión suya fuese tan contagiosa como una mala enfermedad: ahí delante había un pequeño al que yo quería privar de su padre y todo porque tenía hambre. Más adelante quizá lo matara también, cuando volviese a estar hambrienta y el pequeño no fuese lo bastante astuto para salir corriendo. El instinto me decía que estaba bien matar para sobrevivir. A fin de cuentas, era el instinto lo que nos hacía perros. Pero ahora, gracias a Max, mi instinto entraba en conflicto con..., no con mi razón, no, ésa también sabía que para sobrevivir tenía que comer. No, entraba en conflicto con mis sentimientos. Me sacudí, enfadada con Max por hacerme sentir esas cosas. Justo después estaba más enfadada aún, porque al sacudirme había espantado a los corzos. El miedo hizo que emitieran unos sonidos extraños y se alejaran corriendo, o mejor dicho, dando saltos. Salí detrás de ellos ladrando, y Max también. Me siguió por el claro, se adentró en la siguiente zona boscosa y me adelantó. El corzo pequeño se separó de su padre, que al tener las patas más largas daba saltos más grandes, y Max fue directo hacia él. El padre se detuvo, se volvió y retrocedió para interponerse entre su hijo y nosotros. Percibimos el miedo que sentían. Sin duda, para ellos el temor olería fatal, pero a nosotros nos resultaba delicioso. Max, como loco de contento, continuó corriendo y ladrando. Fue hacia el padre, que agachó la cabeza para darle a Max con la cornamenta.

Max zigzagueó, fue por detrás del gran animal, que no pudo volverse tan deprisa, y le mordió en la pata trasera, como era mi intención en un principio. El corzo soltó un berrido. El pequeño estaba detrás, las patas temblorosas,

como si no quisiera moverse más, profiriendo sonidos tristes cuando el padre se desplomó.

Apenas tocó el suelo, Max le saltó al lomo y comenzó a lanzar ladridos con aire triunfal, probablemente para demostrarse a sí mismo lo fuerte que era. El corzo le ofreció el pescuezo.

Max, sin embargo, ladraba. Y ladraba. Y ladraba.

Cuando, al cabo, le mordió en el cuello, el hijo finalmente salió corriendo. Y yo me alegré al pensar en la deliciosa carne que podría comer dentro de un momento. Max se puso a sacudir el pescuezo del gran corzo a un lado y a otro. El animal movía las patas como un poseso, e incluso intentó encabritarse. En vano. Cuanto más se movía, con tanta más fuerza le mordía Max. Después el corzo dejó de defenderse. Con su resistencia inútil había logrado lo que quería: al pequeño ya no se lo veía ni oía, ni siquiera se oía su miedo, que debía de ser mayor que antes ahora que había visto cuán deprisa podía apagarse una vida.

Me quedé mirando a Max. Hasta entonces había sido yo la que se había ocupado de procurar comida, pero de pronto él era el más fuerte de los dos. A fin de cuentas, yo sólo había matado liebres, ratones y pájaros, pero él había logrado abatir a un animal enorme, y sin resultar herido. Cuando el corzo dejó de respirar, me acerqué, y comimos hasta estar saciados y después nos tumbamos a hacer la digestión. Pasado un rato pregunté:

—¿Qué ha pasado contigo?

—¿A qué te refieres?

—Hasta ahora no te atrevías a matar ni a un ratón.

—Ni siquiera a un caracol —confirmó.

—Ni siquiera a un caracol —repetí.

—La verdad es que es la primera vez que mato.

Max miró el cuerpo muerto. Al parecer, sólo ahora era consciente de que se había convertido en un perro distinto, un perro que sería capaz de volver a matar. Aunque ello significara privar del padre a un animal joven, aunque ello significara matar a ese animal joven.

—¿Cómo es que te atreves ahora? —quise saber.

—Porque la he visto.

—¿A quién?

—A la hembra humana.

—No te entiendo.

—Si nos encuentra...

—No nos encontrará.

—Pero si nos encuentra, si quiero que estemos a salvo de ella...

—¿... tendrás que aprender a matar?

—Sí, eso —replicó Max, y exhaló un suspiro.

Al ver que yo guardaba silencio, prosiguió:

—Si no puedo defenderte, no seré digno de ti.

Por un instante, Max pareció triste, y me olió a algo. Desprendía un olor que recordaba un poco a la vergüenza, pero éste era más acre, aunque no tan fuerte como cuando uno se odia. No, olía corrosivo, como alguien que se desprecia a sí mismo. Un olor punzante que se mete poco a poco en la nariz. A Max no le gustaba el perro en el que se había convertido.

—Si la mujer llegara a encontrarnos —contesté—, no tendrás que vencerla tú solo. Debemos defendernos juntos. Como dos lisiados que están juntos en esto.

—No —dijo él—. No como lisiados.

—Como dos compañeros —propuse.

—Como dos perros que se quieren —afirmó con rotundidad, como si para él no cupiera la menor duda de que yo también lo amaba; a fin de cuentas, había sido yo quien había mencionado lo imposible: tener cachorros.

Podría haber repetido sus palabras: «Como dos perros que se quieren». Debería haberlas repetido. Y Max me miró como si, en efecto, esperase que las dijera. Pero no fui capaz. Todavía no. Max aún tenía que cantarme una historia.

## 40

Después de digerir la comida, nos pusimos de nuevo en marcha, y enseguida llegamos a un pequeño arroyo en el que bebimos, retozamos y nos limpiamos el morro y el pelo. Después nos tumbamos en la verde hierba que crecía en la orilla y disfrutamos del sol y del primer viento otoñal, que soplaba más frío. De pronto me di cuenta de que los árboles que se veían a lo lejos eran distintos de los que teníamos a nuestro alrededor.

—Allí crecen abetos —me explicó Max—. En invierno tenemos uno en casa durante unos días.

—Deben de medir por lo menos cincuenta perros. ¿Tan grande es tu casa?

—No, nuestros abetos son mucho más pequeños. Y los humanos los adornan.

—¿Por qué?

—Tiene que ver con un cachorro humano, uno especial.

—¿Y vivía en un abeto?

—Creo que, gran parte del tiempo, la mayoría de los humanos ni siquiera saben por qué hacen algunas cosas.

—Y sin embargo tú estás a gusto con ellos —comenté sorprendida.

—Me gusta cuando cantan canciones delante del abeto —replicó él. Y acto seguido me pidió—: Vuelve a cantarme algo, anda.

—¿Quieres que cante?

—Sí, por favor.

—No —espeté.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque te toca a ti.

—Pero —balbució Max—, pero si yo no sé cantar.

—A mí nadie me preguntó si sabía.

—Pero tú cantas estupendamente.

Resoplé. Cuando canté en el viñedo, lo hice tan mal que Pluma Azul se quedó a gusto tomándome el pelo.

—¡De verdad! —aseguró Max.

Aunque sabía que había perros que sabían mentir muy bien, estaba completamente segura de que Max no haría algo así nunca, ni siquiera para halagarme, posiblemente ni siquiera para protegerme del dolor. Así que de veras le gustaba cómo cantaba. Ese perro estaba loco, y probablemente lo estaría siempre.

—Si yo puedo, tú también —afirmé.

Max me miró con expresión dubitativa. Estaba claro que no me creía. No me lo creía ni yo, pero quería que volviera a sorprenderme.

—Sólo conozco las cosas que me contaba Lilly.

—Pues cántame una de éstas.

—No eran para cantar.

—¿No son historias para cantar? ¿Acaso hay otras?

—Todas sus historias eran habladas.

—Y ¿qué historias eran éstas? Una vez hablaste de una en la que había una reina. ¿Era una reina de hormigas? ¿O de termitas?

—Una reina humana.

—¿También tienen reinas los humanos?

—Sí, pero ¿qué es una termita?

—Cuando uno se sienta encima de ellas, es peor aún que sentarse encima de hormigas.

—Entonces sería mejor no sentarse encima.

Max golpeaba alegre el suelo con el rabo.

—Sería mejor, sí.

Yo lo imité.

—¿Quieres que te cuente la historia de la reina Amelie? ¿De cómo venció

a la bruja que había convertido a los soldados en pequeñas pizzas?

—Mejor no —decidí—. ¿No te sabes alguna con perros?

—No.

—Lástima.

—Sólo sé lo que me pasa en los sueños.

—Por favor, no me hables de eso —pedí, y sólo de pensarlo me puse mustia.

—No quería ponerte triste.

—No pasa nada, no pasa nada.

—También puedo inventarme una historia —ofreció.

—¿Inventártela? —inquirí asombrada.

Las historias venían de los tiempos antiguos. O alguien las había vivido, como las que contábamos sobre nuestra madre. Lo de inventar historias así, por las buenas, era una novedad para mí. El corazón empezó a latirme más deprisa de la emoción. ¿Cómo sería escuchar el nacimiento de una canción?

—Sí, ¡invéntate una! —pedí entusiasmada, dando fuertes golpes en el suelo con el rabo—. ¡Invéntate una!

—Vale —respondió Max, y guardó silencio un instante.

—Vamos, vamos.

—Te llevarías muy bien con Lilly.

—¿Por qué?

—Las dos sois igual de impacientes.

—Bah, venga —insistí, ya que no quería que me comparasen con una pequeña humana, y menos cuando quería oír una canción a toda costa.

—Te contaré la historia...

—¡Canta! Los humanos cuentan historias, los perros las cantan.

—Está bien —cedió Max—, te cantaré la balada...

—¿Qué es una balada?

—Una canción.

—Vale, entonces empieza.

—Te cantaré la balada de Max y Orquídea.

—¿Qué es *orquídea*?

—Mi ama dice que es la flor más bonita del mundo.

—¿Vas a cantar una historia sobre ti y una flor? —No terminaba de entenderlo.

—Y sus cachorros —añadió, y no dio la impresión de que quisiera gastarme una broma ni de que pensara que era un disparate.

—¿Tuviste cachorros con una flor?

Me imaginé flores con cabeza de perro y me estremecí. Iba a decirle que no me hacía ninguna gracia oír hablar de semejantes criaturas, cuando Max musitó:

—Me refiero a ti.

—¿A mí?

*Max llegó al vertedero...*

No sonaba muy melodioso. Era tan poco musical que estuve a punto de echarme a reír, pero me encantaba cómo vibraba su voz en mi vientre.

*Era un chucho normal y corriente.*

Me habría gustado ladrarle: ¡tú no eres normal y corriente! ¡Y menos un chucho! Pero en lugar de eso, seguí escuchando.

*No sabía cantar,  
nunca encontraba el ritmo de las palabras.*

Eso sí que era verdad.

*Cuando conoció a Orquídea,  
no vio su belleza al principio.*

Normal, ¿qué belleza iba a ver?

*Pero sí cuando soñaba con ella.  
Y pensó que la amaba.  
Pero no era cierto.*

—¿No era cierto? —pregunté dolida.  
—No, sólo la amaba en sus sueños.  
—Sólo en sus sueños —repetí entristecida.

*Primero tuvo que darse cuenta de algo.*

—¿De qué? ¿De qué tuvo que darse cuenta? Canta, ¡canta!

*De lo bella que era en la vida real.*

—¿Era... bella en la vida real?

*Tuvo que llorar la muerte de un pájaro.*

—Es verdad, sí.

*Lloró más aún que Max.  
Tenía el corazón más grande.  
Y cuando él se dio cuenta de esto  
empezó a amarla.  
También en la vida real.*

—¿También en la vida real?  
—Sí.

*Y a partir de entonces vivieron junto a una*

*cascada.*

—¿Ya no quería volver con Lilly?

—Sí que quería, pero quería más aún estar con Orquídea.

—Junto a una cascada...

*A salvo y en paz.*

Eso debía de ser maravilloso.

Eso podía ser maravilloso.

*Y tuvieron cachorros.*

Cachorros.

*Rosa.*

*Flix.*

*Carlo.*

*Fiona.*

—¿Fiona?

—Me gustaría que uno de nuestros hijos se llamara como mi amiga, la que murió.

—Pues se llamará Fiona.

*Al ver a esos cachorros  
que se suponía que no podían tener,  
lloraron los dos.*

—¿De alegría?

—De alegría.

*Max y Orquídea.*

*Max y Orquídea.*

Dejó de cantar y me miró. Y yo canté la siguiente estrofa:

*Max y Orquídea, dos lisiados.*

*Dos compañeros.*

*Dos perros que se amaban.*

Por fin había podido decirlo. O mejor, cantarlo.

—¿Tú también me quieres?

—Te quiero, sí. Pero no porque sea nuestro destino.

—¿No?

—Sino porque me lo dice el corazón.

# 41

Seguimos tumbados al sol, pero, más que sus rayos, lo que me daba calor era la felicidad. Por primera vez sabía por qué estaba en el mundo. No se trataba únicamente de sobrevivir en este planeta, de comer y de protegerse de las inclemencias del tiempo. No, se trataba de vivir. De amar. De encontrar a alguien que lo hiciera sentir así a uno.

Justo cuando iba a frotar el hocico con el de Max, unas hormigas que tenían su casa a unos perros de distancia del arroyo empezaron a avanzar deprisa hacia nosotros. De pronto también las arañas pasaban por delante a toda velocidad. Acto seguido, los pájaros levantaron el vuelo de las ramas en las que habían hecho un alto cuando se dirigían hacia el sur y volvían... ¿al norte?

Max y yo nos levantamos de un salto, alarmados.

El joven corzo salió de entre los árboles y echó a correr a lo largo del arroyo presa del pánico, hasta que encontró un punto estrecho por el que podía saltarlo. Las mariposas fueron tras él, y dos pájaros pesados, probablemente los que proferían esos sonidos graves por la noche, nos sobrevolaron y se dirigieron hacia el mismo sitio.

El instinto de huida de los demás animales se nos contagió. Traté de averiguar con el olfato qué peligro nos acechaba. Debía de ser uno grande. Sin embargo, fue Max quien lo supo primero:

—Fuego.

Ahora también lo olía yo. No olía como en la casa en la que quemaban a

los perros, sino más bien como la noche en que vi las llamas en el vertedero.

—Está ardiendo madera —añadió Max—. Como en casa, en la chimenea, sólo que distinto.

—¿Distinto? ¿Cómo que distinto? —inquirí, sin saber lo que era una chimenea.

—En mi casa, los humanos siempre quemaban madera en la chimenea. A mí me gustaba tumbarme junto al fuego, con las patas extendidas.

—¿Te tumbabas delante de un fuego?

Max era mucho más valiente de lo que yo había pensado en un principio.

—Las llamas no me alcanzaban nunca, pero aquí...

—¿Aquí?

—No están ardiendo unos trozos de madera. ¡Son los árboles! ¡Todos los árboles!

Apenas lo dijo, vimos humo a lo lejos. Y oímos el fuego: crepitaciones, chisporroteos y crujidos. Cada vez se apoderaba de más árboles y más hierba, que estaban completamente secos debido al calor que había hecho. Ahora las hormigas corrían por la orilla del arroyo de un lado a otro, más nerviosas aún, y perdieron el poco orden que conservaban.

—Debemos irnos de aquí —ladré.

Max iba a lanzarse sin más al arroyo, pero lo detuve.

—Iremos más deprisa si saltamos por donde ha saltado el corzo.

—Pero si estamos mojados...

—Eso no nos protegerá del fuego.

—Tienes razón.

Fuimos corriendo hasta el punto estrecho, allí donde el agua del arroyo era tan baja que podíamos cruzar sin necesidad de nadar, y salimos disparados hacia el bosque. Seguimos a los demás animales, como si, unidos en el peligro, formásemos todos parte de una manada. Una manada caótica, aterrorizada. Oímos unos sonidos similares al retumbar del trueno.

—Así sonaba cuando la madera de la chimenea era devorada —contó Max—. Sólo que mucho menos fuerte, claro.

El humo oscureció el cielo, el aire se volvió caliente. Sofocante. Me costaba más respirar. De golpe el suelo empezó a temblar y los animales que

corrían con nosotros se dispersaron. Unas ardillas treparon a los árboles, aunque en las ramas las atraparía el fuego. Sentí que el suelo temblaba cada vez más bajo mis patas, pero seguí corriendo. Junto a Max. De repente oí un fuerte resoplido. Fuera el animal que fuese, debía de ser enorme. El instinto me dijo que también nosotros debíamos quitarnos de en medio, pero me daba más miedo el fuego, de manera que continué corriendo al lado de Max.

De pronto el animal rugió. Era un sonido aterrador, más poderoso que todo cuanto había oído hasta ese momento.

No me atrevía a volver la cabeza, sólo quería correr más deprisa, aunque con el aire caliente me dolían los pulmones. Reuní todas mis fuerzas para no perder el ritmo. A diferencia de mí, Max sí se atrevió a mirar atrás. Se detuvo asustado, y dijo, la voz tan baja que con el ruido que había en el bosque apenas lo oí:

—Un oso...

Ahora yo también me volví, y vi a un coloso marrón que sólo estaba a unos árboles de distancia. Al correr partía ramas bajas como si fuesen ramitas. El monstruo rugía con más fuerza aún mientras venía hacia nosotros. Todo el que se atreviera a interponerse en su camino moriría aplastado. Y, por desgracia, nosotros nos interponíamos en su camino.

Por detrás del oso había llamas que se alzaban al cielo lleno de humo. El fuego ya había derribado los primeros árboles que se hallaban al otro lado del arroyo, se abría paso por el bosque a una velocidad increíble. Yo lo veía, y sin embargo el oso me daba más miedo. Si nos tiraba al suelo, seguro que nos haría daño, pues era enorme y estaba aterrorizado, y entonces no podríamos ponernos a salvo de las llamas. Nosotros ya no corríamos, mirábamos fijamente al oso, como la liebre vieja poco antes de que yo la matara. Max sería el primero al que el gigante pillaría. Lo imaginé tendido ante mí, con la cabeza sangrando. Eso no podía suceder. No podía pasarle a mi Max. Al Max de Orquídea.

Sí, ¡yo era su Orquídea!

Sentí tanto miedo por él que olvidé lo asustada que estaba y salí de mi estupor. El oso había llegado a los árboles que estaban más cerca de nosotros, quizá a unos veinte perros de distancia. Yo habría podido salir corriendo, no, tendría que haber salido corriendo, pero quería evitar a toda costa que el oso pillara a Max. Por eso me puse delante de mi compañero.

El suelo temblaba cada vez más bajo mis patas. El oso rugió de nuevo y

abrió la boca. Quedaron a la vista unos dientes poderosos. El apestoso aliento del monstruo desbancó incluso al acre olor a humo, una humareda negra que ya no se cernía en el cielo únicamente, sino que para entonces también se colaba entre los árboles.

—¡Cicatriz! —exclamó Max cuando comprendió por qué me había puesto delante de él.

En ese momento ya no era Orquídea para él. Aunque estaba a punto de morir, me dolió. Si yo moría y él sobrevivía, no quería que cantara la balada de Max y Cicatriz.

Sólo diez perros de distancia.

—¡Corramos! —ladró Max, y se situó a mi lado.

Pero yo ya no podía moverme, tan sólo miraba al oso a los ojos, unos ojos rebosantes de rabia y pánico.

Cinco perros de distancia.

Me hallaba bajo su hechizo.

—¡Corre, Cicatriz, corre! —gritó Max.

Mi viaje terminaría en ese sitio. Puede que fuese mejor morir aplastada por el oso que ser pasto de las llamas.

Y ¿qué hacía Max? En lugar de correr para ponerse a salvo, que era lo que yo pretendía, se acercó más a mí. ¿Quería tirarme al suelo otra vez, como había hecho en el parque, cuando tuve aquellas arcadas? Pero entonces mi intento de sacrificarme por él sería en vano.

Cuatro perros de distancia.

Max me dio un mordisco en el muslo, y yo aullé de dolor.

Tres perros de distancia.

—¡Que corras, te digo! —insistió.

Y cuando ni siquiera el dolor me hizo correr...

Dos perros de distancia...

... Max dijo:

—Si queremos tener cachorros...

Un perro de distancia.

Y en el último segundo saltamos los dos a un lado. El oso pasó por delante atropelladamente, el suelo temblando de tal modo que estuvimos a

punto de perder el equilibrio. Nos quedamos mirándolo: no le interesábamos, sólo nos interponíamos en su camino. En ese instante se posó a nuestro lado un pájaro, más pequeño aún que Pluma Azul, con las plumas grises y un ala quemada. No, no se posó, sencillamente cayó del cielo. Nada más estrellarse contra el suelo, perdió el conocimiento. Oí su carne tierna quemada. Ese olor, el miedo cerval que me había provocado el oso, el asfixiante calor y el humo, que cada vez era más denso, me nublaban la razón. Y cuando empecé a caerme ceniza encima, enloquecí. Salí corriendo sin pensar en Max. Lo único que quería era no toser, porque, si empezaba, no podría parar.

Traté de tranquilizarme pensando que esa ceniza era de árboles carbonizados y no de perros.

Volví la cabeza para ver dónde estaba Max. El olor del fuego me impedía percibir el suyo, y con el crepitar de las llamas tampoco oía sus jadeos. Sólo podía verlo con mi único ojo. Y verlo hizo que me sintiera aliviada y que dejara de tener miedo a la ceniza. «Siempre nos encontraremos —le había prometido Anatjari a Jedda, una promesa que no cumplió—. Porque nuestro amor es más fuerte que el olvido.» Pero para Max y para mí sería verdad.

Si moríamos quemados en ese bosque, volveríamos a encontrarnos en otra vida. Entonces ¿por qué no nos abandonábamos sin más a las llamas?

## 43

Paré y me volví. Quería contemplar ese fuego que había asustado de tal modo a los animales, incluso al oso. Las llamas me parecieron preciosas. Vi cómo iban de árbol en árbol, apoderándose de las ramas, de las hojas y de las copas y subiendo más alto, amenazando incluso con engullir el cielo. Si Max y yo permitíamos que nos devorasen, dejaríamos de tener miedo.

No tener miedo.

Qué idea tan maravillosa.

—No te rindas —advirtió Max, que también se había quedado quieto. No estaba dispuesto a dejarme, nunca, jamás.

—Pero es que me gustaría tanto...

—Entonces morirás.

—¿Y eso qué importa? —espeté.

—¿Por qué dices eso? Ahora que nos hemos encontrado.

—Volveremos a encontrarnos en la siguiente vida.

—Pero no seremos Max y Orquídea.

—Antes has vuelto a llamarme Cicatriz.

—Me da lo mismo cómo te llames, tú siempre serás tú. Pero en la próxima vida no serás del todo tú.

—¿No?

—En cada vida somos distintos. Freya y Balder, Rover y Aymee... Todos eran distintos de nosotros. Habían vivido otras cosas, y sus almas vivían en otros cuerpos...

—En cuerpos que tenían dos ojos, quiero volver a tener un cuerpo así — objeté con añoranza.

—Es posible. Pero eres Cicatriz precisamente por haber tenido esta vida. Y esa parte de ti la perderás para siempre si morimos.

—Me gustaría perderla.

—Pero a mí me gusta esa parte de ti.

—¿Quieres a Cicatriz?

—Más incluso que a Orquídea.

—Pero también me querrás en la siguiente vida —aseguré.

—Porque estamos predestinados, ya. Pero yo te quiero ahora porque me lo dice el corazón.

—Como debería ser el amor... —dije en voz baja.

—Como debería ser el amor.

Miré otra vez las llamas. Estaban a escasos perros de distancia y parecían querer rodearnos.

—¿Cómo vamos a escapar de ellas? —pregunté.

—Teniendo fe en que podemos hacerlo.

Max se acercó mucho a mí, y a pesar del humo y del calor percibí de nuevo su olor. No olía a miedo, sino a esperanza. Igual que Djalú en el desierto. No, más incluso. Porque no era Djalú, ¡era Max!

—¿A ti qué te hace tener fe en ello? —pregunté, y deseé que pudiese transmitirme un poco de su esperanza para que también yo encontrara la fuerza necesaria para querer vivir esta vida, en lugar de querer pasar a la siguiente.

—Tú.

—¿Yo?

—No puede ser que nos hayamos encontrado para volver a perdernos.

En ese momento fui consciente de ese otro olor que ya percibí en Djalú en el desierto, ese olor que era capaz de imponerse a todos los demás, al de la ceniza, al del humo, incluso al de la muerte. Era el olor del amor.

Contemplé las llamas, que se estaban apoderando de los árboles que nos rodeaban. Sin embargo, el olor de Max persistió. Y, alentada por el deseo de seguir oliéndolo, por fin corrí, para salvar la vida, nuestra vida en común.

Al cabo de cientos de perros de distancia durante los cuales no paramos de toparnos con otros animales que huían despavoridos y nos hacían tan poco caso como nosotros a ellos, el olfato nos dijo una vez más que había agua cerca. Continuamos corriendo y descubrimos un río, que —gracias a la madre perro— era tan ancho que al menos frenaría un rato el avance del fuego. La corriente arrastraba a algunos animales muertos.

Nos metimos en el agua y lo cruzamos a nado. Cuando llegamos a la otra orilla, me dio un calambre en la pata trasera izquierda. Me acurruqué en la hierba, que estaba caliente. Detrás de nosotros, al otro lado del río, las llamas se aproximaban a la orilla. ¿Lograría detenerlas el agua? De pronto no estaba tan segura. De manera que me levanté y probé a caminar de nuevo, con cuidado. Aunque me seguía doliendo mucho la pata, aguantaría. Avanzamos a buen paso por la hierba, dejando atrás las huellas del oso y dirigiéndonos al bosque de abetos. Allí el terreno se volvía mucho más empinado. Con cada perro de distancia que recorríamos, el humo era menos denso, el cielo estaba menos oscuro, el calor se volvía más soportable.

—¿Cómo crees tú que se ha producido el fuego? —me preguntó Max—. ¿Habrá dado el sol mucho tiempo en una rama especialmente seca y la ha quemado?

—No ha sido el sol.

Lo tuve claro en cuanto Max planteó la pregunta.

—Entonces ¿qué?

—Ha sido la hembra humana.

—¿La mujer? —Max parecía afectado—. Ni siquiera ella puede tener tanto poder sobre la naturaleza.

—Vi arder el fuego en sus ojos —repliqué—. Quiere que muramos quemados.

Max aún olía a amor, pero no con la suficiente fuerza como para anular el hedor del miedo. Yo, en cambio, ya no sentía temor, estaba demasiado cansada. Demasiado agotada para sentir hambre, sed, ganas de luchar o ganas de morir. Demasiado exhausta para contarle a Max todo lo que sabía de Jedda o preocuparme de que ésta estuviese pisándonos los talones o sencillamente esperando tan tranquila a que el fuego nos devorase.

—¡Alto! —exclamó Max de pronto.

Aunque también parecía agotado, daba la impresión de que tenía más energía que yo. Levantó la pata trasera izquierda, alargó el morro y se puso a olisquear. Yo quise imitarlo, pero me maldije en el acto, pues al hacerlo sobrecargué la pata que todavía me dolía. Apoyé el peso en la otra y me dispuse a oler asimismo: el oso volvía a estar cerca. A unos veinte o treinta perros de nosotros. No se oían sus pasos, ni sus resoplidos, tan sólo una respiración regular. No parecía que estuviera asustado, probablemente durmiera, agotado por la huida. Pero ¿qué pasaría si despertaba y nuestro olor nos delataba? ¿Estaría hambriento y nos atacaría?

—Demos media vuelta —propuse en voz baja.

—No podemos volver —objetó Max—. No olvides el fuego.

Poco a poco el cielo se fue tiñendo de rojo, más por las llamas que por el sol, que para entonces se estaba poniendo. Se levantó un humo denso. De manera que el incendio debía de haber cruzado el río y alcanzado los primeros abetos que crecían en esta orilla.

—Pues tendremos que esquivar al oso —contesté, y con las pocas fuerzas que me quedaban reprimí las ganas de tumbarme de una vez y cerrar el ojo.

—Pero eso implicará dar un buen rodeo —reflexionó Max—, perderemos un tiempo valioso y no lograremos salir del bosque.

—¿Cómo sabes que por ahí se sale del bosque?

—Porque todos los animales van en esa dirección.

—Pero, si no damos un rodeo, caeremos directos en las garras del oso. —  
Yo seguía en mis trece.

—Podemos pasar de puntillas a su lado sin despertarlo.

—Eso es una locura. Haremos lo que yo diga.

Antes de que Max pudiera oponerse, asumí el mando para buscar el modo de rodear al animal. Max me siguió sin poner peros. Yo prestaba atención a los ronquidos del monstruo en todo momento, no fuera a despertarse antes de que estuviésemos a salvo. Además, el caliente viento nos hacía llegar su olor acre, que me dio ganas de vomitar. Sólo después de que diésemos un amplio rodeo y apenas se oyera ya la regular respiración del coloso, Max se atrevió a volver a decir algo. Señaló una loma con el morro y afirmó:

—El oso debía de querer ir hacia ahí.

—Pero también querrá seguir yendo hacia ahí cuando despierte —razoné.

—Debemos correr el riesgo si queremos salvarnos.

Nos pusimos en marcha, pasamos entre los gigantescos abetos, que parecía que tocaban el cielo, y comenzamos a subir por la loma. El aire se volvió más caliente, y el humo cubrió de tal forma el cielo que no se veía ni la luna, que para entonces ya debía de haber salido, ni las estrellas. De pronto se me ocurrió una cosa: si las estrellas no eran perros muertos —puesto que éstos se hallaban en el mundo intermedio—, quizá eran cachorros que no habían llegado a nacer y no podían entrar en el mundo intermedio. Sería un consuelo saber que las almas de los hijos que Freya, Aymee y las demás perritas no habían podido tener se hallaban al amparo de las estrellas.

Unos topos nos pasaron corriendo entre las patas, pero poco después los dejamos atrás. Eran demasiado lentos para sobrevivir a la noche que se avecinaba.

El crepitar y el crujido de las llamas era cada vez más intenso y de nuevo volvió a llover ceniza.

Aflojamos el paso, pues yo apenas podía apoyar la dolorida pata izquierda. Si no conseguíamos llegar al otro lado de la loma y salir de una vez del bosque o al menos tropezarnos con otro río que frenara el fuego, no tardaríamos en morir. Yo porque no podría más, y Max porque no querría dejarme sola. Y en los últimos momentos ya no sería un consuelo para mí

saber que volvería a nacer en otra vida. Nosotros —Max y Cicatriz— no volveríamos a encontrarnos.

De pronto oímos el rugido del oso, muy por detrás de donde estábamos. A nuestro alrededor, los demás animales volvieron a ganar velocidad, y aunque yo apenas podía más, nos unimos a ellos.

Los rugidos eran atronadores, como si el monstruo quisiese inspirar miedo a todo el mundo.

—Quiere atacar a alguien —aventuró Max, jadeando.

—¿A nosotros? —repuse, jadeando también.

Los rugidos se volvieron más potentes.

—No, los sonidos proceden del sitio en el que estaba dormido. No se acerca.

Entonces ¿a quién iban dirigidos los rugidos?

—Cuando haya matado a su presa, vendrá hacia nosotros —dedujo Max sin aliento.

Y yo supe que, si volvíamos a toparnos con el oso, no tendría fuerzas para apartarme de él una segunda vez. Ni la demencial esperanza de tener cachorros ni el agradable olor del amor podrían darme alas.

El oso inundaba el bosque entero con sus rugidos. Durante un segundo me imaginé plantada delante de él y partida por la mitad con sus garras. Sin embargo, en ese preciso instante se oyó un estallido.

Asustados, todos los animales frenaron en seco, incluidos nosotros.

El oso lanzó un aullido. Como si sufriera un gran dolor. A continuación se oyó otro estallido.

El oso dejó de aullar.

Las ratas fueron las primeras que echaron a correr de nuevo, y los demás animales las siguieron. Max y yo fuimos los únicos que nos quedamos quietos, escuchando la agonía del gigante.

Un último estallido hendió el aire, y el oso enmudeció.

## 45

—Como las armas de la tele —opinó Max, y empezaron a temblarle las patas.

—¿Las armas?

—Unos palos de metal. Los humanos los utilizan para matar.

—Entonces debe de ser Jedda —afirmé.

Aunque no percibía su olor a flores, no tenía la menor duda. Ahora también a mí me temblaban las patas, tanto que me habría gustado tumbarme.

—¿Sabes cómo se llama la hembra humana? —preguntó Max, sorprendido.

—¡Tenemos que irnos! —grité, y pese al dolor que sentía en la pata, salí pitando y continué subiendo.

—¿Conoces a esa mujer? —insistió Max, que no tardó en darme alcance.

—Soñé con ella. Era buena con nosotros.

—¿Buena? No lo entiendo.

—Era ella y no era ella.

—En otra vida... —Max empezaba a entender.

—También era el humano cuervo —aclaré—, y el hombre del látigo.

—Así que nuestro asesino a veces es un macho y a veces una hembra, ¿no?

—Sí.

—¿Yo era también una hembra en tu sueño? —quiso saber Max, jadeante.

Aquello era de locos: corríamos en un crepúsculo iluminado por las llamas, rodeados de animales aterrorizados, con Jedda pisándonos los talones, y sin embargo me entraron ganas de sentarme y golpear el suelo con el rabo, de la risa. Sencillamente, imaginarme a Max como hembra tenía demasiada gracia.

—¿Y tú un macho?

A Max también parecía hacerle un poco de gracia, aunque a la vez estaba muy confundido.

—No, en esa vida también éramos...

No pude decir más, ya que en ese instante oímos un nuevo estallido. Procedente de un lado. Jedda debía de haber subido corriendo la loma. Por lo visto tenía mucha más energía que nosotros. A nuestro alrededor, los animales salieron disparados en la dirección contraria al sonido. Probablemente les diese lo mismo perder un tiempo valioso en su huida del fuego.

Mi instinto me ordenó que los siguiera, pero mi razón me dijo que continuase hacia donde, con suerte, saldríamos del bosque de abetos. Pero Max dejó de correr de golpe y espetó:

—No daremos un paso más.

Me detuve y me quedé mirándolo con cara de sorpresa.

—No seguiremos huyendo de ella: la atacaremos.

Parecía decidido. Valiente. Era un perro distinto de aquel al que perseguían los pequeños humanos en el vertedero. Un perro que había matado. Que, sin embargo, se equivocaba y calculaba mal las posibilidades que teníamos de salir airoso si nos enfrentábamos a Jedda. A fin de cuentas, ella no era un corzo.

—No digas locuras —repuse.

—Lo que es una locura es pasarse la vida huyendo.

—Nos ha matado en todas las vidas anteriores.

—Pero en esta vida somos Max y Orquídea.

Me volvía a llamar como la flor más bonita del mundo.

—Pero ya no tenemos fuerzas. Y aunque las tuviésemos, Jedda nos vencería.

—Quizá —replicó.

—¿Quizá? ¿Quizá? ¡Seguro! —Era de locos discutir por eso. Debíamos irnos de allí.

—Yo soy más fuerte de lo que pensaba —adujo Max.

Bañado por la luz roja del cielo, su cara negra se veía tan impresionante que casi lo habría creído capaz de vencer a Jedda.

—Ya lo verás, Cicatriz. Te demostraré que soy digno de ti.

Estábamos ahí plantados, en medio del calor asfixiante de la inminente noche, esperando a Jedda. Primero oí sus pasos, ligeros, apenas perceptibles con el fragor del fuego. Después, a pesar del hedor a árboles y animales quemados, percibí su olor a flores. Y ella no tardó mucho en aparecer entre los árboles. Llevaba un falso pelaje largo que le cubría por completo los brazos y las piernas, el cabello recogido en la parte de atrás de la cabeza y un palo de metal en la mano. La mitad de su rostro estaba sumida en la sombra, pero la otra, iluminada por la luz de la noche en llamas, era pavorosa. Max gruñó, como si ello fuera a causarle alguna impresión a la humana. Era un tremendo y grave error querer enfrentarse a ella.

Jedda se detuvo a unos perros de nosotros. La media boca sonreía más aún, el ojo parecía echar fuego de nuevo. Deseé que toda su cara estuviese en la sombra.

—Conque no os habéis quemado. —Su voz dejó traslucir cierta admiración—. Sois más rápidos que el fuego.

Max tensó las patas. Al parecer pensaba abalanzarse sobre ella y morderle el cuello, como al corzo. Quise decirle que no lo hiciera, pero de mi boca no salió sonido alguno.

—Así que tendré que pegaros un tiro para que os puedan devorar las llamas.

Jedda levantó el palo, y ahora estuve segura de que era lo que había generado el estallido que habíamos oído antes, el que debía de haber ido destinado al oso. La humana apuntó con aquella cosa a Max, que todavía tensó más las patas. Y entonces se oyó el rugido del oso a lo lejos. De modo que no había muerto, lo cual sorprendió visiblemente a Jedda, que bajó un tanto el palo. Ése fue el instante en el que Max salió corriendo hacia ella, la

derribó y se le subió al pecho con todo su peso.

Jedda lanzó un grito enfadada, pero Max no se dejó impresionar, y a la luz del rojo cielo nocturno vi cómo abría la boca para hundirle los dientes en el cuello. Jedda logró levantar un brazo a tiempo para protegerse, y Max se lo mordió con saña.

Jedda, cuya voluntad de matarnos debía de ser más fuerte que cualquier dolor que pudiera infligirle Max en ese momento, empujó a mi compañero con todas sus fuerzas y éste salió despedido del pecho y fue a parar a casi tres perros de distancia, donde se estrelló contra un árbol, en el que rebotó, y luego cayó al suelo. Durante un segundo temí que estuviese inconsciente, pero después confié en que así fuera, pues de esa forma no sufriría ningún dolor cuando ella lo matase. Sin embargo, Max abrió los ojos e intentó levantarse. Antes de que lo consiguiera, Jedda se puso en pie de un salto y lo apuntó con el palo. Sólo entonces olí que en el extremo del chisme que estaba dirigido a Max había un humo frío, que no procedía del bosque quemado ni de ningún animal carbonizado. Estaba claro que Jedda era capaz de hacer salir una especie de fuego del palo, como por arte de magia. Dentro de nada nos mataría a los dos, y en la siguiente vida no recordaríamos todo lo que había sucedido en ésta. Ya no sabríamos que un día pasamos por el mundo siendo Max y Cicatriz.

Mi Max moriría.

En cierto modo para siempre.

El dolor que me causó la idea me rompió el corazón. Aullé a los cachorros que no habían nacido y se habían convertido en estrellas. Mi agudo lamento se alzó en la noche, más sonoro que el crepitar del fuego, más sonoro que los rugidos del oso, que se acercaba.

Jedda dejó a Max y me miró. En su olor a flores ahora se mezclaba el de la sangre. Se había mordido el labio, como si quisiera impedir con todas sus fuerzas llorar conmigo. ¿Acaso volvía a acordarse de que habíamos sido hermanas? Avanzó hacia mí. Ésa era la oportunidad: ahora Max podía escapar, pero el muy tonto no salió corriendo. De manera que aullé con más ganas aún. Sólo dejé de hacerlo cuando Jedda se detuvo, a menos de un perro de distancia de donde yo estaba. El fuego, cada vez más poderoso, iba

ganando terreno y se aproximaba a nosotros, el viento caliente era más intenso en el morro y el oso gruñía, rebosante de odio, mientras subía por la loma. Con la luz de las llamas, vi que Jedda temblaba. A pesar del calor que hacía. Se mordió de nuevo el labio con furia, y después abrió la boca, escupió sangre y constató:

—Lo amas.

La puñetera perrita amaba al chucho, de lo contrario no aullaría así. De modo que era demasiado tarde para romper el ciclo eterno. Todo volvería a empezar de nuevo. La muerte. La vida. El recuerdo.

Jedda se puso a gritar como una loca. Nunca habría creído posible que un ser vivo pudiera gritar así. Era como si el oso le hubiese desgarrado el cuerpo. No pude evitar sentir pena por ella.

Lancé mi dolor al nocturno cielo a grito pelado. El alma me dolía más aún que en mi vida anterior, cuando me vi obligada a limpiar las cenizas de los niños en los hornos del campo de concentración. Había depositado muchas esperanzas en poder eludir por fin mi destino, pero no había escapatoria. Ni en esa vida ni en la siguiente ni tampoco en la próxima, en ninguna hasta el final de los tiempos, cuando ya no quedarán cuerpos en la Tierra en los que pudieran colarse las almas. ¡Qué magnífica era nacería cuando el planeta entero fuese un desierto sin vida! Que ese desierto fuese de arena, fuego o hielo carecería de importancia, pues todas las almas estarían en el mundo intermedio. Ni una sola tendría que volver a sufrir en la Tierra.

A pesar de mis gritos, de pronto oí que la perrita profería sonidos lastimeros. No de miedo, sino de..., casi no me lo podía creer..., ¿de pena por mí? Como aquella vez, cuando Anatjari se desplomó.

Jedda dejó de gritar y me miró fijamente. En sus ojos ya no había fuego, más bien parecía sorprendida. El olfato no me decía si pensaba atacarme ya mismo o si caería al suelo, agotada de tanto gritar. Ni ella ni yo le prestábamos atención a Max.

Una hermana. Eso era lo que había sido para mí la perrita. Qué bonito sería volver a tener una hermana. La idea me sorprendió, pues hacía mucho que no me asaltaba. Sin embargo, también hacía años que la perrita no me miraba así. Parecía muy distinta que en las otras vidas. Me fijé bien: aunque era sumamente fea, pues sólo tenía un ojo, con el resplandor de las llamas parecía preciosa. Porque era la primera criatura que se compadecía de mi inmortal sufrimiento. En ese momento, cuando estaba como embobada ante ella e iba a acariciarla, me atacó el otro perro por segunda vez.

Max volvió a tumbarla. La atacó de manera más brutal y despiadada que al gran corzo. Sabía exactamente lo que quería hacer: mordió a Jedda en el rostro, esta vez sin vacilar.

El chucho negro me mordió en la cara, tenía las mejillas y el cuello llenos de sangre. Si me mordía ahora en la garganta, iría al mundo intermedio. Cómo me habría gustado morir. En ese instante incluso me habría parecido estupendo no volver al mundo intermedio, sino desaparecer para siempre. Hasta eso me parecía mejor que seguir sufriendo eternamente. Mejor no existir que llevar esa existencia. De modo que le ofrecí la garganta al perro.

Daba la impresión de que Max iba a volver a morderla y, de ese modo, iba a poner fin a todo: a Jedda, a su persecución, a nuestro miedo. El oso rugió de nuevo. Ahora estaba muy cerca. Sus rugidos sonaban profundamente transidos de dolor y tremendamente furiosos. Llegaría a donde estábamos de un momento a otro. ¿Qué pasaría si para entonces Jedda estaba muerta? ¿Nos atacaría a nosotros? Max y yo debíamos largarnos antes de que llegase. Pero el oso no era el único que se acercaba. También las llamas nos iban rodeando poco a poco. Debíamos irnos. ¡Irnos de una vez! Así que le ladré a Max:

—Tenemos que largarnos. ¡Ahora!

Pero también lo dije por Jedda: no quería que muriese. Para mí se trataba de la hermana que había tenido en el desierto, y sencillamente era incapaz de desearle la muerte, y menos ahora que había visto y oído su dolor. Pero, sobre

todo, lo dije por Max: si se convertía en un asesino, su dulce alma no lo superaría.

Pero Max no me hacía caso, no se bajaba del pecho de Jedda. Y mi hermana humana tampoco se movía; incluso le ofrecía el cuello. Quería morir. Y él quería matarla. Yo era la única que no deseaba que pasara lo que estaba pasando.

—¡Max!

No reaccionó.

—¡Déjala!

Volvió la cabeza hacia mí. A todas luces le sorprendía que yo me mostrase tan enérgica.

—Por favor. —Yo suplicaba por la vida que en ese instante a la propia Jedda parecía importarle tan poco.

La perrita quería salvarme la vida.

En efecto, volvía a ser mi hermana.

—Muérdeme —le pedí al perro negro que tenía encima.

Éste volvió el morro hacia mí.

Mi hermana ladró de nuevo.

—¡Muérdeme! —repetí.

Pero él le hizo caso a ella, no a mí, se bajó, fue a su encuentro y los dos salieron corriendo.

Salimos corriendo para no morir, pero mi cabeza seguía con Jedda. Si no se levantaba, las llamas la devorarían. Y no había nada que yo pudiera hacer para impedirlo. Aunque regresase con ella, ¿cómo podría convencerla de que se salvara si lo que quería era morir?

Miré a mi alrededor. Sólo los árboles que tenía más cerca se habían librado de la quema por el momento. Las llamas me matarían. Como en su día en la hoguera a la que me ató el druida. La razón me decía que mi alma iría al mundo intermedio, para a continuación volver a nacer. Pero el instinto, que no sabía que el cuerpo no era más que una carcasa transitoria,

tenía miedo de morir. Y más aún cuando el suelo comenzó a vibrar. Ladeé la ensangrentada cara. El oso al que había disparado tres veces y cuyo pelaje estaba cubierto de sangre había dado conmigo. De pronto se alzó sobre las patas traseras, y, rebosante de odio como el dios vengativo de la mitología de un pueblo primitivo, se abalanzó sobre mí.

## 46

Corrimos más y más, y cada vez que quería darme por vencida, Max me empujaba suavemente con el morro. En una ocasión incluso me mordió porque quería tumbarme. Sin él no habría sobrevivido a esa noche.

También fue él quien lo olió primero. Por el calor y el humo, mi nariz parecía incapaz ya de percibir nada, pero a Max le olió a...

—Hierba.

—¿Cómo dices?

—Tras la loma debe de estar el final del bosque —explicó.

—¿Y entonces estaremos a salvo?

—No lo sé. Pero el fuego no tendrá tantos árboles con los que alimentarse.

Llegamos a la cima de la loma, y en la oscuridad teñida de rojo descubrimos que el terreno también era muy boscoso al otro lado. Abajo del todo, en cambio, se extendía un valle donde crecía una hierba alta. No veíamos hasta dónde llegaba. Densos nubarrones se cernían sobre la llanura.

Cómo me hubiera gustado estar allí abajo. Ni siquiera en los días en que pasé más calor en el vertedero había deseado tanto la lluvia.

Mientras bajábamos hacia el valle, sentimos que el viento soplaba y empujaba los nubarrones hacia nosotros. Poco a poco se fue ralentizando la cortina de fuego, que sin embargo ya salvaba la cima. Max, que siempre ponía mucho cuidado en ir a mi lado, apretó el paso. Yo le seguí el ritmo como buenamente pude, haciendo caso omiso de la pata trasera que me

seguía doliendo.

—¡Lo conseguimos! —exclamó de pronto.

Yo no veía a Max, tan sólo lo olía y lo oía. A todas luces había llegado a la salida del bosque. Me dio miedo que, de pura alegría, saliera corriendo más deprisa aún hacia la hierba, por el valle, días y días, hasta llegar al final. Intenté apresurarme para no quedarme sola, pero de pronto la pata izquierda me falló. No podía someterla a más esfuerzo. Bajé la pendiente cojeando, pero Max no se había olvidado de mí. Me estaba esperando en la linde. Allí la hierba casi le llegaba al vientre.

—Pronto lloverá —observó cansado, cuando lo alcancé.

Una larga brizna de hierba, que me llegaba al morro, me hizo cosquillas. Estornudé y después olisqueé el cielo: ahora olía mucho a lluvia, pero las nubes negras que venían hacia nosotros no querían descargar aún. ¿Qué pasaría si no lo hacían? ¿Podría arreglárselas el viento para contener el fuego o éste avanzaría devorando la hierba?

Un enjambre de avispas que iban camino de un nuevo hogar nos adelantó volando. Unas ratas nos dejaron atrás, no demasiado deprisa. Probablemente también se creyeran a salvo en ese sitio. Incluso vi una mariposa, las anaranjadas alas luminosas en la oscuridad, como si hubiesen adoptado el color de las llamas. Una liebre cruzaba la pradera zigzagueando. ¿Iría en busca de su familia?

—Durmamos aquí —propuso Max cuando el bosque estaba a unos doscientos perros de distancia.

—¿Estás seguro?

—Sí —repuso.

Puesto que confiaba en él, me dejé caer a su lado en la hierba, agotada. Me arrimé a mi compañero, olí el perfume de su amor y se me pasaron por la cabeza todos los peligros que habíamos superado ese día. Cómo había temido por él, más que por mi propia vida.

Esperaba de todo corazón morir antes que él cuando nos llegara el momento. No soportaría tener que ver cómo decía adiós a la vida.

Poco después empezó a llover. Por fin, por fin llovía. Gracias al fuego, cuyo calor llegaba del bosque en llamas, esa primera lluvia otoñal no era fría. Sobre nosotros caían grandes gotas que nos mojaron el pelaje y lo limpiaron definitivamente de ceniza y polvo. Aunque el instinto nos decía que si llovía debíamos buscar un sitio donde resguardarnos, tras la huida sólo queríamos seguir tumbados. La lluvia convirtió el fuego en una niebla anaranjada que se cernía sobre la loma. Max cerró los ojos. Yo también, pero no fui capaz de dormirme, ya que la idea de que él pudiese morir antes que yo me hacía estremecer.

—¿Qué pasa? —preguntó Max, que probablemente notara mis temblores y oliese mi miedo.

—No..., no quiero que te mueras.

—Pero si estoy vivo —respondió, y golpeó con el rabo la húmeda tierra, como si aquello le pareciera divertido—. Escucha cómo me late el corazón.

Lo hice, y entonces me acordé de cuando oía el de Djalú y también el corazoncito de los cachorros en mi vientre; o mejor dicho, en el vientre de Inala. A mis ojos asomó agua salada.

—¿Lo oyes? —preguntó Max—. El corazón me late...

No dijo «por ti», pero a pesar de todo yo sabía a qué se refería.

Poco a poco dejé de temblar, y estando allí los dos, bajo la torrencial lluvia pero sin pasar frío, cuando el ojo casi se me había cerrado, Max preguntó:

—No querías que matara a la hembra humana, ¿no?

—Quería que te alejaras del fuego —repliqué, aunque ésa no era toda la verdad.

—No es cierto. No querías que la matara.

—Lo habrá hecho el fuego —contesté, y me entristeció que Jedda hubiese tenido que sufrir una muerte espantosa.

—O quizá el oso —opinó Max.

—¿El oso?

—Lo oí.

Jedda me dio más pena aún. La idea de que pudiese haber muerto pasto de las llamas no me parecía tan espantosa como la posibilidad de que la hubiera matado el oso. Probablemente porque, a pesar del miedo que me daba el fuego, no era capaz de imaginar cómo sería morir quemado. En cambio, sí sabía lo que era matar a otro animal.

—No querías que le quitara la vida —insistió Max.

—No —admití—. Es cierto.

—¿Por qué no?

—Porque no habrías soportado ser un asesino.

Max guardó silencio, se paró a pensar en lo que yo acababa de decir y respondió:

—Probablemente no.

—Pero... —empecé mientras poco a poco las gotas nos empapaban el pelaje y el fuego del bosque se encabritaba contra la lluvia, silbando y echando humo.

—¿Pero? —quiso saber Max.

—Ése no era el único motivo.

—¿No?

—Tampoco quería que lo hicieras porque era mi hermana.

—¿Tu... hermana?

—Nuestra hermana.

—No lo entiendo.

—Soñé con ella.

—¿Con que nos mataba?

—En mi sueño formábamos parte de una manada. Creo que fue nuestra primera vida.

Le hablé del desierto, de la búsqueda desesperada de agua, de lo buenos que habían sido con nosotros Jedda y Anatjari y, sobre todo, del secreto de las almas.

—Así que la humana que nos persigue de vida en vida y nos mata fue nuestra hermana un día —recapituló Max, perplejo—. Pero ¿qué le hicimos para que nos odie así?

—No lo sé —reconocí. Y añadí en voz más baja—: Pero no me gustaría soñar con eso. Ni tampoco con cómo nos mató en el desierto. Con cómo te mató.

—Cuando estoy contigo, no tienes por qué soñar, Orquídea.

—¡No me llamo Orquídea! —espeté, e incluso a mí me sorprendió mi brusquedad.

Max se me quedó mirando con cara de sorpresa. Me separé un poco de él, quería poner algo de distancia de por medio.

—¿Prefieres que te llame Cicatriz?

—No quiero que me llames de ninguna manera.

—Vale, vale, lo entiendo: quieres ponerte tú misma el nombre.

—¡No entiendes nada de nada! —exclamé.

—No..., es posible que no —contestó confuso, y entonces fue él quien se apartó.

Nuestros cuerpos ya no se tocaban ni siquiera con la punta del pelaje. Cerré el ojo y me cabréé por haber sido tan cortante con él. ¿Qué mosca me había picado? A fin de cuentas, Orquídea era un nombre bonito, y la cercanía de Max tan agradable, su olor tan estupendo, que no quería vivir sin él.

Sin embargo, lo comprendí deprisa: si lo mantenía a distancia, también él se enfadaría conmigo. Quizá no ahora, pero sí en algún momento, posiblemente pronto. Y en ese caso nos pelearíamos cada vez más, y más, y por culpa de todos esos ladridos y aullidos acabaríamos queriéndonos menos, cada vez menos, y llegaría el día en que ya no nos querriamos nada. Y entonces no se me rompería el corazón si alguna vez llegaba a perder a Max.

A pesar de la lluvia dormimos lo que quedaba de día y la noche entera. A la mañana siguiente ya sólo lloviznaba. Donde antes crecía el bosque ahora se alzaban tocones negros, carbonizados. ¿También estaría así el cuerpo de Jedda?

Antes de que pudiera ponerme triste de nuevo, me levanté, me sacudí toda el agua que pude del pelaje y bebí con ganas de un charco. Max hizo otro tanto. Después nos pusimos en marcha por la alta hierba, sin hablar. Yo me mantenía a cierta distancia de él, y eso le dolía. Hacia el mediodía matamos, cada uno por su cuenta, a un par de miembros de una familia de ratones. Luego continuamos andando, hasta que Max rompió el silencio y exclamó:

—¡Tras la hierba están las colinas!

Según había dicho Pluma Azul, las colinas llevaban hasta esa ciudad en las montañas de la que era Max y en la que vivía su pequeña humana, Lilly. Íbamos a reunirnos con ella, y confié en haber aprendido a no quererlo antes de que llegásemos.

Durante los días siguientes subimos las colinas y las bajamos. Ahora el otoño se dejaba sentir con toda su crudeza, como si quisiera compensar el retraso. Aunque la lluvia daba treguas, especialmente por la noche y por la mañana, la mayor parte del tiempo caía sin cesar sobre nosotros. El viento se volvió más frío; y las colinas, cada vez más empinadas y pedregosas, hasta que acabaron fundiéndose con una única montaña. Una y otra vez nos

topábamos con bosquecillos de abetos más pequeños. También el resto de los animales tenían que vérselas con la humedad. Las liebres pasaban casi todo el tiempo en sus madrigueras. Y a las abejas, las avispas o las mariposas ni se las veía. Los pájaros volaban en bandadas rumbo al sur, y a Max le parecía buena idea ir precisamente en la dirección de la que venían ellos.

No sólo por eso estaba más enfadada con él con cada día que pasaba. Todo en él me irritaba y hacía que le ladrase constantemente. Cuando me ayudaba a matar animales. Y cuando no. Cuando hablaba conmigo. Y cuando no. Cuando por la noche quería arrimarse a mí y, más aún, cuando al cabo de un rato dejaba de intentarlo.

Cada vez que me comportaba así, me habría gustado gruñirme a mí misma de pura rabia. Pero, en lugar de hacer eso, seguía ladrándole a Max, o al viento, o a los pájaros, que tan fácil lo tenían por poder volar al sur, con el sol. A veces incluso les gruñía a las agujas de los abetos porque creía sentir en ellas el alma de Jedda. El hecho de que hubiese muerto tendría que haberme tranquilizado, pero no era así. Al contrario. Me preguntaba continuamente si su alma, que ahora debía de estar en el mundo intermedio, no viviría cerca de mí, en alguna parte: en el viento, en la lluvia o en la tierra húmeda sobre la que dormía.

A decir verdad, tendría que haber sido más feliz que nunca en la vida. A mi lado tenía a un perro que me quería —¡a mí!— y al que yo quería. Pero no era feliz, porque tenía mucho miedo de perderlo. Quizá ése fuera mi verdadero destino: no poder ser feliz.

Durante todo ese tiempo, Max no me dio ninguna mala contestación, hiciera yo lo que hiciese. A diferencia de mí, disfrutaba de no tener que sentirse atemorizado más por Jedda. Y parecía que se alegraba incluso de estar más cerca de su Lilly con cada paso que dábamos, lo cual, a su vez, me cabreaba más a mí. Cuando un anochecer avanzábamos por guijarros mojados y resbalábamos sin parar, reventé definitivamente y le solté:

—¡Es antinatural querer a una hembra humana!

—¡No lo es!

—¡Y repugnante!

—¡Eso tampoco!

—¡Por su culpa no puedes tener hijos!

Nada más escupirlo, comprendí una cosa, y a punto estuve de decirla en voz alta: «Y, por lo tanto, yo tampoco».

—No fue Lilly —respondió Max.

Y por primera vez reaccionó un poco mal a uno de mis arrebatos. Lo cual me alegró, de un modo tan bonito como repugnante: quería que se enfadara de verdad con su Lilly. Tan enfadado como estaba yo.

—Tú y yo nunca podremos tener hijos por culpa de ese monstruo —espeté.

De los ojos de Max cayeron unas gotas de agua salada. Olía a vergüenza, y aunque ahora me daba pena, e incluso me odiaba a mí misma por hacerle tanto daño, no pude por menos de echar más leña al fuego:

—Queriendo a esa Lilly quieres a un monstruo.

—¡Cállate! —ladró con furia y lleno de rabia.

Pero yo seguí:

—¡Me callaré cuando me dé la gana!

—¡Eres tú la que defiende a monstruos aún mayores!

—¿Cómo dices?

—¡Fuiste tú la que no quisiste que matara a Jedda!

—Pero no la quiero.

—La llamas «hermana».

—Porque eso fue para mí, para nosotros, en una vida anterior.

—Merecía morir.

—Y así ha sido.

—Mató a Pluma Azul.

—¡Ya lo sé!

—Pero, desde aquella primera vez, no has vuelto a llorar la muerte de nuestra amiga —gruñó con desdén.

Ahora era yo la que se avergonzaba. Porque era verdad, no lo había hecho. Traté de convencerme de que no había vuelto a llorar la muerte de Pluma Azul porque habíamos tenido que huir del fuego. Pero ahora llevábamos días en camino, sin toparnos con ningún peligro, tan sólo debíamos soportar los reveses del tiempo y del terreno. Hube de admitir que

estaba tan enfadada con Max que ni siquiera había pensado en mi amiga. ¡Cómo me tomaba el pelo con sus descarados gorjeos! ¡Se me posaba en el lomo! En ese instante sentí sus uñas, como sentía a veces el ojo en la cuenca vacía o los cachorros de mis vidas anteriores en el vientre. De pura vergüenza ladré a Max:

—¡Tú tampoco lo has hecho!

—Claro que sí. Todos los días. Bajito, para mí —contestó entristecido.

—Mentiroso —dije.

—¿Alguna vez te he mentido?

—No me contaste la verdad de por qué estabas lejos de tu casa —me quejé.

—Pero ¿te he mentido? —insistió—. ¿Como tú cuando me dijiste que sabías llegar a mi casa?

—No —reconocí, y me avergoncé más aún.

—Lo siento —se disculpó Max, que, naturalmente, olía mi vergüenza.

Se detuvo de repente, a escasos perros de distancia, antes de que llegáramos a la cima de una colina.

—No quería ponerte en evidencia.

El hecho de que no metiera el dedo en la llaga me aplacó.

—Y yo no quería hacerte daño —musité.

—No importa.

—Sí que importa, no quiero hacerte daño...

—Ni yo a ti.

—Estás temblando —aseveró.

—Tengo frío —me quejé.

Tenía muchas ganas de que me diera calorcito.

—Podemos pasar la noche ahí delante.

Señaló con el morro dos peñascos que formaban una cueva. En ella estaríamos a resguardo de la lluvia y el viento. El espacio que se abría entre las rocas no era muy alto, de forma que Max tuvo que bajar la cabeza para seguirme al interior de la pequeña cueva. Dentro se estaba a gusto. El suelo estaba cubierto de musgo y un poco húmedo, pero el viento ya no se nos metía en los oídos, y allí me sentía a salvo de la oscuridad que se avecinaba.

Me tumbé, y Max se unió a mí. Más cerca que las otras noches, pero menos que en el mar y en el bosque, antes de que se produjera el incendio.

—¿Y si le cantamos una canción a Pluma Azul? —propuso.

—¿Una canción? ¿Qué canción?

—Una que nos inventemos.

—¿Nosotros?

—¿Quién, si no?

—Pero ¿por qué?

—Para hacer algo en su honor.

—Para hacer algo en su honor... —repetí, y supe que de ese modo podríamos despedirnos de nuestra amiga como era debido. Así que empecé a cantar...

### *Pluma Azul, Pluma Azul...*

... pero paré acto seguido, en busca de las palabras y las notas adecuadas. Max las encontró antes que yo:

*Un pájaro como ninguno,  
pequeño, rojo y descarado,  
se interesó por dos perros,  
como nunca había hecho ningún animal.  
Ahora su alma vuela en el viento.*

—Eso no lo sabemos —lo interrumpí.

—Es nuestra canción —adujo él—. Podemos cantar lo que nos dé esperanza.

No era sólo inteligente, era sabio. De manera que yo también canté lo que me hacía concebir esperanza:

### *El alma de Pluma Azul,*

*iluminada por el sol,  
vuela entre almas  
que no podrían ser más felices.*

—Un momento —me interrumpió ahora Max—, ¿no dijiste que las almas estaban completamente solas en el mundo intermedio?

—Pero también podemos cantar lo que le deseemos a Pluma Azul.

—¿Una bandada de almas en la que se sienta segura?

—En la que se sienta querida —puntualicé, y seguí cantando:

*Eran las almas de su bandada.  
Pluma Azul les tenía miedo,  
mucho mucho miedo.  
Pero ellas la perdonaron,  
y la colmaron de amor.*

Max cantó:

*Pluma Azul ya no estaba sola.  
Ni volvería a estarlo.*

Y después cantamos los dos:

*Pluma Azul ya no estaba sola.  
Ni volvería a estarlo.*

En nuestra canción, Max y yo regalábamos a Pluma Azul la paz que se merecía, y hacíamos que fuese tan feliz como antes de que su bandada la echase.

—Ya no estaba sola... —canté una vez más, con voz queda.

—Ya no estaba sola... —cantó Max.

Y empezó a oler más aún a amor, y yo volví a tener miedo de que muriera. Pero ahora no le gruñí para alejarlo de mí. Ahora le pedí:

—Por favor, no te mueras antes que yo.

—¿Cómo dices? —inquirió sorprendido.

—Por favor, no te mueras antes que yo. No podría soportarlo.

—No me moriré antes que tú —afirmó, y al decirlo su voz vibró en mi cuerpo.

—¿Me lo prometes?

Se paró a pensar un instante, seguro que porque era imposible prometer eso. ¿Cómo iba alguien a prometer que viviría más en este mundo en el que los cachorros morían antes que sus padres? ¿Que soportaría su dolor por amor al otro?

—Si eso es lo que quieres... —empezó Max.

—Es lo que quiero, sí —afirmé en voz baja.

—Entonces te prometo que viviré más que tú.

Cuando desperté a la mañana siguiente volvía a llover, pero vi entre las rocas que el cielo se estaba abriendo a lo lejos. Max dormía apaciblemente a mi lado. Escuché su respiración, los latidos de su corazón, y me sentí bien por primera vez desde el incendio del bosque. Oí la refrescante lluvia, que caía a plomo en los embarrados charcos ante los peñascos, y me alegró pensar en los rayos de sol que muy pronto me calentarían el pelaje. Si en ese instante alguien me hubiera dicho que Jemma no había existido nunca, probablemente lo hubiese creído. Al menos me habría gustado creerlo.

Mientras me regocijaba con la naturaleza que tenía a mi alrededor y deseaba no volver a perder el tiempo pensando en vidas anteriores y disfrutar únicamente de la que tenía en ese momento, oí unos pasos que se acercaban. Al parecer, de perros. Una manada de unos seis bajaba hacia nosotros. Sin prisa pero sin pausa. Las pisadas eran pesadas, debían de ser perros grandes. Más grandes que Max. Lo miré, pero seguía durmiendo, y si lo despertaba justo ahora no sabría qué decirle. Que no éramos los únicos perros del lugar era algo que estaba claro, pero ¿qué significaba esto? ¿Nos íbamos a topar con otros compañeros o con un nuevo peligro?

Tardé un poco en oler a los perros, ya que la lluvia borraba su rastro, pero entonces constaté que su pelaje mojado desprendía un olor muy fuerte. No tanto como el de mis hermanos, en el vertedero, sino más bien como el del oso.

Le di a Max con el morro, pero él quería seguir durmiendo. Le di con más

energía, y se movió y, sin abrir los ojos, preguntó:

—¿Qué pasa?

—Huele —ordené en voz baja.

Alarmado por mi voz, olisqueó, si bien continuó con los ojos cerrados.

Después preguntó, asimismo con voz queda:

—¿Qué animales son?

—Perros.

—Los perros no huelen así.

Por fin abrió los ojos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Donde yo vivo hay muchas clases distintas de perros, y ninguno huele como estos animales.

—Seguro que son perros —me empeciné, pero no estaba completamente segura.

Aunque los animales no despedían un olor a odio mortal, ni a una sed insaciable de sangre, ni tan sólo a hambre, mi instinto me dijo que debíamos escondernos. Salir corriendo de la cueva y pretender ponernos a salvo huyendo sería demasiado peligroso. Estaba claro que unos perros que bajaban la montaña con semejante agilidad no tardarían en darnos alcance.

Sólo podíamos adentrarnos un poco más en la cueva y confiar en que no nos descubriesen. Pero no conseguimos retroceder ni un solo perro de distancia antes de toparnos con la roca.

—Aquí hay animales —oí decir a una voz que era tan grave que, en comparación con ella, los ladridos de Max parecían los jadeos de un cachorro.

—¿Comida? —preguntó otra voz, todavía más grave, y nosotros contuvimos la respiración.

Aunque intentaba tranquilizarme pensando que los perros no se comían a otros perros, no sabía exactamente si de verdad eran perros.

—Nada que matar —contestó la primera voz.

—Nada que matar —convino la más grave, que a todas luces ahora había percibido nuestro olor.

Max y yo lanzamos un suspiro de alivio. Esos animales no nos atacarían.

—Pero quizá quieran quitarnos la comida —añadió la voz grave.

No fue necesario que dijera más. Nos atacarían.

—Están muy cerca.

—Seguidme.

Ahora nos quedó claro que la voz más grave era la del líder, y también que estábamos en una trampa.

—Tenemos que salir corriendo —propuse bajito; me parecía demasiado peligroso quedarnos allí sentados sin hacer nada—. Si salimos corriendo cada uno hacia un lado y consigo que me persigan, quizá puedas escapar.

—No.

—¿No?

—Iré a hablar con ellos y les explicaré que no queremos quitarles la comida.

—¿Y si no puedes explicárselo?

—Lo conseguiré —aseveró, aunque no parecía convencido del todo.

Justo cuando iba a levantarse, objeté:

—Me prometiste que vivirías más que yo.

—Es verdad —respondió, y se quedó donde estaba.

Pero ahora era demasiado tarde para salir corriendo: el primero de los animales ya se hallaba sobre los dos peñascos que formaban nuestra cueva. No podíamos hacer otra cosa que respirar con tranquilidad, escuchar cómo se iban reuniendo allí también los demás y confiar en que pasaran por delante de nuestro escondite. Como es natural, esto no ocurrió.

Su líder bajó de un salto y se plantó delante de la entrada de la cueva. En medio de la lluvia, cada vez más débil, vimos unas patas de pelo gris, delgadas pero fuertes, que no podían ser de ningún perro pero que tampoco eran de ningún animal que hubiésemos visto en esa vida.

—¡Salid! —ordenó con aspereza.

Su tono no dejaba traslucir la menor duda de que, si no obedecíamos, entraría él en nuestro escondrijo y ello significaría una muerte segura para nosotros. Max avanzó y yo fui detrás, y entonces vi por fin quiénes eran esas criaturas de pelaje gris que iban saltando de peña en peña y se situaban tras su líder.

—Sois perros —afirmó éste.

—Y vosotros lobos —repuse yo, haciendo un esfuerzo para que mi voz sonara firme.

Yo nunca me había tropezado con lobos, pero siempre me los había imaginado igual: grandes, fuertes, salvajes, superiores. Hasta la única hembra que había en su manada era un animal imponente. En comparación con ellos, Max y yo parecíamos perrillos falderos inofensivos, de los que los humanos llevan por la ciudad cogidos de una correa.

—¿Qué hacéis en este sitio? —nos preguntó el líder.

Tenía una mancha marrón oscuro alrededor de un ojo. Increíble, tenía una mancha, como yo, y sin embargo nadie lo despreciaba por ella, incluso lideraba la manada.

—Queremos volver con mis amos —respondió Max.

Lo maldije en el acto. Estaba más claro que el agua que ahora los lobos pensarían que éramos más ridículos incluso de lo que ya creían. A fin de cuentas, éramos más pequeños que ellos, y más débiles, y para colmo yo sólo tenía un ojo. Era la primera vez desde hacía mucho tiempo que volvía a avergonzarme de la cicatriz. Gracias a Max, durante las últimas etapas de nuestro viaje casi no había pensado que era una lisiada, pero ahora que estaba frente a una manada de lobos, y encima una tan impresionante, me sentía fea y pequeña una vez más. A los lobos, algunos de los cuales se sacudían para quitarse el agua, no les hizo gracia la respuesta que había dado Max. Peor aún, algunos enseñaron los dientes, y el líder dijo con desprecio:

—Qué débiles sois los perros.

—¡No somos débiles! —ladré.

—¿Ah, no?

El lobo se acercó a mí, se detuvo muy cerca y me echó el aliento en la cara. Max iba a interponerse entre nosotros para protegerme, pero antes de que pudiera hacerlo, le gruñí al lobo:

—Nos hemos enfrentado a un oso y hemos escapado de un fuego enorme. ¿Podéis decir lo mismo vosotros?

—Hace muchas estaciones incluso matamos a un oso —espetó el líder.

—Y nosotros a un monstruo mucho más fuerte —aseguré yo.

—¿Más fuerte que un oso? ¿Qué clase de monstruo es ése?

¿Debía hablarle de Jedda al líder de la manada? ¿Sabría de lo que le hablaba? ¿Conocían los lobos el mundo intermedio? ¿Sabían que todos teníamos alma? ¿También habría entre ellos lobos cuyo amor era más fuerte que el olvido?

El aliento del líder me dio de nuevo en el morro, y yo lo miré fijamente a los ojos grises. Eran fríos, en ellos no había luz, no había bondad. No, ese lobo no era capaz de amar. Y durante un brevísimo instante lo envidié. Nunca temería ver morir a una loba a la que amara. El que no amaba, tampoco tendría que llevar esa pena en el corazón.

—¿Qué pasa? —inquirió el líder, que al parecer me olió la envidia pero no era capaz de averiguar el motivo.

—No lo entenderías —afirmé.

—No eres respetuosa —repuso, y casi dio la impresión de que le gustaba.

—¡Déjala en paz! —gruñó Max con voz grave, aunque su tono seguía siendo un poco más agudo que el del líder.

—Acabemos con los dos, así no nos quitarán los ciervos —propuso un lobo cuyo rabo era prácticamente blanco.

El líder se apartó de mí y le gruñó:

—Nosotros no matamos perros. Lo prohíbe el pacto.

¿El pacto? ¿Conocía la historia del padre lobo y la madre perro?

El líder volvió a dirigirse a mí.

—Pareces igual de enérgica que la madre perro.

¡Sí, la conocía!

—O al menos tan descarada como Soplido.

Soplido era la hermana de la madre perro, y no pude por menos de recordar lo que se cantaba de ella:

*Soplido soplabo  
a todo el mundo en la cara.  
Cada mañana, cada noche.  
Soplido era la que más  
se divertía de todos.*

—Entonces llámame Soplido —dije con valentía.

El líder meneó el rabo encantado y los otros lobos lo imitaron, incluso el del rabo blanco, que hacía un instante había pedido nuestra muerte. Max fue el único que no lo hizo: él me había puesto Orquídea, y así debía llamarme para él. Aunque nos amábamos, quería ser yo misma la que escogiese mi nombre. Así que ¿por qué no Soplido, si era la que más se divertía de todos en la vida?

—Éste es Max. —Señalé con el morro a mi compañero y pregunté—: Y vosotros, ¿cómo os llamáis?

El líder presentó a su manada, y cada lobo inclinó un tanto la cabeza al oír su nombre:

—Rabo Blanco, Mataciervos, Patonas, Aullaárboles y Odio.

La hembra, que respondía al nombre de Odio, parecía amable. Y su olor era el menos fuerte. ¿La habría llamado así su madre porque odiaba a su propia hija?

—Y ahora en serio, ¿tú cómo te llamas? —quiso saber el líder de la manada.

Max me apartó con el morro y se plantó delante del lobo. Me quedé tan sorprendida que lo dejé hacer. Era la primera vez en mi vida que un perro olía a celos por mí. Ése era un olor que hasta el momento sólo conocía por Rayo, cuando machos de otra manada se acercaban a Canción. Me gustó el tufo que echaba Max. De repente me sentía tan deseada como mi hermana, a la que siempre había envidiado porque captaba toda la atención de los machos.

—Se llama Orquídea —contestó Max por mí, y me enfadó que volviera a intentar imponerme ese nombre.

—Yo me llamo Mancha —replicó el líder, sin mostrar si Orquídea le parecía bonito, tonto o tan sólo raro.

Y entonces fui yo la que meneó el rabo encantada.

Mientras paraba de llover, las nubes se despejaban y en el cielo aparecía un arcoíris, que en otras circunstancias habría interpretado como una señal de que Max y yo encontraríamos allí un nuevo hogar, los lobos nos condujeron hasta un bosquecillo de abetos al otro lado de la loma. Los árboles engullían más rayos de sol de lo que me hubiera gustado. Me habría encantado entrar en calor, pero ese deseo desapareció de golpe y porrazo cuando los lobos nos llevaron hasta un animal que habían matado. El cuerpo, que casi habían devorado por completo, lucía una cornamenta más espléndida que la del corzo al que había dado muerte Max. La presa era un ciervo, explicó Rabo Blanco, mostrándonos además la poca gracia que le hacía que su líder quisiera compartir con nosotros la carne que les quedaba.

Mientras Max y yo nos abalanzábamos sobre ella, Mancha —seguía pareciéndome curiosísimo que alguien se llamara como yo al principio— habló de otros tiempos, de la madre perro y el padre lobo y su pacto, y de cómo sus primogénitos, Hija de Perro e Hijo de Lobo, fundaron juntos una manada para sellar la paz entre los perros y los lobos. Y eso que Águila Roja les vaticinó que no podrían tener descendencia. Pero Hija de Perro e Hijo de Lobo no sólo se enfrentaron a sus enemigos, sino también a tan sombría profecía.

—Todos sus hijos poseían un don especial —contó Mancha, lo cual me molestó un poco, porque hacía como si yo nunca hubiese oído hablar de eso—. Los hijos podían cambiar de forma y las hijas poseían el control de las

plantas.

—¿Árboles, flores y hierba? —quiso saber Max, que ciertamente no conocía las leyendas y levantó la vista del ciervo—. ¿Qué ordenaban a las plantas?

—En la época de la gran guerra —prosiguió Mancha, que trataba a Max como si fuese una mosca a la que no valía la pena prestar atención—, los hijos se transformaron en gatos para acercarse sigilosamente a los animales liderados por Casiopea.

—¿Casiopea? —repetí sorprendida, y dejé también de comer.

El gato gordo de la ciudad me había contado que Casiopea recorría el mundo anunciando la luz dorada. Lo que no acabó de quedarme del todo claro de lo que el gordo del balcón había mencionado era si ya vivía en tiempos remotos.

—¿Casiopea renace una y otra vez? —le pregunté a Mancha.

—¿Que si renace? ¿Qué significa eso?

¿Se lo contaba? Pensaría que estaba loca.

—Casiopea es inmortal —siguió contando el líder de la manada—, y vaga por el mundo desde que los nietos del padre lobo, transformados en gatos, mataron a todos sus hijos y destrozaron de tal modo a Casiopea que ya no pudo volver a ser madre.

En ese momento sentí pena por un gato por primera vez. No sólo por los hijos que Casiopea perdió y por los que no tendría, sino porque no podía morir, nunca podría olvidar el horror que había vivido.

—La perrita huele a compasión —resopló Rabo Blanco, señalándome—. Le gustan los gatos.

—La madre perro también se compadeció de Casiopea —lo reprendió Mancha, sin gruñir, y ello bastó para hacer callar a Rabo Blanco—. Por esa razón ordenó a sus nietos que le perdonaran la vida. Pero el padre lobo no quería que sus actos quedaran impunes, por los muchos lobos y perros a los que había matado, y por eso dejó que bebiera del manantial de la hiedra insípida, cuya agua le otorgó la vida eterna.

—¿Por qué no bebieron de él todos los perros y los lobos? —intervino Max—. Así no morirían nunca.

Al parecer, la pregunta asqueó de tal forma a Mancha que por fin se fijó en Max:

—La muerte forma parte de la vida.

—Pero habrían podido librarse de ella —objetó Max.

—Sin muerte no hay vida —aseveró Mancha con brusquedad—. Retrasarla todo lo posible es lo que da sentido a nuestra existencia. Por ella cazamos, por ella tenemos hijos, por ella amamos la vida.

—Y por eso —tomó la palabra, por vez primera, la hembra llamada Odio — amamos también la muerte.

Su voz no era tan grave como la de los otros lobos, y en ella no había odio, sino amor, pero a la muerte. ¿Cómo podía amar alguien la muerte?

Me estremecí y dije:

—Tengo que beber.

Y eché a andar hacia un charco especialmente hondo.

—De esa agua no —advirtió Mancha.

Por un instante confié en que contuviese esa hiedra insípida que confería la inmortalidad. Si Max bebía de ella, ya no podría morir, y yo no tendría que llorar por él. Y si también bebía yo, él tampoco tendría que llorar por mí. Sin embargo, se me ocurrió de pronto que quizá no quisiera hacerlo. ¿Cómo, si no, habría podido prometerme con tanta ligereza que moriría después que yo? Sólo podía haber hecho esa promesa si creía que podría aguantar el dolor. ¿Acaso no me amaba tanto como yo a él?

—No bebas esa porquería embarrada —aconsejó Mancha—, os llevaremos a un manantial de agua fresca.

De manera que el agua del charco era normal y corriente. Qué tonta había sido al pensar que podría preservarnos de morir.

Los lobos echaron a andar. Yo iba a seguirlos, pero Max se disponía a beber del charco. Le di un empujoncito con el morro.

—¿Qué pasa? —gruñó.

—Ofenderás a los lobos.

—Me da lo mismo.

—Pero a mí no. Nos han ayudado.

—Cuando hayamos bebido, nos iremos —afirmó Max.

Eso no me gustó. Yo no quería dejar aún la manada.

—No nos vendrá mal quedarnos con ellos para descansar.

—Nos iremos —insistió Max, gruñendo un poco más.

Estaba a punto de ladrarle —pero ¿qué se había creído, que ahora iba a ser él el que decidiera?— cuando Mancha, que ya estaba a veinte perros de distancia con los otros lobos, preguntó:

—Y ¿dónde viven tus amos?

Su voz dejaba traslucir desprecio. Lo olí perfectamente.

—En una ciudad en las montañas —respondió Max, resistiendo el tono desairado.

—Pues moriréis por el camino.

—¿Por qué? —inquirí.

—Nevará antes de que lleguéis a la ciudad. Y entonces moriréis congelados.

—No puedes saber eso —le gruñó Max.

Pero Mancha, que ya no le prestaba atención, me preguntó:

—¿Tú quieres beber o no?

—Quedémonos un día con ellos para coger fuerzas —le pedí en voz muy baja a Max, para que no lo oyera Mancha.

No dijo nada.

—Por favor, sólo un día.

A Max no le gustaba la idea, me daba perfecta cuenta, pero un poco de descanso también le iría bien a él. Y al final cedió. Sin decir ni pío, siguió a los lobos, y yo a él. Tras una corta caminata por el húmedo suelo del bosque llegamos a una cascada susurrante. Desde una altura de más de cincuenta perros se precipitaba entre rocas en un lago de agua clara del que bebimos. El agua era tan fresca y el sol calentaba tanto y con tanta alegría que yo no quería marcharme. Pensaba en eso. Pero entonces volvieron los sueños.

*Anatjari está muerto, a nuestro lado. La sangre que le sale del cuello y el vientre se seca apenas toca la arena del desierto.*

*Jedda sostiene la lanza de Anatjari en la mano. Su odio quema más que el sol, huele peor que la carne abierta de Anatjari, sobre la que ya vuelan las primeras moscas. Djalú está frente a ella, su morro —al igual que el mío— rojo de la sangre de Anatjari.*

*¿Lo hemos matado?*

*Debe de ser eso. ¿Quién, si no, podría haberle destrozado así el cuello? Por eso nos odia tanto Jedda. Y por eso levanta la lanza y apunta con ella a Djalú.*

*—¡Corre! —le ladro sin moverme del sitio.*

*—No nos hará nada. —Djalú es un bobo confiado—. No nos hará nada.*

*—¡Vete! —le vuelvo a ladrar.*

*—Sabe por qué lo hemos hecho.*

*Jedda levanta el brazo que sostiene la lanza...*

*—¡Corre!*

*Y grita para dar rienda suelta al odio que siente...*

*—¡QUE CORRAS!*

*Y le clava la lanza a Djalú.*

*Éste cae al suelo en el acto.*

*Sin decir nada.*

*Sin despedirse.*

*Sin que llegue a ver a sus hijos.  
Y yo me pongo a aullar al sol.*

Abrí el ojo, pero no conseguía orientarme. Seguía viendo el sol del desierto. ¿Por qué había vuelto a soñar? No había soñado desde que Max y yo dormíamos juntos.

¡Max!

Ya no lo sentía a mi lado. ¡No estaba conmigo!

Me obligué a mirar a mi alrededor, olisqueé, agucé el oído y lo confirmé: seguía tumbada debajo del abeto donde nos habíamos quedado dormidos. A mi alrededor dormitaban algunos de los lobos: Mataciervos, Patonas, Aullaárboles y Odio. Pero no olía a Max, ni tampoco a Mancha y a Rabo Blanco. El corazón se me encogió: ¿se habrían llevado esos dos a Max para matarlo?

Un montón de imágenes pasó por mi cabeza: Max mordido en el cuello por los dos lobos; Max apaleado por la pequeña humana con el trozo de madera; Max en la perrera, la ceniza, la ceniza, la ceniza, la ceniza... Djalú con la lanza clavada en el cuerpo. ¡Djalú con la puñetera lanza clavada en el cuerpo!

Me puse a aullar, y no me di cuenta de que a mi alrededor los lobos despertaban y se unían a mí. A todas luces pensaban que había percibido un peligro, y no dejaron de aullar hasta que comprendieron que no se cernía ninguna amenaza sobre ellos. Empecé a gimotear, sin percatarme de que Rabo Blanco, Mancha y Max volvían. Max contaba desde lejos a los otros lobos que, al levantarse, el olfato le había dicho que había ciervos cerca. En un principio, Rabo Blanco y Mancha no lo creyeron, continuó éste, pero después se fueron con el perro negro y confirmaron que era verdad. No muy lejos de donde nos encontrábamos pastaban ciervos.

—Por lo visto, el perro tiene mejor olfato que el lobo —decía Mancha cuando por fin llegaron a mi abeto—. Podría ser valioso para la manada.

Yo continuaba muerta de miedo. Había salvado a Max de la pequeña humana, de la ceniza, la maldita ceniza. Pero no podría salvarlo siempre.

Moriría en algún momento. Sin muerte no había vida. Y la vida, la vida estaba tan...

—Orquídea —dijo Max.

La vida estaba tan...

—Orquídea —repitió.

... estaba tan llena de muerte.

Ningún perro, ningún lobo, ningún animal podía saber cuándo le sobrevendría. Ni siquiera Djalú, que había estado a punto de ser padre. Nadie podía prometerle a otro que viviría más. El que hacía algo así era un mentiroso. Un mentiroso que no lo quería a uno como ese uno a él, de lo contrario nunca, jamás, podría prometer eso. ¡Un mentiroso como Max!

—¡Orquídea! —me gritó Max.

—¡Déjame! —ladré.

Los lobos probablemente no supieran qué pensar de mi actitud. ¿Por qué no me tranquilizaba y me alegraba con la perspectiva de cazar ciervos? Mientras Rabo Blanco resoplaba con desdén y Patonas olisqueaba por si acechaba algún peligro, Mancha preguntó:

—¿Qué le pasa?

Posiblemente le preocupase que estuviera enferma y pudiera contagiar a la manada. Pero sin hacerle el menor caso, seguí ladrándole a Max:

—¡Me has mentido!

—¿Cómo dices? —Max me miraba sin entender nada.

—No tendrías que haberme prometido que te morirás después que yo.

—Orquídea... —Se acercó y me dio un empujoncito con el morro.

—¡No me llamo Orquídea! —le espeté, apartándolo.

—Cicatriz...

—No sé quién soy —repuse desesperada.

¿Inala, Aymee, Freya, Cicatriz, Orquídea?

—Pero yo sí que lo sé —afirmó él.

—¿Es que quieres ponerme otro nombre? —inquirí, soltando un gallo.

—No, no quiero ponerte otro nombre.

—¿No?

—Porque sé quién eres.

Yo no lo sabía.

—Eres la perrita a la que amo.

Ahora Max olía a vida. Tanto, que con su olor anulaba el fuerte olor de los lobos, aunque la manada estaba cerca de nosotros, como embobada con lo que estaba pasando. Los ojos de Max brillaban como el mar cuando bailotean en él los rayos del sol. Y yo..., yo no podía soportar más su amor, por miedo de perderlo. ¿Qué tiene de bueno el amor si inspira tanto miedo?

—¡Mentiroso!

—No miento.

—No me quieres como en las otras vidas.

—Si dices eso, es que no me conoces.

—¡Vete con tu pequeña humana!

—¿Cómo?

—Que te vayas con tu pequeña humana, que es lo que quieres.

—Pero contigo. Sólo contigo.

—¡Yo me quedo aquí!

—Eso es —ladro Mancha—, quédate, pequeña madre perro.

—Cicatriz, nosotros estamos juntos. —Ahora era Max el que trataba al lobo líder como si fuese una mosca.

—No, éste es mi sitio —repliqué—. Me lo dijo Pluma Azul: «Tu sitio no está con los humanos, sino en los bosques, con los lobos».

—Nos queremos.

—Yo no te quiero —mentí, para echarlo de mi lado.

—Sólo tienes miedo a la muerte.

Mi Max me conocía muy bien.

—¡No te quiero! —repetí.

—No debes tenerle miedo, estoy contigo.

—¡Pero no lo estarás siempre!

Y le mordí en la pata para que se largara.

No aulló de dolor.

Le mordí de nuevo. Con más fuerza, clavándole más los dientes, y su sangre me dejó un sabor metálico en la lengua.

Max siguió donde estaba, sin aullar, aguantando el dolor. Debía hacerle

más daño para que se fuera de una vez por todas.

—¡No podrás darme hijos!

Los lobos movían el rabo encantados.

Max no dijo nada.

—¡Eres un patético lisiado!

Los lobos movían el rabo más encantados aún. Mancha incluso resoplaba de alegría.

Max continuaba callado.

Mancha se plantó delante de él.

—Ya has oído lo que ha dicho, ¡lisiado!

Max jamás habría podido vencer a ese lobo, y aunque hubiera sido así, allí había cinco lobos más, que arañaban el suelo con las patas y gruñían con fuerza, sobre todo Rabo Blanco. Y, sin embargo, Max siguió haciendo caso omiso del líder de la manada.

—Lárgate —ordenó Mancha—. Antes de que te muerda el cuello.

En ese momento temí que Max pudiera morir ante mis ojos, pero no dije nada. Max también se dio cuenta de que le estaba suplicando con todo mi ser que se fuera.

—Si es lo que quieres...

—Es lo que quiero —afirmé con voz temblorosa.

—En ese caso, iré despacio para que puedas alcanzarme.

—No te seguiré.

—Iré despacio de todas formas.

Dio media vuelta y se alejó. No lo miré, preferí olisquear el tronco del árbol, cuya madera húmeda anunciaba que se aproximaba el invierno, y me vino a la cabeza el desierto. Si Inala no hubiese amado a Djalú, no habría sufrido. Ni ella ni yo.

Los lobos me llevaban a cazar a diario con ellos. El quinto día, en un claro que el sol otoñal bañaba en una luz dorada, descubrimos un ciervo tan soberbio que por primera vez dejé de pensar en Max. Había echado tanto de menos su cercanía como me había temido.

El animal era precioso, y me pregunté seriamente por qué no dominaban el mundo los ciervos en lugar de los humanos. Después de matarlo y comer hasta saciarnos, Mancha contó —como cada día— historias de otros tiempos. Siempre se entusiasmaba especialmente cuando hablaba de los primogénitos del padre lobo y la madre perro, que estaban juntos. Mancha sólo dejó de hablar cuando el sol empezó a ponerse lentamente y encontramos un sitio donde pasar la noche bajo un saliente rocoso. Mientras el líder de la manada iba a un árbol a aliviarse, Rabo Blanco me susurró:

—Le encantan las historias de días pasados, pero yo escribiré unas nuevas.

Su aliento me dio con fuerza en el morro. La manada no estaba conforme con que Mancha me hubiese acogido.

Odio menos que nadie, y como era incapaz de odiar, sólo estaba triste por no ser su elegida.

—Quiere tener hijos contigo —me dijo—. Como los primogénitos, aunque la profecía de Águila Roja les advirtió que no lo hiciesen.

En circunstancias normales, sus palabras me habrían parecido ridículas, pero el lobo líder olía a vida cada vez que hablaba de la unión de los

primogénitos. No como Max, cuyo olor a vida era el olor del amor. No, Mancha olía al deseo de engendrar vida.

Yo podría tener hijos.

Con un lobo que sería capaz de protegerlos de todos los peligros. Y que, cuando muriese, no me partiría el corazón, porque no lo amaba. Era más de lo que habría podido soñar en el vertedero.

Con ese pensamiento me quedé dormida, y soñé con el día que perdí a mi hermana.

*Anatjari baja la colina de arena dando traspiés. Le sale sangre del vientre, y nosotros percibimos el olor de sus entrañas. Si fuese un canguro, nos abalanzaríamos sobre él para apaciguar el hambre. Pero no lo hacemos. Anatjari forma parte de nuestra manada.*

Desde la cama que ocupaba en la unidad de cuidados intensivos, el vínculo que me unía a la perrita me permitió sentir que estaba soñando con el día en que empezó todo. De manera que también yo, que aún deliraba por la fiebre, me vi obligada a acordarme: un miembro de la tribu cuyo tótem era la serpiente rajó a Anatjari con un bifaz cuando se acercaba al agua del clan hostil. Con las últimas fuerzas que le quedaban, logró volver a duras penas con nosotros para advertirnos de la presencia de los enemigos. De aquello hacía ya diez mil años, pero yo seguía oyendo sus gritos. Los oía cada día. En cada vida.

*Anatjari se desploma en la duna. Jedda llama al chamán, y los perros subimos la duna corriendo. Djalú olisquea a Anatjari y huele lo que yo huelo: que la muerte se acerca. Nuestro hermano va a morir. No inmediatamente, pero a más tardar en el calor del sol de mediodía.*

El chamán. Un viejo ridículo, como todos los que se hacen llamar sabios. Nadie permanece lo bastante en el mundo para ser realmente sabio. Ni siquiera lo era yo, que podía recordar cada reencarnación. De haber sido sabia, no estaría tendida en el hospital con la cara

mordida y medio cuerpo quemado. El oso, al que herí de muerte cuando le disparé, se desplomó a escasos metros de mí, y ver su cadáver insufló ganas de vivir a mi cuerpo. Me levanté, atravesé el bosque en llamas como buenamente pude y, cuando salvé la loma, caí al suelo. Antes de quedarme inconsciente noté que la lluvia caía sobre mi maltratado cuerpo. Lo siguiente de lo que me acordaba era que desperté en la unidad de cuidados intensivos y que un médico increíblemente joven me contó que había tenido suerte de que los equipos de salvamento me hubieran encontrado. Pero debería tener mucha paciencia hasta que se me curaran las heridas. Una paciencia que yo no tenía.

*Los gritos de Anatjari llenan todo el desierto. Sólo Djalú y yo estamos a su lado. Jedda quiere convencer al chamán de que lo ayude, pero el viejo sólo quiere ayudarse a sí mismo y huye con el resto de la manada para escapar de la tribu del tótem de la serpiente.*

*—No os vayáis —pide Jedda.*

*Nadie le hace caso, salvo nosotros.*

*—¡No os vayáis!*

*Va detrás de los otros humanos y les gruñe, primero con palabras, después sólo con sonidos. La manada ha abandonado a Anatjari. Y Jedda se echa a llorar. Esa mujer fuerte, mi hermana, llora. Bajo la duna para estar con ella y le lamo la mano. Pero no puedo consolarla, por mucho que me esfuerce. Sus lágrimas caen y, como no sé qué hacer, regreso con Djalú y Anatjari.*

Nunca después volví a sentir tanto miedo como en aquellos momentos. Ni en el invierno de la gran hambruna ni en la hoguera, ni siquiera en el campo de concentración.

*—Nuestro hermano sufrirá durante mucho tiempo —dice Djalú en voz baja.*

*—Y gritará —constato.*

*—Primero a pleno pulmón, después menos, porque no tendrá fuerzas.*

*—Pero el dolor será igual de grande.*

Miré a los perros: estaban con Anatjari. Le eran leales. Y, por tanto, también me eran leales a mí. Eso pensé entonces.

*—Debemos liberarlo —afirma Djalú.*

*—¿Liberarlo?*

*No entiendo.*

*—Para que no sufra.*

*Sigo sin entender.*

*Djalú se inclina sobre Anatjari.*

Y el perro le mordió.

*En el cuello.*

Anatjari gritó con más fuerza que antes.

*Hasta que sólo resollaba.*

Aullé como un animal.

*Djalú mira a Jedda. Se siente culpable. Ahora que ve lo que le ha hecho, es incapaz de morder de nuevo a Anatjari. Pero éste todavía no ha muerto, tendrá que seguir sufriendo, a no ser que..., sí, a no ser que yo...*

Inala también le muerde.

*La vida abandona a Anatjari. Lo he liberado. Su sangre me baja por la garganta. La vomito. Estamos hambrientos, su carne podría alimentarnos. Pero no lo hemos matado para comérmolo. Sino por amor.*

Los perros demostraron cuál era su verdadera naturaleza.

*Hay muchas clases de amor. Por tanto, también debería haber distintas palabras para expresarlo, no sólo ésa. Una palabra para expresar el amor a la naturaleza. Una palabra para expresar el amor a la madre. Una para el que se profesa a la hermana. Una para el amor que nos hace sufrir. Una para el que hace que demos saltos de alegría. Una para el amor que ayuda a morir a alguien.*

Sentí un dolor en el bajo vientre.

*Jedda se dobla por la mitad.*

No sabía por qué gritaba más: si por Anatjari o por el dolor en el vientre.

*Pese a sus gritos, siento que en el vientre de Jedda el corazón del cachorro late más despacio. Más y más despacio.*

Perdí al hijo que esperábamos.

*Su alma no puede ir al mundo intermedio.*

La pequeña alma se había perdido para siempre.

*Pierdo a mi hermana.*

El odio que me inspiraban los perros pasó a ser inconmensurable.

*No me atrevo a ir con Jedda, que se retuerce de dolor en la arena. Djalú tampoco se mueve. De modo que nos quedamos con Anatjari. Nos da igual no oler ya a nuestra manada, tampoco nos importa la tribu del tótem de la serpiente, a la que no acompaña ningún perro. Al cabo de un rato, Jedda deja de retorcerse, se levanta con dificultad y viene hacia nosotros. Con el bajo vientre sangrando y con odio en los ojos. Se detiene al llegar donde estamos y coge la lanza de Anatjari. Mi instinto me dice que corra, pero, a fin de cuentas, es nuestra hermana. Djalú se pone delante de ella. Yo quiero que salga corriendo, pero dice que Jedda no nos hará nada. Es un bobo confiado, un bobo muy bobo. Le digo que corra, y se lo vuelvo a decir, y luego otra vez, y otra y... entonces la lanza lo atraviesa.*

Inala se puso a aullar al sol del desierto. Sin sacarle la lanza a Djalú, cogí mi bifaz, me abalancé hacia ella y la agarré por el cuello. La perrita no se resistió. Primero le clavé el bifaz en un ojo y luego en el otro.

*Estoy ciega. Suplico, pero no por mi vida, sino por la de mis cachorros: «No, por favor. No, por favor». Pero Jedda me clava el bifaz en el vientre.*

Otra vez.

Y una y otra vez.

*Lo último que huelo en esta vida es el odio de Jedda, que no disminuye.*

Después me desplomé en la arena y esperé la llegada de la luz dorada.

*Y de pronto veo la luz dorada.*

—Deja de aullar —oí decir a Rabo Blanco—. ¡Para de una vez!

Abrí el ojo y vi justo delante su morro.

Si no me callaba en el acto, posiblemente me mordería. Pero continué aullando, porque ahora sabía lo que era la luz dorada. Asustaba. Y era preciosa. Y me heló la sangre.

También aullaba por Djalú, por mis cachorros, pero sobre todo por Jedda. Había sentido su presencia en mi sueño. Seguía viva. Lo que significaba que yo corría peligro.

¡Max corría peligro!

En ese instante comprendí que no podría escapar del dolor que me causaría su muerte si no estaba con él. Prefería estar con Max que tener que sentir su final desde la distancia. Prefería disfrutar de cada segundo hasta que sucediera lo inevitable que vivir una vida sin amor por miedo.

—Déjala en paz —ordenó Mancha.

Rabo Blanco gruñó, pero no atrevió a enfrentarse a su líder. Se hizo a un lado, y Mancha me olisqueó.

—Te has hecho pis de miedo.

Apeataba, pero no me avergonzaba por ello. Antes, cuando estaba con mi manada en el vertedero, me habría resultado embarazoso, pero ahora me daba lo mismo. Pluma Azul se había equivocado: mi sitio no estaba con los lobos. Yo sólo estaba unida a Max. Y a Jedda. Para siempre.

—Si no dejas de comportarte así, te expulsaremos —me advirtió Mancha

con severidad.

Pero yo no estaba dispuesta a dejarme intimidar. Me levanté y dije, lo más dignamente que pude teniendo en cuenta que era una perrita que se había orinado de miedo:

—Me iré yo encantada.

Rabo Blanco y Odio menearon el rabo alegremente. Daba la impresión de que Odio era incapaz de parar. Probablemente quisiera ser la única hembra en la vida de Mancha, tanto si él la amaba como si no. Sin embargo, la amenaza del líder a todas luces no iba en serio.

—Te puedes quedar, pero debes comportarte —matizó.

—No puedo comportarme, soy como soy —contesté, pues quería ponerle fácil que me dejara marchar.

—Los perros y los lobos pueden convivir. Los primogénitos incluso tuvieron hijos juntos.

—Eso sólo son historias —repuse.

Para entonces ya había averiguado la verdad sobre los tiempos antiguos.

—¿Se puede saber qué dices?

—La madre perro y el padre lobo no existieron. Ni tampoco sus primogénitos y los hijos de éstos. La vida real es otra cosa.

—Y dime, ¿cómo es? —resopló con desdén Mancha.

—Para ti y los tuyos es vivir en este bosque. Matar animales. El pacto de la manada. El derecho del más fuerte. Para mí, es amar hasta la muerte y más allá.

—No lo entiendo —dijo Mancha, y comenzó a rascar el follaje del suelo.

De pronto parecía débil. Mucho más débil que yo. Porque su mundo era tan pequeño que sólo podía ensancharlo con historias inventadas e incluso quería emularlas. Yo, en cambio, era más fuerte que nunca, porque por fin estaba dispuesta a enfrentarme a la muerte. Y, por tanto, a la vida.

Mancha me ladró que moriría si iba a las montañas con el otro perro loco, pero no me detuvo. Probablemente incluso se sintiera tan aliviado de que me fuese como Rabo Blanco y Odio. Y es que, si me hubiese quedado, al final habría dejado de creer en aquellos tiempos gloriosos por mi culpa.

Fui en pos de las huellas de Max, que había señalado el camino con claridad para que pudiera encontrarlo sin problema. Estaba seguro de que lo seguiría. Y mientras subía por las boscosas montañas me pregunté si Max y yo seríamos los únicos cuyo amor era más fuerte que el olvido. Pero no podía ser. El mundo debía de estar lleno de criaturas que quizá no pudieran acordarse de lo que había sucedido en sus vidas pasadas, pero sí instintivamente de lo que sentían por el otro. Humanos. Perros. ¿Gatos, incluso? Qué bonito debía de ser reencontrarse en cada vida sin que a uno lo atormentaran los malos recuerdos o lo persiguiera el odio.

Aunque Max me llevaba seis días de ventaja, tardé sólo dos en reunirme con él. Estaba sentado en una loma, en la hierba, contemplando las montañas.

—La montaña del centro, ahí está la ciudad de mis amos —observó sin volverse hacia mí.

Me senté a su lado y juntos contemplamos las cumbres de las montañas, que se veían blancas y sublimes bajo el sol.

—¿Eso es nieve? —quise saber.

—Sí.

—Debe de haber muchísima.

—Tanta que te puedes hundir en ella —explicó Max.

—No has avanzado mucho —constaté.

—Porque te estaba esperando —aseguró, y por fin volvió la cabeza hacia mí.

—Pero no sabías que te iba a seguir.

—Claro que sí.

Inclinó la cabeza un poco hacia mí. Sobre nosotros, en el cielo azul, un pájaro volaba hacia el sur. Era blanco, y tenía la punta de las grandes alas negra.

—Jedda está viva —dije con voz queda.

—¿Has vuelto a soñar?

—Sí, y al hacerlo la sentí.

—¿Qué soñaste?

—Que sí que matamos al humano al que amaba.

—¿Por odio?

—Por compasión.

—Ahora somos distintos.

—Pero ella no. Estamos predestinados a que nos persiga —aseveré.

—¿Y nos mate?

—Y nos mate.

—Puede ser... —replicó Max.

—Lo es.

—Pero podemos vencer al destino. —Max se mantenía en sus trece—. Ahora nos amamos porque albergamos ese sentimiento, no porque sea nuestro destino. Y si el destino no nos puede dictar el amor, menos aún podrá dictarnos la muerte.

—Entonces ¿somos libres?

—Somos libres.

Sin decir más, permanecemos un rato como estábamos. Después nos oímos —primero Max a mí y después yo a él— y aspiramos el olor del amor del otro. Buscamos intimidad y, ante esas montañas que resplandecían bajo el sol, intentamos que se obrara un milagro.

La nieve fue toda una sensación. Empezó a nevar cuando subíamos la primera montaña por una carretera que serpenteaba. Los humanos que iban en los coches que nos adelantaban de cuando en cuando no nos hacían el menor caso. Los copos eran mucho más grandes que los que yo había visto en el vertedero, y también más densos. Enseguida se asentaron en nuestro pelo como si de una manta se tratase y nos lo empaparon. Poco a poco nos iba costando más subir por la carretera, que cada vez era más empinada. Mucho antes de que cayese la noche, yo ya estaba tan cansada que quería echarme a dormir. Me daba igual dónde: en una cueva, en una mata, lo principal era que no me cayese más nieve encima.

—Esta nieve es como la del bosque en el que murieron Freya y Balder — comentó Max.

—¿Habríamos muerto de frío si no hubiese llegado el humano cuervo?

Max no respondió, era evidente que no quería meterme miedo.

—Esperas que yo no mienta, pero luego tú... —me quejé.

—Yo no miento. Es sólo que no digo nada.

—Eso es como mentir.

—Solamente quiero protegerte.

Sus palabras me apaciguaron, pero al mismo tiempo mi miedo aumentó:

—¿Porque Freya y Balder habrían muerto de frío?

—Sí.

—¿Y nos pasará lo mismo a nosotros si sigue nevando así?

—Sólo si no llegamos pronto a casa de Lilly.

—¿Y crees que lo conseguiremos?

—Lo espero con toda mi alma —repuso Max, y continuamos avanzando a duras penas, perro a perro.

Los escasos coches que aún nos adelantaban iban cada vez más despacio, la densa nieve hacía que los humanos fuesen más cuidadosos. Los copos nos daban en la cara cada vez con más fuerza, y el frío me atenazaba las patas de tal modo que casi deseé que no tardaran en entumecerse. Tenía claro que ni los árboles ni las matas bastarían para protegernos del viento glacial. Durante un instante de locura esperé que pudiésemos refugiarnos en uno de los coches que pasaban. Las patas empezaron a temblarme de cansancio. Max iba perdiendo la esperanza, yo lo olía a pesar de la fuerte ventisca. Pronto nos abandonaría a los dos.

Pluma Azul nos había advertido del peligro de la nieve, por eso nos metía prisa constantemente. Pero yo había desperdiciado unos días valiosos viviendo con los lobos. Así que, si moríamos en ese sitio, la culpa sería mía.

Algo revoloteó encima de nosotros. En un principio me pareció Pluma Azul, pero eso era imposible. Pese a todo, confié en que nos indicase cómo salir de la tormenta. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que sólo era un palo volando por el aire. Aterrizó en la pendiente, junto a la carretera. Coronando la colina había una construcción que, debido a la ventisca, se veía borrosa. ¿Era una casa de humanos? ¿De madera oscura?

Me detuve.

—No podemos parar —apuntó Max, jadeando.

—¿Vive ahí tu Lilly?

Ahora él también se paró y siguió esperanzado mi mirada, pero después contestó abatido:

—No.

—Vamos de todas formas.

Me daba igual qué humanos vivieran en ella, aunque no fuesen tan buenos con los perros como la tal Lilly. Necesitábamos un lugar donde guarecernos si no queríamos morir esa noche. Antes de que Max pudiera decir algo, comencé a subir la ladera. Para entonces la fría nieve me quemaba

literalmente las patas. Max me dio alcance y comentó:

—Es un aprisco.

—¿Qué es un aprisco?

—Donde los humanos guardan a sus animales.

—¿Como en las cajas con barrotes?

La sola idea hizo que frenara en seco de miedo a unos diez perros de distancia de la casa.

—No, ahí viven otros animales: vacas, caballos... —replicó Max cuando regresó a donde yo estaba.

—¿Los matan ahí dentro los humanos?

—Creo que a los caballos no los matan, y a las vacas al menos no en los apriscos.

¿Por qué trataban los humanos de manera tan distinta a sus animales? No lo entendía. En lugar de seguir dándole vueltas al asunto, intenté oler si en la construcción de madera había animales, pero con la tormenta de nieve no me llegaba olor alguno de ese sitio, ni siquiera de humanos.

Continué avanzando con tiento hacia el aprisco, cuyo tejado estaba cubierto de nieve y entre cuya madera oscura y mojada distinguí agujeritos por los que silbaba el viento.

Max y yo fuimos hacia la puerta, que estaba entreabierta. Metí el morro por ella y la empujé, de forma que la puerta se abrió más y pudimos entrar en el aprisco. Nada más dar los primeros pasos me sentí aliviada: aunque el suelo se notaba húmedo por el frío que hacía, no estaba cubierto de nieve, y por los agujeros que se abrían en la madera no entraba mucho viento. Pero, sobre todo, allí no había ni animales ni humanos. Podríamos pasar la noche. Me sacudí para quitarme la mayor cantidad de nieve posible y fui hasta un montón de paja seca que había en un rincón protegido del viento. Me tumbé allí, sólo quería dormir. Durante días. Aunque Pluma Azul jamás habría aprobado algo parecido, porque de ese modo perdíamos un tiempo valioso. Pero como de todas formas era demasiado tarde para escapar del invierno en las montañas, bien podíamos descansar.

Max se tendió a mi lado en la paja. Nos pegamos el uno al otro —para entonces ya era algo de lo más natural para nosotros— y no tardamos en

quedarnos dormidos, demasiado cansados para cantar una canción antes.

Cuando me desperté todavía era de noche. La ventisca había cesado. De pronto Pluma Azul se posó en la paja, delante de mí.

—¿Pluma Azul? —pregunté sin dar crédito.

—¿Conoces a otro pájaro que tenga ganas de ocuparse de dos perros bobos?

Por el amor de la madre perro, ¡era ella!

Apenas podía ver a mi amiga en el oscuro aprisco, pero el trino era claramente el suyo. Y olía su sangre: reciente, como si aún tuviese abiertas las heridas del cuerpo. Miré a Max desconcertada, pero dormía, así que no había oído, olido ni visto a Pluma Azul.

—Os advertí que no perdiérais el tiempo.

—Es verdad —admití apocada.

—Mira que sois tontos los dos —gorjeó con amabilidad, casi con cariño.

Ahora entreví los huesecillos que le salían del cuerpo. ¿Cómo había logrado sobrevivir? ¿Seguirnos? ¿Con esas heridas?

—¿Te quedarás con nosotros? —le pregunté.

—No puedo.

—Pero eres mi amiga.

—¿Lo soy?

—¡Claro!

—Si tú lo dices...

—¿Es que yo no soy tu amiga?

Tuve miedo de que el pajarillo no quisiera nuestra amistad.

—¿Por qué no ibas a serlo?

—Porque no te hice caso.

—No siempre es buena idea hacerme caso —comentó con tristeza Pluma Azul—, pregúntales a mis quince hermanos.

Me habría gustado hacer algo para que no estuviese triste, pero, por un lado, no sabía cómo hacerlo, y por otro, tenía remordimientos de conciencia.

—Y porque no pude protegerte de tu bandada —musité.

—Y ¿cómo ibas a hacerlo? ¿Acaso puedes volar?

—No, no puedo. Pero tendría que haberte protegido de la humana.

—¿Habrías podido intuir que la mujer quería estrujarme?

—¡Tendría que haberlo hecho!

—Pero ¿habrías podido preverlo?

No lo sabía, y miré de nuevo a Max. ¿Por qué no se despertaba con los trinos?

—Si no sabes la respuesta —contestó el pájaro—, te ayudaré: no habrías podido sospecharlo.

Pluma Azul me perdonaba. Y aunque tendría que haberme alegrado por ello, estaba demasiado confundida.

—¿Cómo es que continúas con vida? —quise saber—. Vi cómo morías.

—Muy sencillo: no podía morirme del todo aún. No nos despedimos. Y eso es algo que debemos arreglar.

—¿Cómo que despedirnos? No puedes volver a irte. ¡Quédate conmigo! Eres mi amiga.

—Encontrarás a una mejor.

—¿A una mejor? Tú eres la única amiga que he tenido en mi vida. Ni siquiera era amiga de mi hermana.

—Confía en mí, encontrarás a una mejor —repitió Pluma Azul.

—Eso es imposible —objeté.

—¿Por qué?

—Eres una amiga que...

Me paré a buscar las palabras, lo que más me gustaba del pajarillo.

—¿Que...?

—Que... que sabe perdonar.

—Para eso están las amigas.

Intenté aspirar su olor. No me importaba que estuviese mezclado con sangre. Quería sentir cerca a Pluma Azul. Pero apenas cogí aire con fuerza, me entró la tos.

—¿La ceniza? —quiso saber ella.

Seguí tosiendo.

—No está en tus pulmones —afirmó amablemente el pajarillo—. Está en tu corazón.

Me calmé un tanto con los dulces trinos de Pluma Azul.

—Cicatriz, tienes que librarte de la ceniza definitivamente.

—¿Y cómo lo hago? —pregunté, y en el acto empecé a toser de nuevo.

—Admitiendo lo que acabas de admitir sobre mi muerte.

Traté de entender lo que me decía.

—¿Que no tengo la culpa?

—Que no habrías podido salvar a los perros de las jaulas.

—Pero tú no te has perdonado por lo que les pasó a tus hermanos — objeté.

—Tomé una decisión equivocada. Conduje a mi bandada a la muerte. Tú tomaste buenas decisiones. Si te hubieses quedado con los perros de las jaulas, Max y tú habrías muerto también. Inútilmente. Así que le salvaste la vida. Yo, en cambio, cometí un error.

—Pero no puedo perdonarme haberlos abandonado.

—Claro que puedes.

—¿Cómo?

—Queriéndote a ti misma.

—¿Queriéndome?

No lo entendía.

—No puedo quedarme más tiempo contigo, Cicatriz. Que te vaya bien.

Pluma Azul gorjeó por última vez y se desvaneció en el aire. Yo me quedé mirando la oscuridad y traté de conservar su olor, pero también desapareció.

Quererme a mí misma. ¿De verdad era ésa la clave para expulsar la ceniza de mi corazón?

Cerré los ojos y me propuse creer a Pluma Azul. Que no tenía la culpa de

que ella hubiese muerto ni tampoco de que hubieran matado a los perros de las jaulas. No habría podido hacer nada por esos pobres. No quería seguir atormentándome con estas cosas espantosas por las que ya nada podía hacer. Quería quererme a mí misma.

Cuando desperté a la mañana siguiente, respiré hondo. Y no me costó nada. ¿Habría logrado expulsar definitivamente la ceniza de mis pulmones? Me levanté de un salto mientras Max continuaba desperezándose y miré el sitio donde había estado posada Pluma Azul.

Debilitada por el frío y el agotamiento, me había quedado traspuesta y todo había sido producto de mi imaginación. Pero sin Pluma Azul jamás habría podido superar mi sentimiento de culpa. Sólo hace falta una amiga para perdonarse a una misma. Y una amiga que ha muerto seguirá viva siempre que permanezca en nuestro recuerdo.

En el aprisco hacía tanto frío que el aliento formaba nubecitas delante de mis ojos. Mientras Max se levantaba, me paré a pensar en lo que me había vaticinado Pluma Azul en mi sueño: que encontraría a una amiga mejor que ella. Eso era algo inimaginable para mí.

Max se acercó a la puerta, miró por una abertura e informó:

—Ha parado de nevar.

Estaba claro que quería continuar.

—¿Por qué no pasamos aquí el invierno? —pedí.

—¿Por qué?

—Aquí podríamos sobrevivir. Sólo saldremos del aprisco para buscar comida. Aquí estamos protegidos.

—Pero nos moriremos de frío —objetó.

—¿Por qué lo sabes?

—En invierno hace más frío aún en las montañas.

¿Más frío todavía? Era incapaz de imaginármelo.

—Sólo tenemos una alternativa... —añadió Max.

—Debemos encontrar tu casa, ¿no es así?

—Sí.

Salimos del aprisco que hacía unos instantes yo ya consideraba nuestro nuevo hogar y nos recibió la nieve, que era más espesa aún que el día anterior. Cada paso que dábamos por ese manto blanco costaba más que el anterior. Nada más dejar la ladera y pisar la carretera, paré a descansar, tragué

un poco de nieve para saciar la sed y me alegré de que el sol al menos me calentara ligeramente el pelaje. Después de que también Max bebiera, nos pusimos en marcha. Los coches de los humanos habían dejado huellas profundas en la nieve, por las que nos costaba menos caminar, aunque tuviésemos que apartarnos constantemente de las guaridas rodantes de los humanos. La carretera se volvía más y más empinada a medida que subía por la montaña. Estuvimos caminando la mañana entera, sin parar, hasta que en una curva vimos un gato muerto. Lo había atropellado un coche. Max y yo olisqueamos el cuerpo muerto: no olía bien, pero a esas alturas teníamos mucha hambre, y en esa montaña no habíamos podido matar ningún animal. Quizá eran lo bastante listos para buscarse un lugar seguro donde pasar el invierno, como tendríamos que haber hecho nosotros. Nos comimos la correosa carne juntos.

—Echo de menos la comida que me daban en casa —observó Max cuando volvimos a enfilear la carretera.

Lentamente, el cielo se fue cubriendo de nubes, hasta que el sol desapareció por completo. Y enseguida comenzó a nevar de nuevo. Primero un poco, luego cada vez más, peor que el día anterior. Y sin embargo continuamos avanzando. Congelados, tiritando, con menos fuerzas y con el pelo cada vez más lleno de nieve. En medio de la fuerte nevada traté de ver si descubría en alguna parte otro aprisco en el que pudiésemos guarecernos, pero no distinguí ninguno. Tampoco pasaban ya coches. Al parecer, la tormenta era excesiva hasta para los humanos.

Seguimos avanzando perro a perro, hasta que finalmente me detuve. Con el morro cubierto de escarcha y las patas entumecidas por el frío.

—No puedo más.

—Nos tumbaremos en esa mata —propuso Max.

Aunque yo sabía que ninguna mata, ningún árbol, ningún bosque de abetos, posiblemente ni siquiera una cueva entre peñas, podría protegernos del frío lo suficiente, lo seguí hasta el borde de la carretera con las últimas fuerzas que me quedaban. Nos tendimos bajo las ramas de una mata, de las que ya no colgaban hojas, y nos apretujamos, aunque ya no podíamos darnos calor. El gélido viento hacía que la nieve entrase incluso en la mata.

—Seguro que la tormenta para pronto —afirmó Max.

Lo dijo como si hubiese depositado la poca esperanza que le quedaba en esa frase, de manera que fui capaz de contestarle que no estaba yo muy segura de eso, y que aunque la ventisca acabase pronto, seguro que moriríamos con el frío de la noche.

Estuvimos un rato tiritando, sin decir lo que pensábamos y sentíamos, hasta que Max admitió:

—Tenemos que buscar otro sitio.

Yo ya no podía levantarme, estaba agotada.

—Orquídea..., tenemos que continuar...

Yo no quería seguir. Ni siquiera quería mantener el ojo abierto.

—¿Orquídea?

—Sólo necesito algo de tiempo para coger fuerzas —repuse en voz baja, y cerré el ojo.

—De acuerdo —contestó Max, aunque era evidente que no estaba de acuerdo y sin duda notaba que yo no estaba cogiendo fuerzas, sino que cada vez me sentía más cansada.

Escuchaba el susurro de las ramas, el silbido del viento, la respiración de Max, pero todos esos sonidos cada vez se alejaban más.

—Pégate más a mí —me propuso Max.

Su voz me parecía tan lejana que apenas era consciente de ella. Al ver que no me movía, fue él quien se arrimó, y al hacerlo dijo:

—Yo te daré calor.

Yo sólo quería dormir.

—¿Orquídea?

Durante todo el invierno.

—¿Cicatriz? —probó con el nombre que había tenido durante la mayor parte del viaje.

No pasar más frío.

—Cicatriz, ¡contéstame!

No volver a pasar frío...

—Cicatriz, ¡despierta!

Nunca más...

—Por favor.

Volar hacia las nubes...

—Lo siento. —A Max le temblaba la voz, pero no de frío, sino de miedo —. Tenías razón, debimos quedarnos en el aprisco. Por mi culpa..., por mi culpa morirás.

Por lo visto, en ese momento no se le pasó por la cabeza que también él moriría de frío, pero yo era más importante. Y él también debía ser más importante para mí que mi deseo de quedarme dormida y volar con mi alma por encima de las nubes.

Me obligué a volver al mundo, pues en él Max estaba conmigo, y abrí un poco el ojo.

Él gimió:

—No debí traerte a las montañas.

Le había prometido que no le mentiría, por lo tanto no podía decirle que no había sido un error continuar hasta aquí y que él no tenía la culpa si moríamos ahora. Pero tampoco quería que sufriera por su equivocación.

—No pasa nada —musité.

—Debí hacerte caso. Moriremos de frío en este sitio. ¡Morirás de frío aquí!

Si, en efecto, moríamos de frío en este lugar, ése no podía ser su último pensamiento. Pluma Azul me había ayudado a liberarme de la culpabilidad, así que ahora debía ser yo la que hiciera lo mismo por Max. Ser para él no sólo su amada, sino también su amiga.

—Lo siento.

—Sus gemidos pasaron a ser un aullido que lanzaba al cielo con las fuerzas que le quedaban. Me dolía verlo sufrir así. Abrí el ojo del todo y le dije:

—Sin ti ni siquiera tendría vida.

Max dejó de aullar, percibió mi olor, que el frío no había logrado disipar del todo, y preguntó:

—¿Por qué..., por qué dices eso?

—Si no hubieras ido al vertedero, me habría quedado allí para siempre. Sin haber conocido el mundo. Sin saber cómo es. Sin saber cómo soy yo. Te

doy las gracias por ello.

Max me olisqueó más aún.

—Mejor morir de frío aquí contigo que haber vivido sin ti —afirmé.

Guardó silencio un rato y después dijo:

—Te quiero, Cicatriz.

—Te quiero, Max.

Empleé todas mis fuerzas en pronunciar esa frase. Cerré el ojo. Oía los latidos de su corazón, cada vez más lejos de mí. Hasta que dejé de oírlos, y también dejé de sentir el frío y la nieve que nos sepultó.

## 59

Vi la luz dorada.

Con los dos ojos.

¡Volvía a tener dos ojos!

La luz era bonita. Cálida. Y lo iluminaba todo. Era la puerta al mundo intermedio.

*Veo pasar todas mis vidas ante mis ojos. Max y yo somos Inala y Djalú, bebemos en un manantial. Tiempo atrás, antes de que el calor lo seque y nos eche de allí.*

Los perros matan a Anatjari.

*Somos Anouk y Enui, tiramos de un trineo por la nieve. No sólo aguantamos el frío, sino que lo agradecemos.*

Ahogo a los perros en el agua helada.

*Somos Keylam y Vika, retozamos juntos a orillas del proceloso mar del Norte. La muchacha a la que tanto odia el druida viene hacia nosotros. Lleva una carne con la que nos envenenará.*

Los perros están muertos delante de mí, en el follaje del bosque de Aokigahara. Cuelgo de una cuerda: soy la primera persona que se quita la vida en ese bosque.

*Somos Yuki y Naruto.*

*Shiva y Samia.*

*Abebi y Tabo.*

Min-ho.

Leonid.

Chiara.

*Nos amamos ante la escalera de un templo.*

*En las piedras de las callejuelas.*

*En la playa.*

Los sacrifico en un altar.

Los entierro vivos en una tumba.

Los estrangulo en un sembrado soleado cerca del campo de concentración.

*En cada vida soñamos con los hijos que tendremos.*

Y yo con el hijo que no pude tener.

La luz me cegaba cada vez más, enseguida la atravesaría y estaría en el mundo intermedio. No pude evitar pensar en los gatos, que creían que después de la luz dorada llegaría su momento. Pensaban que sólo tendrían una vida mejor cuando ellos dominaran el mundo en lugar de los humanos. Y como creían que eso acabaría pasando en el futuro, no apreciaban el presente. Menudos bobos.

Max no tardaría en morir. Nos perderíamos, pues las almas volaban solas en el mundo intermedio. Pero yo no quería estar sin Max. No había vida mejor que con él.

Cerré los ojos para no seguir viendo la luz dorada, quería regresar al mundo, levantarme, sacudirme la nieve, salir de la mata con Max para encontrar un aprisco u otro refugio donde pudiéramos pasar el invierno en medio de la ventisca. Era como si la luz me atravesara los ojos, su calor ya me arrastraba al mundo intermedio. «Ven conmigo —parecía decir la luz—, ven conmigo.» Me concentré en Max. Quería sentir su calor, oler su pelo, escuchar su respiración. A toda costa. Tanto que la luz dorada palideció y, en efecto, oí algo: bum... bum... bum... Era el corazón de Max.

Su corazón latía con más y más fuerza, y la luz dorada era cada vez más débil, hasta que dio paso a la oscuridad y volví a notar el pelaje de Max a mi lado. Abrí el ojo: estaba tumbada en la nieve. Bajo la mata. Al lado de Max, que estaba prácticamente cubierto por la nieve, inconsciente, pero todavía respiraba. Quería levantarme, reuní las fuerzas que me quedaban, pero ya no tenía, ni siquiera para mantener abierto el ojo. El párpado me pesaba. Me pesaba mucho, mucho. Se cerró. Ahora, sin duda, para siempre.

Poco antes de que volviese a ver la luz dorada y perdiera definitivamente a Max, me llegó un olor a flores. Y a piel humana con cicatrices.

Hacía calor. ¿Me hallaba en la luz dorada? No, porque su calor era suave y el que yo sentía me daba con fuerza en un costado. ¿Significaba eso que ya había entrado en el mundo intermedio?

Oí crujidos. Como en el bosque. Cuando ardía. Y también olía a madera carbonizada. Presa del pánico, abrí el ojo: sólo tenía uno, así que..., así que ¿no estaba muerta?

Traté de levantarme, pero las patas no me obedecían. Era como si se hubieran convertido en palitos, incapaces ya de soportar peso. Ante mí vi unas llamas que se elevaban entre piedras que las cercaban, de manera que el fuego no constituía un peligro.

Miré a mi alrededor: había cosas que conocía del vertedero, sólo que éstas no estaban estropeadas, destrozadas o podridas. Me hallaba tumbada en una alfombra grande, cuyos colores me recordaban a las uvas. En torno a mí había muros con ventanas, por las que vi que era de noche.

Sin embargo, en la habitación en la que me encontraba había luz. Había luces por todas partes. Una se bamboleaba arriba, otra estaba en la mesa y una tercera, grande y con forma de bola, ocupaba un rincón. Los humanos eran los dueños de la luz, eso ya lo sabía antes incluso de que sospechara que también habían sometido a todos los animales y todas las plantas. De modo que estaba en una de sus construcciones. Pero ¿cómo había llegado hasta allí? Lo último que recordaba era que había percibido olor a carne humana quemada. Y el olor a flores de Jedda.

¡Jedda!

Por el amor de la madre perro, ¡no había muerto!

¡Max!

¿Dónde estaba Max?

Aterrorizada, quise ladrar su nombre, pero sólo me salió un jadeo. Cuando probé de nuevo, ni siquiera conseguí hacer eso. ¡Jedda me había atrapado! ¿Ya habría matado a Max?

Aterrorizada, intenté percibir su olor, que flotaba en el aire. No olía a miedo lo más mínimo, y desde luego tampoco a muerte. Más bien Max olía como una mariposa que vuela por primera vez tras salir de la crisálida... Era el olor de... ¿la felicidad?

¿Max era feliz en este lugar?

¿Dónde estaba yo?

—Mira quién ha despertado —oí decir a una voz de humano a mi espalda.

Volví la cabeza y vi a un hombre que venía hacia mí. Era alto y delgado y sólo tenía unos pelos rubios cortos en la cabeza, casi calva. Parecía agotado cuando me sonrió.

—No eres el perro más bonito del mundo, pero bueno, *nobody is perfect*.

No entendí lo que decía. ¿Se estaba riendo de mí?

—Bienvenida a la familia Levin —informó el hombre, sin dejar de sonreír.

Se inclinó hacia mí y alargó la mano para..., no para pegarme, no olía a amenaza, sino para... ¿acariciarme?

¡No quería que ningún humano me tocara!

Sólo había dejado que lo hiciese Jedda, y ella..., ¡ella había significado la muerte! La muerte eterna para nosotros. ¡Max! ¿Dónde estaba Max?

Intenté llamarlo de nuevo, pero sólo logré jadear un poco más fuerte.

—Tranquila —dijo el hombre, y me puso la mano en el pelo.

Gruñí para avisarlo de que, si no dejaba de hacer eso en el acto, le mordería la pata.

—Vale, vale.

Asustado, el hombre apartó la mano, se irguió y retrocedió un tanto.

—¿Se ha despertado? —preguntó una voz de hembra humana desde otra habitación.

Por el amor de la madre perro, no era la de Jedda.

—No estoy seguro de que haya sido buena idea traer a la perrita —respondió el hombre.

—Max no quería separarse de ella —adujo la mujer, que ahora entró en la habitación.

Era mucho más baja que el hombre, y también mucho más gorda, y tenía el pelo largo y marrón. Esos dos humanos no podían ser más distintos el uno del otro. Tan distintos como un perro negro grande y una perrita callejera pequeña con el pelo color arena.

—Y si hubiésemos dejado a Max con la veterinaria, Lilly habría querido dormir también allí.

¿Lilly?

¡Así que estábamos en casa de Max! No había otra explicación posible. Ésa debía de ser su ama, de modo que el hombre era ese amo que ahogaba a mi Max con la correa. ¡El que lo había abandonado!

Le gruñí con más ganas aún.

—La perrita tiene muy malas pulgas —constató intimidado.

—Todavía no está acostumbrada a las personas, mejor no te acerques mucho —aconsejó la mujer.

—¿Y si le muerde a Lilly?

—Puede que sólo necesite comer algo para tranquilizarse —lo apaciguó la mujer, aunque parecía compartir su preocupación—. Le he hecho arroz con pollo, como dijo el veterinario. Con eso y con la inyección que le ha puesto debería recuperarse.

Me vino a la memoria sin querer la cosa puntiaguda que le clavaron los perreros al perro viejo. Noté que a mí también me habían clavado algo en el bajo vientre. Sin embargo, con independencia de lo que hubiesen hecho los humanos, estaba claro que no me había causado la muerte.

El ama fue hacia una puerta, la abrió e inmediatamente me llegó un olor a comida deliciosa. Esa hembra humana quería darme de comer. ¡Darme de comer! Pero yo no iba a permitir que un humano me alimentara.

Me disponía a dejárselo bien clarito como buenamente pudiera cuando se abrió otra puerta y oí la voz de Max:

—¡Cicatriz! —ladró.

Oírlo, olerlo, poder rozar su morro con el mío me dio las fuerzas necesarias para ponerme en pie. Despacio e inestable, pero alegre a más no poder de que estuviese vivo.

—¡Por fin te has despertado!

Max se abalanzó sobre mí y estuvo a punto de tirarme al suelo. Pero frenó justo a tiempo, y nos olisqueamos felices y contentos. Habíamos escapado del frío. ¡De la muerte! Sin saber cómo, lo habíamos logrado.

No había un olor mejor en el mundo. Ni siquiera lo superaba la comida que trajo la mujer gorda en un comedero, y eso que olía mejor incluso que el corzo y el ciervo.

—Tienes que comer algo, pequeña —me dijo ella, y me dejó el comedero justo delante.

Pero yo no quería separarme de Max.

—El ama tiene razón —dijo Max, y se apartó un poco para que yo pudiera comer.

La había llamado *ama*, y entonces recordé que Max se había pasado toda la vida sometido a los humanos. Si yo aceptaba esa comida, también me sometería. Y para colmo a los humanos que habían abandonado a Max, que lo habían privado —que nos habían privado— de la posibilidad de tener hijos.

—Te sentará bien —explicó él.

Dejé la comida y me aparté un poco a un lado.

—Ahora tenemos dos perros —dijo alegremente una voz aguda.

Era de una niñita delicada, de rizos rebeldes, que esbozaba una sonrisa radiante cuando entró cojeando en la habitación. Tenía una piernas torcidas. En el vertedero o en el bosque, esa niña lisiada no habría durado ni tres días. Y en la nieve de las montañas, ni uno solo. Conque ésa era Lilly. ¿Quién, si no? La puñetera Lilly, a la que tanto quería Max.

Llevaba un falso pelaje del que más tarde averiguaría que se llamaba *pijama*, y los curiosos animales que se veían en él eran osos amorosos. Pero

no tenían nada en común con los osos de verdad, que no eran nada amorosos. La niña olía a Max de los pies a la cabeza. Probablemente hubiesen estado abrazados.

¿Qué acababa de decir Lilly? «Ahora tenemos dos perros.» Al parecer, los humanos creían que yo era de su propiedad.

Me acerqué al comedero y me abalancé sobre la comida, pero con ese gesto no me estaba sometiendo, al contrario: debía reunir fuerzas para poder abandonar la construcción humana. Nunca sería propiedad de nadie.

## 61

Los humanos apagaron las luces presionando unas cositas que había en los muros —posiblemente fuesen mucho más poderosos que nosotros porque tenían manos y dedos—, pero cuando se disponían a irse a otros rincones de la construcción, Lilly lloriqueó:

—Quiero que Max duerma conmigo. E Inala también.

¿Cómo sabía esa niña coja que yo antes me llamaba así?

—No sabemos si ése es su verdadero nombre —apuntó el hombre, y bostezó.

En ese momento parecía tan cansado como si hubiese hecho un viaje por lo menos tan duro como el nuestro.

—Pero eso es lo que dijo la señora de las quemaduras —respondió Lilly.

La señora de las quemaduras: así que había sido Jedda la que nos había rescatado de la nieve. Yo no entendía por qué lo había hecho, pero por lo visto no la había desfigurado únicamente la mordedura de Max, sino también el fuego. Al igual que yo, ahora tenía cicatrices. Durante un breve instante volví a sentir pena por nuestra torturadora.

—La pobre estaba confundida —aseguró el amo, con tono compasivo—. ¿Cómo iba a saber esa señora cómo se llama la perrita si los encontró a Max y a ella en la nieve? Seguro que se inventó el nombre.

—Deja que los perros duerman delante de la chimenea —propuso el ama, y me miró con cara de preocupación.

No le parecía buena idea dejar que pasara la noche en la habitación de su

hija. ¡Mejor! Aunque yo nunca atacaría a Lilly, puesto que tan importante era para Max, eso no significaba que quisiera dormir con ella.

—Pero...

La pequeña no estaba de acuerdo.

—Nada de peros, señorita —repuso el padre, y se llevó a su hija de la habitación.

Lilly continuó lloriqueando y diciendo que al día siguiente dormiríamos con ella sí o sí. Cuando por fin salió, la madre nos dijo:

—Que descanses, Inala; que descanses, Maxipopaxi. —Y se fue también.

—¿Maxipopaxi? —le pregunté a Max, y me tumbé de nuevo delante de las llamas, que eran más bajas porque habían dejado de alimentarlas.

—A veces también me llama Maxipoposi. Y lo que más le gusta llamarme es Perretetete.

—¿Qué es un Perretetete?

—No lo sé. Puede que un perrete que también es un tete.

—Y, por el amor de la madre perro, ¿se puede saber qué es un tete?

—No tengo ni idea —admitió Max, y se tumbó a mi lado y comenzó a golpear la alfombra con el rabo de puro contento—. Y Lilly a veces me llama Mofetita.

—¿Y nunca le has mordido por llamarte así?

—Yo nunca haría eso.

—Lo haré yo encantada por ti.

—No le hagas nada a Lilly —advirtió.

Sin gruñir, pero en su voz resonaba claramente un «ni se te ocurra». Una amenaza. Pequeña. Pero era la primera vez que me amenazaba desde que lo conocía. La Cicatriz del vertedero le habría ladrado y le habría mordido en una pata trasera. Pero yo ya no era esa perrita. No querría hacerle daño a Max por nada del mundo. Ni siquiera en el caso de que me lo hiciese él a mí. Aunque la comida me había dado algo de energía, no tenía fuerzas para discutir, de manera que mencioné algo que era mucho más importante para nuestra supervivencia de lo que lo sería nunca esa pequeña humana.

—¿Y Jedda?

—Nos recogió, nos metió en su coche y estuvo conduciendo por las

montañas la noche entera, hasta la mañana siguiente.

—¿Y acabamos aquí?

—No, en un veterinario. Era una humana buena, no como el de las cajas con barrotos. Y leyó una cosa que yo tenía debajo del pelo.

—¿Leyó? ¿Debajo del pelo?

—No sé lo que era, pero de ese modo averiguó quiénes eran mis amos. Y después fueron todos allí. El primero que llegó fue el amo, vino directo desde el trabajo. Me abrazó y lloró y me pidió perdón una y otra vez y dijo que no me habría abandonado nunca si no hubiera estado tan agobiado. Por culpa del trabajo, que iba de mal en peor, y de la cantidad de operaciones que llevaba Lilly en la pierna. La presión lo había vuelto loco, y lo sentía mucho, pero mucho mucho. No quería soltarme. Sólo me dejó cuando entraron el ama y Lilly. Y Lilly me abrazó, y fue increíble, porque se alegró todavía más que el amo...

—¿Por qué nos salvó Jedda?

No me interesaban los sentimientos de esa familia humana. Quería saber qué peligro corríamos.

—Si quiere matarnos, ¿por qué nos salvó? —insistí.

—Tiene media cara quemada. Y los brazos. Creo que también una pierna. Llevaba un pantalón ancho.

—¿Ésa no es una explicación!

—Puede que sí.

—¿Cómo?

—Dijo que se había dado cuenta de una cosa.

—¿De qué cosa?

—Quiere que seamos felices.

—¿Y tú la crees?

—¿Por qué nos habría salvado, si no?

—Eso digo yo —repuse en voz baja—. ¿Por qué?

A la calle.

Lilly y la mujer querían ir a la calle con nosotros.

Me habría gustado vomitar lo que había comido por la noche y no volver a comérmelo, como hace normalmente un perro, sino dejarlo allí sin más para que la construcción de los humanos oliera fatal siempre. Ante nosotros, junto a la chimenea ahora apagada, estaban madre e hija. Las dos llevaban sendos falsos pelajes gruesos. El amo estaba en el trabajo, significara lo que significase eso. ¿Por qué no estaba el hombre en casa? Max también me había dicho que ahora se portaba mucho mejor con el ama que en las estaciones previas. En aquella época, Lilly solía llorar hasta que se dormía, porque tenía miedo de que sus padres se separaran. Qué curiosos eran los humanos.

—¡Vamos, Mofetita! —le dijo Lilly a Max, y éste golpeó alegremente la alfombra con el rabo.

—Vamos, bonita —me dijo a mí la mujer gorda.

«Bonita.» ¿Se estaba riendo de mí?

—Vamos a ver si esto te vale.

Me enseñó un collar y yo empecé a gruñir. Como se atreviera a ponérmelo, le daba un mordisco en el muslazo.

—Está bien. —Cogió aire y lo expulsó—. Pues empezaremos por ti, Max.

La mujer se acercó a él y abrió el collar. Yo me disponía a ladrarle de nuevo, y después a Max, por obedecer. Pero Max se levantó y se alejó un

poco de la chimenea.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó la mujer, y fue detrás de él.

Pero cada vez que se le acercaba con el collar, él se apartaba unos pasos.

—¡Tampoco quiere que le pongas el collar!

Lilly lo comprendió antes que su madre.

—Ha pasado demasiado tiempo suelto por ahí —constató ésta, y yo me sentí un poco orgullosa de mi Max.

—Deja que vaya suelto —propuso la pequeña.

—De acuerdo —accedió la mujer tras cierto titubeo.

Después me miró y preguntó:

—¿Y tú? ¿Te portarás bien en la calle?

Me quedé mirándola fijamente.

—Tendremos que correr ese riesgo, antes de que te lo hagas en el salón —comentó, y dejó el collar en el sofá.

—¡Vamos! —exclamó Lilly, y se adelantó cojeando.

Primero fue Max tras ella, luego su madre y por último yo. No porque no quisiera hacerme mis necesidades en su construcción. Me daba lo mismo que los humanos, que llamaban Mofetita a los perros, no quisieran oler esas cosas en su casa. Y desde luego no los seguía porque de pronto fuese sumisa, sino única y exclusivamente porque sentía curiosidad por ver cómo era la calle. Si sería posible escapar y volver junto al mar. O a un bosque donde Max y yo pudiéramos ser tan felices como los días que pasamos antes de que Jedda le prendiera fuego. Si de verdad Jedda ya no nos perseguía, por fin podríamos llevar una vida apacible en medio de la naturaleza.

Cuando salimos por la puerta hacía frío, y vi una calle ancha donde había coches grandes aparcados. Sobre ellos, una gruesa capa de nieve que relucía con el sol. Las casas, blancas, estaban en fila y parecían iguales. Al parecer, las familias humanas habían decidido que todos debían vivir de la misma manera. Al levantar la vista, se me partió el corazón: a nuestro alrededor se alzaban imponentes montañas nevadas que parecían infranqueables. Si huíamos de ese valle, moriríamos trágicamente de frío allí arriba. No teníamos más remedio que pasar el invierno con los humanos.

La mujer gorda le dijo a Max:

—Andando.

Y él echó a andar calle abajo. Yo iba detrás, desanimada. Aún caminaba con paso vacilante. Aunque hubiese sido verano, no podría haber emprendido un viaje al mar en esas condiciones. Detrás de mí venía la madre gorda, que iba más despacio, ya que prestaba atención a la niña. Durante el paseo, Max no paró de contarme cosas:

—Aquí, en este césped, me gusta hacer pis... Pero ahí detrás también... Fiona siempre marcaba esa mata para que yo la oliese... Uy, creo que hay un perro nuevo en el barrio... Dentro de nada viene el parque infantil...

Yo apenas le hacía caso. Ni siquiera cuando evacuamos en otra de sus zonas de césped preferidas y él me contó que en ese sitio hacían sus necesidades muchos perros y por eso solía ir allí un montón de humanos. Sólo cuando el olfato me dijo que ahí había un ratón, cobré vida. Eché a

correr lo más deprisa que pude —que no fue mucho— y llegué hasta una pradera en la que había unas cosas de lo más peculiar, unas de metal y otras de madera. Pequeños humanos se subían o se balanceaban en ellas. Los pequeños también iban envueltos en falsos pelajes gruesos, y parecían más sanos y mejor alimentados que los niños del vertedero. Se reían con despreocupación, como si en este mundo no hubiese ningún peligro. Lilly fue cojeando hacia ellos. Los demás niños le dieron la bienvenida, en lugar de reírse de ella o incluso atormentarla, como me hacían a mí mis hermanos. Me sorprendió. Hasta ese momento, siempre había pensado bastante mal de los humanos. ¿Acaso esos niños eran criaturas más amables que los perros?

Sin aliento después de haber corrido ese poco, me detuve en una mata pequeña bajo la cual suponía que estaba la madriguera del ratón y me puse a escarbar con las patas. Max se unió a mí, y su ama se rio:

—Más te vale que no hagas eso en el jardín de la vecina.

—Ya no hace falta que caces ratones —dijo Max.

—Es que tengo hambre —repuse, jadeando.

—El ama nos dará de comer después.

Dejé de escarbar y miré a la hembra humana.

—Ya no hace falta que volvamos a cazar nunca —insistió Max—. Ni matar.

—Ni a matar... —repetí en voz baja.

No volver a matar ratones que tuvieran que criar a sus hijitos, que sin su madre morirían de hambre. No tener que volver a ver la mirada de horror de una cría de corzo cuyo padre moría ante sus ojos. No volver a sentirme culpable.

—Comeremos en casa —aseguró Max.

—¡Ésa no es mi casa! —ladré.

—Lo será.

—¡Nunca lo será! —ladré con más fuerza.

Inmediatamente me di cuenta de lo mucho que mi acceso de ira desilusionaba a Max. ¿Podría convencerlo de que se marchara conmigo cuando llegara la primavera? ¿O tendríamos que separarnos después de todos los peligros que habíamos superado?

—¡Mira, tu pelotita! —exclamó la hembra humana, sosteniendo en alto una bolita.

—¡Mi pelotita! —repuso alegremente Max, y salió corriendo sin preocuparse más por mí.

La mujer le lanzó la cosa esa y él fue detrás disparado. La *pelotita* aterrizó en un camino de piedra del que los humanos habían quitado la nieve y volvió a salir volando justo cuando Max iba a cogerla. Para atrapar ese chisme que saltaba como un loco, Max zigzagueaba torpemente, haciendo unos movimientos que sin duda a cualquier liebre le habrían parecido ridículos, y ladraba como un poseso. Sólo cuando la cosa rodó por la nieve, pudo cogerla. Era como cazar pero sin matar.

Max le llevó la pelotita a la mujer: quería que volviera a tirársela. ¡Lo quería de veras! Y ella se la tiró. ¿Acaso la hembra humana lo obedecía a él?

Max salió nuevamente corriendo, más deprisa que antes y ladrando todavía más. Su alegría era evidente, aun cuando fuese distinta de la que sentía aquellos días tranquilos que había pasado conmigo. Me gustó verlo tan feliz. Y al mismo tiempo me sentí más triste aún, ya que comprendí que no se marcharía de este sitio.

Cuando Max le llevó otra vez la pelotita a la mujer, ésta se me acercó y me preguntó:

—¿Quieres probar tú?

—¡Es divertido! —aseguró Max.

No hacía falta que me lo dijera, ya me había dado cuenta de lo mucho que le gustaba. Y a mí también me atraía la idea de poder experimentar la emoción de la caza sin tener que matar. Quizá me quitase la tristeza un instante.

—¡Coge la pelotita! —dijo la mujer, y la lanzó bien lejos.

Yo deseaba ir tras ella, pero a la vez no quería que esa hembra humana me dijera lo que debía hacer. Luché con todas mis fuerzas contra las ganas de ir detrás de la bola y me quedé donde estaba.

—Si no vas tú, iré yo —advirtió Max.

Nada más decirlo, salió pitando para cogerla. Y lo desprecié por no tener la misma fuerza de voluntad que yo.

Entramos en la construcción humana, que para mí era como una cárcel, ya que estaba acostumbrada a pasarme el día entero en la calle. No obstante, disfruté del calor que hacía dentro. En una habitación llamada *cocina*, la mujer nos dio agua y comida. Una comida deliciosa. Cuando me hube llenado la barriga, la mujer dijo:

—Me alegro de que vuelvas a estar fuerte, señorita.

Extendió la mano, al parecer con idea de acariciarme. No lo hizo, aunque no le gruñí, porque estaba demasiado llena. En lugar de acariciarme a mí, le revolvió el pelo a Max, que no sólo se dejó hacer, sino que además lo disfrutó de tal modo que se tumbó en el suelo de la cocina y le ofreció el vientre a su ama. Por eso lo desprecié más incluso. Sin embargo, durante un instante deseé que me acariciasen a mí también. Y entonces sentí desprecio por mí misma. Mucho después de que se pusiera el sol, cuando había empezado a nevar de nuevo, la mujer salió otra vez a la calle con nosotros, pero sin intentar ponernos antes un collar. Con un frío tremendo, repetimos el recorrido de la mañana y volvimos a hacer nuestras necesidades en las zonas de césped preferidas de Max, pero ahora en la pradera no vimos a ningún niño jugando con las cosas raras. Yo estaba demasiado llena para ponerme a escarbar en busca del ratón, y la mujer tampoco nos tiró la pelotita. Me alegré de que no lo hiciese. No estaba segura de si habría podido resistirme. En caso de que no lo hubiera conseguido, por fuerza me habría despreciado más todavía.

Cuando regresamos a casa, me alegré de librarme de la nieve y corrí deprisa hasta la chimenea para tumbarme junto al fuego. Max se unió a mí y se me arrimó. Aunque no me gustaba cómo se comportaba con los humanos, se lo permití. Sencillamente me gustaba demasiado acurrucarme contra él. Lilly, que nuevamente tenía puesto el pijama con los osos de mentira, preguntó:

—¿Se quieren los perritos, mamá?

—Yo creo que sí —afirmó risueña la mujer.

—Y ¿tendrán hijitos?

—Eso ya te lo hemos explicado —terció el padre, que acababa de volver del trabajo—. Max no puede tener hijos.

Apenas hubo pronunciado la frase el hombre, el olfato me dijo que Max estaba triste, la primera vez desde que habíamos llegado allí. Y al oler eso, me pegué a él y resoplé:

—Estos humanos no son nuestros amigos.

Max no dijo nada.

—¿Pueden dormir hoy los dos conmigo? —preguntó Lilly.

El padre y la madre se miraron, era evidente que se preocupaban por su hija. Se fiaban de mí, la perrita salvaje, tan poco como yo de ellos. Al final fue el hombre el que dijo:

—Será mejor que esperemos un poco.

—¿Cuánto?

—Hasta que..., hasta que... —El padre no sabía qué decir.

—Hasta que podamos estar seguros de que la perrita es buena —razonó la mujer.

—Es buena, lo sé —aseguró Lilly.

Iba a gruñir para que supieran que nunca sería buena con una pequeña humana, pero Max me dio un golpecito y me dijo que me callara.

—Y tenemos que ponerle un nombre, si no se llama Inala.

—Y ¿cómo quieres llamarla? —preguntó la mujer.

—¡Me llamo Cicatriz! —ladré.

¿Qué se habían creído los humanos?

—¡Moritzene!

—¿Moritzene?

—Max y Moritzene —se rio el hombre.

A mí me sonaba fatal. Los humanos querían demostrar su poder poniéndonos nombre. Decidieran lo que decidiesen, yo siempre sería Cicatriz.

—A la cama —añadió el padre, y cogió a la niña y, con sumo cariño, se la llevó de la habitación.

La pequeña se estuvo riendo alegremente todo el tiempo. ¿Serían así las cosas cuando uno tenía un padre con el que se podía sentir protegido? Aquello era de locos, ahora envidiaba a Lilly no sólo porque Max la quisiera tanto, sino también porque tenía unos padres a los que les importaba.

La mujer apagó la luz y salió asimismo de la habitación para irse a dormir. Max y yo estábamos junto al fuego de la chimenea. Le dolía el corazón, me daba perfecta cuenta. Por una parte quería a los humanos, por otra, habían sido ellos los que nos habían arrebatado la posibilidad de tener hijos. Por eso no podía despreciarlo. Sólo podía intentar aliviar la pena que sentía infundiéndole esperanzas.

—Te cantaré una canción —me ofrecí.

—¿Cuál?

—La del milagro de los cachorros.

*Umbrase crio con los lobos;  
Brin, con los perros.  
Pero, aunque se querían, no podían tener hijos.  
Y sin hijos no habría paz duradera.  
Fueron hasta el árbol de Águila Roja.  
Águila sabia,  
¿cómo podemos traer hijos a este mundo?  
Águila Roja extendió las alas y chilló:  
nunca tendréis hijos, renunciad a ello.  
¡Renunciad a ello! ¡Renunciad a ello!*

*¡Renunciad a ello!  
Umbra lloró,  
Brin lloró,  
y renunciaron a ello.  
Entonces oyeron reír a un conejo.  
Y tú, ¿de qué te ríes?  
Y el conejo repuso:  
el que renuncia a algo  
sólo porque lo dice otro  
es un bobo.  
Brin no quería ser un bobo.  
Umbra no quería ser una boba.  
Así que no renunciaron.*

—Sigue cantando —pidió Max, mientras ante nosotros ya sólo había brasas, que irradiaban una luz suave.

—La canción ha terminado.

—¿Ha terminado?

—Umbra y Brin tuvieron hijos.

—Pero ¿cómo?

—Eso no lo sabe nadie.

—¿Porque no renunciaron?

—Eso nos preguntamos en el vertedero cuando Canción nos la cantó.

—¿Y ahora ya no te lo preguntas?

—No lo sé... —vacilé.

—Di, ¿tú qué crees?

—Que su amor no era sólo más fuerte que el olvido, sino también más fuerte que cualquier otra cosa en el mundo.

—¿Podrá ser también así nuestro amor? —preguntó Max.

En efecto, había logrado infundirle esperanzas con la canción.

—Quizá —contesté.

Y a pesar de lo que me decía la razón, yo también me atreví a albergar un poco de esperanza.

Si hubiese dejado a los perros al borde de la serpenteante carretera, habrían muerto de frío. Pero yo no quería que salieran tan bien librados. Desoyendo los consejos de los médicos del hospital, que pretendían seguir ocupándose de mis heridas hasta que acabaran de cicatrizar, firmé el alta voluntaria, alquilé un coche con una tarjeta de crédito que le robé a una paciente y dejé que el vínculo que unía nuestras almas me condujese a través de la tormenta de nieve por la serpenteante carretera. Me di cuenta de que el macho tenía el chip bajo el pelo y los llevé a los dos al centro veterinario más cercano. La mujer se quedó tan horrorizada al verme el desfigurado rostro como los Levin, a los que telefoneó. Su hija, la pequeña que cojeaba, fue la única que no me tomó por un monstruo. A fin de cuentas, le había devuelto a su querido Max, además de a una perrita. Los padres tardaron un poco en poder llevar conmigo una conversación medianamente normal. Jörg, el padre, tenía un puesto intermedio en un banco que debía reducir la plantilla. Por eso, por si las moscas, la madre, Vicky, protésica dental, había vuelto a trabajar media jornada. Por su parte, la hija, Lillian, tenía mal una pierna de nacimiento, y el problema no se había solventado completamente ni siquiera tras someterse a varias operaciones costosas. De manera que se trataba de una familia normal con problemas de lo más normales. A los padres les pesaban estas preocupaciones, y eso que eran ridículas en comparación con las cosas por las que debían pasar personas de otros lugares del mundo. O en otras épocas.

Me pregunté si los padres serían almas gemelas. ¿Se sentían atraídos el uno por el otro en todas las vidas, sin tener que recordar el amor eterno que se profesaban? ¿O acaso sus almas se habían unido sólo durante esa vida y únicamente se darían calor unos cuantos años, para separarse en la siguiente encarnación? ¿Serían conocidos pasajeros en la eternidad del tiempo?

Yo era muy superior a esas dos personas, ya que sabía del ciclo de la vida, la muerte, el mundo intermedio y la nueva vida, y sin embargo envidiaba su existencia: ellos podían vivir en paz. Querer a una hija. No me consolaba el hecho de que, con sus ridículas

preocupaciones cotidianas, muchas veces no fueran felices por su culpa.

Yo les enseñaría lo que eran preocupaciones de verdad. En las anteriores reencarnaciones había conseguido arrebatárles los cachorros a los perros, pero en ésta el macho era estéril, de modo que sólo había podido matar al pájaro. Un pobre sustituto. Pero el perro quería a esa mocosa, a juzgar por cómo la lamía y se dejaba hacer mimos por ella. Así que sólo tendría que esperar un poco, hasta que también la hembra cayera rendida a los pies de la pequeña. Hasta que todos fueran felices juntos. Entonces mataría a la cojita delante de los perros.

Llegó la mañana siguiente. Y otra. Y otra más. Tantas, que dejé de contarlas. Un día era como el anterior. Sólo que el invierno se volvió más frío. Y a mí me gustaba cada vez más no estar a su merced, desprotegida. Y que me dieran de comer. Vivir en paz. Me gustaba tanto que en un momento dado cedí a mi deseo y acabé persiguiendo la pelotita. Una tarde especialmente fría, después de quitarme la nieve de las patas frente a la puerta de la casa, incluso permití que la mujer me acariciara. Como en su día hiciera Jemma. Sólo que con más suavidad. Con más cariño. Después me sentí fatal.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Max.

Estábamos tumbados en la alfombra delante del fuego, como de costumbre. Yo no quería que ése fuera mi sitio durante el resto de mi vida, y al mismo tiempo lo deseaba.

—Los humanos... me están hechizando.

—¿Hechizando? —se sorprendió Max—. ¿Cómo?

—Voy detrás de la pelotita. Dejo que me den de comer. Hasta que me acaricien.

Estaba muy avergonzada.

—Y ¿qué hay de malo en ello?

—¡Va en contra de la naturaleza!

—No de la mía —objetó Max.

—¿Es que quieres quedarte aquí toda la vida?

—Claro.

—Y ¿qué hay de lo de vivir juntos a la orilla del mar? ¿En el bosque? —  
inquirí desesperada.

—Entonces tendría que matar —repuso él, entristecido.

—¡Hechizan a los perros! —insistí.

No era capaz de imaginar qué otro motivo podía haber para que mi intención de marcharme de ese sitio fuera disminuyendo con cada día que pasaba.

Max tardó un rato en contestar.

—Es verdad, nos hechizan.

Parecía completamente convencido. ¿Se había dado cuenta en ese momento? ¿O lo había sabido siempre?

—¿Cómo? —quise saber—. ¿Cómo lo hacen?

—Con su bondad.

No sabía qué contestar a eso.

—Y con su amor.

—¡El hombre te abandonó!

—Se ha dado cuenta de que con ello hizo mucho daño a su familia, y no volverá a hacerlo.

—Y por su culpa no puedes tener cachorros.

—Han cambiado.

Resoplé con desdén. Por los humanos. Por Max. Pero también por mí, por tener que escuchar todas esas cosas.

—¿No crees que se pueda cambiar? —me preguntó.

—No, nadie cambia. Somos como somos. Por naturaleza.

—Yo he cambiado —aseguró Max—. Soy distinto del que era en verano.  
En efecto.

—Por ti, Cicatriz.

La rabia que sentía disminuyó.

—Y tú también has cambiado.

La rabia disminuyó más aún. Max tenía razón. Agradecía no ser como antes, en el vertedero. De manera que dije:

—Eso es cierto. Soy distinta. Por ti, Max.

—Los humanos son buenos —aseveró—. Por eso los perdono.

Se volvió de nuevo hacia el fuego. Ya estaba todo dicho. También yo me puse a contemplar las llamas. ¿De verdad era su bondad la que me había hechizado? ¿Su amor? ¿De verdad... los humanos... me querían?

¡Era una idea monstruosa! Por el hecho de que me gustase, tendría que haberme despreciado a más no poder. Pero no era así. El amor no es digno de desprecio bajo ningún concepto.

La puerta se abrió y me llegó un olor a flores. El de Lilly, que siempre olía así cuando salía de la pequeña cascada a la que llamaban *ducha*. Vino cojeando hacia nosotros, con una almohada bajo el brazo y una manta a rastras. Cuando llegó, dijo en voz muy baja, probablemente para que no la oyeran sus padres:

—Esta noche me quedo a dormir con vosotros.

Esa pequeña no quería someternos. Sencillamente quería estar con nosotros. Amaba a Max. Y... ¿acaso a mí también?

Lilly se acurrucó contra él, pero no se atrevía a arrimarse a mí, y a mí me sorprendió que eso me diera pena. Entonces preguntó:

—¿Queréis que os cuente una historia?

Y mientras yo me planteaba que quizá conociera las canciones de la madre perro, Lilly empezó:

—Os contaré la historia de la pequeña reina Amelie.

Conque era cierto que los humanos tenían reinas, como las hormigas o las termitas.

—Una bella reina vivía en el reino de Amatista, en un gran castillo...

¡La heroína era bella! Acababa de empezar y no me gustaba nada esa historia.

—Se llamaba Amelie, que significa *valiente*.

Como Inala.

—Y eso que en realidad no era nada valiente, sino sumamente vanidosa. Se pasaba el día entero peinándose el cabello rubio y mirándose en el espejo y pensando cómo podía ser todavía más guapa. Como esas mujeres de YouTube que siempre están enseñando sus productos de maquillaje y después se maquillan. ¿Sabéis que las empresas les dan las cosas para que les hagan publicidad? Me lo ha dicho mamá.

¿Qué podía decir a eso?

—Bueno, pues un día que paseaba por los jardines del castillo buscando flores bonitas para su bonito pelo, Amelie se topó con una señora mayor. Era aún mayor que mi maestra, la señora Schrader. Le crecían pelos en la nariz. Me refiero a la señora mayor del jardín a la que se encontró Amelie, no a la señora Schrader. A ella no le crecen pelos en la nariz, sólo tiene un poco de bigote, pero eso no se puede decir. Tim, el muy bobo, lo dijo una vez, y a la señora Schrader no le hizo ninguna gracia.

La pequeña contaba las historias de manera muy distinta a Canción.

—Bueno, pues la señora mayor era superfea, y Amelie dijo:

»—Vete de aquí, me molesta tu cara.

»Y la señora mayor se rio:

»—Pues tú eres mucho más fea.

»Y Amelie preguntó:

»—¿Es que eres ciega o tonta o las dos cosas? ¡Yo soy superguapa!

»Y la vieja sacó una varita mágica, porque era una bruja. La varita estaba mucho más torcida que la de Harry Potter, y la bruja meneó la varita y dijo:

»—¡Mierdus!

»Y de pronto la pequeña reina Amelie ya no era guapa, sino una auténtica mierdus. Como Gollum, que ponía de los nervios a los hobbits. Cuando se cayó en las natillas. De chocolate. No de vainilla.

La historia era muy pero que muy distinta de las antiguas leyendas de la madre perro.

—Pero la pequeña reina —prosiguió Lilly— todavía no sabía que era fea. Corrió a ver sus padres, y casi les dio un infarto. Entonces Amelie fue deprisa a mirarse en un espejo. Y casi le dio un infarto. Porque sí, era un espejo que hablaba, como el de Blancanieves, y le dijo a Amelie:

»—¡Me cago en la leche!

»No hablaba tan pomposo como el de Blancanieves. Y Amelie se miró en el espejo y vio lo fea que era. Estuvo llorando 3.822 horas. Después ya no tenía más ganas de llorar. Entretanto, los soldados del rey fueron a buscar a la bruja, y la vieja los convirtió en pequeñas pizzas. Amelie sabía que, si quería volver a ser guapa, sólo tenía una posibilidad: debía coger por su cuenta a la

bruja. Así es la vida: si nadie te ayuda, ayúdate tú.

Por absurda que fuera la historia, al parecer encerraba algunas verdades.

—Amelie salvó a hurtadillas la muralla del castillo y fue al bosque, donde vivía la bruja. Cuando estaba allí, oyó gritos. Venían de la cascada que había en los confines del bosque, que tenía una caída de miles de metros. Y la bruja estaba suspendida sobre el agua, colgando de una rama, porque la escoba se le había estropeado. La vieja tendría que haberse comprado una nueva antes, pero era demasiado tacaña. Así que la culpa la tenía ella, la muy boba. En cualquier caso, gritaba:

»—¡Súbeme, o me caeré al agua!

»Y Amelie le contestó:

»—Sólo si vuelves a hacerme guapa.

»Y la bruja le dijo:

»—De eso nada.

»—¿Por qué? —preguntó Amelie.

»—No me apetece. Creo que eres boba y estás mimada —repuso la bruja.

»Y Amelie dijo:

»—Pues entonces morirás.

»Y la bruja:

»—Ya encontraré a alguien que me ayude.

»Pero por allí cercca no había nadie que pudiera ayudar a la bruja, claro. Y Amelie, que estaba allí plantada, se preguntó: ¿de verdad quiero arriesgar la vida por alguien así?

«No», fue lo primero que pensé yo.

¿O acaso sí?

¿Lo haría yo ahora por Jedda? ¿Ahora que nos había salvado la vida?

Lilly siguió contando.

—Amelie se puso a pensar y a pensar, y cuando la bruja ya casi no podía aguantar más, llegó a esta conclusión: es una mierdas dejar morir a alguien, por muy mierdas que sea ese alguien. Y se tumbó en el suelo, miró bien la cascada y pensó: «Mierdas, hay mucha caída».

A Lilly le encantaba decir «mierdas».

—Amelie iba a darse por vencida, pero superó su miedo, cogió de la

mano a la bruja y la subió. Cuando las dos se levantaron, Amelie confió en que la bruja le devolviera el aspecto que tenía antes, pero la vieja tonta dijo:

»—Sólo tengo poder para un único embrujo. Puedes volver a ser guapa o hacer que los soldados vuelvan a ser personas. Tú eliges.

»A Amelie eso le pareció más que una mierda. Le pareció una caca de vaca. Pero no necesitó pensárselo mucho:

»—Elijo a los soldados.

»La bruja cumplió su promesa y los soldados se alegraron infinito de no tener que seguir siendo pequeñas pizzas. Pero Amelie continuaba teniendo un aspecto de mierda. Y, sin embargo, era completamente distinta de antes. Era la primera vez en su vida que había sido valiente. ¡Por fin se había ganado el nombre de Amelie!

¿Me había ganado yo el de Inala?

—No era valiente sólo por haber salvado a la bruja. Era mucho más valiente quedarse fea para siempre. Y Amelie no estaba ni pizca de triste por eso. Hasta le gustaba. Ser valiente era mucho más guay que ser guapa. Quien va por la vida con valentía, lo vence todo.

Probablemente a Lilly le gustara la historia porque seguro que en su día lo había pasado igual de mal con su pierna coja que yo con mi cicatriz. Pero para entonces la pequeña había interiorizado una cosa: hay cosas mucho mejores que ser guapa.

—¿Te ha gustado el cuento, Max? —preguntó la pequeña mientras le acariciaba el pelo.

Él hizo un ruido de satisfacción, y después Lilly le dio un besito en el morro y dijo:

—Te quiero, Cagoncete.

Max lanzó un suspiro de felicidad.

—Y a ti también te quiero —me dijo Lilly, y asimismo me besó en el morro.

Me quedé completamente sorprendida. Aparte de Max, nadie en el mundo había sido tan cariñoso conmigo. Ni siquiera Pluma Azul. «Encontrarás a una amiga mejor que yo», vaticinó el pajarillo cuando se me apareció aquella noche. Lilly difícilmente podría mostrarme el camino en caso de necesidad,

como había hecho Pluma Azul, pero me contaba historias que nos unían. Me acariciaba. Me daba besos. Pero, sobre todo, me había regalado su corazón. Una amiga no podía hacer nada mejor. Así que decidí darle el mío a la pequeña humana.

—Lilly, hay que jorobarse.

Con estas palabras nos despertó por la mañana el ama. Por el amor de la madre perro, ahora yo también llamaba así a la hembra humana.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó Lilly, y bostezó y se estiró, y Max incluso se puso de pie.

—Te tenemos dicho que no puedes dormir con los perros.

—Ya —respondió Lilly, que se sentó, porfiada.

—¿Pero?

—Pero no me habéis dicho por qué.

—Porque... —El ama me miró—. No... no conocemos lo suficiente a este perro.

—Pero si Motzi ya lleva semanas viviendo con nosotros.

Los humanos ahora me llamaban Motzi. Por una parte, porque Moritzene probablemente fuese demasiado difícil de pronunciar, y por otra, porque solía gruñirles cuando me llamaban así. Aunque a esas alturas lo hacía mucho menos que al principio.

—Y Motzi no me hace nada —añadió la pequeña.

La mujer no parecía convencida. Max se acercó a ella y se le arrimó a la pierna. Yo también me levanté, aunque me dolía el estómago. Por lo visto no digería bien la comida seca que nos daba el ama.

—¿Lo ves? —dijo Lilly—. A Max también le gustaría que durmiera con ellos.

—Pero a mí no —objetó el ama.

—Y ¿cómo piensas impedirlo? ¿Piensas pasarte despierta la noche entera? —le soltó a su madre la descarada de la niña, que se atrevía a hacerlo porque sabía que la querían, por muy mal que se portara.

—Mmm...

La mujer buscó una respuesta que darle, pero no la encontró. Miró en silencio a Max, que se le arrimó más incluso, y después a su hijita, que se echó en sus brazos y ya no parecía descarada, sino impaciente.

—Porfi, porfi, porfi. No tengo pesadillas cuando duermo con los perros. Igual que no las teníamos Max y yo cuando dormíamos juntos.

El ama me dirigió una mirada escrutadora. Yo no me moví del sitio. Sólo notaba el dolor en el estómago.

—Te puedes venir con nosotros —propuso Lilly—, así verás que no pasa nada.

—No pienso dormir delante de la chimenea.

—Pues entonces dormiremos todos en vuestra cama.

—¿Y papá?

—También puede dormir con nosotros.

—Vaya, seguro que te lo agradece.

—Porfi, porfi, porfi.

La mujer volvió a mirarme. Inquisitiva, como si quisiera comprobar si podía fiarse de mí. Como para saber si de verdad constituía un peligro para su hija. Pero la pequeña humana era mi amiga. Yo nunca le haría nada a Lilly. Y para demostrárselo al ama, hice algo que jamás habría creído posible: me acerqué a ella y le lamí la mano.

—¿Sabes qué, bonita? —dijo risueña—. Esta noche dormiré con vosotros delante de la chimenea.

Al anochecer preparó un gran tinglado con almohadas y mantas y nos pusimos cómodos. Cuando volvió del trabajo, tarde, una vez más, el marido vio aquello y sonrió.

—No tiene mala pinta.

—Duerme con nosotros, anda —pidió Lilly.

—Uy, no. Mañana por la mañana tengo una reunión y debo descansar y...

—Dijiste que el trabajo nunca volvería a ser más importante que la familia.

—Es verdad —admitió él, exhalando un suspiro, y salió de la habitación.

Volvió poco después con una manta y más almohadas y exclamó:

—¡Eh, hacedme un sitio!

Estábamos todos juntos: Lilly, Max, el ama, el amo y yo. Una manada como la del desierto, compuesta por perros y humanos.

Había llegado el momento. La hembra se sentía a gusto con los humanos. Y quería a la niña coja.

—Mamá, ¿qué me vas a regalar por Navidad? —preguntó Lilly cuando volvimos de la calle después de pasear.

Era el día en que había pasado más frío en mi vida: el aire, cargado de humedad, incluso se me heló en el pelaje.

—Dímelo, dímelo, dímelo —apremió la pequeña.

—Ten un poco de paciencia —respondió el ama.

—¡Di! ¡Di! ¡Di! ¡Di!

—¿Es que no me has oído? Ten paciencia.

—¡Di! ¡Di! ¡Di! Si no me lo dices, pienso decir diez mil veces «di».

—Pues espero que te diviertas.

La madre no cedió a los ruegos de su hija.

—¡Di! ¡Di! ¡Di!

Días antes, Max había intentado explicarme qué era la Navidad, pero no lo había conseguido del todo. Yo sólo había sacado en claro que las personas ponían un árbol en una habitación, le colgaban cosas antinaturales de colorines y luces, se hacían regalos y siempre le daban algo bueno a Max, la mayoría de las veces un hueso grande. Los humanos se comportaban así porque hacía infinidad de estaciones había nacido un niño que para ellos era tan importante como la madre perro para los perros.

—¡Di! ¡Di! ¡Di! —siguió pidiendo Lilly mientras el ama abría la puerta principal.

Cuando a esa pequeña se le metía algo en la cabeza, no había quien se lo

sacara.

—¡Di! ¡Di!

Entonces oímos un grito.

En el interior de la casa.

¡Del padre de Lilly!

—¡Sangre! —ladró Max.

Fue el primero que lo olió. Desde que estábamos allí yo no había vuelto a percibir ese olor, al menos no de sangre caliente, tan sólo de restos en la carne que el ama echaba en la sartén para prepararla para la familia, y de la que a veces nos daba algo para que no comiésemos únicamente esa comida seca que a todas luces a mí no me sentaba bien. El dolor que sentía en el estómago iba en aumento con cada día que pasaba.

—¿Qué ocurre? —dijo preocupada el ama, y entró corriendo con Lilly.

Nosotros, los perros, las seguimos, aunque nunca era buena idea ir directo a un peligro. Pero en una manada uno lucha por el resto.

Fuimos por el pasillo hasta el salón, y allí vimos un abeto tirado en el suelo, con una red abierta a su alrededor, y al lado el amo, que se agarraba una mano ensangrentada con cara de dolor.

—Me he cortado en un dedo con el cuchillo al abrir la red.

La mujer examinó el dedo, del que salía sangre que le cubría la mano entera, y afirmó:

—El corte es muy profundo.

—Qué va.

—Tenemos que ir al hospital.

—Seguro que no es nada.

—No es ninguna tontería, van a tener que darte puntos.

—Está bien..., está bien... —contestó el hombre.

—¿Vas a perder el dedo? —preguntó Lilly.

Estaba muy pálida. Era evidente que no estaba tan acostumbrada a ver sangre como nosotros, los perros.

—No..., no... —la tranquilizó su padre, e hizo una mueca de dolor—. Pero volveremos tarde. Tendrás que irte a la cama tú sola.

—Pero si no estoy sola.

—¿Ah, no?

—Estoy con Max y Motzi.

—Anda, es verdad. —El padre se obligó a esbozar una sonrisa.

El ama y él se fueron. Lilly quería que esa noche volviéramos a dormir con ella delante de la chimenea, ni a dos perros de distancia del abeto tirado en el suelo. Antes de acostarse, la pequeña, que se debatía entre distintos sentimientos, nos dijo del tirón que tenía miedo de que su padre perdiese el dedo, pero al mismo tiempo sentía curiosidad por saber qué le regalarían por Navidad. ¿Por fin tendría un iPad para ella sola? Claro que ya había recibido el mejor regalo, se lo había hecho la mujer de las cicatrices, y era que Max volvía a estar en casa. Y además con una perrita. Pero, de todas formas, un iPad para ella sola sería guay, así no tendría que pedirle siempre a su madre que le dejase utilizar el suyo. Y todavía mejor sería un móvil, el bobo de Tim era el único de su clase que tenía uno y no paraba de fardar. La señora Schrader se lo había quitado una vez en clase y después se había rascado el bigote...

Con tanto parloteo, Lilly acabó quedándose dormida. Max cerró los ojos, pero yo me quedé contemplando las llamas en la chimenea y me sorprendió desear que llegase esa curiosa Navidad. Seguro que a mí también me regalaban uno de esos huesos. Los humanos nos trataban a Max y a mí por igual, así que seguro que también lo harían en esa fiesta. Para mí ese sitio ahora era más un hogar de lo que lo había sido nunca el vertedero. Y mientras pensaba que allí podría llevar una vida apacible, rodeada de amor...

... oí algo.

Muy bajito.

Un palpitar.

En el vientre.

De pequeños corazones.

## 69

¿Habría oído mal?

Sí, debía de ser eso.

Agucé el oído.

Eran latidos, sí.

Apenas perceptibles.

Pero estaba completamente segura.

Volví a notar el dolor.

Y por fin comprendí a qué se debía.

No era por la comida seca.

En mi vientre había vida.

¿Cómo podía ser?

Las montañas.

Allí Max y yo intentamos que se obrara un milagro.

Como en su día Umbra y Brin.

Seríamos padres.

¿Porque también nuestro amor era más fuerte que todas las cosas del mundo?

¿Cómo, si no, se explicaba?

Sentí ganas de ladrar mi dicha al mundo.

Pero entonces despertaría a Lilly.

Claro que debía contárselo a Max.

Y tenía tantas pero tantas ganas de ladrarlo.

Así que abrí la boca...

Y entonces oí...

... que alguien forzaba la puerta de la calle.

## 70

Matar a un niño.

A una pequeña cojita.

Nunca había matado a un niño. Y no me depararía ninguna alegría. En cambio, ver sufrir a los perros, sí.

Avancé por el oscuro pasillo, que sólo estaba iluminado por la luna. Llevaba una pistola en el abrigo, para los padres, en caso de que regresaran antes de tiempo. De lo contrario les perdonaría la vida. Quería que descubrieran a su hija muerta y no pudieran pensar en otra cosa hasta el final de sus días. Un castigo justo por desperdiciar la vida preocupándose en lugar de aprovechándola. *Carpe vitam*.

Para los perros y la niña utilizaría el cuchillo. Había cierta belleza en ver cómo se desangraban despacio en la nieve unos cuerpos rajados. Como cuando hacía estragos la peste y maté así a los perros. Sacaría los cuerpos fuera y los colocaría de manera que cada uno pudiera ver cómo se desangraba el resto.

Abrí la puerta del salón y vi que la perrita se levantaba. No le veía la cara, ya que las llamas la iluminaban por detrás, pero en la sombra tenía un brillo rojizo en el ojo.

Jedda se detuvo. El olor a cicatrices y heridas que no se habían curado totalmente casi anulaba por completo su perfume de flores. Max le había desfigurado la cara al mordérsela, y el poco pelo rojo que le quedaba le caía por delante, estropajoso. Sus ojos rebosaban odio.

Yo también sentía odio. Por primera vez. Y ningún vínculo ya. Ahora que notaba en el vientre a los cachorros, comprendí al fin el dolor que me había infligido Jedda en todas las vidas anteriores.

Gruñí. No muy fuerte, pero sí amenazadora. Y Max se despertó. Lilly todavía no, se había pasado el día entero tirando bolas de nieve y estaba agotada; tanto, que con el calor del fuego que ardía en la chimenea dormía profundamente. Max se levantó. Y comenzó a gruñir conmigo. Jedda sacó un cuchillo. Como cuando era el humano cuervo.

—Lilly, despierta —ordenó.

La pequeña suspiró un poco, pero siguió durmiendo. Nosotros gruñíamos con más ganas. Max estaba a punto de ponerse a ladrar: su querida Lilly estaba en peligro. A fin de cuentas, no sabía que iba a ser padre y que también sus cachorros lo estaban.

—¡Lilly! —gritó Jedda.

—¿Qué pasa? —La pequeña abrió los ojos.

—¡Ven aquí!

Lilly vio ahora a la mujer de las cicatrices, la que había llevado a sus perros al centro veterinario y ahora sostenía un cuchillo en la mano. Despertó de golpe y preguntó con voz temblorosa:

—¿Qué..., qué hace usted aquí?

—He venido por ti.

Lilly se echó a llorar. No preguntó por qué. Sin embargo, yo comprendí que Jedda quería matar a la pequeña para que nosotros sufriéramos. Sólo nos había salvado por eso.

¿Intuiría también que yo estaba preñada?

Quería atacarla, a pesar del cuchillo que sostenía en la mano. Pero Max salió disparado. A todas luces estaba decidido a matarla, como en el bosque en llamas. Pasó por encima de la red, que estaba en medio del salón, sin enredarse en ella, y sólo se encontraba a dos, tres perros de distancia de Jedda. Se abalanzaría sobre ella ya mismo. Jedda levantó el cuchillo. ¿Lo abriría en canal en pleno salto, como cuando era el humano cuervo? Ladré a Max que volviera conmigo, pero no me hizo caso. Se disponía a saltar, pero Jedda le lanzó antes el cuchillo.

Le acertó en el pecho.

Cayó al suelo, de lado.

Los ojos le aleteaban. Le temblaban las patas. Le costaba respirar.

Lilly gritó. A pleno pulmón. Tanto que me dolieron los oídos. Jedda se acercó a Max y le sacó el cuchillo del cuerpo de un tirón. La sangre brotó y fue a parar al suelo de madera y salpicó un poco el abeto. Lilly gritó aún más, y yo ladraba. Noté un dolor fuerte en el vientre. Quería ir con Max, quitarle su dolor. Quería ir con Jedda, matarla. Salir de la casa para salvar a mis cachorros. Me debatía entre todas esas cosas, de tal forma que no podía moverme. Jedda amenazó con el cuchillo a Lilly y le dijo:

—Ven aquí ahora mismo.

La pequeña obedeció, llorando y temblando. Pasó por delante de mí. De Max, al que cada vez le costaba más respirar. Yo seguía petrificada. Como aquel día delante de Rayo. Sólo que esta vez no tenía miedo por mí, sino por Max. Y por mis cachorros.

Los oía a todos.

Cinco corazones.

Cinco hijos.

Los cachorros eran muy pequeños en mi vientre, pero ya sabían lo que era morir de miedo.

Jedda avanzó con el cuchillo hacia Lilly, que estaba en la puerta, demasiado asustada para salir corriendo.

—¡No! —ladré.

Pero Jedda cogió a la pequeña y la puso delante de sí.

—Por favor, no me hagas nada —suplicó Lilly.

—Para quieta —silbó Jedda, apretando con más fuerza a Lilly contra su cuerpo.

—Por favor... —sollozó la niña.

—¡Y cierra el pico de una vez!

Ahora Lilly lloriqueaba. Yo seguía sin poder moverme, observando a la mujer a la que en su día llamara hermana. Sus manos con cicatrices, su rostro con cicatrices, su mirada dispuesta a todo. Y entonces lo supe: huir no serviría de nada, mis cachorros nunca estarían a salvo. Jedda me perseguiría por las montañas, hasta la misma cima, y si era necesario, probablemente se metiese incluso en los nubarrones más grises. Sólo había una posibilidad de que nos salváramos todos: mis hijos, Lilly y Max. Debía matar a Jedda.

Miré el cuchillo manchado de sangre, que parecía cobrar vida con la luz de las llamas de la chimenea. Como si se alegrase de haber herido a Max y de matar a Lilly de un momento a otro.

Tensé las patas. Tiraría al suelo a Jedda —y a Lilly con ella— y le mordería en la mano para que soltara el cuchillo y así mi pequeña amiga pudiese apartarse. A continuación mordería a Jedda en el cuello. Como a Anatjari. Sólo que esta vez no lo haría por compasión, sino en legítima defensa.

Salí corriendo...

Pero Jedda le puso a Lilly el cuchillo manchado de sangre en el cuello y me ordenó:

—¡Alto!

Me detuve en seco.

—Tú tienes la culpa de todo —me soltó.

Probablemente ahora me echase en cara que maté a Anatjari. Aunque yo hubiese podido hablar con un humano, Jedda no se habría creído que matamos a su amado porque nos apiadamos de él.

Sentía convulsiones en el bajo vientre. ¿Me pasaría lo mismo que a Jedda aquella vez? ¿Perdería a mis hijos al ver cómo mataba a Lilly?

—Si no te hubieras enamorado de él —dijo, y señaló con la quemada barbilla a Max, que nos miraba fijamente—, habría podido cortar el vínculo que nos une. Todo habría sido distinto. El ciclo se habría roto.

No acababa de entender de qué hablaba, pero sí que si no le hubiese entregado mi corazón a Max, todo habría sido distinto. Pero de esa forma todo volvía a ser como en el principio de los tiempos y Max y yo estábamos condenados a que Jedda nos matara en cada vida.

Pero, a fin de cuentas, yo había aprendido que el amor no es sólo cosa del destino, sino del corazón. Entonces ¿no podríamos cambiar ese destino? ¿Romper el ciclo, como lo llamaba Jedda? Pero ¿cómo?

—Sal conmigo fuera —exigió ella.

Di unos pasos con cautela, dispuesta a hacer cualquier cosa para que no le causara ningún daño a mi amiga.

—Tú también, chucho —le dijo a Max.

Al ver que no se levantaba en el acto —¿podría aún?—, le hizo un pequeño corte a la pequeña en el cuello. Lilly pegó un grito y rompió a llorar mientras la sangre le corría por la delicada piel. El grito hizo que Max sacara fuerzas de flaqueza. Se puso en pie. Con paso vacilante. Débil. Sangrando. Pero nos siguió a mí y a Jedda, que apretaba firmemente contra ella a la pequeña para que yo no me atreviese a atacarla. Enfilamos el pasillo. Cuando llegamos a la puerta de la calle, abierta, sentimos el aire frío y vimos que entraban copos de nieve. Así que había vuelto a empezar a nevar. Jedda abrió la puerta del todo con el pie y le dijo al oído a Lilly:

—Como se te ocurra pedir ayuda, te rajo aquí y ahora.

No hizo falta que mencionara que también lo haría si a Max y a mí se nos ocurría ladrar. De modo que salimos a la calle. Yo no sabía cómo podíamos salvar a Lilly. O escapar de esa muerte eterna. Ni tampoco si, antes de que muriésemos, debía contarle a Max lo de los cachorros que llevaba en el vientre. Claro que, si lo decía, su dolor sería inconmensurable.

Nos situamos delante de la casa. Los copos de nieve bailoteaban a la luz de las farolas. Tras dar unos pasos por la pradera cubierta de blanco que los humanos llamaban *jardín delantero*, Jedda se detuvo con Lilly. La pequeña temblaba de miedo y de frío. No llevaba mucha ropa puesta y además iba descalza.

—Ahora veréis lo que es bueno —dijo Jedda, que de pronto parecía muy tranquila.

Mataría a Lilly, tanto si yo obedecía sus órdenes como si no. Tensé nuevamente las patas, y esta vez por fin salí corriendo hacia ella. Lo más deprisa que pude. Era Rayo.

Las tiré a las dos al suelo, a Jedda y a Lilly. De espaldas en la nieve. Y al caer, Jedda soltó el cuchillo.

—¡Corre! —ladré a mi amiga, que lo entendió, se levantó y fue hacia la casa a toda velocidad.

Jedda también intentó ponerse de pie, pero me subí en su pecho como Max en el bosque en llamas, sólo que ahora yo terminaría lo que él empezó. Nada más subirme a ella, Jedda musitó, la voz tan baja que sólo yo pude oírla:

—¿Vas..., vas a tener hijos?

¿Cómo lo sabía? Tampoco tenía el sentido del oído tan desarrollado como para poder oír los latidos. Debía de ser ese vínculo que unía nuestras almas desde el principio de los tiempos. El vínculo que ella pretendía romper antes de que yo amara a Max.

—Nada ha cambiado —dijo entre risas—. Todo es como siempre, y así seguirá. Una y otra vez...

Yo no podía soportar más su risa, pero antes de que pudiera morderla, Jedda me cogió del cuello a la velocidad del relámpago y empezó a estrangularme. Yo me ahogaba. Con la fuerza sobrehumana que poseen los locos, me levantó a pulso, de manera que quedé suspendida sobre ella.

Max casi no podía mantenerse en pie. No sería de ninguna ayuda. Ni Lilly, y tampoco la buscaría, pues estaba parada en el felpudo cubierto de nieve de la puerta, tiritando y mirándose los descalzos piecitos.

Sacudí las patas en el aire, confiando en que a Jedda la abandonaran las fuerzas, pero seguía apretándome el cuello. Más y más.

El ojo se me fue cerrando despacio. Casi ni me percaté de que a lo lejos un coche entraba en la calle y Lilly decía en voz baja:

—Mamá..., papá...

Los amos no acabarían con Jedda, no eran peleones. Y Jedda los mataría a los dos. Y a Lilly. Y a Max. Y a mis hijos. El ciclo continuaría eternamente.

—Distinto... —oí decir de pronto a Max, que jadeaba—, distinto...

Acto seguido vi que avanzaba por la nieve hacia la carretera, dando traspies. ¿Por qué no acudía en mi ayuda si aún le quedaban fuerzas? ¿A ayudar a sus hijos, aunque todavía no supiese que iba a ser padre y yo ya no pudiera decírselo, porque Jedda me aprisionaba la garganta? ¿Qué se proponía? Max caminaba bajo la ventisca cada vez más deprisa, hasta que empezó a correr.

—¿Se puede saber qué está haciendo el chucho? —espetó Jedda, y aflojó la presión un instante.

Ello bastó para que yo pudiera coger aire. Abrí el ojo, y la nieve me dio en la cara. No veía a Max por ninguna parte. Hasta que las luces del coche del ama lo iluminaron.

Max iba directo hacia él.

Sin parar o tan siquiera disminuir la velocidad. Al contrario, cada vez iba más deprisa.

El ama intentó esquivarlo.

En vano.

Max salió volando por los aires.

Se estrelló contra el bordillo.

No se movía.

No sabría decir si el ama y el amo, dentro del coche, gritaron.

O si Lilly lloró.

O si Max respiraba aún.

Sólo oí chillar a Jedda cuando me dejó caer sobre su pecho.

El ama salió corriendo del coche, seguida del amo.

El ama se inclinó sobre Max y le tocó el cuello.

Durante mucho tiempo.

Durante toda una vida, me pareció a mí.

Y mucho más.

Y después rompió a llorar.

# 71

El perro se quitó la vida.

Ningún animal había hecho nunca algo así.

Sólo las personas se quitaban la vida.

¡Había impedido que yo llevara a cabo mi venganza!

Y de ese modo —tardé un poco en entenderlo— todo era distinto de como era en las vidas anteriores.

¿Cambiarían también las futuras reencarnaciones?

¿Había el perro roto el ciclo?

En la próxima vida, ¿podría dejar atrás todas las cosas por las que había tenido que pasar?

¿Vivir libremente?

¿*Carpe vitam*?

Podía ser.

¡Debía ser!

El ama lloraba y estrechaba contra sí el cuerpo de Max. No parecía darse cuenta de que la herida que tenía en el pecho no se debía al golpe. Por su parte, el amo nos miraba a Jedda y a mí. Yo seguía encima de ella. Percibía su olor a flores, pero ya no olía a odio. Tenía el estropajoso pelo rojo lleno de nieve. Los copos se derretían en su cara. Parecía feliz. Porque Max había muerto. Empecé a gruñir, a enseñar los dientes. La odiaba con toda mi alma.

—Así está bien —musitó.

Aquello parecía gustarle. Yo ya no tenía miedo de que cogiera el cuchillo

y nos matara a mis cachorros y a mí. Mi odio era más fuerte que el miedo. ¿Más fuerte también que el dolor? ¿Por eso llevaba ella miles de años alimentando el fuego de su odio, para que no la destrozara el dolor que sentía por haber perdido a su amado?

—Ahora sólo queda una cosa por hacer, hermanita —afirmó.

Y supe que trataría de abrirme en canal. Pero Jedda no cogió el cuchillo, sino que me ofreció el cuello. ¡Me ofrecía el cuello!

—¡Muérdeme! —pidió risueña.

¿Acaso estaba jugando conmigo?

—¡Libérame!

Sonreía más aún. De forma muy distinta a como lo hacía en el bosque en llamas: entonces estaba cansada del incesante ciclo de la vida; ahora esperaba la muerte con impaciencia.

—Mátame para que por fin pueda vivir.

Yo no entendía qué quería decir con eso. Y me daba igual no comprenderlo. Deseaba morderla. Por el amor de la madre perro, ¡deseaba morderla!

—Hazlo, hermana.

Su voz era serena y clara. Yo, en cambio, sentía una profunda repugnancia. Me transformé, me convertí en Jedda. En una criatura que prefería matar a sentir dolor. Lo último que dijo mi hermana humana fue:

—Sabes que las dos lo deseamos.

Primero quería sacarle el ojo.

¡Primero el ojo!

Enseñé los dientes y me dispuse a hundirlos en el deforme rostro de Jedda. El ama gritó para impedírmelo, y también el amo me chilló algo. Me daba lo mismo. Jedda estaba radiante, esperanzada. Aproximé los dientes...

Y Lilly gritó:

—¡No, Amelie!

Me detuve y miré a la niña, que se acercaba a nosotras. ¿Amelie?

El ama y el amo corrieron hacia su hija. No pretendían acudir en ayuda de la mujer de las cicatrices, y en mi ayuda, menos. Probablemente las dos les resultáramos más que inquietantes. El amo cogió en brazos a Lilly y le quitó

la nieve de los helados piecitos, pero fue su mujer la que vio primero la herida que tenía la pequeña en el cuello.

—Dios mío, el cuello...

—Me ha salvado Amelie, ha sido tan valiente...

Sólo entonces comprendieron los amos lo que había sucedido. Entraron deprisa en casa con su hija y el hombre dijo, sin aliento:

—Voy a llamar a la policía.

—¿Qué le pasa a Max? —preguntó Lilly mientras cruzaban la puerta, pero sus padres no le contestaron—. ¿Qué le pasa a Max?

Lo miré: seguía donde estaba, no se movía. Miré a Jedda, que me sonreía arrobada, como si ya se viese volando por el mundo intermedio.

Primero el ojo...

El ojo primero.

No, yo no era Rayo.

Ni Freya. Aymee. Mancha. Orquídea. Motzi. Y menos aún ya Cicatriz.

Pero entonces ¿quién era?

¿Inala?

No, Amelie.

La valiente.

La que se enfrentaba al dolor en lugar de odiar.

Y que, por tanto, le perdonaba la vida a su enemiga.

Me aparté de Jedda y corrí hacia Max, y eso que las luces del coche me cegaban de tal modo que veía bailar manchas de colores. Oí cómo Jedda se levantaba, pero no me siguió, sino que se quedó parada donde estaba. Cuando llegué con Max confié en que el ama se hubiese equivocado y estuviera vivo, recé para que así fuera.

No respiraba.

Por el amor de la madre perro, ¡no respiraba!

Había roto la promesa que me había hecho.

Cuando iba a dar rienda suelta a mi desesperación, oí un estallido.

Me volví: Jedda cayó, y a través de la nieve, que cada vez caía con menos fuerza, vi humo. Al chocar contra el suelo, Jedda soltó algo. Me recordó al palo de metal llamado *arma* que llevaba en el bosque.

Vi la luz dorada. Y por primera vez después de miles de años volví a ser feliz. Podría olvidar. Olvidar para siempre.

Mientras volaba por la luz, hice las paces con los perros. Y por primera vez desde lo sucedido en el desierto, lo sentí por la hembra. Por mi hermana. Tendría que vivir sin su amado.

Con ese pensamiento entré en el mundo intermedio. Mi historia terminaba. Y por fin empezaría de nuevo.

Me tendí con Max en la nieve, me acurruqué contra él. Apenas me percaté de que de las casas salían humanos que se reunían ante el cadáver de Jedda; de que el padre de Lilly corría hacia ellos y decía que la policía, el médico y la veterinaria venían de camino; ni tampoco de que dejaba de nevar. Sólo sentía el calor que Max iba perdiendo poco a poco. En mi vientre, los pequeños corazones latían irregularmente, con nerviosismo. A mi ojo asomó agua salada. Mis hijos no sabrían quién era su padre. A no ser que...

... yo se lo contase.

De modo que me puse a cantar la balada de Max y Amelie:

*Max conoció a Amelie en el vertedero.*

*Su corazón era muy pequeño,  
el de él muy grande.*

*Le dijo: ven conmigo a mi casa.*

*Ella contestó: contigo me iré de aquí.*

*Sin él no habría conocido los milagros que  
conoció.*

*El mar.*

*El bosque.*

*La libertad.*

*La vida eterna.*

*Que era digna de ser amada,  
que incluso podía amar.  
Los dos superaron peligros:  
la nieve, el fuego, el lobo, el oso y el odio  
humano.  
Tuvieron alegrías:  
nadar, canciones, amigas.  
Si Amelie no hubiese abierto su corazón,  
nunca habría sabido  
quién era de verdad.  
Pero llegó el día  
en que Max tuvo que demostrar  
lo grande que era su corazón.  
No luchó,  
murió de buena gana,  
dio la vida por su Amelie,  
y por el mayor milagro de todos:  
vosotros...  
... nuestros hijos.*

No pude cantar más. No pude terminar la canción, porque tenía ganas de llorar. El corazón de los cachorros latía al unísono en mi vientre. Uno de ellos con especial fuerza. Conseguí tararear un poco y repetí con voz queda:

*Vosotros...  
... nuestros hijos.*

Uno de los pequeños corazones latía cada vez más fuerte, y finalmente se desmarcó del ritmo del resto, como si quisiera llamar mi atención sobre algo.

Sin embargo, yo no entendía sobre qué, hasta que me di cuenta de pronto: Max respiraba. De manera apenas perceptible. Superficialmente. Pero por el amor de la madre perro, ¡respiraba!

De pura felicidad di rienda suelta a las lágrimas.

Hijos.

Cuando casi había atravesado la luz dorada y entrado en el mundo intermedio, Max escuchó mi canción sobre el milagro. Y ello le confirió la fuerza necesaria para cumplir su promesa y encontrar el camino de regreso a la vida.

Tardó algún tiempo en volver a andar. Y Lilly un poco más aún en volver a reírse. Fue cuando mis cachorros se abalanzaron por primera vez, torpemente, sobre mis mamas. El pelaje de los pequeños era del color del mío, pero estaba salpicado de manchas oscuras. De ninguno de ellos se burlaría nunca nadie por esas manchas, de eso me encargaría yo.

Lilly insistió en ponerles nombre: Buzz, Woody, Moana, Mulán y Mérida. Y nos explicó que los machos tenían nombres de héroes; y las hembras, de princesas que eran héroes más grandes incluso que los machos.

Sin embargo, Max y yo llamamos de otra manera a nuestros pequeños: Pluma Azul, Fiona, Pensadora; por los amigos a los que no volveríamos a ver. También estaban Rasca, al que dimos el nombre de mi hermano, el que murió antes de tiempo. Y al más pequeño, quien yo sabía que había sido el que me había indicado con sus latidos que Max respiraba, lo llamamos Anatjari.

Los padres de Lilly se alegraron de que su hija estuviera tan contenta.

Jamás se habrían desprendido de nuestros cachorros, por ella, por nosotros y por ellos mismos. El amo siempre decía que probablemente el ama y él debieran traer también a más hijos al mundo, para que en la casa las cosas estuvieran medianamente equilibradas, y cuando lo decía sonreía de oreja a oreja.

Y el ama siempre le daba un empujoncito a su marido, risueña, y decía que ya podía ir quitándose la idea de la cabeza.

Pero por Navidad tenía la barriga abultada. Para entonces, nuestros cachorros ya habían crecido un poco, y en Nochebuena iban detrás de las bolas de nieve que Lilly les lanzaba en la calle. Max y yo estábamos algo apartados. La veterinaria le había plantado metal en el cuerpo a Max, y ya nunca podría volver a perseguir pelotitas en condiciones, pero parecía más lleno de vida que antes. La veterinaria también pidió disculpas al ama y al amo, porque a todas luces había cometido un error cuando operó a Max para que no pudiera tener hijos. Sí, un error también puede hacer que se obre un milagro.

Después de corretear un rato, volvimos todos a casa y nos reunimos bajo el árbol de Navidad. A Lilly por fin le regalaron esa cosa llamada *iPad*, y nosotros recibimos los huesos más grandes que el ama había encontrado. Los humanos cantaron canciones y nos acariciaron. Luego Lilly contó la historia de cuando las tres princesas y la reina Amelie le dieron una buena patada en el trasero a la vieja bruja de mierdas. Ya por la noche, los padres se retiraron con su hija: el ama no quería dormir delante de la chimenea con el barrigón que tenía, y Lilly quería estar con sus padres y su nuevo iPad. Nuestros hijos pidieron volver a escuchar la balada de Max y Amelie. Les gustaba especialmente la nueva estrofa final, en la que yo cantaba que Max se resistió a la luz dorada porque quería ver a sus cachorros. Pero antes de que pudiera empezar, Max, al que siempre le daba un poco de vergüenza cuando yo lo ponía por las nubes, se puso a cantar una canción nueva: la balada de Amelie y Max. En ella hablaba de mi valentía, de la cantidad de veces que le había salvado la vida y de cómo me enfrenté a Jedda. Después, nuestras princesitas, Pluma Azul, Fiona y Pensadora, y su hermano Rasca comenzaron a relatar atropelladamente las heroicidades que protagonizarían más adelante. El único

que no dijo nada fue nuestro benjamín, Anatjari. Después de que los pequeños héroes por fin se quedaran dormidos, Max cerró los ojos también: su debilitado cuerpo le pedía mucho descanso. Sin embargo, Anatjari permaneció despierto conmigo. Se arrimó a mí y dijo en voz baja:

—Yo nunca podré ser tan valiente como tú, mamá.

—Claro que sí, cualquiera puede serlo.

—Y ¿cómo?

—Sé como tu padre.

—¿Qué quieres decir?

—Ten el corazón grande.

—¿Para qué sirve eso?

—Sólo el que abre su corazón puede vivir milagros.

Anatjari se quedó pensando un rato y al cabo preguntó:

—Pero ¿qué tiene eso que ver con el valor?

—Si abres el corazón, podrás hacer la cosa más valiente de la que es capaz una criatura.

—Y ¿qué cosa es ésa?

—Amar.

—¿Amar es la cosa más valiente?

—Si amas, puedes ser el dueño de tu destino.

Dio la impresión de que Anatjari lo entendía, y también cerró los ojos. Yo, en cambio, permanecí despierta un buen rato más, contemplando a Max, escuchando su respiración y aspirando el olor de su amor. Sin él yo nunca habría abierto mi corazón. Y allí estaba ahora, rodeada de nuestra familia, rebosante de felicidad.

Amelie la valiente.

Me atreví a amar.

Me hice merecedora de ese nombre.

*La balada de Max y Amelie*  
David Safier

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Die Ballade von Max und Amelie*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la fotografía de la portada, Oliver Kurth

© Rowohlt Verlag GmbH Reinbek bei Hamburg, 2018

© de la traducción, María José Díez, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2018

ISBN: 978-84-322-3445-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltalldellibre.com](http://www.eltalldellibre.com)

¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!

# NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

---



¡Síguenos en redes sociales!

